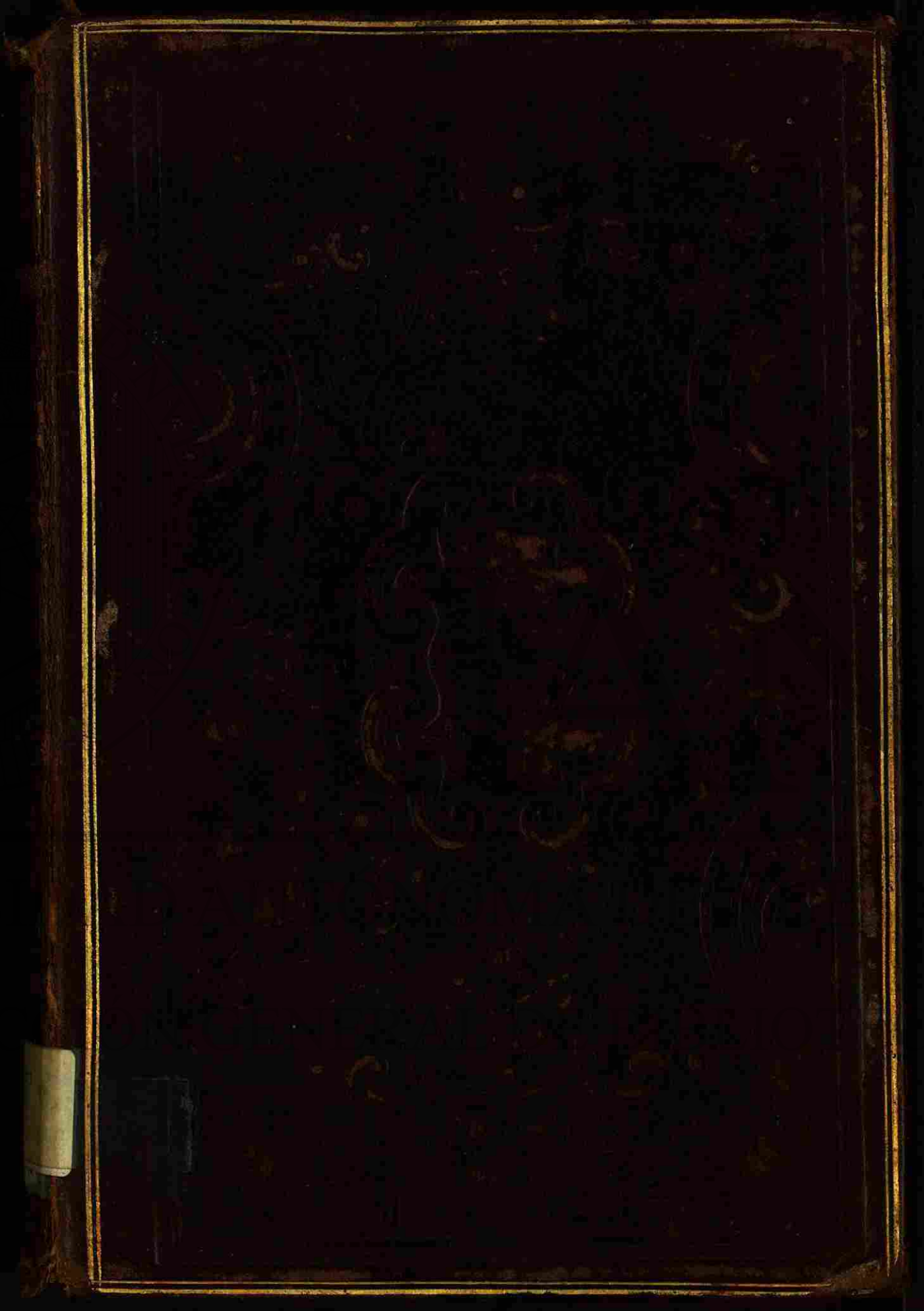




LOS MEXICANOS

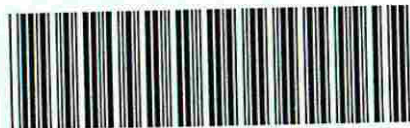
PINTADOS

SI MISMIOS

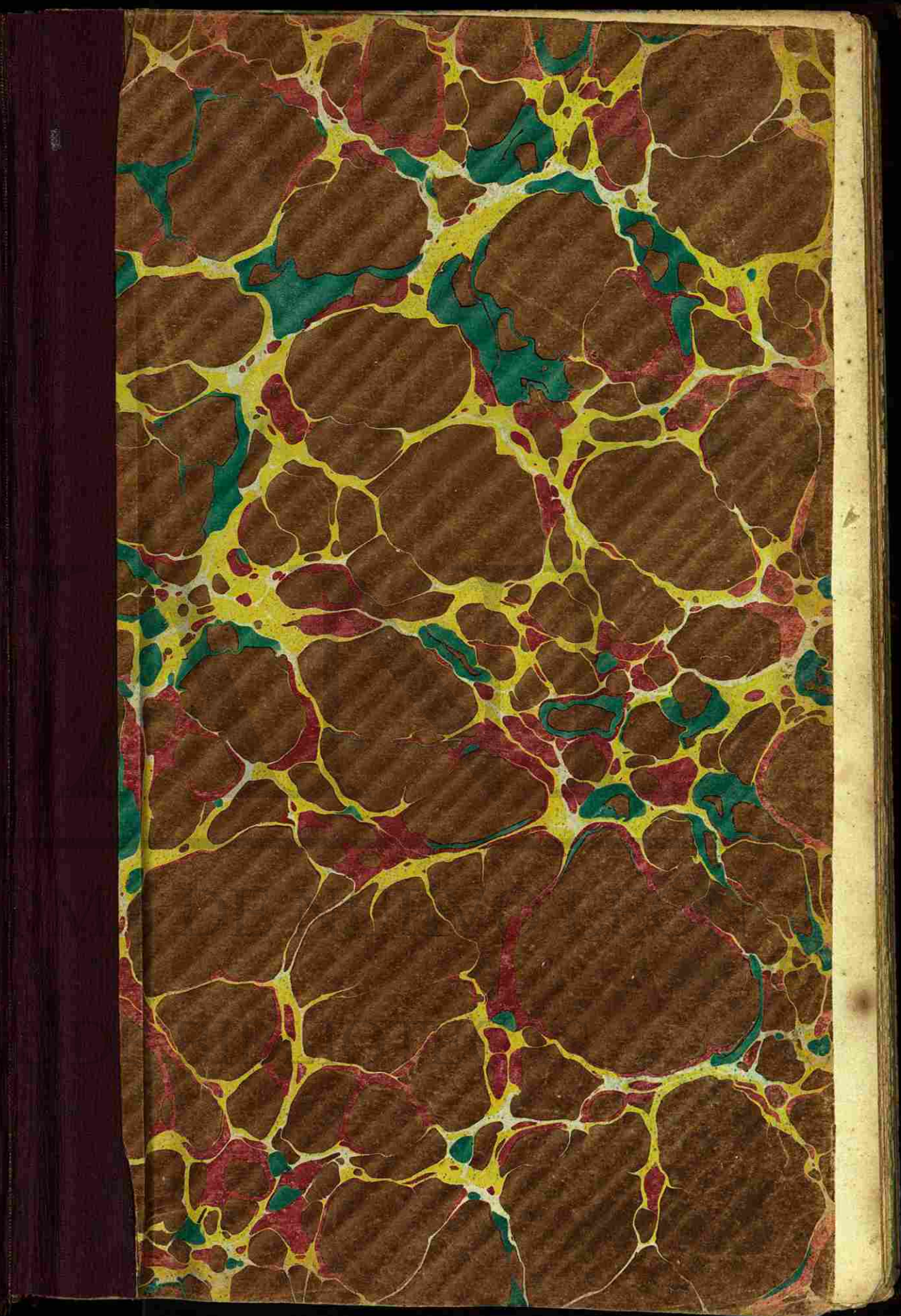
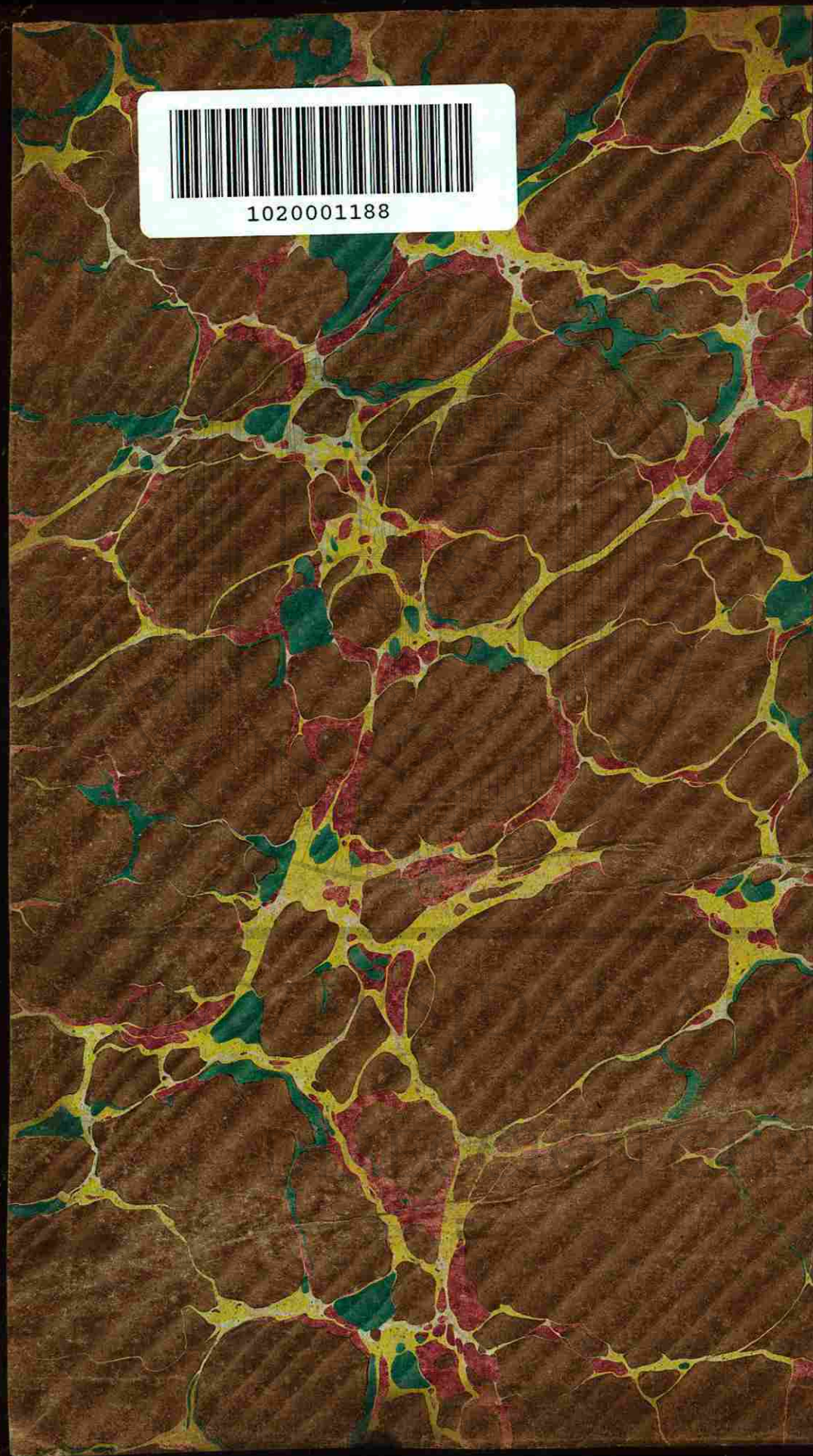
F1213

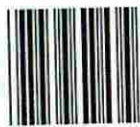
M62

103770

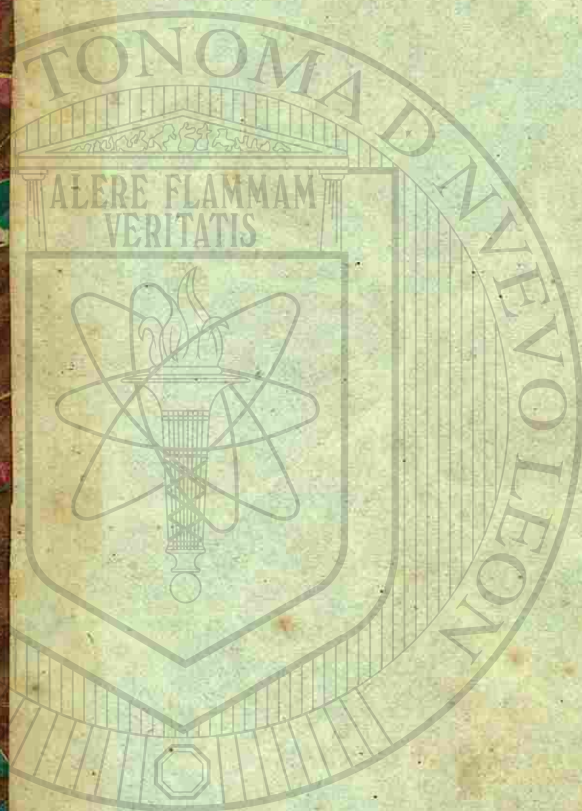


1020001188





10



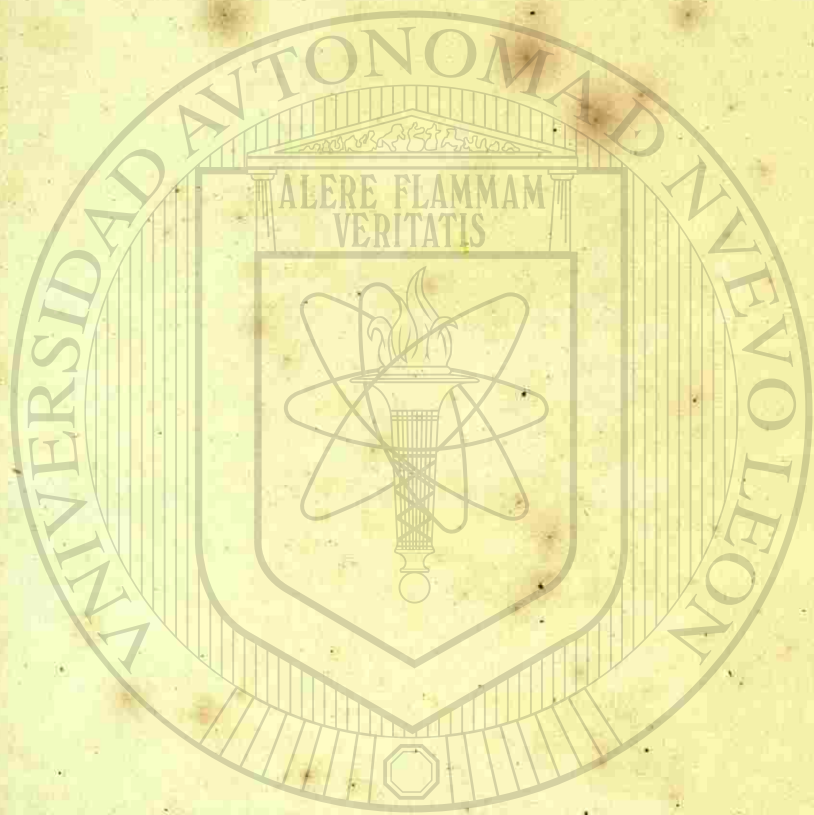
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



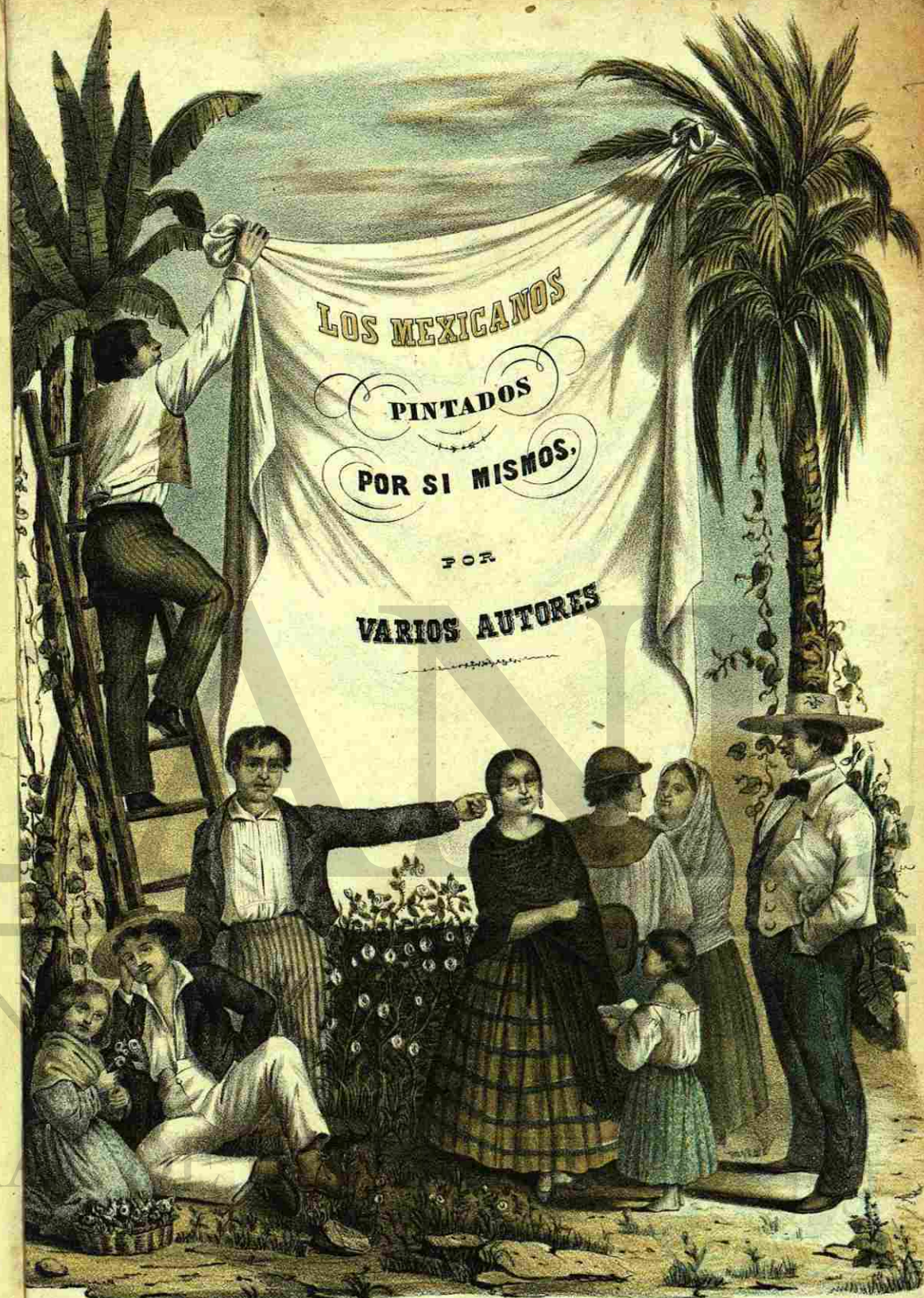
103770



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA



DIRECCIÓN GENERAL



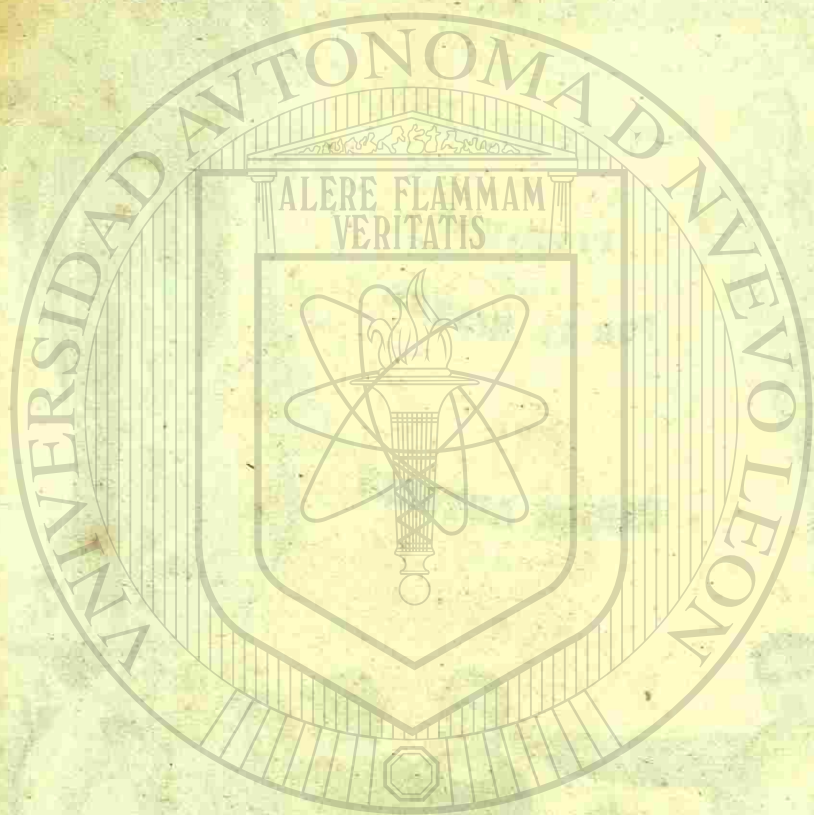
edad del Editor.

EDICION DE M. MURGUIA.

Lit. Portal del Aguila de Oro.

F1213

M62



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

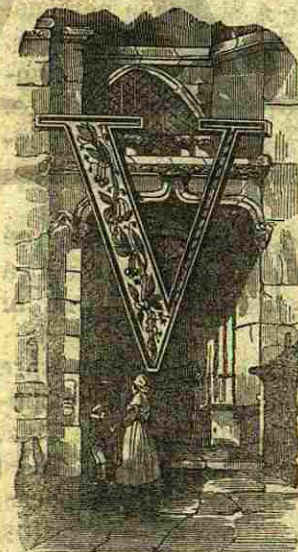


FONDO
FERNANDO DIAZ RAMIREZ

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



EL AGUADOR.



ENCIDO por la tentación de escribir algo; sentado frente á mi bufete, los anteojos calados, la pluma cortada y el papel dispuesto, me preparaba á escribir mi artículo intitulado el *Aguador*, cuando me acordé, misero de mí, que sabía tanto de los modismos y lenguaje de mi héroe, como del chino. Por fortuna oí el paso lento y grave que me anunciaba la llegada de mi Neptuno. Pasó junto á mi puerta mesurado y quieto como los versos de un romántico, y llegó á la azotehuela, adonde vació su agua; recibió el importe de su trabajo de ocho días, sin murmurar en nada, y sin dudar ni un momento de la buena fé de mi criada, depositaria de los *colorines* ó *patoles*, que había dejado en su poder: porque, cosa rara, mientras medio mundo desconfía del otro medio, el aguador, con una delicadeza no

comun, recibe sin discusion esos granos, especie de bonos, mas legales mil veces que las libranzas de un comerciante. Esperé con impaciencia que concluyera su acuátil trabajo, y cuando pasó, al salir, frente á la puerta de mi gabinete, le grité:

—Ven acá, Trinidad.

—Mándeme su mercé.

—Siéntate en esa silla y cuéntame la vida que llevas.

—Imposible, amo: son las siete de la mañana y mis patroncitas se me enojan. Hoy es día de correr y no parar de la fuente á la calle y de la calle á la fuente. Además, amito, que eso de decir mi vida, no sé *pa* qué le pueda servir á su mercé.

—De mucho, Trinidad. Calcula, hijo, que hoy los mexicanos hemos dado en pintarnos á nosotros mismos: ¿comprendes?

—No señor.

—Pues ni lo comprendas. Lo que te atañe saber es que tú, como mexicano, tienes que dar al público tus costumbres, tus hábitos, tus vicios, tus cualidades, todo, en fin, lo que te es peculiar ó propio, tienes que contárselo al mundo entero: hasta una estampa se ha hecho adonde estás pintiparado, tal como eres, para que todos te conozcan. Ahora bien; como tú no puedes escribir ó hacer tu retrato, yo me he apropiado esa obligacion; pero necesito que me des datos, que me informes de todo lo que te concierna, para poder escribir tu artículo é imprimirle.

—Pero señor amo, si yo no quiero que me impriman. Y otra cosa hay tambien, que yo no tengo nada que contarle á su buena persona, porque mi vida es *tan ansina que hasta es gana*. Mire su mercé, señor. Toda la mañana trabajo, en la tardecita acabo lo que no pude cumplir, y en la noche con mi muger y mis hijos nos pasamos bien el rato.

—Pues bien, Trinidad, tú debes tener una curiosa coleccion de anécdotas y epigramas muy picantes y naturales á tu oficio, con lo cual podré contar al público tu vida toda.

—Por ahora no, y con su permiso me retiró, ó me espone su mercé á perder mis marchantes. Prometo volver al medio día para decir á su mercé todo lo que guste. Y sin decir mas, salió Trinidad de mi gabinete, dejándome con un palmo de narices.

Este es el aguador: comedido, entregado al trabajo, casi siempre buen padre y no tan peor esposo, pasa la mitad de su vida con el chochocol á la espalda, como un emblema de las penalidades de la vida, y la otra mitad semi-beodo, pero sin zozobras y sin accidentes. Hace de su miseria un escudo á sus necesidades, y como estas son tan pocas, lo son tambien sus exigencias. Si accidentalmente crecen sus gastos, como cuando espera que su muger lo obsequie con un nuevo hijo, el aguador halla medios de subvenir á todos. Para ello toma á su cargo otras comisiones, como la de asear la calle en ciertos días, algunos

mensajes mas ó menos delicados, y otros agregados á su profesion. Se levanta con la aurora, pone sus ropas, cíñese sus cueros, carga con su chochocol, como carga un marido con su contribucion matrimonial, se cuelga por delante el cantarito, cubierta antes la cabeza con la coqueta gorrita, y encorbado como un elegante con el peso de sus deudas, se dirige pian, pian, á la fuente mas inmediata.

El modo de trasportar el artículo de su comercio, no es igual en todas partes; hay ciertos provincialismos muy notables. En otros lugares de la república tercia en sus hombros un timon encorbado con dos canaladuras en sus extremos, adonde cuelga con dos cuerdas dos cántaros de igual tamaño para poder caminar equilibrado con el peso. En Guanajuato tiene el aguador un cofrade, un burro sobre el cual carga sus garrafas. En Querétaro lleva cuatro cántaros en una carreta de una rueda y cuatro piés; pero sea como fuere, marcha rápido á hacer sus entregas. Ahora, despues de esta pequeña digresion, volvamos á nuestro personaje.

Aquí comienzan sus percances. Puesta la fuente casi siempre en una casa de vecindad, al entrar recibe el aguador una descarga de interpelaciones, á cual mas exigente.

—Maestro, por Dios, ayer dejó al 10 sin agua, y tengo mi cocina sin asear.

—La niña no se bañó ayer por vd.: ¿por qué se le olvidó llenar la tina?

—No me deje sin agua, maestro, no sea perezoso ni olvidadizo.

Y en medio de este fuego graneado, cruza impávido nuestro sacerdote de Neptuno, agachado y sereno, enseñándonos como se debe pasar por la vida, arrostrando el qué dirán. Surtidos ya sus cántaros, sube y baja escaleras, va y vuelve, llevando al diluvio en sus lomos, como el gigante Titan los cargó allá en aquellos tiempos, conduciendo encerrada, á fuer de nube, la indispensable y fecunda agua que ha de regar salas, gabinetes y cocinas, agua no muy clara algunas veces. Para el aguador se rompe el velo de lo doméstico, el *sanctasanctorum* de un retrete, todo lo osa pisar con sus zapatos claveteados y lodosos: mudo testigo de las escenas privadas de las familias que lo ocupan, no dá mas garantía para que le confien lo que solo saben los confesores y las lavanderas, no dá mas garantía que su discrecion. Hay un vulgar refran que dice: "visita de médico:" *viage de aguador* debia decirse, porque nunca permanece tres minutos en una casa.

Pero si el aguador tiene sus enredos y sus dares y tomares con las criadas, entonces prolonga mas su permanencia en la cocina, ocupado en chismes ó murmuraciones. Si no es esto, deja caer el agua á torrentes y con notable estrépito, y sin cuidarse de la niña que le reclama dos ó tres viages para su baño, diciendo un sí liso y llano á la madre que le encarga una criada, sale con mas garbo que Napoleon de

la isla de Elba. Concluye su trabajo, cuenta los *patoles* ó *colorines* que ha dejado en cada viage, para saber, pasados ocho dias, si está amarchantado, cuanto se le debe; cobra su mezquino salario, y se despide para volver al siguiente dia. Infinitas veces hace siempre lo mismo hasta que suenan las doce, hora en que hace su mezquina comida, no sin haber descansado y refrescado antes en la pulquería ó vinatería mas cercana. Casi nunca come en su casa: su activa mujer lo espera con la canasta tapada con una servilletita en el pasillo del zaguan de la casa donde se surte de agua. Y allí reunido con sus compañeros, come con apetito, y sin disgusto de ninguna clase. Su gorra le sirve de almohada, y recargado en su chochocol descansa su siesta en un sueño que nunca tendrán los de la alta clase. En la tarde vuelven á emprender su faena siempre contentos, tanto mas, cuanto que el trabajo es muy corto y solo para las casas de preferencia.

Una ocupacion tiene el aguador, peculiar y propia á su oficio, recomendar su chochocol. Coser el barro, ponerle un parche como lo hace el aguador, solo él lo ha inventado: con una lesna agujera á los lados de la rotura, pasa su puntada y la cierra fuertemente sobre un poco de zulaque.

Antiguamente, y va de cuento, cuando alguno queria pertenecer á la profesion, se cuenta que los aguadores se reunian, tambien por la tarde, para sujetarlo á prueba: esta era de la manera siguiente. Se hacia subir al neófito á una torre vecina, no teniendo aun del traje de aguador mas que la gorrita y los cueros; subia, pues, por la escalera coja y móvil, por lo regular, llevando llenos sus cántaros. Cuando acababa su peligrosa ascension y aparecia en la punta de la torre, los jueces aguadores colocaban en el pórtico y al pié de la torre misma un chochocol vacío. El neófito tenia que llenarlo desde aquella altura, lo que casi siempre lograba, teniendo cuidado de volcar la agua escedente sobre los futuros compañeros. Concluida la ceremonia, era admitido como aguador, ciñendo el vestido propio, colgando el chochocol, y despues celebraban con pulque y mole de guajolote su recepcion. Al dia siguiente comenzaba su trabajo, siempre el mismo, y tal como lo hemos descrito.

En medio de esta monotonía tienen tambien sus dias de holgorio, sus dias de diversion y frasca. Llega la fiesta de la Santa Cruz, y ese dia adornan su fuente, comen en comunidad, tiran cohetes, y tienen música por la noche. Tambien la festividad del Sábado de Gloria es para el pobre aguador uno de sus goces. Compañero de la Chiera á la hora que suena la Gloria, le ayuda á botar al aire las flores, los jarritos de chia, y á desbaratar, como los niños lo hacen de un soplo con sus casitas de naipes, esa especie de capullos efímeros en que se encierra la elegante chiera. Esto mientras no llega algun festivo compañero que terciándole un cuero por la espalda, le recuerda que es

dia de *repicarse la gloria*. Entonces comienza una escena bien repugnante, pero para ellos agradable, en que ambos se contunden á su sabor; algunas veces tiene la *Gloria* un fin trágico, y el puñal sustituye al cuero; pero en loor de la cofradía de aguadores si podemos asegurar á nuestros lectores que esto es muy raro, pues el aguador honrado y pacífico no se deja llevar de sus arrebatos, sino cuando ha bebido mas de lo regular el sabroso colorado ó el mordicante refino. Por lo demas es el aguador un tipo de honradez digno de alabanza. Nacido sin educacion, y sin recibir jamas principios de moralidad, llevado solo de los rectos impulsos de su corazon, le cobra amor al trabajo, nunca falta á sus deberes ni al servir á sus parroquianos, ni como padre de familia....

En esto iba cuando golpearon en mi puerta con fuerza, y casi al momento entró, sin mas ceremonia, Trinidad el aguador. De sus cántaros solo las asas traia; con los vestidos desgarrados, sumamente pálido y con los lábios algo ensangrentados, se me presentó delante.

—Qué ha sucedido?

—Una desgracia, Señor amo.

—Tú acabas de reñir?

—No Señor; el viejo fraudero que vive aquí adelante es el que me ha puesto en este estado. Su mercé que sabe escribir me hará el favor de acompañarme al juzgado para dar mi queja.

—Pero cuéntame eso, Trinidad.

—Voy Señor; pero en Dios y en mi madre y por los méritos de mi difunto hijo juro á su persona que le voy á contar la verdad.

—Bien Trinidad, bien: vamos adelante.

—Pues ha de estar su mercé en que ese viejo ladron tiene una hija mas linda que esa estampa que está ahí colgada.

—¡Hombre!

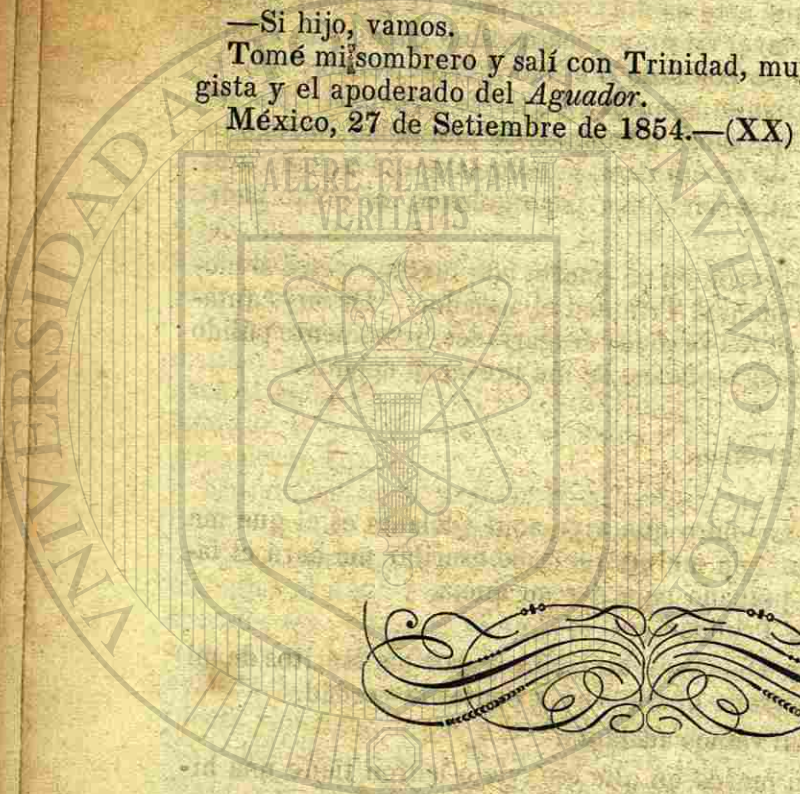
—Le rondaba la calle un D. Chuchito, que Dios perdone, muchacho pobre que vive en un cuarto bajo, junto á mi comadre Lola: yo no sé de donde la haya cojido el enamorado de cobacha para vestirse bien, el caso es que á la niña no le pareció tan peorcitos los cuartos del chico. El padre que solo dejará *matrimoniar* á su hija con algun ricote usurero como él, comenzó á ver mal al que *desinquieta* á la hija. Los palómitos no pudiendo hablarse se valieron de mí para que les trajera y llevara. Yo, Señor amo, jamas me he metido en esos cuentos; pero tanto me lloró la niñita, que condescendí. En mi primer viaje me estrellé! Estaba dándole una carta del niño Jesusito, cuando el malvado viejo salió de su gabinete. Arrebató la carta, gritó y pateó, y lo peor de todo, me echó por la escalera, la que bajé acompañado de los pedazos de mis cántaros y en medio de los chorros de agua

con gran risa de los criados. Llamaron diurnos y hay un escándalo terrible: yo me refugié aquí, para rogar á su mercé, por los besitos que le dió su mamá, que me acompañe á responder, sino querran llevarme á la cárcel y yo nunca he ido á esos lugares. ¿No quiere su mercé, amito?

—Si hijo, vamos.

Tomé mi sombrero y salí con Trinidad, muy contento de ser apolo-
gista y el apoderado del *Aguador*.

México, 27 de Setiembre de 1854.—(XX)



U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



H. Prieto, litog.

Lito de Murguía y C^{ta}.

LA CHIERA.



LA CHIERA.



A *Chiera*, como la golondrina, solo en tiempo de verano aparece en nuestro suelo. Su vida pública es ligera y fugaz como la de la mariposa, y lo mismo que á esta siempre la veremos entre aromas y entre flores; siempre inquieta y vivaracha empeñada en aprovechar los dias que dura su aparicion efímera. Mas por muy pasajera que sea su aparicion; por corto que sea el tiempo durante el cual la *Chiera* se exhibe, no por eso su retrato deja de ser difícil y peliagudo, como el de toda hembra que tiene sus dares y tomares con el público. ¡Cáspita! me encuentro, lector mio, con mas ganas de presentarte el tipo de un cosaco, que no el de la personilla cuyo nombre encabeza el presente artículo. . . . Sí; porque esa mujer es una cuestion viviente; un problema cuya incógnita se halla envuelta entre la misma *chiera* y el oficio que ejerce.

Espliquémonos un poco mas.

La *Chiera* pretende tener una cualidad que ninguna muger ha ambicionado, contando por supuesto desde nuestra madre Eva. Es una muger escepcional; una hembra que no tiene conciencia de lo que dice, y si la tiene, sus palabras, sus ofertas deben ser necesariamente un sarcasmo, una amarga ironía arrojada á las barbas del sexo masculino; sobre todo cuando las susodichas ofertas y palabras son hechas y dichas por una *Chiera* de 18 Añiles; risueña como la estacion en que aparece; tan linda como sus flores; tan fresca como ellas, y tan *sin espinas* como sus amapolas escarlatas. Una *chiera* de este jaez es una sirena domesticada, un juglar hembra, una muger temible que pretende comunicarnos lo que menos puede dar!—Y no me salgan Vdes. ahora con que soy un visionario, un meticoloso, y que no sé lo que me digo. Examinemos primero cual es la mision que desempeña ese insecto precioso oculto entre las flores, y entonces podrán decir Vdes. si tengo ó no razon.—Veamos:

¡El oficio de la *chiera* es refrescar!

¡Lelos se han quedado Vdes.!—Eh? qué tal? Habrá hija de Eva que haya tenido alguna vez semejante estravagancia? Paréceme que no, y de lo contrario *Montauriol* fuera un mal peluquero, *Celine* una costurera de municion, y *Palacios* un zapatero de viejo. Esta es por lo menos mi opinion, y querer convencerme, de lo contrario seria lo mismo que hacerme creer que las piernas y talones no me sirven para andar.

Pero prescindamos de si la *Chiera* puede ó no cumplir lo que promete; esto es, si puede refrescar al prójimo, ó incendiarle con el auxilio de sus flores, sus negros ojos y sus monerías. Dejemos, pues, esta cuestion para los *hombres-termómetros*, (especie que algun dia daremos á luz), y examinemos á la criatura refrigeradora que nos sirve de tipo.

El Carnaval con sus disfraces, cascabeles y chillidos de rata, acaba de pasar para no volver sino como los recaudadores de diezmos, despues de pasado un año. En los dias del mes de Marzo, en que será preciso suponer que nos hallamos, el sol comienza á levantarse mas temprano para los que no tienen palco en la ópera, ni vecinos mal casados. El cielo aparece limpio y azulado, y las mañanas, á guisa de chicos de la escuela, se presentan frescas, risueñas y juguetonas, segun ha dicho cierto poeta en estos tiempos de prosa. Pues bien; en una de tales mañanas, si Vdes. se toman la molestia de dar un paseo por las calles de México, se encontrarán, de buenas á primeras, en alguna esquina con media docena de *huacales*, colocados unos sobre otros; algunas ollas, que en caso apurado, podrian servir de baño, y dos ó tres cestos enormes que contienen multitud de flores, vasos, jcaras, azúcar, limones y cantaritos. Semejantes adminículos no son ciertamente bienes mostrencos, sino que tienen una propietaria; propietaria que debe contar de diez y ocho á veinticinco añiles, edad indispensable, si se quiere establecer un comercio activo y lucrativo.

Ahora, si alguno desea ver un poco mas, suspenda su marcha y examine á la dueña de aquellos aparatos, seguro de que no le pesará, pues la personita lo merece. Veamos, que yo tambien me cuento en el número de los curiosos.

Hétela allí: con una rapidez prodigiosa la pequeña mano de la propietaria va cubriendo de esquisitas flores el frente y los costados de su mostrador improvisado. La infatigable criatura es una imágen del movimiento continuo: se afana, se agita, va y viene; da vueltas al rededor de su obra; se retira un poco y examina el efecto que causa el matiz de sus flores, colocadas con cierto arte; vuelve y abandona en el canasto un puñado de amapolas purpurinas y toma otro de dahalias ó de chícharos, que en seguida va colocando en su cortina, matizada con estudiada simetría. En medio de tantos movimientos, la ninfa de las flores ora se inclina á un lado y nos deja ver una cintura flexible y delgada, ceñida por una coqueta banda escarlata; ora hácia el otro y nos muestra el picaresco perfil de una cara zalamera y pecaminosa: en seguida, dando á su cuerpo la longitud posible, procura colgar una sarta de cantaritos en los verdes arcos que adornan su agradable tienda, y entonces nos permite ver el extremo de una pierna perfectamente modelada y un pequeño pié comprimido en un magnífico zapato de raso de color. Luego, por último, en una de sus muchas maniobras la veremos inclinarse hácia el curioso espectador, alelado con tan provocativo espectáculo, y entonces por una mera casualidad observamos su adornada camisa, blanca como el azúcar, pero cuya camisa holgada está construida de modo que no embarace el continuo movimiento de su dueño.... Oh! en este instante, carísimo lector, despues de lo que has visto, puedes dar la vuelta y seguir tu camino: de no hacerlo, te espones á perder muy pronto los estribos....!

Esta es la *Chiera*; ésta la que hace poco hemos comparado con la mariposa, llena de movimiento, de encantos y de vida. Pero esa misma muger, pasada una hora, habrá concluido su laboriosa tarea, y colocada tras de su florido aparato, mostrándote su carita risueña al través de sus vasos llenos de esmeraldas, ópalo y topacios líquidos; esa misma muger, repito, con cierto aire candoroso y con acento acaramelado te dirá: *Chía, orchata, limon, piña, tamarindo, ¿qué toma usted, mi alma? Pase usted á refrescar!*

Ahora, que se me pudra la lengua si hay un alma de cántaro, de esas muy inflamables, que se refresque con un vaso de *chía*, despues de haber estado al sol media hora observando tan incitantes aparatos! Sin embargo, preciso es allegarse al *puesto* para examinar mas de cerca aquella tentacion. La sed que antes acaso ó no existia en el individuo, ó si existia era de otro género, ahora se va aumentando á medida que el espectador se aproxima á la linda fuente donde piensa apagarla. Este es el momento en que la *Chiera* redobla sus afanes.

Apenas ve venir su parroquiano, cuando con mas empeño lanza al aire la letanía de sus refrigerantes, y aun no bien el sediento llega al puesto cuando ya la Chiera ostenta un vaso en la una mano, y una jícara roja y plateada en la otra: repite su consabida canción, terminada con el provocativo: *¿qué toma usted mi alma?* y en seguida, veloz como el viento, saca con la jícara de una de las ollas cierta cantidad de agua fuertemente azucarada; la echa en el vaso; la mezcla con la *chía* ú orchata, ó bien con una infusión de piña, limón, ó tamarindo, y en un abrir y cerrar de ojos le presenta á su *marchante* un todo tan completo, unido y amalgamado, que causaría envidia al matrimonio mas pacífico. El bebedor, antes de beber, bebiendo, y despues de haber bebido, no quita la vista de la Chiera, y conoce que si por la boca le ha entrado un refrigerante, por los ojos se le ha filtrado una cosa parecida al alquitran. Exasperado al ver que la Chiera permanece indiferente á las miradas, el comprador, si es *inflamable* y hombre que no se da por derrotado, aprovecha la ocasión al poner medio real en manos de la Chiera, y obtiene entonces.... una muequilla desdenosa que le deja boquiabierto!

Por fortuna, no todas las Chieras son flores ó mariposas, ni todas tienen piés pequeños, zapatos de raso, ni camisas de alfeñique. Las hay de todas clases y condiciones, menos viejas por supuesto, porque éstas muy bien conocen el efecto que causaría un murciélago plantado en un florero seductor.

La Chiera no es planta que solo vegeta en las esquinas, no; en éstas y en los portales, en las plazas y zaguanes, en cualquier sitio, en fin, puede colocar su trono de amapolas esta diosa de la frescura, desplegando en él mas ó menos esplendor; pero siempre sin alterar la sustancia de su fresquísimo aparato. Por eso verán vdes. que los puestos de las Chieras son como los periódicos; solo cambian en la *cabeza*: en cuanto al *fondo*, todos son lo mismo. En efecto, de los puestos unos terminan en un arco de flores colocado al frente; otros lo tienen en el mismo punto, y ademas en las partes laterales; otros, en fin, están resguardados de los rayos del sol por un ligero sombrero de lienzo, ramas ó prosaico *petate*, y los mas no tienen otro pabellon que el del cielo.

La estación de las Chieras comienza con la cuaresma y termina poco despues de la Semana Mayor. En los dias santos se multiplican las vendedoras de *chía*: las nuevas cofrades ostentan mayor lujo, y establecen su comercio mas en grande, improvisando salones en la plaza principal, y llenando éstos de asientos, no muy cómodos, para los consumidores. Sin embargo, seremos justos: en los dias de la Semana Santa, cuando una lluvia de fuego se desprende del cielo, se experimenta una verdadera delicia al penetrar en uno de tales puestos y tomarse una jícara de *chía* con limón, ó un vaso de espumosa orchata.

Tiempos atras, los jóvenes calaveras y elegantes pasaban parte de la noche en aquellos frescos recintos, bebiendo *chía* y rompiendo vasos; mas hoy jamás penetra en ellos la gente de alta alcurnia, y solo están reservados para el pueblo y alguna persona de la clase media. La aristocracia tiene su Chiera por separado, ó por mejor decir, la tenía, supuesto que ha terminado su carrera y pasado al otro mundo en el presente año, la célebre Chiera del portal de las Flores; muger afortunada y aristócrata, que hacia detener los coches enfrente de su puesto, y que los elegantes, impacientes y quisquillosos en la fonda y el café, esperasen allí sumisos que la Chiera despachase diez parroquianos para que á ellos les llegara su turno refrigerante. Esta Chiera fué la escepcion de la regla en todo y por todo. No pregonaba sus *aguas frescas*; no prometia á sus marchantes masculinos lo que ella sí podia cumplir, con el auxilio de su esquisita orchata; desterró de su puesto los arcos de adorno y los cantaritos para regalar á niños y mugeres; el número de las molenderas de pepita de melón, colocadas á los piés de la Chiera afortunada, era mayor; y en suma, no se podia llamarla mariposa, por ser su vida pública de mas larga duracion....

En la mayor parte de las poblaciones de la república es conocida la Chiera, cuyas aguas, sobre todo en Querétaro, son superiores á las que con tanto afán se pregonan en Méjico. El tipo en aquellos mundos de Dios sufre algunas variaciones, y decirse puede que son mundos al revés, supuesto que hay lechuzas que habitan entre flores, y que no cantan, conociendo sin duda que sus graznidos causarían una especie de motin, en el cual no se cerrarian las puertas, sino los bolsillos.

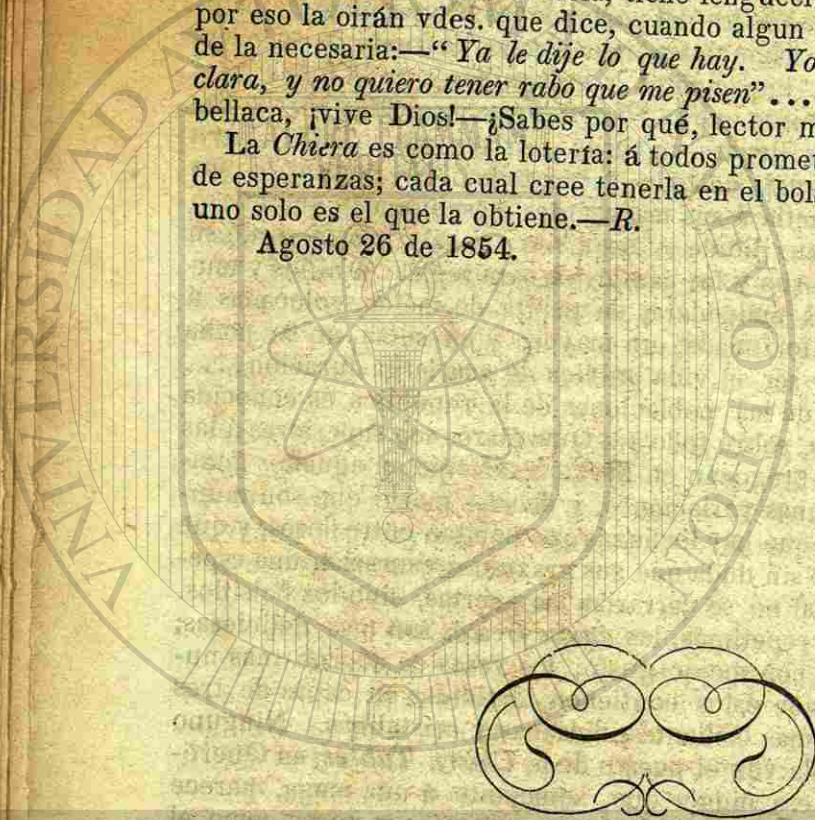
Pero en cambio, lo repetimos, las *aguas frescas* son mas deliciosas; los puestos matizados con mejor gusto; los vasos de adorno mas numerosos, y las aguas que éstos contienen, divididas en capas de tres y cuatro colores, son mas brillantes, diáfanas y cristalinas. Ninguno que haya visto una sola vez el puesto de la Chiera *Tulitas*, en Querétaro, podrá olvidar á esa muger que, semejante á una maga, parece que ha encerrado al iris dentro de sus vasos limpios y puros como el diamante.

Hasta aquí hemos intentado presentar el tipo de la Chiera; *tipo esencialmente mejicano*, y que solo se parece un poco, segun nuestra humilde opinion, al vendedor de aguaducho [*aquaiolo*] en Nápoles. Tampoco la tienda de la Chiera puede compararse del todo con el tipo italiano, por faltarle á nuestra *chía* los barriles movibles, la nieve, las pinturas extravagantes, las manos colosales y las flamantes banderolas que adornan la tienda del aguaducho. La semejanza solo consiste en que éste y la *chía* se espenden á pleno viento. Hecha esta pequeña digresion, terminemos nuestro artículo.

Decíamos haber intentado presentar el tipo de la Chiera en el tiempo en que merece tal nombre, á causa de darse en espectáculo. Mas,

la cuaresma pasa; la *Chiera* desaparece, y entonces el buscarla seria lo mismo que buscar un grano de chíá en un saco de mostaza, ó un vagabundo cometa en el espacio; y aun seria mas difícil que lo segundo, porque la *Chiera* no tiene *raño*, y si lo tiene, hasta ahora nadie se lo ha visto, aclaracion que hacemos en descargo de nuestra conciencia. Pero á falta de cola, tiene lengüecita mas de la regular, y por eso la oirán vdes. que dice, cuando algun caluroso tiene mas sed de la necesaria:—"Ya le dije lo que hay. Yo soy tan fea como tan clara, y no quiero tener *raño* que me pisen"....—Y dice muy bien la bellaca, ¡vive Dios!—¿Sabes por qué, lector mio?—Voy á decírtelo: La *Chiera* es como la lotería: á todos promete mucho; á todos llena de esperanzas; cada cual cree tenerla en el bolsillo, y al fin y al cabo uno solo es el que la obtiene.—R.

Agosto 26 de 1854.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS





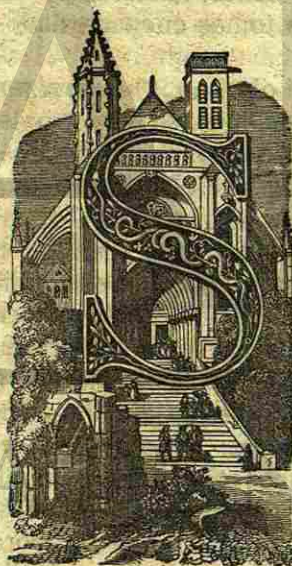
H. Triarte. lit.

Lito de Marguá y C.^{ta}

EL PULQUERO.



EL PULQUERO.



Si un erudito escribiera el presente artículo, comenzaría desde luego enumerando las sustancias que componen al *pulque*, haciéndonos saber sus propiedades diuréticas, si es ó no alimenticio, la parte alcohólica que contiene; y después de todo esto, citando textos y poniendo notas, empeñaría en hacernos saber quién fué el primer Noé que se embriagó con el jugo del *maguay* ó *pita*; si lo tomó en vaso, jícara ó *badáh*, y si esto pasó en el reinado de *Acamapitzin*, ó en tiempo de Cortés y la *Malinchi*.

En seguida compararía el *hidromel* ruso, el *sansou* chino, y la cerveza del inglés con nuestro prosaico y anti-romántico pulque: nos diría como extrae el *calou* del coco el habitante de la India; qué medios emplea el de Persia para formar su *alcol* del jugo de los albrerchigos, y para que tuviéramos mas que agradecerle, nos daría la receta que aplica el tártaro para hacer su *koumios* de la leche de burra. Y no terminarían aquí sus noticias embriagadoras; no, querido lector; porque el estupendo erudito declamaría horriblemente contra la ebrie-

dad; nos citaria á Licurgo que mandó arrancar las viñas; á Dracon que castigaba de muerte la embriaguez, y acabaria por traer á colacion las sociedades de *Templanza* que se han formado en nuestros dias.

Todo esto y algo mas nos diria el soporífico erudito, y acaso nuestros lectores se quedarian á oscuras con respecto al tipo que nos hemos propuesto presentarles; pero en cambio sabrian que en las islas *Tgagrepikgüesthuinks*, que aun están por descubrir, encontrará el viajero magueyes de á 90 piés, uvas del tamaño de las toronjas, y lúpulo de cuyo tronco se podria construir el mástil de un navío!...

¡Ay!... por desgracia, nosotros nada de esto sabemos. Conocemos un poco al *pulquero* en sus diversas especies, esto es, al *pulquero topador*, al idem *vendedor*, y al idem idem *jicarero*. Y que pase el idem con licencia de vdes., porque nuestro entendimiento, duro y rebelde como alma de usurero, no nos permite construir la frase con elegancia mas armónica. Estas tres especies, de las cuales las dos últimas regularmente forman una sola, son todas dignas de examinarse. Pero las mas curiosas, las mas esenciales por tener comunicacion directa con el público, son las dos que por una especie de paradoja algebraica pueden convertirse en una sola. Por tanto, hablaremos del *vendedor* y *jicarero*, considerándoles como dos tomos encuadrados en un solo volumen.—Atencion.

Allí, detras de aquel mostrador húmedo y de olor no *pulquerrimo*, entre él y una batería de cubas de varias dimensiones, se ve un individuo de talante jovial, ojos inteligentes, rápido en sus movimientos, y dispuesto, segun parece, á entablar relaciones con el primero que se le plante enfrente de su nariz chata y un si es no es rojiza.—Bien: ese hombre de tez morena no tiene trazas de ser un ogro temible, ó una viuda verde y rica que ha treinta años llora la muerte de su único marido. Por lo mismo no es un animal devorador, y bien pueden vdes. acercarse un poco mas.—¡Adelante! ahora ya se le ve mejor. Su rostro es algo encendido, sus ojos son brillantes, y su boca, merced á ciertas líneas muy marcadas, manifiesta ser un tanto parlanchina, síntomas y signos que están confirmando aquel adagio: *El que anda entre la miel algo se le pega*.... Ciertó es que el pulque no es miel; pero guárdenos Dios de negarle sus propiedades *pegajosas*! Además, nuestro hombre es un poco obeso y mofetudo; y esto que corrobora nuestro adagio, indica tambien que la *templanza* no es el fuerte del individuo, cuyo vientre, semejante al asiento de un timbal, revela que nuestro prójimo es víctima de la industria que emplea para vender la sustancia de sus cubas *corregida* y *aumentada*, bien que si la vende así, es sin duda porque nunca olvida aquello de:

“El pulquero que lo entiende,
Mas agua que pulque vende.”

Ahora en qué quedamos? Conocen vdes. un poco mas al personaje semidibujado hasta aquí? Corrientes! ya dijimos su nombre: es nuestro tipo, el *vendedor* de pulques, y el que por tal motivo merece el nombre de *pulquero*. Sigámosle mirando, pues no es persona capaz de incomodarse porque le hemos colocado tras el lente de nuestra linterna mágica. Adelante.

Su traje es bien sencillo. Modesto en sus vestidos, el *pulquero* tiene la dicha de no impedir la salvacion de sastres y vendedores de ropa, cosa de que no pueden gloriarse las mugeres y los *pollos*. Y no piensen vdes. que si tiene tal dicha es porque mira tambien por la salvacion de sus bolsillos; no, señores; nada de eso. El *pulquero* es gastador y liberal como el que lo fuere, y *no se tienta la alma para tirar un peso*.... pero eso sí; cuando llega la ocasion; mas como de esta señora se dice que es calva, quizá por la maldita vergüenza muy rara vez se le presenta al *pulquero*. Las que á él se le plantan por delante, y muchas veces en el dia, son *ocasiones*, cosa en verdad muy distinta, y tanto como lo es el plural del singular. Entonces el *pulquero* se aprovecha de ellas, y pronto van vdes. á saber de qué manera.

Son las siete de la mañana. Nuestro hombre acaba de abrir su pulquería, y ya detras del mostrador se ocupa en colgar de un clavo su sombrero de ala ancha y forrado de hule: en seguida se despoja de la chaqueta de modesto lienzo; se levanta las mangas de la camisa hasta el codo, dejando descubierto todo el brazo, y acaba de prepararse para vender el pulque, poniéndose un mandil de cotanza ó *gerga*, escudo que resguarda á la camisa y al ancho pantalon ó calzonera, de los ataques de la suciedad. Apenas el *pulquero* ha terminado semejante maniobra, cuando un eterno bostezo, acompañado de un esperazamiento, viene á revelar la magnitud de la obra que nuestro hombre va á emprender, y la cual consiste en disponer las tinas para recibir el *pulque fresco*.—Mas, ¡oh fortuna! la primera ocasion se le presenta al *pulquero*, y no es hombre que la deja escapar.

—Amito?

—Qué hay? Buenos dias.

—¡Qué frio hace, señor!

—Tienes frio, eh? Y eso que ya habrás *hecho* dos veces la *manana*!....

—No, señor amo; reviente si lo he probado.—¿No fregamos las tinajas, patroncito?

—Hombre! si ya las iba yo á fregar.

—No le hace, señor; yo quiero calentarme un poco....

El infeliz acomedido, hombre de la hez del pueblo, miserable y casi desnudo, emprende gozoso su tarea con la esperanza de comunicar á su cuerpo otra temperatura por medio de un vaso de pulque agrio, suficiente recompensa de sus servicios! En tanto el *pulquero* se ocupa

en limpiar el mostrador y en lavar los vasos que han de servirle para el despacho. Una vez terminada esta operacion, y dispuestas ya las tinajas, el *vendedor* le concede algun reposo á su cuerpo fatigado, sentándose con un aplomo digno del musulman mas sibarita, y en tal estado permanece algun tiempo, pensando si en el dia se *castigará* bastante al pulque en el *vaseo*, y cuyo castigo aumentará las ganancias de nuestro hombre.—Mas, derrepente el *pulquero* levanta la cabeza y escucha con la mayor atencion. Sí; no hay duda: ha oido un rumor que ha interrumpido sus cálculos, y que á cada instante se oye mas cercano: ruido alarmante, inquietador, tremendo; ruido que para el que no lo conoce, anuncia grandes cosas, prodigios y maravillas: ruido, en fin, que podemos comparar á aquel que las mas veces precede á ciertas notabilidades europeas.... ¡oh! la comparacion no puede ser mas exacta! porque al fin del cuento, y despues de tanto ruido, faramalla y estrépito, se nos van presentando.... ¡las *mulas* que conducen el pulque á la casilla! Pero no tengan vdes. cuidado. El chasco no es tan atroz; porque al fin estos animales son del pais, y en verdad mas pasaderos que algunas *mulas* que nos vienen de ultramar!....

El *topador*, personage encargado de recibir ó comprar el pulque en la garita, si es que el dueño de la pulquería no tiene rancho, y de conducir el mejor líquido á las casillas mas privilegiadas; el topador, repetimos, es el primer personage que en esta escena toma la palabra.

—Oiga, D *Aguado*: aquí tiene ya su condenacion!

—Oh amigo; cuando usted la da es porque le queda todavía al diablo para dar y prestar á los cristianos.

—Déjese de eso! ya sabe que yo no robo al prójimo.... Andele, que yo como de mi trabajo y todavía me voy....—Mira, animal, ataja aquella mula.

—Y qué tal viene el pulque, eh?

—Qué tal viene? Oh! yo lo entiendo como *naide*. El pulque está hoy que ni la leche que maman los angelitos en el cielo.

—Hombre, de veras?

—Como lo oye; pero mire, ya le dije....

—¡Uf!!! este cubo no tiene fondo! esclama el *arriero*, que ha comenzado á medir el pulque.

—Cierto, dice el *topador*, hay puede caber un *tinacal*.

—Mentira! grita el *pulquero*. El cubo tiene los 60 cuartillos muy cabales.... Pero no.... esperen vdes. me equivoqué: he tomado uno por otro.... Este, este es el de los 60.

El *pulquero* saca otro cubo que contiene dos cuartillos mas cuando menos, y todo el mundo queda en paz, porque tales *picudeces* (palabra técnica) deben disimularse, supuesto que el *topador* ha desplumado antes á los arrieros, y estos al dueño del *tinacal*, mezclándole al pulque en el camino cierta cantidad de agua, que yendo y viniendo dias hace

la fortuna de los médicos. Y no piensen vdes. que esa manera de *adicionar* al pulque ó *bautizarle* sea una preocupacion, una creencia vulgar como la de los antojos de las *mugeres interesantes*, no señores: vdes. convendrán en que si hoy nos azotan varias plagas, no son por fortuna las que atormentaron á Faraon; y sin embargo, se cuenta que algunas veces al entregar el pulque los arrieros al *vendedor*, observa este con asombro algunos pescaditos y zapillos que se encuentran en el líquido, sin que en tal prodigio haya tenido parte la vara de Moises. El pulquero tiene sus puntas de naturalista, y sabe muy bien que semejantes vivientes no se crían en el *cajete* de un maguey.

Aquí es preciso hacer una pequeña digresion para que no juzguen mal de la inteligencia del arriero aquellos que no conocen sus costumbres. Efectivamente, cualquiera diria: ¿cómo es tan torpe el arriero que no vé en el agua los testigos vivientes que mas tarde han de revelar las trampillas del conductor? Y ese cualquiera diria muy bien, si ignoraba que los arrieros conducen el pulque á la capital durante la noche, y que enmedio de las tinieblas lo *bautizan*. El arriero no es *nictálope*, y precisamente por no serlo se le ocurrió al dueño de un tinacal, probar la fidelidad de sus conductores mandando teñir de rojo el agua de cierto pozo donde se sospechaba que el pulque recibia el primer sacramento. ¡Diablo! es una fatalidad no pertenecer al género lechuzal! Dicho y hecho: al entregar el pulque al dia siguiente, el arriero vió con asombro salir de la *bota* ó pellejo un chorro.... no blanco, segun era de esperarse, sino sonrosado, encendido, pudoroso; ni mas ni menos que si el maldito líquido conociera la vergüenza y se ruborizara por haber renegado de la raza de Israel, dejando de ser judío!

El infeliz conductor atribuyó el prodigio á los hechizos de una bruja mal queriente: el pulquero semi-ilustrado, vió la parodia de la primera plaga de Egipto; pero el dueño del rancho por desgracia no vió brujas ni prodigios, sino solo la necesidad que habia de mudar de conductor. Probablemente alguno de los pozos de Sacualco, fué el que tuvo parte en el eposodio que acabamos de relatar, pues los arrieros cuando están de broma se quitan el sombrero al pasar frente á aquel sitio. Pregunten vdes. la causa de tal veneracion, y al punto responderán los conductores que allí está situado el santo *bautisterio*. Segun ellos, el agua de dichos pozos *aboca* el pulque admirablemente, y, ¡cosa rara! en México no se toma con agrado cuando se vende puro en las casillas.

Una vez terminada la operacion de recibir el pulque por el *vendedor*, toma este una cuartilla de papel sucio y arrugado, coge la pluma, ó por mejor decir, la empuña, y sobre el mostrador pone la boleta que dá al arriero. Este documento, ya que no podemos presentarlo original á nuestros lectores, para que admiraran los trazos caligráficos

del pulquero, lo copiaremos al menos para que sirva de estudio, si no á los paléógrafos, siquiera á los que desearan conocer algo la ortografía de nuestro personage. Dice la boleta:

“Midió el arriero *Balentin del poso*
siete cu bos de pulque de Agua,
Lulco en esta pulquería de las
pesca dorras. Hoy 27 de Otubre del
mismo año.— *Al vino Aguado.*”

Nuestro hombre, que ya sabemos se llama Albino Aguado, contempla satisfecho su obra, juzgándola digna del mejor pendolista; en seguida se llega á la pared; raspa un poco de caliche que recibe en el papel, lo estienda á guisa de arenilla, y concluye dándole al conductor la boleta para que pueda cobrar su flete. El arriero se aleja con sus mulas y aun no se pierde el ruido estrepitoso y al parecer burlon producido por los cencerros de la recua sonora, cuando ya nuestro hombre está *refrescando* el pulque del día anterior, cuya operacion consiste en mezclarle al *agrio* mas ó menos cantidad del licor fresco, de lo cual resulta el pulque conocido por los inteligentes con el nombre de *abocado*. En seguida pasa el *vendedor* á probar ya el pulque *macho*, ya el *hembra*, ya la *campechana*, que resulta de la union de ambos; y como vdes. habrán oido decir que de grano en grano llena la gallina el buche, y que varios poquitos forman un mucho, cuando el pulquero acaba de arreglar sus pulques se encuentra con el buche bien repleto, y con la cabeza llena de esperanzas é ilusiones....

El pulquero saca su honorario (*honrosa* es la profesion) segun lo que vende: un real en cada cubo. Así es que para ganar 10 reales en el día tiene que vender la friolera de ¡600 cuartillos! ni mas ni menos. El ministro de Baco que cuenta semejante dicha bien puede pagar un *jicarero*, individuo que desempeña los oficios enunciados hasta aquí, menos poner la boleta, emplear las *picudeces* para esquilar á los arrieros, ni recibir el dinero que produce el espendio. Entonces merece el nombre de *vendedor*; mas por desgracia no todas las cavidades parciales de los estómagos amarchantados en la pulquería, forman la cavidad total y necesaria para contener 600 cuartillos de líquido. Entonces el *vendedor* y *jicarero* son uno mismo, tal como hemos presentado el héroe de nuestro artículo. Pero entonces tambien el pulquero se sabe aprovechar mejor de aquellas ocasiones de que ya hemos hablado.

Los marchantes comienzan á llegar: el *cantareo*, nombre que se da á la venta de pulque llevado á las casas, compite con el *vaseo*, palabra que indica el espendio del líquido consumido en la pulquería por los mismos bebedores. En el primer despacho la medida es justa y cabal, y por consiguiente el pulquero sale como él mismo dice: *pié con*

bola; esto es, sin ganar otra cosa que el consabido real en cada cubo. Mas en el *vaseo*.... ¡Oh! aquí nuestro hombre tiene vinculado su mayorazgo; allí está su fuente de riqueza, su mina inagotable y siempre en bonanza. Figúrense vdes. que llega un individuo á tomarse medio de pulque: si este individuo llevara un cántaro, fácilmente podría conducir en él los tres cuartillos, poco menos, de ordenanza. Pero no señor, el marchante no lleva otra vasija que su estómago, y seria asesinarle querer que de buenas á primeras se echara á pechos aquella cantidad de líquido. Por lo mismo, el *vendedor* le presenta un vaso que contiene á lo sumo cuartillo y medio, y el resto para el completo de los tres, va á aumentar el tesoro del pulquero. En cambio, el pulque es mas *cristiano*, aunque en el *bautismo* recibió menos cantidad de agua. Otra ventaja trae el *vaseo* que no tiene el *cantareo*: en este los muchachos compradores exigen las *panochitas* ó las figuras de barro, cebo necesario para atraer marchantes á la casilla, mientras que en aquel, los consumidores suelen obsequiar al vendedor ya con las sabrosas *chilupitas* ó *enchiladas* que la india vende en la puerta de la casilla, ó ya con el sobrante de la fruta que compró el parroquiano para tomarse un vaso de pulque *curado* con tuna, guayaba, naranja, piña ó chirimoya. El pulquero no toma fruta; pero su muger *Mariquita* se muere por ella; y luego, le instan tanto para que tome alguna cosa, que al fin se decide, solo por obsequiar en la noche á su mitad querida; y esto es muy cierto, aunque poco despues lo vean vdes. engullir lo que le han dado, con indecible satisfaccion de sus quijadas.

Así pasa la vida nuestro personage, siempre alegre, siempre de buen humor y siempre buscando los medios para atraer parroquianos y subir las ventas, hasta elevar su casilla al rango y fama de la celebrada pulquería del *Cuernito*. Para conseguirlo, el pulquero pinta con frecuencia su tienda; y no hay heroína de novela, ni personage popular, ni animal raro cuyas efigies no adornen las paredes de la pulquería. *Esmeralda* con su cabrita, el célebre *Gaviño* matando un toro, la *china* poblana y hasta las flores animadas de *Grandeville*, han invadido el recinto del pulquero, para llamar la atencion de los marchantes; y no es nada difícil que al día siguiente de aparecido el *Antecristo*, se vea el retrato de este famoso personage instalado en la casilla del pulquero, y con su respectivo verso al pié; porque eso sí; nuestro personage es poeta, y hace sus versos como todo hombre á quien de vez en cuando le es permitido *inspirarse*, ó se le suelen *subir los humos á la cabeza*.

Hoy el pulquero tiene un enemigo formidable, y que bien puede llamarle su *república vecina*. Este individuo es el cervecero, cuya maldita cerveza ha desalojado al pulque de las mesas aristocráticas, compite con él en la clase media, y tiene ya algunos adeptos entre el pueblo bajo. Esceptuando al fabricante del *brebage intruso*, el pul-

quero vive en paz con todo el mundo, y va pasando sus dias encerrado en su casilla desde las siete de la mañana hasta las oraciones de la noche. Su único afan es aumentar su fortuna, cosa que por desgracia no consigue, y regularmente muere en la miseria, sin dejar tras de sí un recuerdo ni un nombre esclarecido. Ay! jamas habrán visto vdes. grabado en una losa funeraria el nombre del pulquero. Pero hoy, en justa recompensa de haberle presentado al público, y al dejarle ya descansar, le suplico al cajista me ayude á conservar la memoria de nuestro hombre, poniendo con las versales mas grandes que se encuentre:

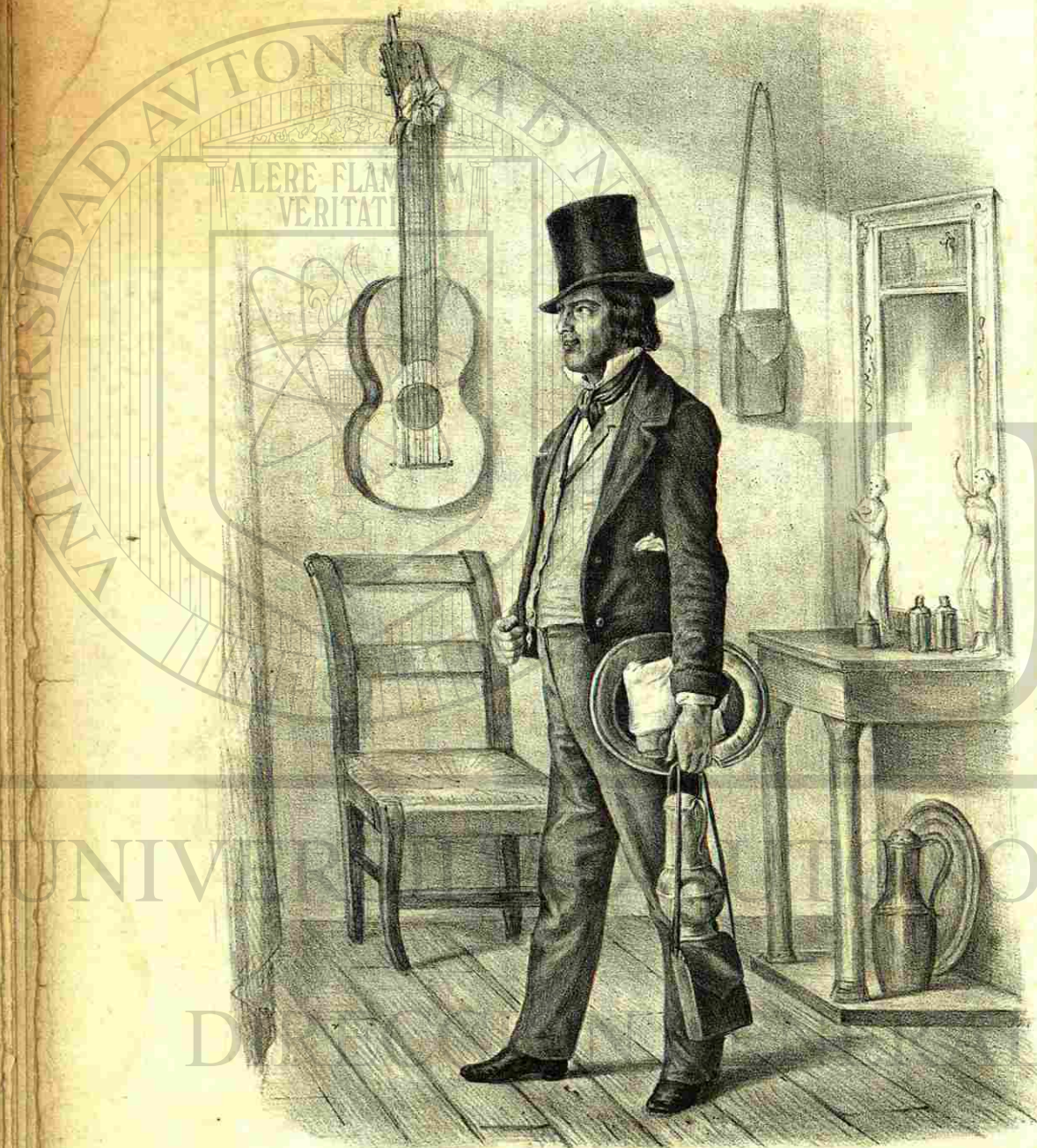
AQUI DESCANSA YA

ALBINO AGUADO,

VENDEDOR DE PULQUES.

México, Octubre de 1854.—I.

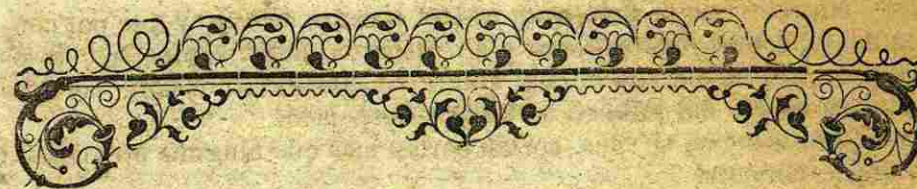




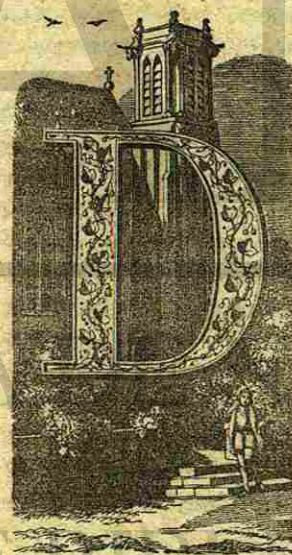
H. Iriarte litó

Diseño de M. Murguía y C.

EL BARBERO.



EL BARBERO.



E seguro se pronuncian, se sublevan se insurreccionan ciertos individuos de la familia *rapadora*, con solo ver el epígrafe del presente artículo!—¡Ese no es escritor! exclamará la raza que tiene por oficio destruir el distintivo exterior que la naturaleza dió al hombre, para distinguirlo del sexo desbarbado, aunque este tambien tiene sus pelillos.—Ese no es escritor, ni conoce las costumbres, ni es capaz de sacramentos, ni. . . ¡Gaznápiro! intruso! evangelista! sabe vd. siquiera el color que tiene la tinta? usted, que quiere escribir artículos sobre el *barbero*. . .? Ven- ga vd. acá, reverendo bárbaro: ¿dónde encuentra vd. hoy al barbero? Vamos; puede vd. mostrárnoslo. Por ventura ignora vd. señor retro- grado, que en estos tiempos ya no hay barberos, aunque sobran bar- bas; y que lo que hay son peluqueros, aunque las pelucas solo se han quedado para los cómicos y las gentes que *no tienen un pelo* de ton-

tas? No sabe que la *flebotomía* es hoy nuestra *ciencia*; y que por consiguiente, somos *flebotomianos* y no barberos; nombre prosaico, insonoro, nauseabundo, con el cual quiera vd. presentarnos ante las respetables barbas del público barbudo y despejado?

—Pero señores, si vdes. cortan barbas mas que ninguna otra cosa...!

—Ciertamente!

—Vdes. jamas hacen pelucas.

—Muy bien dicho!

—Ni siquiera las peinan, porque no las hay en nuestros dias.

—Y qué?

—Ademas, vdes. pegan ventosas, curan caústicos, aplican sanguijuelas, y de vez en cuando hacen el oficio de los verdugos de santa Apolonia.

—Cabalito! Adelante.

—Cómo adelante....?

—Sí; prosiga vd.

—No hay para qué. He dicho ya cuanto tenia.

—Ah, tunante! Con toda malicia se deja vd. en el tintero lo de flebotomianos....!

—Flebotomianos....? ¡diantre! Luego quiere decir que.... eso es; claro está! *Flebotomía* es.... la *ciencia de hacer pelucas*!

—Uf! blasfemia!

—Sacrilegio!

—Fuera el escritorzuelo bárbaro!

—Sí, sí; fuera el estúpido, el necio, el....!

He aquí, compasivo lector, el ruido que probablemente me buscaré por presentarte al Sr. *Flebotomiano* bajo el nombre con que allá en nuestras mocedades le conocimos, esto es, con el de *barbero* ó *rapacachetes*. Hoy quiere le llamen flebotomiano, y á fé que no deja de tener razon, pues flebotomía, como todo el mundo sabe, es el arte del *sangrador*, y no hay duda que el barbero sangra, aunque pocas veces en el sentido genuino de la palabra sangrar, y muchas en el figurado ó metafórico. En efecto, *chupar* sangre, que para mí es lo mismo que sacarla, quiere decir en sentido figurado y familiar: *Ir sacando la hacienda agena*, &c. ¿Y quién no conoce que las sangrías, sanguijuelas y ventosas, no son otra cosa que remedios especiales para aliviar al prójimo del peso de los bolsillos? Ademas, todo hijo de vecino sabe hace mucho tiempo

“Que todo aquel que es barbero

Se va subiendo á las barbas:

Al que *tiene pelo*, sientan,

Y al *pelado* lo levantan.”

Está visto: puesto que á nuestro personaje le conviene en parte el

nombre de *flebotomiano*, llámenle así los que gusten, que yo seguiré llamándole *barbero*, aunque el tal nombre indique falta de respeto hacia la clase barberil. En verdad no puedo tratarle con mas miramiento, por la misma razon que tenia cierta vieja para no respetar á un S. Crispulo por haber conocido antes el árbol del cual el escultor hizo la efigie; y lo mismo que la vieja decia al santo, diré yo á mi hombre:

Como ayer te ví naranjo

Hoy no te puedo adorar!

Entremos en materia.—No hace muchos años todavía, cualquiera ente barbudo que trataba de hacer de su edad un descuento aparente de diez Diciembres (los Abriles pertenecen á las niñas), dirigia sus pasos hacia una puertecilla cerrada con un par de celosías pintadas de azul ó verde, y algunas líneas coloradas. El dueño de la casa, apenas miraba al través de las celosías las varias secciones del cuerpo del visitante, corria apresurado para introducir al nuevo parroquiano, el cual tomaba asiento á instancias del amo de la casa, y despues de que le habian suplicado esperase un momento. Por supuesto, lector, ya has adivinado que hablamos de la tienda de un barbero, y que cuando este suplica al parroquiano lo espere *un momento*, es porque se halla en el *ejercicio de sus funciones*, y que por consiguiente se trata de esperar un cuarto de hora. Pues bien; supongamos que tú eres el que espera que lo *rapen*, y yo el que están *rapando*. Véamos entretanto la barbería, tal cual se hallaba hace algunos años.

Era una pieza cuadrada de cuatro varas por lado. Multitud de estampas, baratijas y figuras de papel recortado adornaban las paredes. Aquello parecia ya un campo de batalla segun las inmensas columnas de soldados: ya un remedo de la arca de Noé si se atendia á la muchedumbre de animales de diversas especies: ya, en fin, una parodia del juicio final, si se observaba aquel confuso desorden de animales bípedos y cuadrúpedos, sobre los que descollaban las imágenes del Salvador y algunos santos colocados á mayor altura enfrente de la puerta; siendo digno de notarse que los leones y corderos, los tigres y las palomas de papel se hallaban colocados á la derecha, es decir, en el sitio de los escogidos, mientras que los racionales ocupaban la izquierda, lugar destinado para los réprobos. Al pié de las imágenes se dibujaba en la pared, semejante á un murciélago de alas estendidas, el estuche de negro y grasiendo cordoban, que contenia hasta una docena de navajas, que sin duda tuvieron la honra de afeitar á las huestes de Cortés. En la misma línea, y siempre descendiendo, se veia una mesa sobre la cual se hallaban algunas ventosas, dos botes de hojadelata con pomadas de limon y torongil, y algunos instrumentos para divorciar á dientes y muelas de las mandíbulas de algun paciente. En fin, la gui-

tarra, compañera inseparable del barbero, pendia de un clavo fijo en la pared: frente á la puerta se hallaba la piedra de amolar, y al pié del aparato que la sostenia, amarrado un gallo, íntimo amigo del señor rapa-cachetes.

Segun lo dicho hasta aquí, parece que se trata de presentar el tipo de una barbería y no el del *barbero*. Pero se engaña, por mi fé, quien tal piense! Todo el mundo sabe que por el hilo se saca el ovillo, y la carta por el sobrescrito. Ahora bien: habiendo presentado la *cubierta* del *barbero* se infiere fácilmente lo que será un hijo de Adán inclinado á gallos y guitarras, á muñecos y baratijas, á la novedad y al desórden.

Zumbon, decidor y bullicioso; alegre, parlanchin y semi-ilustrado; un *hombre telégrafo*, segun la velocidad con que reparte noticias entre sus vecinos; una gaceta viviente; un *noticioso de ambos mundos* en carne y hueso; estuche de chismes, almacen de crónicas, inagotable arsenal de episodios, última edicion refundida de *Entre col y col lechuga*: he aquí lo que era el admirable personaje que nos ocupa! Y hemos dicho lo que *era* y no lo que *es*, porque, lo decimos con dolor, el *barbero* y la *barbería* salvadas algunas escepciones, no son hoy lo que fueron en otros tiempos no muy lejanos ciertamente. En efecto:

Las celosías cayeron de la puerta, y se entronizaron las vidrieras.

La cortina blanca y trasparente se apareció como un telon detras de la vidriera, ocultando el drama interior á los espectadores de la calle.

La guitarra fué reemplazada por las novelas de Süe, Dumas y D'Arincourt.

Las pomadas de *limon* y *torongil* huyeron ante el *aceite de oso*, el *macassar* y la *bandolina*.

Las figuras de papel no quisieron ver su imágen en los espejos de marco dorado.

Los animales de la arca cedieron su puesto á las estatuas de yeso.

La piedra de amolar escabullóse avergonzada.

El gallo levantó el vuelo.

Y por último, el mismo *barbero* se convirtió en *flebotomiano*.

Ahora, si la barbería y sus adminículos tuvieron su cambio, tambien lo ha sufrido el barbero tanto en lo moral como en lo físico. Algunos restos, sin embargo, nos quedan del primer tipo; restos desiertos y errantes como el pueblo judío, y confinados en la plazuela del Factor, en los suburbios de la capital, y en algunas ciudades y pueblos del interior. Dejémoslos ya por lo tanto en su pacífico retiro: baste lo dicho respecto de ellos, y ocupémonos en presentar al *barbero flebotomiano*, segun Dios nos dé á entender.

Para conseguir mejor nuestro propósito, preciso es no olvidar que si el barbero ha sufrido su cambio, no ha sido tal que haya perdido enteramente sus costumbres, caracteres y rasgos primitivos. ¿Ni por

qué los habia de perder! ¡Bueno es eso! La moda puede invadir la barbería, sus accesorios, los afeites de su dueño, los vestidos de éste, etc. etc., pero modificar la lengua del barbero, obligarla á permanecer en reposo y á no hablar del prójimo, esto creemos no lo hubiera conseguido ni el mismo filósofo que tenia á sus discípulos cinco años aprendiendo la ciencia de callar, cosa que un sabio de nuestros dias conseguiria en dos minutos, aplicando la siguiente regla y su respectiva escepcion, á saber:

A todo individuo á quien se pretenda enseñar el difícil arte ó ciencia de callar, échesele abajo la lengua.

Esceptuánse de la regla anterior las individuos y los barberos.

Segun esto, lector, ya conocerás que es del todo imposible la transformacion completa de nuestro tipo: para mas convencerte de esta verdad desearia presentarte algunas escenas del barbero; pero mi pluma suspende su giro ante tamaña empresa, y conózco que solo conseguiria aumentar el número de necedades hasta aquí estampadas en letras de molde. En cambio te daré algunas noticias del señor flebotomiano encargado de conservar la *policia* de mi rostro.

Mi hombre dijo: Aquí me planto á *segar barbas*; y de hecho se plantó en la calle H. es decir, en cualquiera, pues para ejercer la profesión no se necesita andar como el cazador, buscando el sitio en que mas abundan los conejos y los gansos; no por cierto: el barbero encuentra gansos y conejos en todas partes, y casi siempre en abundancia. Una vez elegido el local preciso fué ditinguirlo de las demas casas, y avisarle al público que allí debia enterar su contribucion semanal ó bisemanal, cosa que nuestro personaje consiguió poniendo en letras muy grandes, arriba de la puerta de la calle, el prosaico nombre que le cupo en suerte por haber nacido en el dia de Santa Bárbara. Helo aquí:

BÁRBARO VERDUGO DE LA QUIJADA,

FLEBOTOMIANO.

Allí, pues, quedó instalado á la disposicion de vdes., y sobre todo de la mia, que soy su antiguo parroquiano, y cada semana precisamente me deja los cachetes tan limpios y lustrosos como las posaderas de un nene rollizo y bien acondicionado.

Mi barbero,— que bien puede llamarse el barbero de todos, ó todos

los barberos, supuesto que le presento como tipo,—es un término medio entre lo antiguo y lo moderno, entre la moda pasada y la reinante. Viste pantalon y chaqueta de lienzo entre semana, y ambas cosas de paño en los domingos, sin que por eso deje en los dias clásicos de encasquillar su persona en una levita, pieza la mas querida del guarda ropa del barbero. En tales dias el sombrero de ala ancha y copa baja suele tambien ceder el puesto al sombrero alto; y la bota polvosa ó el deslustrado zapaton recibir una doble mano de bola para quitar en lo posible las señales que revelan al ingrato becerrillo. Por consiguiente, el hombre que se da bola, que ama la levita y adorna su cabeza con sombrero alto, no debe estar reñido con el reloj, así es que los últimos hijos de *Ings* y *Evans* han encontrado asilo en los bolsillos del chaleco barberil.

Cuando yo visito al maestro *Quijada* regularmente es en dias comunes, de suerte que le hallo en traje ordinario, cosa que no debe sentirse, supuesto que al paso que se halla menos aprisionado en los vestidos, tiene la lengua mas suelta en la boca. Apenas me ve llegar cuando abandona las ollas de sanguijuelas á quienes mudaba el agua. Al mismo tiempo me saluda de un modo que indica su satisfaccion por tener un parroquiano como yo, cuyo flaco es el saber vidas ajenas: en seguida me aproxima el sillón, me coloca los paños, y despues de las consabidas preguntas de si el agua está buena y la navaja no lastima, pasa cariñosamente su dedo pequeño por mis quijadas para repartir en ellas la espuma del jabon, y comienza á cortar barbas con la navaja, y á destrozár al prójimo con la lengua.

El barbero es precisamente el hombre de quien decirse puede, y con razon, *que no se para en pelillos!*

Creemos haberle llamado ya una gaceta viviente, ó lo que es igual, *el hombre periódico*. Veamos si tuvimos razon para ello.

Comienza el maestro *Quijada* lamentándose de lo malo que están los tiempos, y lo poco que hoy produce el oficio barberil: reniega de los que se afeitan solos y les ve como un obstáculo para engrandecer al país, y un golpe mortal para la industria. Sabe que se ha construido una máquina para afeitar, y atribuye su invencion á un nuevo Heródes que pretende degollar á los inocentes que se pongan en el sangriento y diabólico aparato; y sigue hablando sobre barbas y bigotes; y no encuentra el por qué si estos se rapan no sucede lo mismo con otras cosas capaces de ser rapadas, moda que produciria mil bienes, y entre otros el de hacer que los maridos celosos vivieran tranquilos con solo rapar á sus envidiadas mitades los cabellos, las pestañas y las cejas. Con semejante manera de discurrir nuestro personaje me espeta un artículo sobre barbas y bigotes que bien puede llamarse *ARTICULO DE FONDO* precisamente por tener la cualidad indispensable de carecer del *fondo* susodicho.

Luego se desata en elogios tributados á Guillermo el Conquistador, porque protegió el oficio barberil prohibiendo á los bretones se dejasen las barbas. Cree que los barberos debian levantar estatuas á Pedro el Grande por haber mandado que los rusos se rapasen; y maldice á Mahoma, que nunca se rasuró, y reniega de Homero, de Virgilio y de Plinio porque se ocuparon en hablar de las barbas de Nestor, de Mecencio, y de un filósofo de Siria. Y sigue echando bendiciones á Scipion el africano y á Alejandro, y maldiciendo á Carlos V y al famoso Enrique IV.—Por supuesto que noticias tan eruditas no son fruto de la instruccion histórica de nuestro hombre, sino que las adquirió, lo mismo que el articulista, de un periódico que las habia copiado de otro, y este de aquel, etc., etc.; y he aquí las *VARIEDADES* del barbero, á quienes no falta ni el mérito de ser copiadas.

En seguida me refiere las noticias mas recientes que ha adquirido con respecto á la guerra de Oriente y á los sucesos de España. Sabe que existe un Menschikoff, cuyo nombre erizado de consonantes revela que su dueño no puede menos de ser sino un antropófago temible. Ha oido hablar de Sebastopol y de Cristina, de Espartero y de los rusos; y para nuestro hombre todos son unos porque todos son hijos de Adán, no pudiendo en esta materia distinguir lo blanco de lo negro. Pronto conoce el flebotomiano que no está en su terreno, así es que con la mayor destreza abandona los altos personajes y sucesos de Europa, viniendo á dar en los chismes, enredos y consejas de vecindad, en cuyo fuerte es invencible el locuacísimo barbero. En dos por tres me cuenta que la niña Virginia que vive enfrente hace mucho tiempo que no sale ni para ir á la iglesia, y esto precisamente porque espera que la saquen á misa. A continuacion me informa de como D. Dimas Ladron de Guevara ha metido á su casa las talegas de tres loterías que se ha sacado, sin entrar en ellas. Y sigue por el mismo est lo contándome la crónica escandalosa de la manzana, y con esto y lo dicho antes el barbero forma su *CRONICA EXTRANJERA* y una *GACETILLA* tan abundante que acreditaria el periódico mas próximo á *exhalar su último número*.

Siguen los *AVISOS*, los cuales no terminarian si el maestro *Quijada* acabando de afeitarme y quitándome los paños no interrumpiera su relacion con el *buena salud*, frase de ordenanza y asáz alagadora y cariñosa; pero que bien traducida significa el deseo de que al dia siguiente el parroquiano tenga necesidad de curarse un caústico, sacarse una muela, aplicarse una ventosa, ó cuando menos una gruesa de sanguijuelas en el colodrillo.

Pero hétenme Vds. ya afeitado y dándole su propina al maestro, cosa que él corresponde dándome las gracias, yéndose en seguida á mudar el agua á sus sanguijuelas. Al ver esta operacion, y mientras me arreglo la corbata, tomo mi sombrero y enciendo un cigarro, se

me ocurre que las ideas, los chismes y los embrollos deben agruparse y rebullir en el cráneo del barbero lo mismo ni mas ni menos que las sanguijuelas en sus ollas respectivas. De allí me vino la idea de dar la definición del barbero, esacta en mi concepto, por mas que les pese á lógicos y matemáticos, lo cual me importará un pito, supuesto que cada uno es muy dueño de comprender las cosas y esplicarlas, segun lo agudo ú obtuso de las entendederas que Dios le ha dado. Por tanto, no terminaré mi artículo sin haber definido á mi hombre, sobre todo cuando tengo en mi apoyo para no decir un desatino, aquellos consabidos versos de Zorrilla, que si mal no me acuerdo dicen así:

“Hay pensamientos que en la mente viven
En un rincon de la memoria echados,”

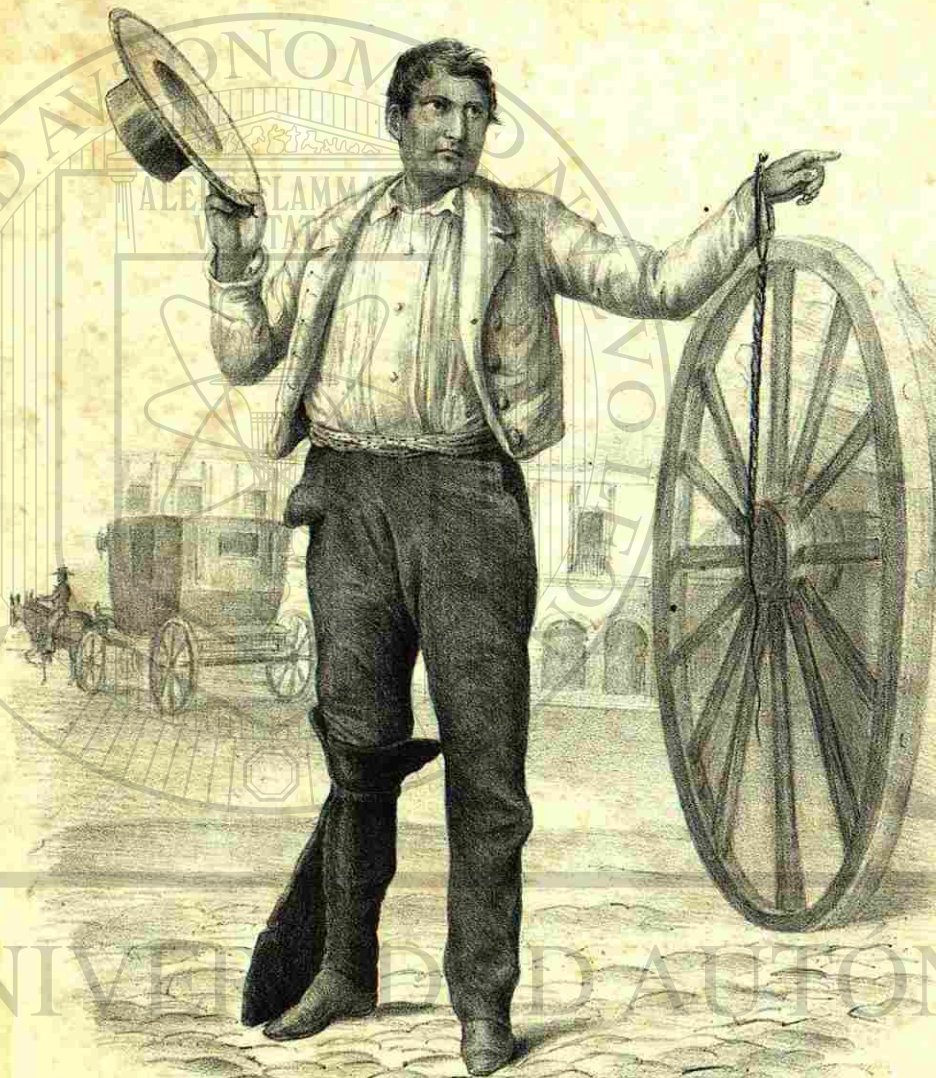
esto es, como si los tales pensamientss fueran un *chinchorro* de cabritos!....

Ahora bien, lector: para concluir te diré que una vez que semejantes bichos pueden habitar en el cerebro, lo cual nos esplica el por qué hay pensamientos tan *animales*, desde luego no parecerá extravagante ni disparatado el que yo defina á mi hombre, diciendo:

El barbero es un hijo de Adan que tiene por cabeza una olla colosal de sanguijuelas, en continuo movimiento.—V.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN[®]
DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS



H. Iriarte lit.

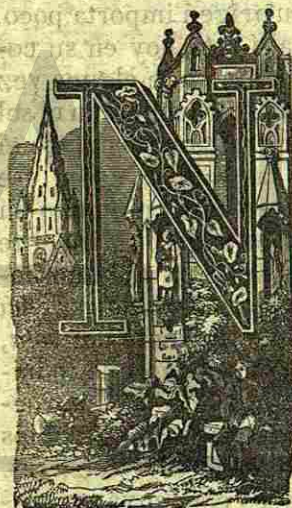
Diseño de M. Murguía y C.

DIRECCIÓN GENERAL DE

EL COCHERO.



EL COCHERO.



NADIE nos negará que *cocheros* ha habido desde que hay coches ó carruajes que conducir, y desde entonces todas las épocas, todos los países han tenido sus Faetones: por consiguiente no es una planta indígena, no es un verdadero tipo, sino que los rasgos que tiene su carácter son mas bien distintivos que calificables. Paris entre otros ha hecho de nuestro héroe dos variedades: el cochero de cabriolé y el de coche simon. En España se conocen al calesero y al cochero propiamente tal, pero nosotros solo uno tenemos, y ya vaya sentado en su vacilante trono, ya cavalgue en un flaco rocín, siempre le decimos cochero: notoria injusticia filológica, no podemos menos de confesarlo, porque hay entre esta numerosa cofradía infinitas variedades, todas con diversas costumbres, con variados trajes y con distintos modos. Es tan notable esta diferencia que al pintar á nuestro héroe no podemos menos de hacer mencion de ella. Comencemos por el cochero de sitio; por este ser genérico que comprende á los demas seres de su clase, que les sirve de origen, y que los encierra á todos: quizá podamos salir avantes en nuestra empresa.

El cochero de sitio es un ente raro, escepcional, inclasificable, que nos hace dudar muchas veces de su identidad con la raza humana. Esta duda viene apoyada en un principio de la historia natural, y es que un parásito es inferior en la escala viviente al ser que lo sostiene. Conociamos al *cryptógamo* en la planta, al *epizoario* del hombre, y la regla no había fallado; pero que el hombre fuese á su vez parásito solo en el cochero lo hemos visto, porque en efecto, perdió casi sus cualidades de hombre, y se unió á su coche como la uña al dedo, y helo ahí que vive con él, por él, en él, y sobre de él. ¡Cuántos maridos quisieran vivir con sus mitades en la union y armonía con que viven un coche y su cochero, y no con las relaciones que existen entre el látigo y las mulas! ¿Pero de dónde viene, preguntará el lector ese hombre prodigioso? ¿cuál es su origen y cuál su procedencia?—Pregunta difícil en verdad de responder, porque un cochero para serlo no necesita haber nacido así ó de aquel modo: id y preguntadle y ni él mismo lo sabrá acaso. Venido de Guanajuato ó Guadalajara, nacido en la capital en un pobre cuarto vecino á una cochera, su origen importa poco. El llegó al rango que ocupa sin saber cómo, y allí está hoy en su coche para servir al público. Sin embargo, si el lector viere alguna vez á un chico semi desnudo, lleno de lodo y estiércol, quemado con el sol y rodando entre las ruedas del coche en receso, revolcándose entre el estiércol y la paja ó jugando entre las patas de las mulas; al ver ese vástago negro y redondo del cochero puedes ver en aquel pimpollo un sucesor de su padre, un cochero inteligente y *busca vidas*. Mira si te engañaste: tiene ese chico siete años y ya sabe poner á la mula un bocado, enganchar, desencuarter y abrir y cerrar la portezuela. Se ha hecho el accesorio necesario del cochero; es el pretendiente del *sota*, y como tal viene en el pescante junto al padre ó al padrino que lo inicia en la profesion: tiene ya alguna cosa á su cargo, humedece las ruedas del carruaje, limpia y alza las guarniciones, da pienso ó agua á los animales, y cuida en fin del aseo y arreglo de cuadras y cocheras. Pronto asciende por sus servicios á *sota*, y entonces comienza sus viajes á Puebla y á la feria, montado en las *guias*, cuidando que no falte sebo en los ejes, que no se descomponga la carga, que no escasen las provisiones en la posada para su caporal, para sus machos y para él. Al fin de tantas fatigas obtiene su premio y asciende á cochero. Este es el hombre tal como lo necesitamos, tal como lo vamos á pintar.

Son las seis y media de la mañana y ya está nuestro personaje cantando con voz ronca y desentonada; alza las mangas de su camisa y en la pileta donde beben agua sus bestias se lava la cara y los brazos: ciñe á su pierna la alta y gruesa bota de cuero, se pone la chaqueta de lienzo si es verano, y de paño azul viejo si es invierno, se encasqueta el ancho sombrero forrado de hule, pasa por su muñeca la correa de su cuarta, monta en la mula de mano y se dirige al sitio.

Coloca allí su coche junto á otros y va á presentarse al administrador; concluido esto solo tiene que esperar el bien de Dios, es decir, un viejo gotoso para conducirlo á su oficina, ó á un reverendo padre que tiene que ir á confesar á quince monjas en distintos conventos, ó (y es lo mas grato para nuestro tipo) llevar á la *Villa*, á *Chapultepec* ó á cualquiera otro sitio de recreo, inmediato á la capital, á una pareja de jóvenes enamorados. Porque el *amor*, preciso es decirlo, es la cucaña del cochero: y no porque el cochero se enamore, sino porque sabe imponerle á Cupido cuando lo tiene á mano una contribucion forzosa, y que en casos posibles escude de lo racional. El cochero ha encontrado en el amor su lado positivo, y en esto se asemeja mucho á las mujeres: lo considera como un tercer animal sin el cual su coche no marcharía ni su caudal subiría, cosa en la que tambien se asemeja á la mujer.

En efecto: ¿cómo no gratificar bien al cochero que ha tenido la condescendencia de conducir á esos dos pichoncitos por calles escusadas, para evitar las miradas de los curiosos ó parientes, ó conocidos? ¿cómo no merecerá una buena propina cuando con tanta esactitud y precaucion ha conducido á una chica al lugar donde la espera su *adjunto*? Y si da el cochero las señas de la casa á donde condujo á cierta niña; si cuenta á un interesado cuanto duró en tal visita aquella otra; si hace mil servicios como estos ó mas importantes que estos, entonces el interés crece de punto y llueven monedas sobre el cochero como fuego en otros tiempos sobre los habitantes de Sodoma y de Gomorra.

Lástima que no solo proteja al amor platónico y espiritual sino que comercie con el amor. . . . ¿cómo diremos? vaya con el amor material, que es lo mas pulcro. En este ramo el cochero tiene rasgos que debían borrarse con fuego; mas por fortuna esa degradacion, ese cinismo y esa inmoralidad no son tan comunes: ademas, como los crímenes y las maldades no forman al tipo, nosotros las hacemos á un lado, y con placer sin duda.

Pero llega la una de la tarde y el cochero dirige su coche á la carrocera porque es hora de comer y de remudar; remudar, cosa necesaria, indispensable, porque aquellos dos desgraciados animales ya no tienen fuerzas ni para *arrastrar su vida*, mucho menos aquella pesada mole. Comerá bien ó mal nuestro hombre; comerán tambien las mulas mal (que es lo mas seguro): nada de esto nos importa, y solo tenemos que decir que al dar las tres de la tarde va la descomunal cónyuge á despertar al cochero, que boca arriba, con los brazos tendidos y la cabeza sobre la copa del sombrero, á guisa de almohada, duerme á pierna suelta y roncando con ese ruido semejante al que forma la misma tempestad, que por fortuna del cochero se anuncia en aquella hora.

—Hijo. . .hijo, despierta que Dios te ayuda.

—¿Qué cosa?

—Cómo que cosa? que ya se viene el cielo abajo, y dentro de un rato caerá un aguacero de esos que te *cuadran* tanto.

Adios sueño y adios pereza: á la mágica voz de aguacero nuestro héroe no se levantó, sino que saltó, y enganchando las mulas con rapidez, si no tiene pretendiente que lo haga, sube sobre su nueva víctima de aquella tarde, y con la lijereza mayor que puede sacarse de aquel inmenso paralelogramo (ó coche) y de aquellos dos prismas (ó mulas) llega á su sitio. La mujer no mentía: el cielo abrió sus senos, el rayo rompió las cataratas de la nube y todo quedó inundado. Ni para el labrador es tan benéfica la lluvia como para el cochero: las lluvias son su elemento, apesar de que es animal terrestre y no del agua; le produce mas un aguacero á nuestro buen chico que al hacendado que posea quinientas fanegas de tierra. Apenas llega á su sitio tenga ó no carga va á sacar su boleta de salida en la administracion respectiva, y desde aquel momento el coche es suyo y suyas las ganancias. Pronto llega un estudiantillo imberbe, tímido y delicado como un alfeñique: se dirige á la portezuela del coche; pero antes de llegarle detiene una voz.

—Para dejar á V. niño? dice el cochero.

—Sí, á la calle de....

—Entonces no, porque está muy lejos.

El estudiante mira para todos lados y no descubre un solo coche: calcula lo que le importará un nuevo traje, sombrero y botas: se decide y dice:

—Pagaré doble.

Mágica palabra, mas segura que el *Sésamo* árabe: no bien la oye el cochero cuando se apresura á abrir su coche, ayuda á subir al escolapio, cierra la portezuela, se envuelve en su capote de hule ó paño, monta en la mula y se echa á trotar por esas calles de Dios (ó lagunas del diablo), llevando á su *amito* encerrado en el coche, dándole mas sacudidas que las que sufrió en la malhadada venta el insigne escudero del inmortal manchego. Antes de un cuarto de hora se para en la casa del chico.

—¿Cuánto?

—Un peso, señor amo.

—¡Un peso!

—Nada menos. Fué la condicion.

No hay mas que callar y pagar.

No paran aquí sus ganancias, estas siguen mientras sigue lloviendo: las calles están convertidas en anchas lagunas, pero á guisa de buen piloto las surca rápida y hábilmente nuestro cochero.

—¿Llevas carga? le pregunta un pobre viejo que con su mujer y sus ocho hijos se habia refugiado en un zaguan.

—Sí, señor.

—Eso no es cierto, demonio! Páratel

Nada: el cochero es sordo, y sin cuidarse de gritos y palmadas, como un mal cómico, arrea mas sus mulas para alejarse de aquel lugar donde le amenazaba una invasion de chicos que le llenarian el coche como al arca de Noé, con animales de toda especie. Pues señor, los dejó gritando; llegó á una esquina y desapareció.

—Párate, le dice un canónigo que al volver de coro le sorprendió el chubasco.

—Voy ocupado, señor amo, tengo un compromiso.

—Hombre, te pagaré bien y te daré buena gratificacion.

—¿Es muy lejos, señor?

—No, á las tres cuadras.

—Vamos, señor: solo por ser su buena persona de vd....

En estas fatigas llega la noche, sin que haya bajado una pulgada el nivel de las aguas que lamen las aceras. El cochero sabe mejor que nadie que hay beneficio en el Teatro Nacional, y el teatro es otra vena que sabe sangrar bien nuestro hombre, en provecho suyo y mal del prójimo.

—Llévanos al teatro.

—Voy por una familia, señor.

—Pero, hombre, no podemos perder nuestros boletos.

—Ni yo mis ganancias,

—¿Cuánto quieres?

—Dos pesos.

—Imbécil, ladron!

El cochero hace sonar su lengua de cierta manera y su látigo, para alejarse.

Hombre, dice uno al otro de los dos *dandys*, es preciso asistir al teatro, pues va Pepita.

—Tienes razon. Cochero, abre; tendrás los dos pesos.

—Voy señor.

Los dos pisaverdes se lanzan dentro del coche y gracias á él llegan al teatro con las botas algo lustrosas aun. El cochero deposita su cargamento en el pórtico del teatro; pero ¡oh fatalidad! la prima dona se ha enfermado y no hay funcion.

—Vuélvenos á llevar, hombre.

—No señor, imposible.

—De paso nos dejas en el *Progreso*, adonde quiera.

—Digo á su mercé que no puedo.

—Te pagaremos mas.

—Me dan sus mercedes un peso?

—Pero....

El cochero arrea y.... no hay mas que conformarse, pagan, suben y nuestro hombre que mejor que nadie sabe fijar á la calva fortuna, y

aprovechar las circunstancias, ha ganado en media hora una regular propina. Así explota toda la noche en comercio mas ó menos ilícitos y pecaminosos.

Proverbiales han sido hasta aquí los chismes del barbero; pero el cochero tambien tiene su libro de crónicas, conoce todos los ramos prohibidos, sabe á las casas de juego, y tiene en las uñas la topografía de la ciudad: sus conocimientos en cronología son muchos, pues recuerda todas las festividades, y sabe todas las fiestas, y cuáles son las que mas le producen. Como en las horas de descanso tiene con sus compañeros diálogos asáz comunicativos y confidenciales y bastante cómicos, (como que han llegado á proverbiales) en ellos amplía sus conocimientos y sus nociones. Esto influye mucho en su carácter: es desconfiado, áspero, cínico, cruel y explotador de todas las humanas miserias. Si hay algunos que carecen de tales cualidades, es esto una verdadera escepcion que no mutila la regla. Salvenos al escribir esto nuestra pequeñez y el anónimo, pues si en revancha de tales verdades nos declarase la guerra la cofradía de cocheros, tendríamos que estar condenados por siempre á marchar á pié. Si diremos que apesar de esto el cochero es un ciudadano pacífico, que solo por costumbre suele medir con su látigo las costillas de un prógimo: que es un buen padre de familias, aunque por hábito ó ignorancia confunda alguna vez á su muger con su mula, y suela aplicarla algunos vapuleos: que es trabajador y no se separa de su coche y su sitio sino cuando una jubilacion ó una enfermedad viene á bajarlo de su mula, la que abandona con dolor porque ha llegado á identificarse con ella. Pero el retrato quedaria incompleto sino oyeran nuestros lectores hablar al cochero.

Circunstancias muy distintas de lo que tratamos hoy; pero no por eso menos interesantes, nos obligaron una de estas frias mañanas de Diciembre á marchar á Tacubaya.

Una sola carretelita habia en la plaza, y con todos sus asientos ya tomados: solo uno quedaba en el pescante: magnífica oportunidad para entrar en amable charla con nuestro cochero.

El látigo describió en el aire su terrible curva y rozó la anca piramidal de los dos caballos tordillos, flacos y encanijados. Ambos vivientes hicieron de tripas corazon y sacando fuerzas de donde no las habia partieron á paso regular, y hétenos aquí, lector, recorriendo esas calles, hombro á hombro y mano á mano con nuestro cochero, cuya lengua desde luego, quisimos poner en movimiento.

—Desde que está establecida la línea para Tacubaya, vds. han ganado mucho?

—No, señor amo. Aunque todo el dia vamos y venimos no se hace nada. Cuando tenia mi simon verde sin pescante, ganaba mas; aquel sí que tenia sus *buscas*.

—Entonces fué mal hecho haber dejado el coche por la carretela?

—Tuve un disgusto con el amo, porque tenia mal genio. ¡Ay de aquel tiempo!

—Por qué no vuelves á él?

—De eso trato. Calcule su mercé que entonces todas eran ganancias. Entre otras recuerdo un dia que llevé á dos recién casaditos á que pagaran sus visitas de boda.

—Eran ricos los novios?

—Sí, señor.

—Pues cómo te ocuparon?

—El novio tenia coche; pero la suegra lo habia necesitado y lo dejó á pié: por eso tuvo que ocurrir á mí.

—Y qué sucedió?

—Que despues de aguardar dos horas en la puerta de la casa ví al fin á los dos pichoncitos bajar la escalera. La niña venia de la mano de su marido, quien la bajaba tan lentamente que parece temia que se *desquebrajara* su muger en un escalon. La niña por su parte exclamaba:

—Sabes qué es muy incómoda esta escalera?

—Dices bien, hijita, debe molestarte.

—No bajes tan aprisa que me duela la cintura.

—No hija.

—Ay! no me veas los piés!

—Pero chula....!

—Mira: he dejado caer el pañuelo.

—Tómalo.

Y en esta faena y con otros *remilgos* descendieron al fin los angelitos. Abrí la portezuela y con mi sembrero en la mano veia aquellos prodigios y chiqueos de la señorita.

—Y era bonita la muchacha?

—Bonita? no amito; era una señora larga como la lanza de mi coche, un poco encanijada, algo caída de agujas y con unos piés que no quiera vd. ver mis sopandas!

—Hombre, tú exageras!

—Señor amo, yo quisiera que vd. la hubiera visto: con decirle á su mercé que cuando se arrimó para subir al coche, mi mula cambuja paró las orejas, se fué pandeando la maldita, y luego pegó un resoplido como si hubiera visto una cosa mala.... ¡Y luego qué cara, señor amo! si parecia una guayaba de amarilla y llena de paño ¡y qué orejas! si mas bien parecian tapaojos. Aquello no era muger, señor. Yo no sé porqué vds. los señores tienen unos gustos.... Y mire vd. el mocito no era de malos bigotes; pero segun *vide* yo, en eso de mugeres era mas inteligente mi mula cambuja.

—Pero, y si esa muger tenia otras cualidades que hacian disimular su fealdad y la hacian recomendable?

—Hum! con esa se salen vds. señor. Pero ha de saber vd. que eso de cualidades está así. . . . que no es nada!

—Hombre, eso es muy aventurado.

—No señor, si de á leguas se conocia que la niña tenia un genio que ya! Si cuando las mugeres conocen que uno las quiere. . . . ¡y luego tan remilgosa!

—Mucho te repugnó.

—Y con razon, señor. Hubiera visto su mercé. Cuando la niña oyó bufar al animal pegó un chillido capaz de reventar las orejas de un artillero: y luego al trepar al estribo, que *aspamientos*, y qué dengues, y qué gestos. . . .!

—Ay! no me aprietes la mano!

—Es para que te apoyes, Prudencita.

Aquel verdugo con enaguas se llamaba Prudencia.

—Maldito estribo! mamá tiene la culpa por haberse llevado mi coche.

—Está portezuela me va á desgarrar el vestido!

—Tonto! cuida por detrás no se me vean los *por abajos*. . . .

Al fin entró aquella muñeca en el coche y se sentó quejándose de lo duro de los asientos. En tanto el marido sudaba la gota gorda, y limpiándose el sudor de la frente, ¡mal agüero! pasando junto al estribo me comenzó á dar las señas de la casa adonde íbamos, cuando la niña le interrumpió:

—Sube al coche á dar la orden, que pareces lacayo.

—Hija, esperaba que te colocaras bien.

—Jesus! Jesus! ya no puedo sufrir mas! Ay! cátese vd. para todo esto!

El marido la obedeció; hechamos á andar. Despues que habian visitado muchas casas fueron á la de unos parientes adonde iban á almorzar. Allí permanecieron algun tiempo, y á no haber tenido el amo el cuidado de que me bajaran de comer, me hubiera dado al diablo. Eso sí, iba á medio comer cuando vi bajar á la niña, la cual tenia jaqueca y queria hacer ejercicio. Tuve que dejar el apetitoso plato y que montar en mi cambuja para seguir andando. Los pichoncitos hicieron algunas visitas todavía; pero la niña seguia mala, se le habia *asqueado el estógeno* y me dió la orden para que la llevara al campo.

—A la *Candelarita*, niña?

—Sí.

Marchamos á la *Candelarita*; adonde al cabo de media hora llegamos. La niña se bajó y comenzó á dar vueltas, en tanto que el marido se deshacia en ofertas, obsequios y cuidados.

—Quieres tomar algo, mi vida.

—Nada; no tengo ganas: apesar de que comí tan poco en casa de tus parientes. ¡Qué comida tan incapaz! Me dió con ella jaqueca.

—Por lo mismo, chula; tomas pato. ¿Sí?

—Mira hombre, la niña quiere pato.

Y la niña se embauló bonitamente un sendo pájaro! y eso que estaba mala!

Pronto se hizo tarde: yo habia entrado á un jacal, mientras ellos paseaban, para visitar unos compadres: cuando volví á mi coche me encontré un cuadro precioso, lo que no me esperaba ciertamente; se lo aseguro á vd.

—¿Qué era aquello?

—Nada: la niña estaba medio desnuda y atada á una rueda; y su marido rodeado de cuatro hombres que lo desplumaban.

Al llegar yo, echaron á correr los ladrones: me acerqué á desatar á aquella Eva y á aquel Adán que en semejante paraíso estaban haciendo la mas triste figura del mundo. Yo fui la serpiente, confieso mi pecado, señor amo; pero habia un celoso que queria vengar eso que vdes. llaman calabazas: y me pagaba muy bien sino impedia yo el chasco que á los novios queria pegar.

—Ay amo! cuánta maldicion, cuánta lágrima y cuánto desmayo! La niña parece que *me comió el trigo*; pues exclamaba diciendo que yo tenia parte en aquel robo, por haberme alejado; mas yo protesté tanto mi inocencia que se suspendió la disputa, volvieron á subir y los llevé á su casa. Fui bien pagado; el niño á escondidas de su muger me dió una buena gratificacion y Dios con todos.

—Y el diablo contigo, dije yo, pidiéndole á Dios me libertase de aquellos chascos en que el cochero toma una parte tan activa.

Llegamos á Tacubaya y cesó el diálogo.

El cochero terminó su charla picante y fecunda en episodios. Nuestro hombre no ha recibido educacion, apenas sabe leer, y esa vivacidad es natural, adquirida en su carrera tan llena de lances y aventuras. Colocado en medio de la sociedad, tiene que aislar muchas veces á algun ciudadano en el centro mismo de la multitud: y como son tantas y tan variadas las veces que hembras y machos buscan esos escondites ambulantes, se multiplican por lo mismo esos casos de conciencia que se fian al cochero. Nada mas cómodo para un trapacero que andar en coche, pues así es mas fácil evadirse de sus acreedores. Nada como un coche para que una niña vaya á sus visitas. Y si es un payo que viene á visitar los lugares comunes públicos de la capital, el cochero se encarga de recibirlo en la casa de diligencias, para llevarlo á la casa ú hotel adonde se ha de hospedar, para iniciarlo despues en los misterios y rincones de la poblacion.

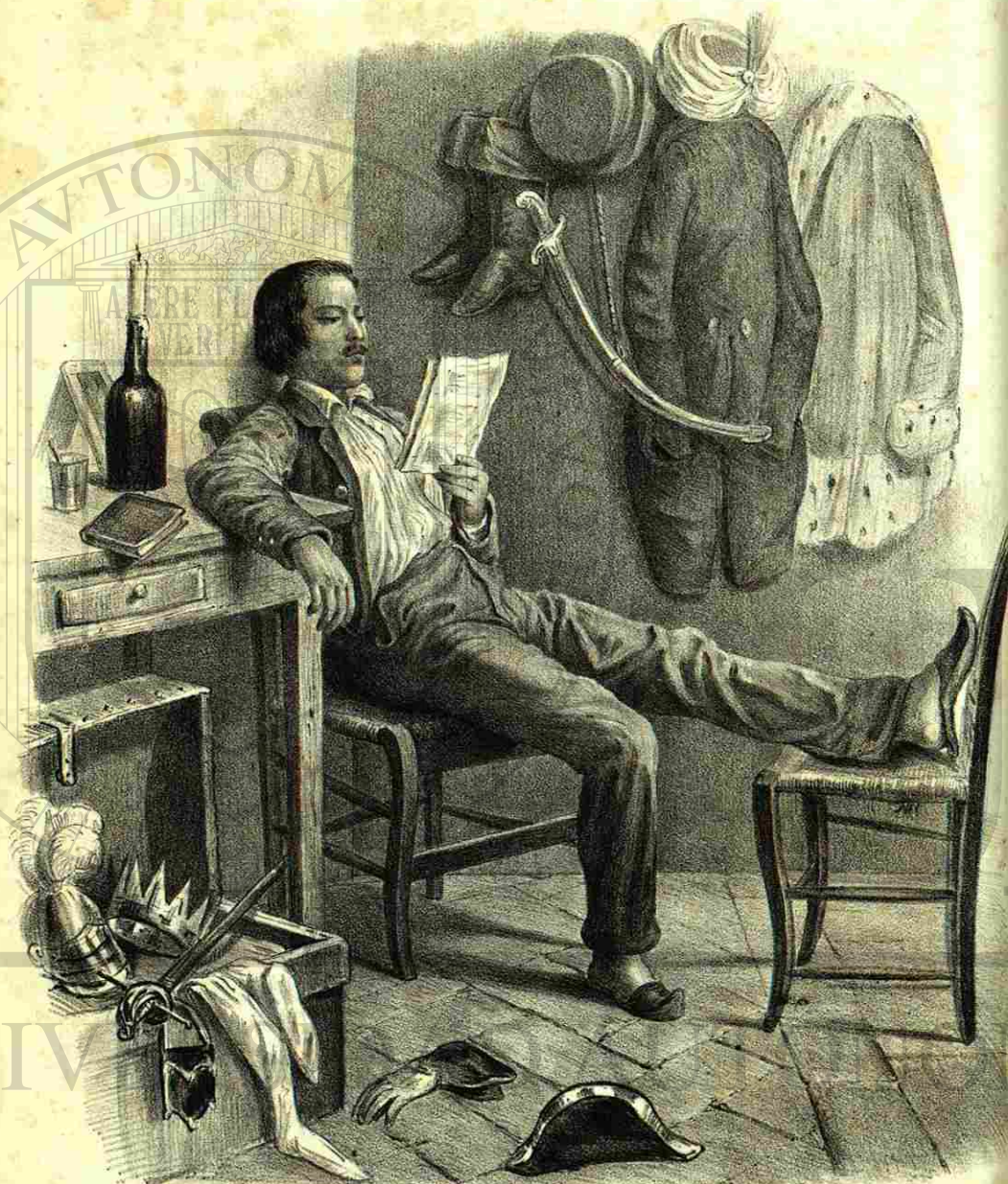
Hay tambien transiciones muy grandes en la vida de nuestro personaje. Por una recomendacion ó por un conocimiento cualquiera se destina en alguna casa, y entonces es cochero de coche particular. Su círculo se ha reducido pero sus aventuras han aumentado: las in-

trigas son mayores, ya con la niña de la casa, cuyos amores protege; ya con la señora, cuyos celos fomenta. Pero no levantemos el velo de las individualidades aristocráticas del cochero. Estos lances le hacen descender de nuevo á la vida pública.

El cochero tiene tambien sus dias de gran provecho, en la festividad del Córpus, funciones de toros y fiestas nacionales. Pero una noche de bautismo es su encanto, su delicia, con tal que los padrinos no sean de memoria flaca. Entonces los *bolos* que le dan y los que él sabe recoger con su ancho sombrero en la puerta de la parroquia; los latigazos que reparte á los muchachos, los gritos y la boruca forman su elemento.

Mas por desgracia nada hay estable en esta vida. La úlcera que le ha traído en una pierna el roze continuo de la lanza, se ha empeorado, y ya no puede trabajar. Allí está tirado en una cama, lleno de miseria y de dolores.... pero ya no es cochero y no tenemos que ocuparnos en hablar de un enfermo: en esto no desmentimos que somos de la raza humana.—***

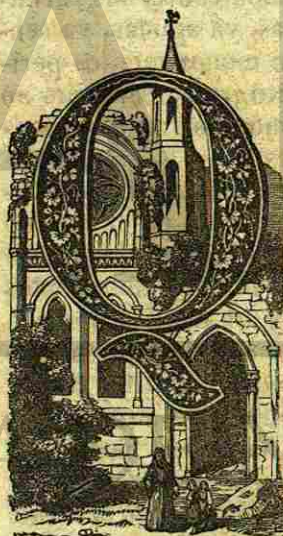
DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS



DIRECCION GENERAL DE
EL CÓMICO DE LA LEGUA.



EL COMICO DE LA LEGUA.



UE Dios me tenga de su mano, señor litógrafo, al escribir el presente artículo! ¿Por ventura ha pensado vd. bien lo que exige de mí? ¿Acaso ha previsto lo que pueda sucederme por andarle sacando al prójimo sus trapillos al sol? ¡Cáscaras! Y luego vea vd. de qué prójimo se trata ahora! del *Cómico* nada menos; de ese personaje que puede muy bien vengarse al día siguiente, buscando con los ojos la luneta del articulista, cada vez que contenga el papel del actor un insulto, un sarcasmo, una alusion cualquiera. ¡Por mi vida que eso seria lo suficiente para pegarme diez tabardillos en una noche! Verdad es que aquí solo se trata del *Cómico de la legua*, con quien no tendré que encontrarme muy pronto, supuesto que soy el antípoda del Judío Errante, porque no gusto de viajar: esto me tranquiliza. Si

tengo que temer algún mal es un mal remoto, y no vale la pena de afligirse desde ahora para cuando llegue; pero en cambio me abruma la magnitud de la obra que voy á echarme á cuestras. Dar un *fac-simile* del cómico de la legua presenta mas dificultad que averiguar los años de una matrona, que se ha plantado en treinta, ó dar el alta y baja de los amantes de una coqueta; y yo le juro á vd. señor litógrafo, que á no ser por la condenada estampa que vd. ha pintado ya, desde luego emprenderia con mas gusto el disputar con un tonto, el leer diez tomos de malos versos, tomar arsénico, casarme en fin, que es cuanto decirse puede, y no escribir el artículo para esa estampa que me ha estampado vd. en el alma! Si mañana ó pasado algún cristiano *representador* me toma entre ojos y quiere representar conmigo una *tragedia*, entonces canto la palinodia; le presento á vd. en escena, y allá se las avenga con los que ahora quiere vd. enemistarme. Entre tanto atiende vd., pues ya echo pito, y levantó la cortina sin mas preámbulos.

Scarron dijo que *los cómicos son los pericos de los poetas*. Ignoro si Scarron aplicó su dicho á los cómicos de la legua; pero si tal fué su intento declaro desde luego que el buen chico supo muy bien lo que se dijo. Porque sépase vd. señor mio (si acaso no lo sabe ya,) que los cómicos tienen su vocabulario escogido y rimbombante; sus términos favoritos y campanudos; sus frases ya saladas, ya agudas, ya sentenciosas; pero todo sabido de memoria, ni mas ni menos que los pericos. Esta advertencia se la hago á vd. señor litógrafo, para que no estrañe en ciertas ocasiones el lenguaje del prójimo que voy á presentarle, mediante Dios y su santa ayuda.

Ha de saber vd. que el *Cómico* es un personaje salido regularmente de la clase media. Desde los primeros pasos que da en el camino de la gloria, y cuyo camino comienza en alguna pastorela, coloquio ó comedia casera, se nota en el nuevo hijo de Talía la falta de modales delicados, su ningun conocimiento en el idioma, y un prurito por gritar su papel mas bien como quien pregonaba *cabezas de horno* que no como quien representa. El novicio siente un deseo irresistible de ser cómico; la gloria lo llama con ambas manos, mostrándole puñados de laureles; el destino lo arrastra á las tablas; en fin, ha nacido para el arte. Así es que el dia menos pensado se encuentra con el *autor* de una compañía ambulante, el cual le propone *correr con buen éxito la legua*, supuesto que cuenta con una primera dama que antes fué costurera, un galán que acepillaba tablas, un famoso *barba* que debe hacerlo muy bien por haber sido en otros tiempos aprendiz de barbero, y un apuntador que antes de ser artista fué sacristán, y ejerció la lectura de *corrido* leyendo amonestaciones en la parroquia de su pueblo. Con semejantes *plazas* y un primer galán, que probablemente lo será nuestro principiante, el director va á tener, no una *pipirijaina*, sino un cuadro dramático de primer orden. Media hora despues el director

en el cuarto de la posada presenta á su nuevo compañero la escritura que debe firmar, y cuyo documento haria honor al evangelista mas avisado. El primer galán deletrea sus artículos, que le parecen excelentes; se contrata como *primera plaza*; y firma lleno de alborozo al pié de la escritura:—*Telonio Candilejas*.

Dos dias despues nuestro galán hace su pequeña maleta para el camino: esta se compone del *caudal* de papeles que ha representado ya; de tres ó cuatro comedias, entre las cuales va la que ha de dar en su beneficio; de un par de chinelas de tafete colorado; un par de medias; un papel con albayalde; otro con bermellon; un pedazo de paño para aplicarse el colorete; y por último, un corcho de botella para pintarse arrugas, patillas y bigotes. ¡Ah! se nos olvidaba el espejo de á real y medio, y una bolsita con hilo, agujas, botones y alfileres.

Al dia siguiente la compañía está ya en camino para el pueblo dichoso que va á atrapar aquella falange de notabilidades. En ella se mira á D. Telonio, risueño, alegre, decididor; lleno de esperanzas para el porvenir, y de ilusiones que pronto se verán realizadas. Poco importa que ahora vaya montado en un caballo ético, en un pacífico asno, ó en un carreton, cuyo movimiento puede desencuadernar al futuro Talma. Tampoco le dá cuidado el no llegar á la posada, ni tener que pedir albergue y cena á indios miserables que habitan en sus *jacales*, ni mucho menos le importa un pito que ambas cosas le sean negadas á él y á sus compañeros, so pretesto de que los *maromeros* y *comediantes* (títulos que oye de los indios) jamás pagan lo que comen, ni lo que beben, ni mucho menos el albergue que se les dá bajo un mal techo de palma, *zacate* ó *romerillo*. Nada de eso, repetimos, aflige al hijo de Talía y de Melpómene, porque muy pronto se verá sentado sobre un trono, circuido de favoritos, cortesanos, guardias y ministriles; y lo que es mas, aplaudido y festejado por un público, justo admirador del talento del primer *papel* de la compañía.

Dicho y hecho: las ilusiones de D. Telonio se realizan pocos dias despues, si no en el todo al menos en la parte *farsante*. Ya se halla en el pueblo donde va á conquistar los primeros laureles: la licencia se ha pedido á la autoridad; el teatro, si no lo habia, se ha improvisado; el estupendo retrato de D. Telonio se ha visto en el cartel colocado en la plaza desde las siete de la mañana, y el original salió en el *convite* á las doce del dia; por último, el tambor por las calles, y la música de viento colocada en la puerta del teatro anuncian de acuerdo que ya es hora de ver la comedia que en aquella noche ha de representarse, y que no es otra que el drama intitulado: "*Los Amantes de Teruel*."

Concha Bambalina, chica de 20 años, prometida esposa del actor que por estar aquella noche de *balcon* sirve de segundo apunte, es la primera dama, y por consiguiente, la que va á desempeñar el papel de

Isabel. Nuestro hombre representa á *Marsilla*, y está contento y satisfecho, no ya por verse encasquillado en una soberbia armadura de hoja de lata, sino porque va á entablar sus diálogos amorosos con la heroína del drama. El galán en todo ve que aquello es una comedia, una farsa, menos en lo de los amores con Isabel, los cuales quiere convertir en positivos. La chica, que nunca podrá decir de corazón aquel verso de su papel:

Ay infeliz de la que nace hermosa!...

ha cautivado, sin embargo á D. Telonio, y según sospechas parece que la niña se ha dejado cautivar también por el amartelado *Diego Marsilla*. El segundo apunte ha entrado en alarma: cada piropo que los amantes se dicen en la escena, es una flecha que traspasa el corazón del pobre hombre. Contempla á la hija de *Segura* mas bella que nunca con su vestido anacrónico; pero fantástico y lleno de oropeles. Mira también con envidia la sonora y brillante armadura de *Marsilla*; el color exagerado de sus cachetes, dignos émulos de un par de frescos gitomates, y sobre todo, ve y ambiciona aquel par de bigotes negros pintados con *tule* ó corcho quemado, y que según las curvas tan pronunciadas que describen mas que bigotes parecen un par de magníficas *etcéteras*. Todo esto enciende mas los celos del segundo apunte; y por ver los vestidos anacrónicos y las caras pintadas con albayalde y bermellón, se olvida de dar el verso al actor saliente, y el conchita desde la concha bufa de rabia al ver que la comedia está en peligro de rodar. El director hace á D. *Rodrigo de Azagra*, y no puede remediar aquellos descuidos que van sin duda á hechar por tierra su magnífico cuadro de compañía.

Diego Marsilla acaba de representar ante el público una escena demasiado viva con Isabel; pero es tal su entusiasmo, tiene tanto fuego, y se ha posesionado tanto, que aun entre bastidores sigue persiguiendo á la infiel hija de *Segura*; y cuchichea con ella á pesar de la tos significativa que le acomete al segundo apunte, para avisarle á su prometida que es hombre capaz de cuidar de dos comedias á la vez.

Ahora bien: cualquiera que conozca el fin funesto que tuvieron los *Amantes de Teruel*, sabrá que á Isabel y á *Marsilla* les costó la vida la falta de un malhadado beso y de un abrazo. ¡Mire vd. si valdrá la pena macharse al otro mundo por semejante fruslería! Conchita, la representante de Isabel, que ha visto en el ensayo de la comedia que se puede matar á un hombre con solo negarle tan poca cosa, y decirle un *te aborrezco*, se horripila á la sola idea de pasar por asesino. *Diego* por su parte emplea todos los esfuerzos de un hombre que trata de salvar la vida. Los dos amantes por un sentimiento uniforme, maldita la gana que tienen de morir, y de que algun dramaturgo presente en esce-

na sus trágicos vaivenes; y desde luego conocen que es mejor ser personaje representante que no representado. Por todas estas razones la juiciosa pareja desaparece detrás de un bastidor; pero aquí de Dios que el segundo apunte corre hácia ella esclamando al mismo tiempo precipitadamente:

—Pronto...! Isabel y *Marsilla*, prevenidos por la derecha...! Vamos, Conchita.

—Espere vd. un poco. El maldito vestido se me ha enganchado.

—Hum! malditos enganches...!

—Vamos, ya estoy aquí. A ver qué salgo diciendo?

—El señor sale primero, dice el apunte señalando á *Marsilla*: luego vd.

—Pues á mí se me ha olvidado el verso. Déjeme vd. ver.

Conchita acerca el rostro á la comedia para ver su salida. La vela que tiene el apunte ilumina las facciones de la dama; pero al mismo tiempo el desgraciado segundo apunte retrocede estupefacto, prorumpiendo en una imprecación. No puede dar crédito á sus ojos; y sin embargo; allí, allí está una prueba, un testigo, una denuncia, unos... unos bigotazos negros estampados en el labio superior de Conchita! El celoso dirige la vista á la cara de D. Telonio, y ve colérico que los bigotes de Isabel son una copia de los mostachos retorcidos de *Marsilla*...!

—Maldición! esclama el apunte.

—¡Maldición...! repite D. Telonio lanzándose á la escena, creyendo que se le ha dado el primer verso.

—Fuera! fuera! dice el apuntador desde la concha. ¿Adónde va vd?

El galán comienza á aturdirse y repite cuanto oye que sale de la boca del consueta.

—Eh! vamos: no son versos de vd.... ¡Demonio de hombre! ¿quiere vd. callarse? Isabel es la que sale.... ¡Pronto! salga Isabel...!

El desgraciado galán suda, vacila, titubea; gira fijo en un punto, volviendo los espantados ojos á todas partes, hasta que por fin, ve entre bastidores una mano que lo llama, y entonces sigue aquel faro para llegar á puerto seguro, á tiempo que Isabel, un tanto sonrosada, se lanza á la borrascosa escena, contemplando en el blanco pañuelo la tercera edición del infernal bigote. Desde aquel momento la comedia comenzó á rodar, y no hay poder suficiente que la detenga antes de llegar al abismo á donde al fin viene á estrellarse, y donde también se estrellan las ilusiones, gloria y esperanzas del empresario, y sobre todo las del malaventurado D. Telonio, á quien vamos á seguir fuera ya de la escena.

El segundo acto del pequeño drama del drama que acabamos de relatar, se representa al día siguiente en el juzgado. Los personajes

son los mismos y el respectivo alcalde. El segundo apunte abre la escena:

—La señora es mi prometida; pero el señor atenta contra mi felicidad. Sí: es un seductor! un infame! Pido por tanto, que se le aplique el *condigno castigo*, y que se le obligue á abandonar la compañía.

—Atroz calumnia! esclama el galan. El señor miente.

¡Jamás mi corazón se ha abierto al crimen!

—Oh! qué audacia!

*Yo detesto, señor, la vil mentira,
Y nunca albergue la dará mi pecho;*

pero repito y sostengo que existe un hombre que ha tenido la avilantez de estampar dos bigotes en el rostro virginal de aquella niña!

—Veamos; qué responde vd. á ese cargo? pregunta el juez.

—Yo señor.... repito que todo es una impostura. Vea vd. aquel rostro: allí no hay huellas del aserto del señor.

—Hola! esá tenemos? Quería vd. que estuviese aun impresa mi deshonra? Bueno! allí no hay nada; pero y este pañuelo? Qué responde vd. á esto?

—En efecto, dice el juez: he aquí parte del *cuerpo del delito*. Qué opone vd. á esto?

—Yo señor.... digo que ese documento es *apócrifo*.

—No tal.

—Sí tal.

—Que hable la cómplice de vd.

—Que hable, en horabuena.

—Sí, sí, dice el juez: veamos lo que espone la otra *parte interesada*. A ver; qué dice vd. de esto, señorita? Hable vd.

—Ay señor! no puedo! esclama la acusada con voz plañidera y quejumbrosa:

¡Que hablen mi llanto y mi dolor profundo....!!

—Eh! vd. lo ha oído señor juez? La acusada está confesa.

—No por cierto, grita D. Telonio: esa niña

Es presa del dolor y del quebranto!

Victima infausta del dolor acerbo

Se ofusca su razón, y ya no puede....

—Pero antes sí que pudo, interrumpe el apunte, y si yo no llego tan á tiempo....

—Deslenguado!

—Embrollon!

—Calumniador!

—Voy á probarle á vd. el crimen, voy á confundirle á vd....!

—Buenísimo! nos confundiremos, porque yo también voy á probar....

—Qué?

—La nobleza de las artes, y que la imprenta y la litografía se tienen hoy en la mayor estima!

—Oh! blasfemia! heregía! Vd. me asesina....! Ah....! uf....!

El desgraciado apunte no puede continuar. La ira, el furor le ahogan: quiere hablar y no puede: ¡el infeliz va á morir estrangulado!

Mas aquí de Dios que el corazón de la niña se enternece al ver los sufrimientos de su prometido: vuelve al camino de la razón, y esclama con voz trágica y ahogada, parodiando á aquella otra *Isabel del Torneo*:

Longinos! mi placer....! mi bien....! mi todo....!

Espérame un momento....! ¡ya te sigo....!!

¡Pif....! La sublime niña (salvo yerro) cae desplomada sobre una silla, y presenta el modelo mas acabado de la gente *desmayadora*.

El alcalde abre tamaña boca, y sus espantados ojos se fijan alternativamente sobre los tres interlocutores.

Entretanto el celoso hace un esfuerzo para romper las ligas que le atan la lengua y prorrumpe en mil denuestos é imprecaciones contra el galan que, fiel á la costumbre de *seguir al apunte*, va repitiendo los mismos dicterios algo adicionados, segun lo exige la vivacidad de la escena. En estas llega el *autor* de la compañía, que tiene ya conocimiento del litigio. Le acompañan los demas actores; penetran todos en el juzgado; toman sus correspondientes papeles en aquel sainete; todos hablan á la vez; y bufan, y gritan, y se ponen de oro y azul, hasta que el juez exasperado sentencia á gritos:

—Largo de aquí á su casa ó á la cárcel....!!

Los beligerantes han oído lo que propone la sentencia y no vacilan en la eleccion. Al punto emprenden el camino de la posada, donde termina la contienda por una *paz honrosa*, en tanto que el pobre alcalde se echa á pechos un pozuelo de agua azucarada para neutralizar los efectos de la bilis, que abandonó su sitio por mezclarse en la refriega.

El episodio que acabamos de referir ha demostrado á nuestro galan que la vida que en la legua se pasa no es tan llena de dulzuras como él se la había representado; pero esto no es nada: aun le falta que sufrir otro desengaño mas cruel que el primero. En efecto, mientras es-

taba disputando en el juzgado, el director y sus compañeros han formado la papeleta para sacar los gastos que originó la función, y repartir el sobrante entre el director y los actores, en la proporción de 8 las primeras plazas, 7 las segundas y 6 las terceras. Mas aquí de Dios que los malditos gastos de casa, música, alumbrado, licencia, cartel, saca de papeles, mites, guardia, ramas para figurar el bosque, etc., importan nada menos que 40 pesos, cuando el producto de la entrada solo es de 29! Por consiguiente faltan 11 duros para cubrir la papeleta, y nuestro D. Telonio tiene que dar su parte correspondiente á la plaza que disfruta. Por supuesto que no dá nada porque en eso de dineros nuestro hombre está punto menos que un folletinista de profesión.

Pero si él no da nada, en cambio le dan á él... ¿qué piensa vd. que le darán? ¡Desgraciado D. Telonio! La bodegonera le dá la pesadumbre de decirle que no cuente con mas víveres si no paga lo que hasta allí se ha comido. El huésped del meson le dá una cólera al presentarle la cuenta del cuarto; y el desilustrado zapatero le dá una cita judicial reclamando el importe de un par de plebeyos zapatos. Estos golpes destruyen el porvenir risueño de holganza y de placeres: va y disputa con el director sobre economía de gastos: propone medios para alborotar las funciones, lo que quiere decir que se alborote á los pacíficos habitantes de la poblacion para que concurran á ellas. Habla y disputa, y casi se enfurece al pensar en la que se le espera al cabo de dos meses si sigue disfrutando tan desconocido honorario. Para colmo de males el gracioso de la compañía acaba de exasperarle con uno de sus chistes, pues le pronostica que al fin tendrá que volver á México lo mismo que los indios que vuelven de la romería de Chalma; esto es, con un santo enarbolado en la punta de un palo y pidiendo maíz por el camino.

El héroe de nuestro artículo que no habia visto en sus delirios mas que la gloria y la inmortalidad, comienza á conocer que el dinero no seria un cuerpo heterogéneo entre el renombre y la fama póstuma. Por desgracia los aplausos no son un alimento muy nutritivo, y hasta ahora no sabemos de alguno que haya confeccionado con ellos siquiera una cazuela de prosaicas sopas. Y como es el caso que no solo para hacerse inmortal, sino únicamente para vivir el mayor número de años posible, es preciso que el estómago esté contento y satisfecho del cariño de su dueño, por esto precisamente el cómico hace los mayores esfuerzos para tener grata aquella parte integrante de su vida póstuma.

Lástima es que los poetas hayan olvidado esta friolerilla, cuando se han puesto á cantar el honor, la gloria, el orgullo, y otras zarandajas del mismo jaez!

Por lo demás, es cosa muy grata el hacer que nuestros semejantes

nos conserven en su memoria luengos años; y como esto era precisamente lo que ambicionaba nuestro tipo, puede vd. jurar que lo conseguiria, supuesto que despues de mucho tiempo de haber dejado el pueblo donde antes le hemos visto, aun conservan la memoria de nuestro hombre la susodicha bodegonera, el zapatero, el huésped del meson, y algunas otras personas, á quienes por no faltarles al respeto no le presento á vd. personificadas en una fila de quince etcéteras.

En el pueblo en donde se halla ahora D. Telonio ha ganado lo mismo que en el primero; pocas monedas y muchos desengaños: por eso le verá vd. siempre en dimes y diretes con la lavandera, el sastre, el dueño de la tienda fulana; y lo que es peor, casi muchas veces acometiendo la árdua empresa de buscar un cigarro entre sus compañeros, cosa tan difícil de hallar entre aquellas gentes, como encontrar la modestia entre una docena de noveles dramaturgos. Por lo demás, y exceptuando la escasez de recursos, la vida del cómico de la legua no es tan mala que digamos, y mal podria decirse que era una vida de perros. Se despierta á las ocho ó nueve de la mañana: en seguida se viste con el mayor aplomo: despues, solo para tranquilizar en algo su conciencia, se deja caer sobre una silla, saca su papel, y entre bostezos y esperezamientos le dá un repaso, con lo que se le queda en la memoria lo muy preciso para no saber de él ni una jota. Cansado de trabajo tan penoso se larga á la tienda para pasar en ella el rato mientras es hora del ensayo, en el cual, y á fuerza de enronquecer al apuntador, y de ensayar seis veces en la semana, llega á saber de su papel lo suficiente para no decir en la comedia mas que quince ó veinte desatinos. Despues del ensayo nuestro hombre queda libre, y todo su quehacer es no hacer nada, salvo el caso de que haya baile en la casa del diezmero, en la del alcalde ó en el curato, pues entonces ya tuvo en qué ocuparse aquella noche, supuesto que está convidado con sus compañeros, y que los concurrentes fundan en él sus esperanzas para ver bailar y oír cantar como Dios manda.

Así poco mas ó menos pasa la vida nuestro protagonista, hasta que fastidiado de ella rescinde su contrata, ó bien se disuelve la compañía porque ha llegado la cuaresma, y entonces vuelve á México, ó á otra capital, para ajustarse de nuevo.

Lo dicho respecto de nuestro hombre tiene sus escepciones, y es preciso citar á un Castelan, á un Cano, á los Siliceos, á Morales, á Manzano, á Lizardi (hijo del Pensador), y á otros muchos actores de la legua, estudiosos, aplicados y con bastante genio para el arte que han emprendido. Quizá con una buena escuela y algo de protección, esos actores que apenas son conocidos en la capital, hubieran hecho sus nombres tan célebres como los de un Garrick, Talma, Maiquez, Seridan, Henderson, Rios, Granados, Garcés, Aldovera, y tal vez no faltarían actrices de tanta nombradía como la Duclos, la Lecoubreur, la Du-

mesnil, la Balicour, y las famosas María Calderona, y María Ladvenant, siendo esta última una de las joyas mas preciosas que sin duda ha tenido el teatro español.

Por desgracia nuestros actores viven en la miseria y en ella mueren. Hasta ahora no sabemos de alguno que haya llegado á la altura del riquísimo cómico *Esopo*, amigo de Ciceron, ni á la de *Sexto Roscio*, quien tuvo la honra de recibir el anillo de oro de manos del mismo dictador *Lucio Sylla*. Nada de eso: á nuestro *Cómico de la legua* ni siquiera le queda la esperanza de encontrarse un Dioclesiano ó un Juliano Apóstata, como lo tuvieron los cómicos *Genesisio y Porfirio*, quienes merced á su conversion y al martirio terrible que sufrieron por haber abrazado la fé cristiana, hoy habitan en el paraiso celestial, y son San Ginés y San Porfirio.

¡Cómo ha de ser! El cómico de la legua nace para desempeñar grandes personajes, pero solamente en las tablas; y aunque dicen que el mundo es una comedia eterna, en ella le cupo representar un papel bien desgraciado.

Paciencia, y entre tanto echemos el telon.—E.



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



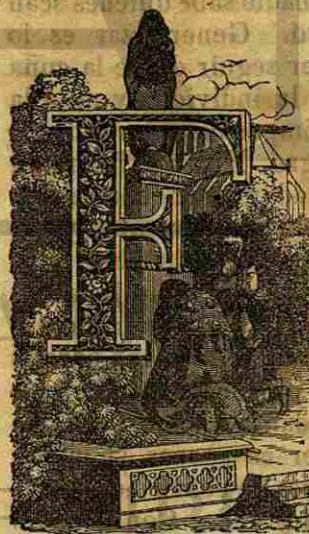
Lito. de M. Murguía y C^{ía}.

H. Iriarte lito.

LA COSTURERA.



LA COSTURERA.



FRANCIA que ha sabido crear nombres, nos ha dado el de la *griseta*: es originaria de París: económica, trabajadora, bulliciosa, original y algo alegre de corazón, parece que cuantas descripciones pudieran hacerse de ella se encuentran compendiadas en la preciosa y tan conocida Alegría de Sué: porque ¡oh tendencia mugeril á imitarlo todo! desde que el autor de los Misterios pintó á la novia de German, todas las *griset*as que conocían al tipo quisieron parecersele, y todas dieron en ser Alegrías. Madrid también tiene su *griseta*, porque la literatura española para adornar su novela ha tenido

que robar sus formas y galas á literatura francesa, y ha cometido el galicismo de llamar á las operarias de sus talleres, *grisetas*. En este siglo de injusticias y tropelías han osado los madrileños quitar á sus *doncellas de labor* el título de tales, y á fé que no tienen razon.

En México solo la aristocracia de cierto tono la llama *griseta*: nosotros, mexicanos de los piés á la cabeza y mas que todo, furiosos puristas en el lenguaje, no desdenamos llamarla costurera; como tal la pintaremos. La *costurera* es sin duda habitante de este mundo *sub-solar* y como todo bicho viviente tiene su pasado, presente y futuro. Así para examinarla revisemos metódicamente sus tres tiempos, ó como diría un colegial imberbe, conjuguémosla.

SU PASADO.

La costurera no solo tiene tiempos, y algo azarosos por cierto, sino que disfruta modos, aunque muchas veces no son de bien vivir, y estos modos comienzan desde su nacimiento. La pobre costurera fué hija ó de un capitan retirado, ó de un maestro de escuela gratuita, ó de cualquiera, que eso no importa: muchas veces no se halla su origen, su etimología, su raiz; en fin, para decirlo de una vez, es una especie de ser anónimo que no conoce sus padres, que nadie sabe quienes sean estos, ni el cura de la parroquia que la bautizó. Generalizar es lo único que conviene con nuestro tipo: pretender seguir desde la cuna hasta la tumba, á nuestra costurera, viendo á la individua y no á la especie, con los mas minuciosos detalles, es tan imposible, como encontrar el nido que dejó la golondrina cuando emigró. Hay una infinidad de chicas salidas de todas las clases de la sociedad que-condenadas á la miseria, buscan con el trabajo de sus manos un triste alimento, y hallan á fuerza de sudores un miserable refugio contra el hambre y la infamia. Este es el principio de esas obreras que sustentan la moda, para el mayor provecho del prójimo. Sin padres no hay patrimonio: evidente paradoja realizada en nuestra chica. Cuando mas, heredó una linda cara, algunas veces, y otras una cara pasadera; pero con un capital tan perecedero pocas esperanzas le quedan de hacer una regular fortuna: sobre todo, la cara en una muger es apenas la muestra, el aparador mas ó menos adornado de su casa de comercio: la mas leve ofensa del tiempo lo deja para siempre deteriorado. Con tan corta herencia, sin embargo, ella espera hacer mucho, ¡oh! ¡sin ilusiones qué sería la vida? ¡Son tantas las de una muger bonita! Pero está niña aun para saber esplotar esta clase de minas: hoy son otras sus miras: piensa y desea lo que abarca tan solo el tímido corazon de una niña. En efecto, cursó la *amiga* y, lo que es peor, cursó con las ami-

gas, las que en vez de endulzar sus primeros años, se los llenaron de hiel ó rejalgas, dándole ciertas reglas algo picarunas, y llenándole de envidias, de celos y de chismes. Aprende á leer de *corrido*, sabe de *cuerito á cuerito* el catecismo de Ripalda, y á lo que mas la dedicaron, y á lo que por un sábio instinto ella se dedicó tambien fué á la costura, en la que salió perfecta. Sigue creciendo, y al par de ella crecen sus privaciones y sus necesidades. Pronto la conduce la mamá, la tia ó la madrina á un obrador de modas de la calle de Plateros ó Zuleta. Otras veces una recomendacion la lleva, no á un obrador público, sino á una casa mas ó menos bien establecida, á donde siempre ha de tener un purgatorio. Pero véamos á la costurera de cajon que dá los rasgos mas salientes al tipo. Sentada allí detrás de los cristales, rodeada de compañeras malignas que arrastrándola con las miradas la censuran en voz baja y altas risas, comienza allí esa penosa escuela á la que al fin tiene que resignarse si quiere estar contenta y creerse feliz. Rodeada de esos objetos de lujo que hinchan de deseos el corazon de las hijas de Eva, muy pronto comienza á envidiarlos. No porque crea poder llegar alguna vez á esa altura, sino porque aprende á conocer que un adorno hace regular á la fea y á la bonita la hace aparecer linda: sabe que la cara es para la muger un padron mas ó menos engañoso y alucinador de su vanidad, que la figura es un frontispicio sin el cual nada vale la finca, y por consiguiente, es indispensable pintarlo y retocarlo. Pretension mugeril no muy condenable sin duda, si se atiende á que la estampa de una hembra y sus cualidades corpóreas son sus bienes raices, y para el avalúo de esta clase de fincas no hay peritos examinados y el gusto es la única regla.

Esta, que parecerá cansada digresion, venia como de molde por ser la parte moral de la costurera en cuanto á que es muger. ¿Cómo, pues, no habia de participar de las cualidades de su sexo? Como costurera, fácil es comprender que está mas espuesta á la tentacion por aquello de que el que anda entre la miel algo se le pega. ¿A dónde encontrar esa heroica muger que á la vista de un elegante traje, de un hermoso sombrero y de una riquísima manteleta, no sienta un deseo vivo y punsante de poseer esos adornos? Si Diógenes hubiera intentado encontrar esa muger prodigio, y hubiera tenido un sol en vez de su linterna, perderia su tiempo y nada hallaria. ¡Y la pobre costurera pudiera escapar de tan activo contagio! Pronto llega á envidiar esas galas y perfumes, envidia que tiene por síntoma primero, ese esmero en peinarse bien y arreglar su humilde vestido. La tentacion es fuerte, y nutrida por la vista continúa de un elegante que, rondando el cajon, la asedia á señas: llega á conocer que su vestido de indiana bien pudiera ser de muselina y esta idea comienza á desvelarla. Ambiciona lo que no puede alcanzar sin ayuda, y como el hombre sirve de ayuda á la muger, raciocina nuestra costurera que si hubiera un hombre que la amara

le llenaria sus deseos. . . . y ese hombre lo tiene casi á su alcance. Recibe una cartita, ó un mensaje verbal, ó tiene una entrevista con el bello Luzbel de sus tentaciones, y piensa en escala ascendente, y arrastrada por las dulces palabras que oyó, se imagina que la muselina puede trocarse aun en gró ó terciopelo. Cae en el lazo y pasa por todos los contratiempos que traen esas relaciones, pero que no mencionaremos aquí porque pertenecen mas al presente. Siendo, en efecto, el amor un atributo eterno de la costurera, su segunda ocupacion, despues de la aguja, siempre será oportuno dar su crónica amorosa.

¿Pero cómo explicar que su indiana se haya quedado. . . . indiana? Es su primera ilusion perdida, su primer desengaño el *B A ba* de su silabario. Pero sigue en su obrador y allí la conocimos hace poco.

SU PRESENTE.

Margarita se llama nuestra heroína: Lucero la nombraron sus compañeras cuando la vieron tan linda y tan humilde, perdido ya el odio primero. Son las siete de la mañana y vedla allí: ligera como una saltapared, y zalerosa y retrechera como una andaluza, tuerce en este momento la esquina de la calle del Espíritu Santo, llevando detrás de sí una descarga de requiebros, no muy pulcros algunas veces, de infinidad de doradores, de tapiceros, pintores é impresores. Pero ella sigue serena sin cuidarse de nada: mas modesta que una gatita, á cada flor que le arrojan se espeluzna, bufa, se retuerce como una culebrita para evitar el cariño que se atreve á hacerle un sastre, se echa el paño en la cara y sigue su camino con mas intrepidez que en la retirada de los diez mil, el héroe de las Termópilas. Pero si se cruza en su camino un dandy, ó un estudiante de medicina, el corazón de Margarita tiembla de nuevo y se sonríe de satisfaccion y de placer, aunque disimule esa sonrisa llevando á otro lado su gracioso rostro, ó conteniéndola hasta que se ha alejado el galán, ó tapando su roja y maliciosa boquita. Al fin salva este tropiezo; vuelve la cabeza atrás para ver si la siguen, y si es así ya tiene en qué ocupar su imaginacion: solo como un recuerdo mira á la Profesa, y al ver que no esta allí la talma ó monte-cristo que fué su primera seducción, y de donde debia salir el vestido de terciopelo y las comodidades, ó el descanso al menos, suspira mas bien por el afecto perdido que por la desgracia hallada, pues no la conoce, á causa sin duda del triste estado en que se encuentra su parte moral, pues no ha recibido educacion religiosa de ningun género, salvo la rutina de la *amiga*, é ignora esos principios de virtud que sostienen á la muger en sus peligros y la hacen pasar por ellos sana y salva. Olvida todo, porque todo pasa: entra á su mostrador y despues de dar

los buenos dias á la señora, á *Madama*, se coloca en su banquillo y comienza su obra. Reunidas ya las compañeras abren su sesion ha despecho de *Madama*, que cada media hora les impone silencio. Entonces son los proyectos de paseo, las murmuraciones, los comentarios escandalosos, y los mútuos consejos. O bien se cruzan señas telegráficas cuando se pára en la vidriera del mostrador algun aficionado á aquellos lindos retazos, ó bien se corre la palabra en voz baja de que aquel elegante que está comprando corbatas trae roto el pantalon bajo el faldon del frac, con cuya *quiebra* ha quedado en *descubierto* un cútis nada terso y poco blanco. No falta una de aquellas chicas que advierta que ese estudiante que está escogiendo camisas es porque ya lo necesitaba mucho, como lo deja entrever una traidora descosadura que trae la manga del saco bajo la *axila* (tecnisismo médico). Todo lo ven todo sufre su minuciosa censura, á todo ponen el sello del ridículo. ¿Y en tanto nuestra heroína? hace lo que todas, corta géneros y *corta* á los transeuntes, cose y murmura, habla y rié. En tan dulce ocupacion la sorprende la *una* del dia, esa hora en que hace su primer salida para ir á comer. Es la única hora en que tiene muy pocos tropiezos, y es raro, porque no hay policía capaz de empedrar las calles de México de tal manera que no *tropieze* la costurera: dependerá esto de los piés, ó de la mala cabeza, ó de los malos pisos, nosotros no lo sabemos; pero ello así sucede. Llega á su casa con las megillas rojas. . . . por el sol: arroja con desenfado su rebozo ó paño sobre la cama, alza las mangas de su bata, y ayuda á la anciana madre ó á la madrina á disponer la parca y no muy bienazonada comida. Come con prisa, de munición como si dijéramos, y se lanza de nuevo á la calle porque ya van á dar las dos, bora fija de entrada al taller. En este doble tránsito no le faltan encuentros. En la esquina de su casa saludó de prisa al impresor ó sastre con quien va á casarse, y seis cuádras mas allá dijo cuatro palabras importantes al estudiante de medicina ó de derecho (es raro que sea á este último), personaje con quien *tiene* que ir á un paseo á Santa-Anita el próximo domingo.

A propósito (y con permiso de Grandeville) hay una leyenda que dice entre otras lindezas que cuando el Angel arrojó allá *in initio* á Adán y Eva del paraíso, la serpiente en desquite desterró la fidelidad de la tierra. Perdónenme la alusion las señoras hembras, y adelante.

Decíamos que tiene encuentros la costurera; pero por no parecer mordaces diremos en honor de la verdad que no hay peligro en ellos: todo se reduce á juntas preparatorias. No así en la tarde. Al dar el reloj mas vecino las seis todas se levantan como tocadas por un resorte: alzan el canasto, tiras de lienzo, listones y encajes, y hecho esto que ellas llaman arreglo, salen todas, Lucero entre ellas y con ellas, pues la mamá es muy condescendiente y la deja marchar sola. ¡Es tan buena su hija! Y en efecto, va sola; siempre, se entiende, que no la en-

cuentre aquel cierto chico, muchacho de excesiva confianza en la casa, que la conduce á ella.

La noche es para el descanso, menos para la costurera. Si no reune á sus amigas con quienes ensaya *polka mazurca* y *scotish* con cuatro ó cinco jóvenes no menos troneras que ellas; si no pasa su prima noche en tertulia, arregla su ropa del *diario* ó previene y dispone la que le servirá para el próximo paseo que será en canoa á Santa-Anita, al teatro de Oriente ó de Nuevo-México el domingo en la tarde, ó á una *rifa de compadres*, ó al desposorio de alguna compañera, que también las costureras se casan. Esta es la vida que lleva Lucero; pero consagrada todavía al recuerdo del amor perdido ó al calor del afecto nuevo, fermentan aun en su corazón pasiones que la agitan, que la matarían si esa pobre joven, grande en su impotencia, no lanzara lejos de sí, como una carga pesada y dolorosa, memorias, celos y ambiciones: prescindiendo de tan efímeras nubes pasa así por la existencia, contenta, risueña y dichosa. Llevada en el torbellino de sus aspiraciones y devaneos es la verdadera reina del capricho: esa muger anciana y enferma que está á su lado, nada importa á sus proyectos sea ó no su madre. La costurera la arrastra en sus giros ó la deja atrás, como hace con una hoja seca la brisa de la tarde. Zozobrando así en su degradación y su miseria, conserva esa belleza de corazón, esa filantropía de afectos y esa exaltación de cariño que distingue á las hijas de México. Porque eso sí, la costurera es mexicana neta, nacida en un barrio de la capital ó traída á ésta desde muy pequeña. Por eso posee eso de *¡si se lo dije á vd! que ¡válgame Dios!* Si la costurera ve enferma á la madre, ó al hombre con quien vive en santa unión, se sacrifica, se desvela, se afana, lleva sus vestidos mejores al *empeño*, lo hace todo, en fin, por salvar á los seres de su corazón. . . . pero uno de sus paseos la consuela de las amargas pasadas.

Hay una variedad de costurera, que podíamos llamar *doméstica, privada ó ambulante*. Esta no cose en taller, y de aquí los dos primeros epítetos. Es tímida, encogida, semi-devota, encerrada en su casa, como la tortuga en su concha, regañona, adúladora. . . . buena individua en la estension de la palabra. Virtuosa *casi*, por este título adquiere el de *ambulante*, á causa de lo poco estable que es en una casa; y esto tiene por origen que su virtud se *eriza* y *espeluzna* con motivo de ciertas licencias que á veces se toman algunos amos, y los niños de la casa.

Hoy es lunes y al concluir su trabajo, con la miserable soldada atada en una esquina del pañuelo, se dirige á su casa pensando en los pasados placeres del pasado domingo. Envuelta en tan risueñas ideas, ondulan á la par de sus deseos los anchos y airosos olanes de su bata color de rosa: entre las dos curvas de su rebozo de seda azul tornasol, sale el óvalo de su rostro acabado y correcto. Llega á una esquina

y al brincar un charco deja ver dos bellezas: un pié perfectamente calzado en un botín de paño verde, y la mano con que alza su vestido, mano blanca, chica, torneada, luciendo en ella tres anillos de ágata, y en el dedo medio un dedal de plata, ese distintivo de su profesion. Mas allá del taller la espera su *chavalito* (voz técnica) y se toma de su brazo para correr con él tras de

SU PORVENIR.

Pocos habrá mas dudosos. Si fuéramos *obis* ó *gitanos*, *pitonisas* ú *oráculos* no estaríamos tan inciertos sobre este tiempo de la conjugación de la *costurera*. Llenáramos con su horóscopo, muchos pedazos de papel y Dios con todos. Pero por desgracia no tenemos aquí á nuestro lado á esa linda Lucero, gracias á San Antonio, abogado contra las tentaciones: ha tenerla aquí veríamos las líneas de su mano y los pliegues de su frente, ó estudiaríamos su cara con Lavater y su cráneo con Gall.

No hay duda: dos cosas tenemos que buscar en ella: el futuro de la muger, y el futuro de la *costurera*. En cuanto á lo primero, fuerza es que confesemos nuestra ignorancia: es un problema tan difícil de resolver, como formar el análisis exacto del corazón femenino. El porvenir de una muger tiene mil puntos adonde fijarse; pero siempre es reducido, siempre gira en un círculo bien reducido. Recopilemos:

La muger tiene un solo capital de que disponer, el amor; por eso el único giro que sabe darle es la usura.

Su buena ó mala posición social ella se la conquista: por eso para obtenerla regular, coquetería, artificios y engaños todo lo pone en uso: la mentira es la vara de medir con que expende su belleza y su cualidad á los candidatos para maridos. Si después son desgraciados ¿qué le importa?

Y la muger no es culpable al usar de semejantes supercherías: no es por maldad, es por instinto. ¿Quién ha llamado criminal á un perro porque sabe seguir una pista?

Si la muger atina, *con su pan se lo coma*.

La muger es adaptable á todas las posiciones: con tanto tino dispone un *puchero*, si es empleado su marido, como sabe tirar un caudal si es muger de un capitalista.

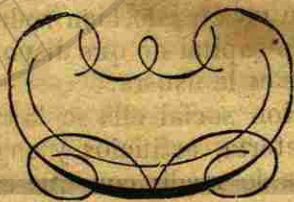
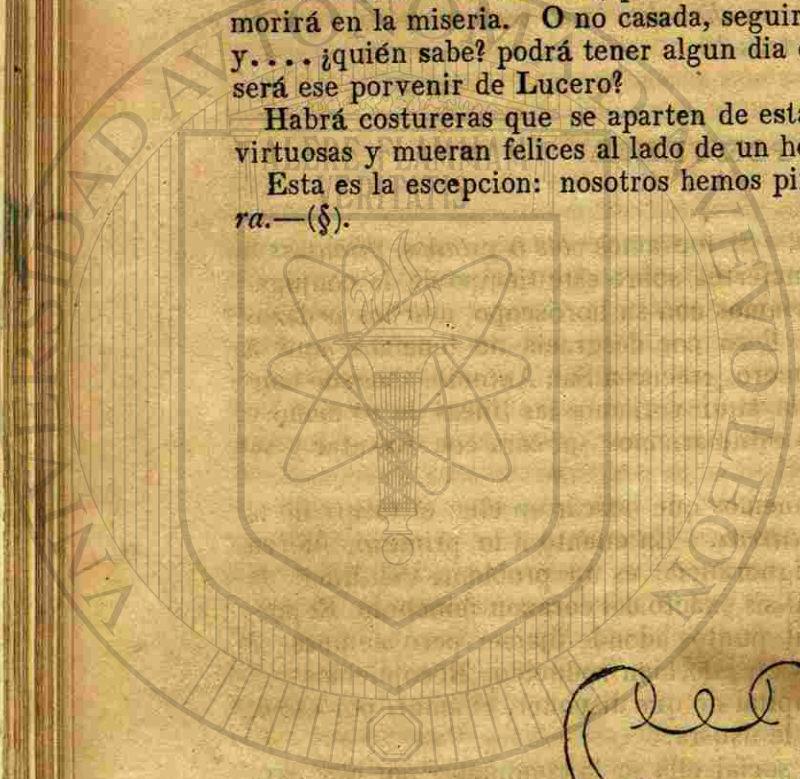
La muger es planta que fácilmente se aclimata: lo mismo vive entre drogas y ungüentos si se hace farmacéutica, que entre aromas y perfumes si se casa con un peluquero. Lo mismo vive en Cuernavaca ó Veracruz, que en Monterey ó Tampico. Todo es adaptable á la muger.

¿Y la costurera? Coserá toda su vida, si no sabe explotar el amor, si no encuentra un hermano compasivo que la quite de penas: ¿quién sabe lo que será de ella? Tenemos que reducirnos á conjeturas.

O casada con un artesano, pasa su vida honrada y modestamente y morirá en la miseria. O no casada, seguirá una senda de infelicidad y.... ¿quién sabe? podrá tener algún día carruage y lacayos! ¿Cuál será ese porvenir de Lucero?

Habrá costureras que se aparten de esta senda de devaneos, vivan virtuosas y mueran felices al lado de un hombre que las quiera.

Esta es la escepcion: nosotros hemos pintado el tipo de la *costurera*.—(§).

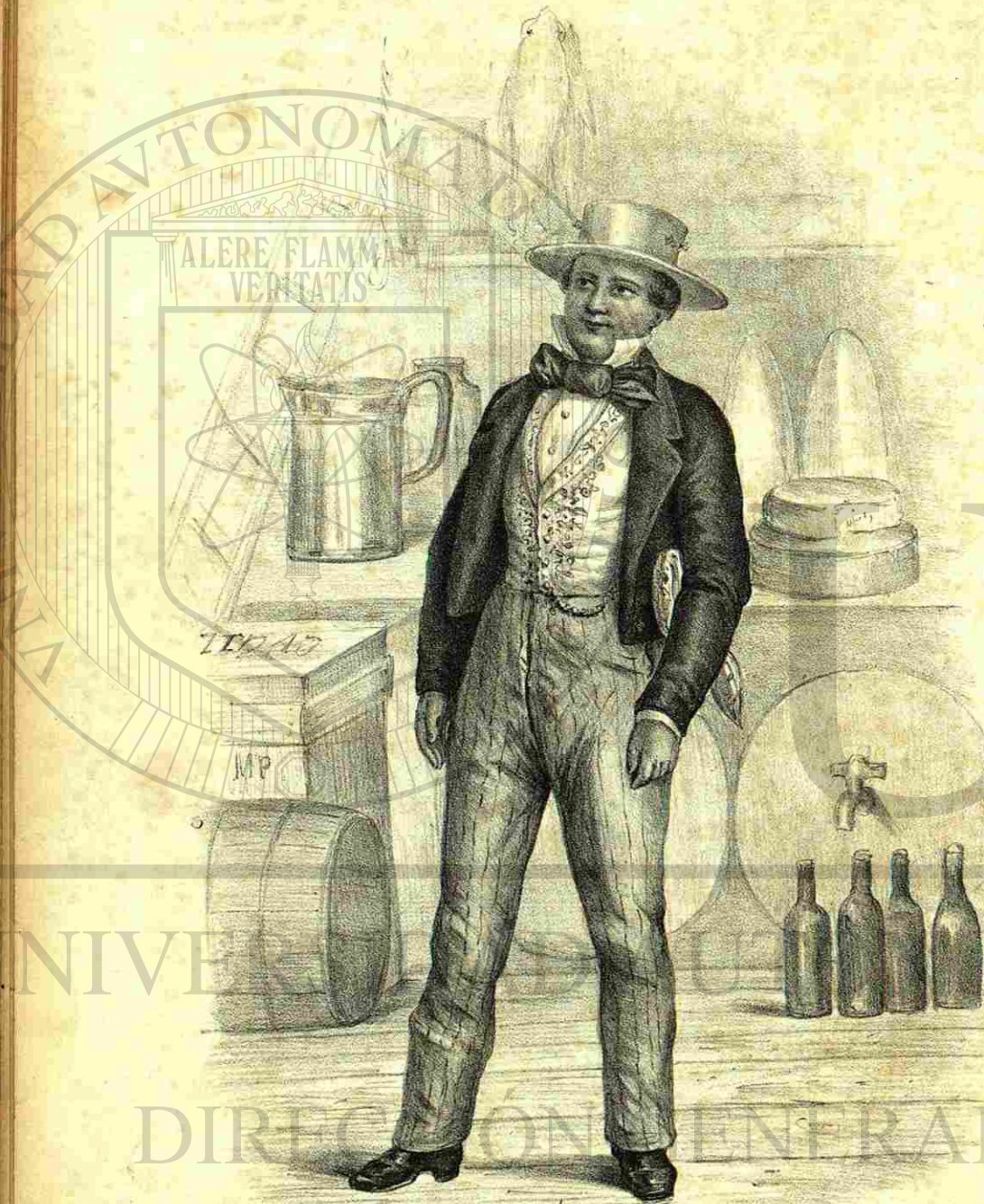


UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Los Mexicanos.



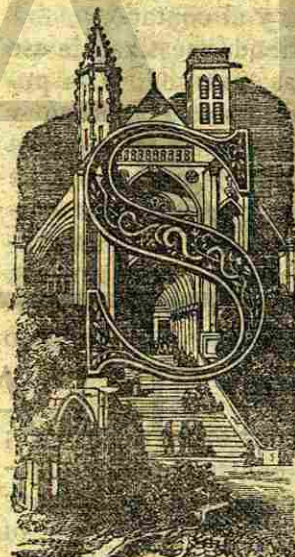
H. Iriarte dibujo.

Lito. de M. Murguía y C.

EL CAJERO.



EL CAJERO.



E ha dicho, y con razon, que cada cabeza es un mundo. Bien: para que esos mundos ó cabezas sean diferentes entre sí, fuerza es tengan todas y cada una su distintivo de originalidad. Sentado este principio échese vd. á rodar por esos mundos de Dios en busca de tipos originales para escribir un artículo de costumbres, y se quedará como tonto en vísperas, sin saber ni que escojer ni á quien señalar.

Sin embargo, la manía de escribir sobre costumbres, malas por supuesto, el conato pecaminoso de murmurar del prójimo nos hace cortar el nudo gordiano en materia de personalidades, y separando á los

hombres de los hombres, los dividimos en clases como á los animales en especies, y á guisa de publicistas, viniendo de la circunferencia al centro, y de las personas á las corporaciones decimos, por ejemplo, abarroteros, cajeros de pulpería, y para escribir tenemos ya un camino (llamémosle camino al papel), liso como la palma de la mano.

Hemos dicho *Cajeros de pulpería*, ¡magnífico! Caiga sobre ellos este artículo como *chahuistle* en sementera, para roer las mieses y dejar el esqueleto de las plantas. Y bien visto, si comparásemos á las plantas los susodichos *cajeros*, podríamos asegurar que esta planta es, como suele decirse, *carne de perro*, que equivale á tanto como decir, se produce en todas partes con abundancia y bajo cualquier clima.

No hablaremos, pues, de los *cajeros* en su origen, que poco mas ó menos debe ser igual ó idéntico al de todo hijo de su *mamá*, y por otra parte nos entremeteríamos en cuestiones agudas, abstractas, y en una palabra, de imposible comprension. Pero diremos que, ser cajero es una carrera honrosa, un oficio *ad hoc*, una profesion esprofeso para el niño que sale de la escuela, y que, con sus ribetes de aristocracia y sus pelillos á la española antigua, repugna las artes por villanas; y sin tener por otra parte capacidad pecuniaria ó mental para dedicarse á las ciencias, halla en la condicion de hacerse dependiente un vasto porvenir, una via fácil, decente y segurísima para realizar sus ilusiones de amor, y sus ensueños de oro y plata pasta y al contado.

Conque, veamos detrás del mostrador de esa tienda mestiza, de ese almacén heterogéneo, al *cajero*, jovencito apenas, entrando á la pubertad, sus formas imperfectas aun, su voz de duo entre soprano y bajo, enjutas sus mejillas y un tanto pálidas: conserva sus maneras de alumno y es tímido, no osa despachar al primer comprador que se presenta, y para hacerlo pregunta á cada paso los precios de los caldos y semillas, cuida estrictamente del fiel de la balanza, mide los granos y licores con el escrúpulo que tendria una monja, y finalmente comienza por hacerse impopular: los compradores gustan de la rapidéz en los movimientos y de la franqueza en el despacho y el neófito está torpe; le piden un grano mas de sal y lo niega: vamos, el aprendizaje del cajero es fatal.

Pero pasan doce meses y ahí tienen vdes. al meritorio ya formado; gana cien pesos anuales: el trato íntimo que ha contraído con el queso, el hábito que han formado las pasas y las almendras de entretejer su paladar, que tiene además la obligacion de hacerse perito y dar su voto sobre la bondad de los licores: por último, la necesidad de madrugarse y de vivir entregado á un trabajo continuo, hacen del cajero un mozo rollizo, bien musculado, de encarnadas mejillas y ademan resuelto: abandonó ya la chaqueta, suprimió el chaleco, proscribió la corbata y relegó, en fin, á un rincón todo aquello que lo constituia meritorio: libre de tan embarazosos adminículos, su atavío es un delantal

de brin, y con las manos callosas y arremangadas las mangas de la camisa, contempla con orgullo sus nervudos brazos, cree que puede desafiar á Turin, y si algo supiera el tendero de historia romana, ambicionaria ser gladiador.

Tiene razon: es ya un despachador diestro, un cajero en debida forma. Comienza á serle familiar el idioma mexicano, y algo entiende del inglés y del francés, lo suficiente para despachar una botella de cerveza ó un cuartillo de coñac: envuelve ochenta papeles de azafran por minuto, despacha las semillas al tacto, mide con la vista el tanto de los licores y maneja las pesas, el embudo, la romana, parte azúcar, destapa un barril subiéndolo antes al polin á competencia con el cargador, forma una cuenta de cuarterola, todo con prodigiosa rapidéz. Ha aprendido el arte de hacerse amable con las criadas y mandaderos; á estos les suelta un dicho colorado, á las otras en el momento de despacharlas las apedrea con garbanzos, y si alguna de ellas merece la pena de un pellizco, lo lleva en el brazo, ó tal vez, al descuido del amo, íntegro el importe de las mercancías. ¡Algo se ha de dar al marchante para tenerlo grato!—Si la criada no es cerrera lleva además un puñado de pasas, un trozo de queso. . . ¡oh! las pasas y el queso que tantas contribuciones pagan, se debia, en atencion á las utilidades muy personales que les saca el cajero, librarlas de toda exaccion aduanal, y cuando menos el dinero empleado en esos artículos, considerarse por los amos como gasto muerto; sí, señor, como gasto muerto.

La carrera literaria es tan disímbola de la carrera monetaria del tendero que á este le importa un pito el cultivo del idioma: ¿sabe despachar con arreglo al tanto por ciento? pues vale mas que la Academia de la lengua; ni qué podrá enseñarnos un mandadero ó mandadera que entra en la tienda sin cumplimientos y pide cuartilla de frijoles y *pilon* de chile? A lo mas, si la criada es *confortable*, se entabla un diálogo ligero, porque el despachador lo provoca, diciéndole:—¿Qué cosa, chula?

—Cuartilla de frijoles, pilon de chile, tlaco de sal: despácheme pronto.

—Pues deme un beso.

—¡Ora sí! ande, despácheme.

—Pues haber la mano.

—Si nó busco. . . ande ó me voy.

—Vaya, chata; qué! ¿no me quiere?

—Para que *quedré* esa *mugre*, y se sonrió, y en premio de su sonrisa se lleva un puñado mas de frijoles, y si, en fin, su condescendencia llega á dar una cita ó prestarse á llevar una carta á su ama, puede jurar en lo sucesivo que aquella tienda y aquel cajero son mejores que todas las tiendas y que todos los cajeros. Conque tenemos ya

que si el cajero no adelanta en literatura ni falta le hace, ni la necesita para llegar, si la fortuna no le separa del jamon y del chinguirito, á obtener las coronas de Venus y la proteccion inmediata de Mercurio.

Por otra parte, el cajero en forma sin ser literato, goza de muchas prerogativas: tiene derecho de mentir al comprar y al vender; es el jefe nato de los cargadores y de los arrieros: los corredores le deben consideracion porque miente al comprar mas que ellos al proponer: disputa con el amo sobre la calidad de los efectos, y al hablarle de sus precios no dice le cuesta á vd., sino *nos cuesta tanto, perdemos* mas cuanto. El cajero ejerce jurisdiccion contenciosa sobre los que circulan moneda falsa: cuando alguna cae en sus manos riñe con el marchante, examina de nuevo la moneda, manifiesta su inteligencia á los compañeros, y después, á pesar de los ruegos ó dictérios de su contrincante, el cajero implacable, severo como otro Minos, toma un clavo y una pesa, y clava la moneda á orillas del mostrador, donde queda manifiesta para escarmiento de pícaros. El cajero en esos momentos ha hecho el papel de actor, perito, juez y ejecutor.

Hasta aquí su vida positiva; veámos su vida poética ¿por qué no ha de tener su lado poético la vida del cajero? Condenado por su dependencia al celibato, al menos seis días en la semana, ese cajero de vida y ocupacion prosaicas, tiene un dia consagrado á las ilusiones; el dia festivo. Durante un mes ó dos ha soñado con un pantalon de casimir amarillo, una chaqueta azul, unas botas charoladas, una mascarada nácar, un sombrero aleman con las indispensables chapetas de plata, y, últimamente, ha soñado con alguna belleza; quizá una cita amorosa dada en la semana ha distraído su mente un rato del catalan y del arroz. ¡Oh! y para alcanzar esa cita, ¡cuántos afanes, cuántos sacrificios! El desdichado que ignora el estilo erótico, se desvela pensando en la redaccion de la primera misiva, y fatigado de buscar principio á su obra, tiene que recurrir á su condiscípulo que ya es estudiante y se ha examinado de mínimos y menores; le confía su empresa y acaba por suplicarle que le confeccione un borrador: el estudiante aprovecha la oportunidad de utilizar y lucir sus talentos y en cambio de una resmilla de papel fino, viene á entregar al disimulado amante el susodicho borrador, concebido en los términos siguientes, ú otros muy semejantes:

“Miado rada Señorita.”

“Desde que tube la inponderable dicha de ber á V. por la primera ves mi corazon ardiente se sintia abrazado con el juego de esos hojos selestiales y con la ermosura de ese rostro encantador, y en esta soli-

taria y triste, tienda. deborava en secreto este amor que me llebara ha la tumba, pero lo encantadora Señorita; ya mi pacion no puede contenerse en los límites del cilenso. . . . ya es fuersa que V. sepa la ternura funesta de mi lugubre corazon que Cupido a traspasado con sus eburneas flechas. ¿Como podre resistir el atractivo de una muger mas hermosa que la misma Venus? imposible Señorita. . . . Yo conosco que no me adorna ningun mérito; pero V. que abriga un alma susceptible y compasiva disculpara lo devorador de mi pacion y por lo mismo me atrevo á pedirle en lagrimas el rostro sumergido un Si que no me sera negado, y siendo mi pacion tan onesta espero que me contestara V. pues de lo contrario el Dios omnipotente sera testigo deque abra V. el sepulcro a”

“Quien V. sabe.”

El cajero copia la carta, la remite y no se la contestan, y lucha y relucha, y envia grátis el liston á la niña, y regala alfileres á la criada hasta que llega la contestacion que dice, poco mas ó menos:

“Mi estimado Señor.”

“Aunqe V. me dise que me ama qien sabe quales seran sus intesiones. por qe llo me estoi confesando y aunqe llo tanvien quiero á V. mucho y le dijo qe si. pero si sus intesiones son buenas es fuersa que se lo diga V. á mi mama por que no quiero qe lo sepa pues no me dejara hir al paseo el domingo, pues solo nos podremos ber los domingos que boi a bisita en casa de mi prima. pues no quiero perder la qietu de mi corason por que ustedes los ombres no mas enamoran por enamorar y si V. quiere casarse conmigo cuente V. conque soi su amante q. b. s. m.”

“Quien V. sabe.”

El felicísimo cajero contando los minutos ve llegar el suspirado dia: toma la vanguardia á la aurora, aprovecha la misa de alba y ocurre despues al baño y á la barbería, y allí deja el olor de los cominos y la cubierta de polvo y grasa que lo constituian ente prosaico, y vuelve lucio, rollizo y bien adovado á esperar con ansia el momento de dar-

se á la luz pública. Suena la hora de marcha y nuestro limpio Adonis cerrando las puertas y atrancándolas con sorprendente velocidad, pasa á la trastienda; en un rincón está su lecho mercantilmente enrollado y ligero, circunstancias para trasportarlo ya al mostrador, ya al tapanco, ya á la bodega; lo desenvuelve con un puntapié y en él arroja la camisa sucia, el delantal de brin, los chanclos ó pantalones de campaña: acude al baul y saca el uniforme de gala, el traje dominguero: la vidriera del despacho es su tocador de cuerpo entero, y allí á solas se alista, se viste, cuida de poner en la bolsa del reloj un sobre sueldo que le ha concedido D. Prudencio (*) y se lanza á la calle limpio, rozagante y matizado de vivos colores, como ramillete formado en una mañana de primavera.

Pero ¡cuán caro le cuesta ajustarse al traje poético del domingo! no acostumbrado ya el cajero á sujetar sus miembros con la calurosa corbata, el ajustado pantalon, la estorbosa chaqueta y el sombrero indócil y rebelde, que por falta de uso se desaviene con la cabeza y se fuga de ella como si fuera una ilusión, pierde el hombre la soltura de los movimientos, queda como en prensa, y entonces la inmovilidad de su cuello, el andar embarazoso, la actitud tiesa y uniforme de sus brazos, el ruido en hueco de las botas, publican la condicion del cajero, demuestran su originalidad y se distingue de los demás seres de la creacion á una legua de distancia.

Dispuesto á realizar sus sueños de felicidad, visita á su familia, la impone de los precios de plaza, le explica el manejo de la calicata ó alcómetro, y recomienda que sus hermanitos no vayan á comprarle, ni menos á pedirle anises: sale, pues, de su casa satisfecho de que le hayan dobladillado y alabado su mascada nácar, y de lo bien que le sienta la chaqueta azul que se mira á menudo, así como las puntas de las botas, apresurándose á pasar, para lucirse, por la calle donde vive la niña: ella lo saluda entre risueña y pudorosa, él saca su mascada y entra á comprar cigarros al estanquillo inmediato, y vuelve á saludar, y ella en el balconcito habla con su prima, y él revuelve la vista hasta llegar á la esquina, donde echa el último saludo, y se dirige á cumplir otra cita mas positiva con la recamarera que le compra cinta y agujas; cumple como puede su mision sobre la tierra, regala el peso mas nuevo y se dirige á la plaza de toros ó á la alameda: allí, como es natural, se reúne á otros cajeros.

—¿Cómo te va?

—¡Bien! Acabo de dejar á mi muchacha.

—¿Qué tal es el garbanzo?

[*] D. Prudencio llaman al cajon del dinero; personaje mudo, complaciente y que desquita el mal humor de los cajeros, pues le imponen multas, contribuciones, escotes, y D. Prudencio no chista.

—La quisieras para tu ama.

—¿Es cocinera ó galopina? Vamos ¡cuánto va que es una vieja?

—Pues! como á tí no te hace formal sino la suegra de tu amo que te regala bocaditos. ¿Sabes que nos ha llegado un vino carlon esquisito?

—¿Cuántos barriles?

—Doscientos ochenta.

—En tu vida los has visto. Miren á este: ya quiere hacernos creer en doscientos ochenta barriles! ¿Qué, se sacó tu amo la lotería?

—No, sino que su capital es mas grueso que el del tuyo.

—¡Eh! al pasar por la tienda tuya se hace balance.

—¡Puede ser! pero no somos como vdes. que tienen seis frascos llenos de agua teñida con brasil y azucar quemada.

—Qué instruido estás! se conoce tu larga práctica; pero ¡á que no sabes hacer licores?

—Sobre que yo soy el único que prepara las mistelas y rebaja el aguardiente.

—Y por supuesto aumentarás el café en polvo con garbanzo tostado, y la pimienta con frutilla del Perú, y el azafran con azafrancillo, y fortaleces el catalan con alumbre, y mezclas la sal de Colima con la de Araró, y..... vamos, haces prodigios, le das á tu amo ganancias de un doscientos por ciento: te debe regalar bien el pico.

—No mucho que digamos; hay veces, y son las mas, que la comida está de los perros.

—Pero así engordas.

—Y estoy mas fuerte que tú.... Haber: echa un pulso.

Nuestro cajero vence á su contrario, tiene buenas canillas y no hay que disputar; nadie le aventaja en pujanza, ya sea con el dedo, ya con los puños. Las horas de la tarde vuelan: el cajero se prepara á volver de nuevo al palo, y durante sus sabrosos diálogos no ha dejado de pasarle por las mientes que podria casarse con la belleza que, semejante á una palomita blanca, ha visto en la lumbrera, ó con alguna otra que pasó como astro en una carretela azul.

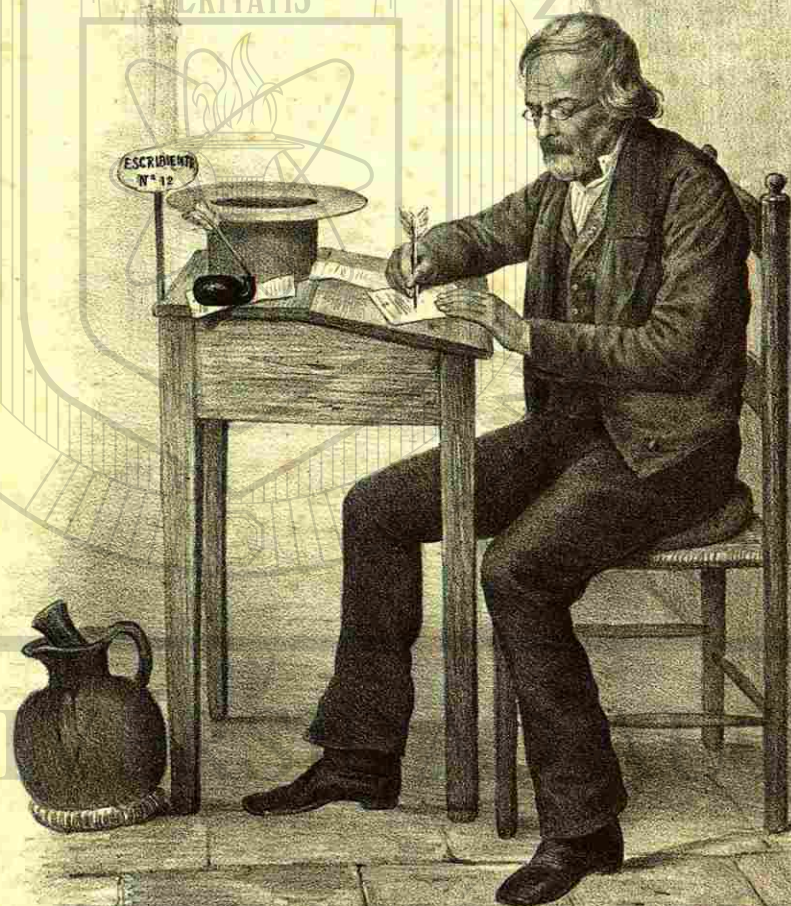
Como las diversiones nocturnas son fruto vedado al cajero, que no goza de las delicias del teatro sino en las representaciones vespertinas donde la noche comienza desde las tres y media ó cuatro horas de la tarde, el toque de la oracion es el de retreta para nuestro abarrotero, cuyo azueto termina con el crepúsculo; pero la oracion es la hora de su liberalidad: no puede volver á la tienda ni con un resto del sobresueldo; así es que á esa hora procura convidar al estudiante que le sirve de secretario en sus amores, y á otros amigos, para tomar el chocolate en la sociedad mas inmediata, y allí, no solo toma chocolate, sino que sacia el apetito atrasado que tiene de sorbetes, pasteles, jaletinas, y obliga á sus comensales á pedir con franqueza café, licores y

soletas; paga por todos, y si aun le queda una peseta en la bolsa, la destina al primer mendigo que encuentra al paso, y vuela á abrir la tienda y á encender los quinqués, y á ponerse su delantal de brin, y á cubrirse de polvo y grasa, hasta que la edad le acarrea exigencias nuevas y deseo de libertad.

A los veinte ó veinticinco años de vida si el cajero no ha tenido la fortuna de hallar la piedra filosofal, esto es, un patrono que premie sus largos servicios ofreciéndole una habilitacion ó un tercio de las utilidades, entonces destripa, como diría un estudiante; deserta, reniega, abjura su mostrador, sacude el yugo y se lanza á la correduría, en cuyo ejercicio será feliz si logra hacerse corredor del número; pero si como *intruso* le va mal, reniega tambien de la correduría, y mediante una recomendacioncita sienta plaza de teniente. Deshechas sus ilusiones mercantiles toca la edad madura, y se llamará feliz si logra obtener un buen grado en la milicia, ó si un mediano negocio le proporciona lo suficiente para instalarse en un tendejon que piensa siempre engrandecer al crédito, para terminar su afanosa existencia llamándose propietario, y eternamente calculando el modo desconocido de evitar las menores pérdidas y aumentar hasta el infinito las ganancias.—(—)



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS



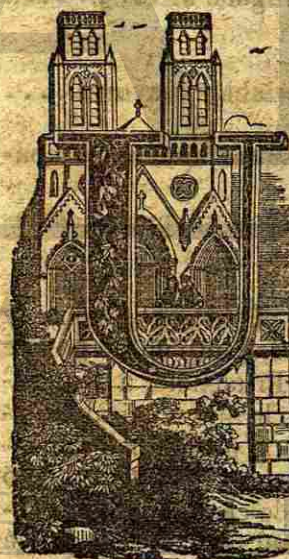
H. Iriarte lit.

Lito. de M. Murguía y C^ª

EL EVANGELISTA.



EL EVANGELISTA.



N evangelista que no es S. Lucas, ni S. Juan, ni S. Marcos, ni S. Mateo, no es evangelista: un evangelista que no sabe jota de los evangelios tampoco es evangelista; y sin embargo, nosotros tenemos nuestro evangelista que sin ser de los verdaderos evangelistas tiene parte de los atributos de todos ellos. Es decir, á nuestro evangelista no le falta su angelito, tiene la bravura de los leones, el pico de la águila, y no es difícil que cargue los cuernos del toro; aunque

sobre estos sucede lo que con todas las cosas que no se espresan en el evangelio, esto es, que no son de fé.

Por si el tipo que acompaña este artículo no fuere todavía sino un enigma para nuestros lectores, procuraremos ser mas esplicitos, y si es posible tan veraces como unos evangelistas. Semejante á ellos nuestro evangelista es por lo regular de condicion humilde, pertenece á la clase democrática como los pescadores en tiempo de Augusto, y aunque no haya sido pescador de profesion, porque no es necesaria una profesion para ser evangelista, el nuestro en cuestion fué por lo menos aprendiz de barbero, coime de villar, sacristan, ó á lo mas sargento retirado sin el goce de fuero y uniforme.

Nuestro hombre necesitaba vivir; para vivir necesitaba comer; para comer necesitaba trabajar; pero trabajar de un modo libre, independiente y noble: sabia escribir, dibujar un tanto cuanto, y solia de tarde en tarde componer unas décimas *de amor y contra él*: algo hazgó de la manera de poner un memorial; en una palabra, era hombre de letras. Cansado de buscar un destino *ad hoc*, aburrido de estarse escribiendo doce horas por el módico sueldo de tres reales, al lado de un escribano que lo esclavizaba y lo hacia parte integrante de su protocolo, nuestro actual evangelista se levantó un dia con las muelas tueras, pero como inspirado, y pasó á la casa de su vecino.

El vecino era capaz de dar un buen consejo.

—Buenos dias, D. Hilarion.

—¡Hola! qué aires traen á su casa tan de madrugada al Sr. D. Juan Silenciaro del Portal?

—Qué aires?... El demonio!

—Aguarde vd. hombre me vestiré: esas son palabras mayores....

—¿Qué ha hecho vd. pacto....

—No, D. Hilarion; pero deseo quejarme, consultar, quiero un consejo.

—Bueno; pero tomaremos antes chocolate ¿lo toma vd. puro ó *chamurrado*?

—De cualquier manera.

Mientras se batia el desayuno, D. Hilarion se vistió poco á poco, se quejó de las malas noches que le daban las chinches, contó un sueño que habia tenido sobre la lotería de S. Carlos; y D. Prudencio, á propósito, le contaba al vecino una reciente pesadilla en la que se miraba convertido en piedra litográfica metido en la prensa; y procurando esponjarse todo lo posible para no sucumbir á la presion, reventó y lanzó un grito; pero despertó acongojado y solo halló de cierto que tenia sobre su cuerpo un brazo y una pierna de su mitad querida. Aquí la criada interrumpió el cuento presentando á los amigos el desayuno. D. Hilarion se enderezó en su silla, montó una pierna sobre otra y quebrando un bizcocho con tres dedos, dijo: véamos, pues, que con-

sejo.... No pudo continuar porque se llenó la boca con una sopa de chocolate, muy caliente aun, y durante su duda de si tragaba ó escupia, respondió D. Prudencio dejando enfriar á la vez su chocolate. —Pues señor, ya me aburro de mi vida: deseo trabajar, pero no echar los pulmones por la boca escribiendo hasta de noche. He pensado en pretender un destinillo, pero no tengo resortes: tambien he pensado en ser maestro de escuela, pero no es mi genio para lidiar con muchachos: he pensado....

—¡Hombre.... han traído el chocolate hirviendo!—¿No ha pensado vd. en ser almacenista?

—No, no, fuera de broma; pero si he pensado en escribir para el público.

—¡Ah! periodista?

—Tampoco. He pensado en ser escribiente sin amo á quien servir, sino en el portal....

—¡Ah! hombre, evangelista ¡he! todo acaba en *ista*, y al fin eso es mejor que agiotista, pancista, petardista, pesimista....

—Con que ¿le parece á vd?

D. Hilarion, para quien todo era magnífico y supremo, aprobó y aun regaló á D. Prudencio una mesita, un tintero, plumas, navaja, cuatro reales para papel y una receta para hacer buena tinta. Verificado aquí que quien dá el consejo dá el toston. D. Prudencio, previo el permiso correspondiente, se instaló en el portal de la plaza de Santo Domingo, constituyéndose en secretario público.

D. Hilarion, que es mi *Journal de événements rares*, D. Hilarion que debería ser parte integrante del telégrafo y haber sido formado antes que para hombre para vocina, me ha puesto al tanto de esas historias, y no solo sino que ha satisfecho mi curiosidad de conocer *pro famosiori* á nuestro evangelista. En efecto, D. Hilarion que es tambien taquígrafo, este D. Hilarion banderizo de la mordacidad, ocioso de profesion, cronista escandaloso de los matrimonios, me citó para que fuésemos á examinar de cerca al escribiente público cuyo nombre se ha convertido en guarismo, porque en vez de poner en el rotulillo que le sirve de enseña

JUAN SILENCIARIO DEL PORTAL,
Escribiente.

ha puesto en letras gordas *Escribiente n.º*.... no recuerdo el número, pero no hace al caso. Nuestro guarismo de carne estaba sentado delante de su mesa; sobre ella habia tintero, papel escrito, papel blanco, regla y compás.

D. Hilarion saludó al guarismo; pero cuando ibamos á entrar en conversacion llegó una muger con trazas de haber llorado: se acercó

al escribiente rogándole pusiera una carta para el marido que acababa de salir de la cárcel, y lejos de ir en busca de su cara mitad parece que marchaba rumbo de Rio-frio. Quise en el momento separarme para que la pobre muger dictase con desembarazo su misiva confidencial, pero D. Hilarion me detuvo probándome que el mejor modo de conocer al evangelista era presenciar su trabajo y examinar sus expedientes. En efecto, la redactora en jefe tomó asiento en el banquillo destinado á los clientes, y sin cuidarse de nuestra presencia se enjugó los ojos y se preparó á dar los puntos: el secretario probó la pluma, procurando á nuestra vista hacer mas gallarda una forma de letra española antigua, con algunos trazos de inglesa moderna, y en seguida preguntó á la cliente—¿Le hablará vd. de tú?

—Sí, señor.

—¿Cómo se llama?

—Señor, se llama José Cayo de la Cadena; pero le dicen por mal nombre Gárñas.

—No le pongamos ese apodo porque se incomodará.

—No le hace, Señor, no le hace: yo quiero que la carta sea una cosa que le arda el alma: dígame vd. que no mas me busca cuando lo ponen preso, para que yo lo mantenga; que si él no habia de mantener siquiera á sus hijos para que se casó.

—Bueno, señora, haber que le parece á vd.

Y el secretario ordenando lo mejor que pudo la redaccion, escribió:

“Sr. D. José Cayo de la Cadena (haliáz garñaz.)

megico Mallo 5 de 18....

Mi ingrato y querido Callo.

Esta solo se reduce á desirte que ya te hicites, el animo de dejarme (como si no tubieras Hijos que mantener) despues, que yo sabe, Dios lo que trabajo para darles de comer, y luego á ti tambien que no mas ocurres á mi cuando estas en la carsel!!!”

La cliente interrumpió diciéndole:—Señor, póngale vd. que cómo la.... de su querida (omitimos el apodo por escandaloso) no le da entonces nada despues que gasta todo lo que él gana.

El secretario meditó, escribió, y ella volvió á interrumpir añadiendo: dígame vd. que si se enoja á mí ni.... y la cliente sin terminar la frase levantó los hombros en ademan de desprecio haciendo lo que llaman un dengue: el escribiente debia, en mi concepto, hallarse embarazado para describir aquel dengue; pero el hombre que no se para en pintas, tradujo aquella frase muda poniendo—*ni tantito me importa*.

Finalmente, interpretando ademanes y coordinando ideas ajenas, ó lo que es peor, ideas de muger, y de muger sin átomos de educacion,

el evangelista terminó la carta donde cada dición era un disparate ó un insulto, y firmó al calce de la epístola, asentando el nombre de su cliente *Cornelia Galicia*, y poniendo en el sobre: *al Señor don Callo de la Cadena en—Rio-frio*.

La Galicia, que sin duda habia ocupado ya en otras veces al secretario, desató la punta del ceñidor donde guardaba un real, módico importe de la misiva, y lo entregó á nuestro D. Juan, que le advirtió no ser aquel día de correo sino el siguiente.

Ibamos á entrar de nuevo en conversacion, cuando llegó una vieja suplicando al secretario le pusiese un memorial para librar á su hijo del sorteo; y al efecto llevaba la hoja de papel sellado. El evangelista nos pidió permiso por un momento, cortó su pluma, y sin esperar que le dictasen comenzó el ocurso dirigido al cura y demás agentes calificadores, poniendo:

“Exmos. Sres.”

“Perfecto Ocio ijo hunico de mi madre D^a Rosario Pasilla ante V. E. I. con el mas umilde y profundo respecto en uso de los derechos de ciudadano y como mas halla lugar en Derecho sumisamente expongo. Que teniendo una madre viuda de 99 años de edad y una tia doncella lo menos de 50 yo soy el que solamente puedo darles la subsistencia en su viudedad. Padesco tambien unas reumas en los brazos que certificaré si necesario fuere y por tales razones creo que se me debe esectuar del sorteo y Por tanto á V. Sas. pido rendidamente se digen en obsequio de la justicia y de su recto y magnanimo corazon decretar de conformidad con mi solicitud en lo que recibiré merced y gracia.”

La vieja recibió el ocurso, previa lectura, y aunque le pareció excelente, disputó con el secretario sobre el importe del escrito alegando insolvencia, hasta que á tira mas tira, y *regateando* lo que pudo, soltó un real y tres *clavos* y se alejó murmurando del evangelista. No bien hubo este concluido cuando llegó un criado pidiéndole unos versos ó décimas de zelos y de amor: nuestro evangelista abrió su papelera y entonces pude ver que la papelera de un evangelista es el retrete de las nueve musas, el almacén de las flores del Parnaso, la enciclopedia secreta de poetas anónimos, el repertorio de la poesía democrática y realmente popular: allí, allí es donde se encuentran las verdaderas poesías ligeras y de contraste, porque hay elegias y epitafios alegres, sonetos de formas anómalas, felicitaciones tristes, odas de arte menor, silvas en figura de letrillas, décimas de catorce versos, sáficos á manera de epigramas, redondillas octágonas, estro-

fas en prosa y verso, consonantes libres, octavas sin principio ni fin; ultimamente, allí es donde se halla el complemento de la revolucion literaria y la perfecta fusion de los clásicos, los románticos y los macarrónicos.

Siguiendo nuestra historia, como dijimos, un doméstico pidió unos versos de zelos y de amor. Nuestro secretario que está al tanto de todas las situaciones de la vida, tenía ya puestas en limpio y en papel timbrado, ya con palomitas asidas del pico, ya con una flor, ya con dos corazones atravezados con una flecha, y otra porcion de geroglíficos, varias poesías de distintos calibres, y consultando el gusto del solicitante, dijo: haber que le parecen estas décimas de glosa.

Ya tendrás tu saragate
Que te eche su cobijita
En un colchon de colita (1)
Y un rompido *petate* (2).

No le agradó al doméstico, y el evangelista tomando otro papel, leyó:

Le dirás á ese tu amante
Que se nombra por tu dueño
Que te he de ser constante,
Y que si es hombre de empeño
Que me busque vigilante.

Tampoco le agradó al doméstico la vigilancia, y menos que lo buscara un hombre de empeño, por lo que el secretario, sacando otro papel, leyó:

¿Qué te ha hecho mi corazon
Para que así lo maltrates?
Si lo has de herir poco á poco
Mejor será que lo mates.

- Ese si está bueno, señor! ¿Cuánto vale?
- Dos reales; tiene un corazon pasado con un puñal y una palomita volando.
- Está bien; pero la cosa es que yo no *tuteo* á la señora, y quien sabe si se enojará.
- Pues si vd. quiere se puede componer, pero le cuesta medio real mas.
- Si queda bueno....

- (1) *Una salea.*
- (2) *Estera.*

—Sí que queda; lo verá vd.: y tomando una actitud de autor, escribió:

Que le ha hecho á V. mi corazon
Para que así lo maltrate V?
Si lo ha de herir V. poco á poco
Mejor será que lo mate V.

—Así, señor, así y me hace vd. favor de ponerle mi nombre.

—¿Cómo se llama vd.?

—Plácido Mercado.

El doméstico marchó y tras él vino un *barillero* á buscar unos versos para felicitar á un compadre en su cumpleaños. Nuestro escritor público, que aun no habia cerrado la papelera, tomó un papel en forma de tarjeta, donde con letra microscópica habia escrito:

Con prósperas alegrías
Aunque á ninguno le cuadre
Deseandote melodías
Tu amantísimo compadre
Te felicita los dias.

No gustó de la quintilla el *barillero*; queria unos versos largos, unas décimas, una cosa que dijera mucho; así fué que D. Juan sacó un borrador que contenia una glosa, la cual comenzaba:

San Gerónimo el clarín
Te toque con dulce voz,
Y en honra y gloria de Dios
Te cuelgue San Agustin.

Leida hasta el fin la correspondiente glosa, que omitimos por no cansar al prudente lector, pagó el *barillero* y fuése; pero no hubo modo de entrar yo en relaciones con el secretario porque vinieron simultáneamente, un soldado manco en pos de un escrito para que se le pagase su retiro: un muchacho á comprar flaco de tinta; una muger embarazada que deseaba convidar de compadre á su vecino el pulquero: otra vieja que habia perdido á su nieta y queria avisos para fijarlos en las esquinas: otra mas que necesitaba una esquila para pedir un socorro: otra idem para decir á su hijo lo mal que hizo en robarse á la recamarera, &c. &c. &c.

Don Hilarion dedujo que aquel dia habia sido de cosecha para el evangelista; pero me advirtió que no era eso lo comun, pues lo mas del tiempo estaba casi en calma y pasaba nuestro hombre horas enteras identificado con su mesa. Yo me despedí de mi amigo y quedé

refleccionando que el pobre evangelista, barbudo por arranquera, suicio por pobreza, hambriento por necesidad, gastada la vista, aniquilado el entendimiento, es el verdadero tipo de la paciencia. Es ignorante y vive de la ignorancia agena, y esa ignorancia es su verdadera profesion; pero en medio de todo goza alguna independendencia, es el secretario particular del público que no sabe escribir; no necesita protocolo, ni tiene responsabilidad; su ramo abraza todos los ramos: como redactor no tiene que esponerse á la torpeza de un cajista; como escribiente, donde él pinta no hay quien borre; tiene su ortografía peculiar, su estilo y fórmulas propias: es un artesano sin mas arte que el de escribir; un secretario sin secretos; y, como todo animal de pluma come de las ideas ajenas sin entenderlas: la prosa y el verso son para él lo que para el carpintero la caoba y el pino: tan pronto es el instrumento de una venganza como el de una buena obra: planta parásita vejeta como tantas otras con las cuales se confunde, porque al evangelista no se le distingue sino cuando con su mesa se le ve adherido al portal; es, en fin, un empleado sin ascenso y sin montepío: una máquina hecha para la correspondencia confidencial, un archivo viviente y heterogéneo de epístolas amorosas, felicitaciones, pesames, reprimendas, zelos, peticiones, ocurso, réplicas y contra réplicas, de versos en prosa, romances, y de cuanto ha desechado la literatura y la retórica antigua y moderna. Y como el evangelista no tiene alas ni cola, ni letrado en la frente sino en la delantera de su mesilla, ni tiene únicamente un ojo como los cíclopes, ni distintivo alguno de originalidad, porque si bien es cierto que suele tener un angelito que le lleva el almuerzo, y un pico que parece de águila, pero que realmente es el de su pluma, y un carácter de leon cuando el hambre le aprieta, y unos cuernos si tuvo la desgracia de suicidarse, como que el angelito no es del cielo todavía, ni el pico de su pluma traza jamas un rasgo del Apocalipsis, ni el carácter de leon es cosa que se vé, ni los cuernos de aquellos que se palpan, nuestro evangelista, en resumen, fuera del portal y de la actitud que representa en la estampa, es un hombre siempre pobre, que escribe, duerme y come, y que come solamente cuando escribe.—(&.)

Enero de 1855.

DIRECCION GENERAL



La presente edicion de la obra de D. Juan de Dios, con el fin de que sea mas conocida y útil, se ha reimpreso en esta ciudad, y queda ya en venta en la libreria de D. Juan de Dios, y en todas las librerias de esta y otras ciudades.

Los Mexicanos.



W. Triarte lito.

LA. de M. Murguía y C.^a

EL SERENO.



EL SERENO.



EMPLUMADO sea yo si este siglo en que vivimos no es el siglo de las luces! Digo; ó mejor dicho, pregunto: ¿Vdes., amados prójimos, conocen los fósforos y cerillos? ¿Vdes. han visto por esos mundos de Dios multitud de faroles que hacen los mayores esfuerzos por iluminar las calles y las plazas? Por último, si vdes. no conocen ni han visto el alumbrado de gas ¿han oído por lo menos hablar de ese émulo del sol que está pronto á reemplazar al Sr. Febo el día que

quiera hacernos el feo, encareciéndonos sus servicios? Pues si vdes. conocen tales cosas, tontera seria, y muy grande, empeñarme en demostrar lo *fosfórico y luminoso* del siglo feliz en que vivimos.

Por fortuna hoy para tener luz cuando algun ruido nos despierta á media noche, ya no tenemos de menester aquella porcion de embarazosos chismes que necesitaban nuestros padres: el pedernal, yesca, eslabon y pajuela, han sido reemplazados por un solo mueble, el cerillo; y esta es una ventaja para el tiempo y la pereza, aunque la bolsa opine lo contrario. Por fortuna tambien, el que hoy transita por las calles puede hacerse la ilusion de que es de dia, supuesto que medio vé una cosa que si no es luz poco le falta para serlo; quedando, á Dios gracias, muy atrás aquellos tiempos en los cuales solo se veia uno que otro farolillo que alumbraba el nicho de piedra de alguna imagen colocada en la pared, y á cuyo débil resplandor reconocianse dos embozados; sacaban los aceros, y echando chispas y centellas se daban sabrosísimas cuchilladas con gran contentamiento de la dama, que al través de las celosias saboreaba tan deliciosa serenata. Hoy no; hoy tenemos luz de sobra, y por causa de ella, paciente lector, mas de una vez he descubierto á media noche encima del enlosado de las calles, una reluciente peseta, la cual se me ha convertido al tomarla, en una sustancia semilíquida, que por cierto no me meteré ahora á esplicarte: merced á la misma luz, un prójimo á quien no habia visto en mi vida me ha hundido el sombrero hasta las narices, juzgándome un su amigo y conocido viejo; y por último, á ella debo el haber andado quince cuerdas en seguimiento de una paloma de diez y seis Abriles, para venirme á encontrar con una lechuza de sesenta y tres Diciembres.

Segun lo dicho, preciso es convenir en que tenemos luz; pero tambien convendrán vdes. en que esta luz no se hizo ó hace con el *fiat lucem* de la Escritura, sino que necesario ha sido un agente que la produzca y la mantenga —¿Quién la produce? ¿quién la mantiene? Eso lo sabe todo aquel que haya visto al soñoliento *sereno*; á ese viviente que pertenece á la familia de los buhós, cáraos y murciélagos; al *hombre lechuza*, amigo de las tinieblas y el aceite.

Lamartine ha dicho: "Cuando la Providencia quiere incendiar el mundo con una idea la coloca en el alma de un francés." ¡Cuánto mejor seria que hubiese dicho: *coloca una luz en la linterna de un sereno!* Esto tendria la ventaja de que si no era una metáfora estúpida, al menos seria una verdad de á folio, que verian todos aquellos que no fueran ciegos, esto es, todos los que no fueran maridos...! Nosotros ignoramos en qué pais brotaron las primeras plantas del *Sereno*; por tanto, el lector se quedará en ayunas sobre este punto, y solo procuraremos decirle en qué época salieron á luz con su luz esos antipodas de la humanidad durmiente. He aquí los datos curiosísimos que sobre esto hemos podido recopilar.

Si no mienten las crónicas hay serenos en el mundo precisamente desde que los hubo: verdad notoria y tan evidente que no abrigamos el mas leve temor de que venga un erudito y nos demuestre lo contrario! Los primeros serenos *eran* sin duda tal cual entonces *fueron*, y si la raza ha decaído ó mejorado esa es cosa que debe saberla todo aquel á quien se la hayan dicho. Además, si los primeros serenos tuvieron luz, necesariamente debe haber iluminado, y quizá no podria decirse de ella lo que dijo, no sé quien, de nuestro alumbrado de México, esto es, que solo servia *para hacer mas visibles las tinieblas*. Savoreen nuestros lectores las noticias histórico-eruditas que acabamos de darles, y pasemos á hacer algunas reflexiones que nos ocurren, dando en seguida á conocer el nocturno personage, á quien arrancamos de la luz artificial para presentarlo pintiparado á la luz pública.

Ante todas cosas, ¿la vida que pasa el *sereno*, es buena ó es mala? ¿Merece la pena de envidiarse ó debe huirse de ella como quien huye de una carga concejil sin gages ó emolumentos? ¡Canario! Aseguro que la mayor parte de mis lectores esclama y dice, que la vida del *sereno* es una vida de perros: y á fé que dirán bien, porque eso de velar mientras otros roncan, es como si dijéramos:

Mientras yo á mi suegra entierro
Y enmudece mi muger,
Tú tienes que recojer
A tu suegra y á su perro...!

Y luego agreguen vdes. á esto la necesidad que tiene el *sereno* de sufrir con la cachaza de un estoico, la lluvia, el frio, los fuertes aguaceros; andar á dime y te diré con los borrachos, y á *pito* y carreras con los ladrones; todo como si el pobre hombre no fuera de carne y hueso sino de estuco, y como si no se hallara con las ganas suficientes de ir á la diputacion en pies ajenos, pero con tripas propias bien repletas de aguardiente, cosa mas simpática que cargar con el hijo de Baco á quien de tanto alzar el codo se le han bajado las rodillas. Está visto; vdes., discretísimos lectores, tenían razon para ver en la vida del *sereno* la existencia de un hombre dejado de la mano de Dios y de sus santos.

Sin embargo, yo no adopto del todo la opinion de vdes., porque al fin y al cabo la *noble profesion* de sereno (¿por qué no ha de ser noble?) tiene sus lados favorables, si bien se mira y examina. Vamos á verlo:

El sereno es un *hombre público*, título que hiere el tímpano de algunos prójimos con mas delicadeza que el clarinete de Belletti y el violin de Coenen. Lástima que su público admirador se componga como otros muchos públicos, de lechuzas y murciélagos!

El sereno, como los grandes ingenios, *cumple su mision en la tierra* iluminando al mundo. Verdad es que su luz es agena; pero eso no le hace: ingenios hay que jamás la han tenido propia!

Tiene sus puntos de contacto con los filósofos y grandes hombres, pues como ellos vive en la soledad, y pasa largas horas meditando en la quietud y el silencio.

Jamás padece constipados, resfriados ni otras pejugueras; porque nuestro hombre y el dios de las pulmonías y *coqueluches* tienen *comercios de amistad y otros*.

Es señor de *horca y cuchillo*, y como tal, dispone de la *honra* y vida de la generacion canina.

No está condenado á ver malos dramas ni pésimas comedias, aunque es cierto que tampoco las ve buenas!

No vive bajo el dominio de la llave de su casera, ni tiene que regalar á la muy bruja porque le abrió el zaguan dadas las diez de la noche.

Su vida es mas larga que la de cualquiera otro, porque mientras ese otro ronca, el sereno tiene conciencia cierta de que resuella, cosa que muchos no conocen ni aun despiertos.

Por último, el sereno tiene la fortuna de que las chinches no le piquen de noche, precisamente porque emplea la receta de Quevedo, esto es, *se acuesta de dia*.

Además de las ventajas espresadas hasta aquí, el sereno tiene otras que se le presentan en la forma de moneda. Dadas las diez de la noche comienza á hacer que se cierren los tendajos abiertos hasta aquella hora: entonces el sereno suele echar su trago, cosa en que jamás se escude; coloca su farol en el centro de las cuatro esquinas, y sentándose arrimado á una de ellas, con resignacion evangélica se dispone á no dormir, cuando todo el mundo no piensa en otra cosa.

Curioso por demás seria seguir los pensamientos de nuestro hombre durante las horas de quietud y de silencio que tiene que pasar. El sereno debe ocuparlas necesariamente en pensar, á no ser que sea como aquel célebre personaje que decia: "Dicen que el pensamiento no pára, ¡quién sabe cómo podrá ser esto! ¡Yo siempre lo tengo parado!"

En fin, ya que no podemos seguir la *elaboracion mental* de nuestro tipo, no le veamos en esas noches tranquilas y sosegadas, sino en una de aquellas crueles y azarosas, que tanto dan que hacer á nuestro vigilante ciudadano.

—Guarda! guarda!

—¡Allá voy!

—Guarda!... qué me roban!

—¿Quién se la roba á usted, niña?

—Esos.

—Pero cuáles son esos?

—Aquellos.

—Aquellos! Y por qué se la quieren robar á usted?

—¡Ora sí! yo no he dicho que me quieren robar mi persona.

—Pos entonces?...!

—Me quieren quitar mis hilachitas.

—¡Aaaaah! Pos casi casi viene á ser lo mismo....!

—Ande, guarda, acompáñeme.

—Y si nos roban á los dos?

—¡Déjelo!

—Oiga?

—No quiero: váyase á....!

La hembra perseguida se aleja poco satisfecha de la galantería del sereno. Este queda tranquilo en su puesto, porque ha conocido que nadie atacará de veras á la quejosa ni á sus harapos. Poco despues crugen las vidrieras de un balcon que se halla casi en la cabeza de nuestro hombre:

—Guarda?

—Niña?

—Pronto....! una comadrel!

—Pos qué sucede, niña? quién está mala?

—No grite vd....! Mi papá....

—Cómol es para el amo la comadre....?

—No, guarda: digo que mi papá puede despertar, y es un caso....

—Sí, sí; ya entiendo: es un caso....

—Pues! la perrita de Chihuahua se está muriendo, y papá la quiere mucho.

—Voy corriendo niña!

—No toque el zaguan cuando vuelva: yo tendré cuidado de bajar á abrirle.... Oiga vd. guarda: de paso cómpreme vd. en la botica un real de polvos *provocantes al parto*.

—Está bien, niña.—¡Diablo de animal! cualquiera diria que era una gente....!

El guarda se aleja y desempeña su comision con mas acierto que muchos diplomáticos de primer orden.

—Buenas noches, guarda.

—Buenas noches, señor.

—Quiere vd. acompañarme á mi casa?

—Está muy lejos?

—No: se me ha hecho tarde y está eso tan solo....

—Vamos, señor.

—Yo no tengo miedo, eh? pero anoche me asaltaron quince hombres, y aunque los hice correr....

—¡María Purísima!!!!

—Siempre es bueno ser prudente.

—Ya se ve!
 —Con que, vamos?
 —Vamos, señor.—¡Mi muger tiene mas alma que este roto!
 Echa su aparte el sereno, y sigue al prudente de los quince hombres. Poco despues vuelve á su puesto; mas apenas ha llegado, cuando una nueva prójima se le presenta.
 —Buenas noches, ñor Serapio.
 —¡Errel! qué anda haciendo ña Consapcion á estas horas?
 —Cómo qué? siñora está muy mala.
 —¿La del 7?
 —Pues!—Ande, acompáñeme por un médico.
 —Y hasta onde?
 —Aquí nomas, casa el señor D. Rafelito Montesuma.
 —Y qué le ha sucedido á la señorita?
 —Quien sabe. Estaba muy contenta cenando con su primo el del 18, cuando derepente llegó el amo y á poco rato....
 —Eso es! revolvio de *carne* y de *vigilia* y le hizo daño.
 —Cállese, hombre: no sea malo ni hablador, que la niña es muy buena.
 —Yo tambien soy muy bueno, y con todo y eso me agrio y me aceedo cuando mi muger me hace *revoltijo*.
 —Nuestra pareja marchó al fin en busca del doctor, y ya de vuelta, el sereno ocupó de nuevo su sitio, sentándose en una de las puertas de la tocinería de la esquina. Ya gracias á Dios le han dejado en paz las Evas perseguidas, las viejas mandaderas y los medrosos pollos. Entonces el sereno llama á cuentas su bolsillo, y ve con satisfaccion las monedas que le han producido sus servicios. Despues de hecho su pequeño balance, y mirando que sus catorce faroles están bien atizados, se arrebuja en su capote, se emboza hasta los ojos, cruza los brazos sobre las rodillas, apolla en ellos la cabeza, y presenta el espectáculo de un fardo de añil, sobre el cual ha puesto el cargador su descomunal sombrero.
 Apenas el guarda se ha colocado en semejante posicion, algo propia para tributarle culto y reverencia á Morfeo, cuando el ruido de los cascos de un caballo le obliga á levantar precipitadamente la cabeza para ver al transeunte que se aproxima. Dos minutos despues se presenta el cabo.
 —Guarda?
 —Señor.
 —No ha ocurrido novedad?
 —Ninguna, señor.
 —Bien. Mucho cuidado.
 —Vaya usted con Dios que estoy alerta.
 El cabo se aleja, y pocos momentos despues todo queda en un pro-

fundo silencio. El sereno vuelve á tomar su primitiva posicion y al cabo de un cuarto de hora no podria responder acertivamente si los relojes han dado las dos de la mañana, ó si no ha sido mas que un sueño. En aquel estado de entorpecimiento y de incertidumbre, y como desde las siete de la noche que tomó su frugal cena, su estómago no ha vuelto á recibir otro alimento, el pobre hombre empieza á soñar con los objetos que encierra la tocinería que se halla á sus espaldas, y de la cual precisamente ocupa una de las puertas. Aquel es un sueño delicioso, seductor: lleno, si no de poesia, al menos de perfumes gastronómicos y de alimenticias tentaciones. Nuestro hombre se mira colocado sobre un pedestal de pernils y tocino; sobre su cabeza ve un rico pabellon de sabrosísimos chorizos; la atmósfera y el aire que respira están impregnados del grato olor que exhala la seductora colgadura; y para mayor placer, honra y dicha, personas invisibles, las hadas sin duda de aquel encantado recinto, le coronan de aromática y sabrosa longaniza. Nada importa que en aquella vision fantástica los sentidos no gocen por iguales partes. La vista, y sobre todo el olfato, son los reyes y señores del festin, cosa muy puesta en razon, cuando los tales sentidos tienen sus relaciones íntimas con un estómago vacío. Nuestro hombre no escucha músicas celestiales, ni siente el roce aterciopelado de los lábios de una huri; pero en cambio ve, huele, y por fin de postres espera gustar de los tesoros que ha visto y olfateado.

¡Mas el hombre ha contado sin la huésped, y no sabe que desde que el mundo se volvió romántico, preciso es que los sueños tengan un fin desastroso! Como vdes. lo oyen. Repentinamente las puertas del templo se abren; multitud de monstruos y vestiglos penetran en aquel recinto *restaurador*; desgarran el odorífero pabellon; las longanizas se convierten en horribas serpientes, cuyos anillos horripilan á nuestro personage con su frío glacial; el trono de jamones se hunde; cae el sereno, se estremece, y levanta la cabeza restregándose los ojos con ambas manos.

—Maldito sueño! esclama el sereno: aun me parece que *güelo* la longaniza.... Eh! qué es eso?....

El guarda que se había puesto en pié, ve á sus plantas un objeto que no le es desconocido: le levanta y se halla con una estupenda corona de aquellas que poco antes engalanaron su cabeza. Se dirige azorado á la otra puerta de la tocinería, la empuja y cede bajo el impulso de su mano. ¡Desgraciado guarda! si hubiera leído á Fr. Luis de Leon, en aquel momento se acordaria de los siguientes versos:

Oye Joseph entre sueños
 Lo que el ángel le alumbró,

Y despierto conocí
Que los sueños no son sueños!

Por consiguiente, el desenlace final de la anterior escena se reduce á echar pito veinte veces, á carreras, alborotos y á cuantas mas etcé-
teras quieran vdes. añadirle. El pobre guarda queda detenido hasta
averiguar si tuvo parte en aquel robo, y al día siguiente se lee en un
periódico ilustrado:

ROBO ESCANDALOSO.—Ayer entre cuatro y cinco de la maña-
na ha sido robada la tocinería de la calle H. y que es propiedad del
Sr. D. Gordiano Butifarra. Segun se dice un descuido del sereno oca-
sionó tal accidente. Ya lo hemos dicho otra vez: mientras esos en-
cargados de conservar.....

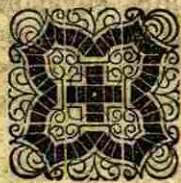
Aquí siguen un retahila de observaciones sobre el no dormir, las
cuales hizo el periodista en su cama, mientras el sereno permanecía
en la calle, aterido de frio y atormentado por el sueño....!

¡Infeliz guarda! el día anterior fué para él un día aciago. Por la
mañana, en la revista de domingo, estuvo á punto de verse arrestado
por no llevar puesto el pantalon de gala, á causa de no haberle pegado
la mujer tres botones que le faltaban: su módica quincena de 7 pesos
sirvió para que la suegra apadrinase á un pimpollito de la casera: uno
de sus hijos se estaba muriendo y hacia dos días con sus noches que el
infeliz hombre no pegaba los ojos. Y luego, no se duerma Vd., por-
que uno de los señores redactores del *Narcótico, periódico soñoliento y*
soporífico, pondrá el grito en los cielos!

¡Cuerpo de Cristo! Yo soy capaz de dar un buen consejo y lo daré
por vida mia. Escúcheme el sereno y dígame al periodista cuan-
do chille:

Alma de alcornoque...!! mientras yo paso la noche sin dormir, tu
duermes á pierna suelta, y haces dormir á los lectores, por medio de
tus articulejos desabridos.—R.

Enero, de 1855.



Los Mexicanos.



H. Iriarte dibujo.

Lito de M. Murguía y C^a

EL ALACENERO.

EL ALACENERO.

INDICE DE LOS CAPITULOS QUE CONTIENE ESTE ARTICULO.

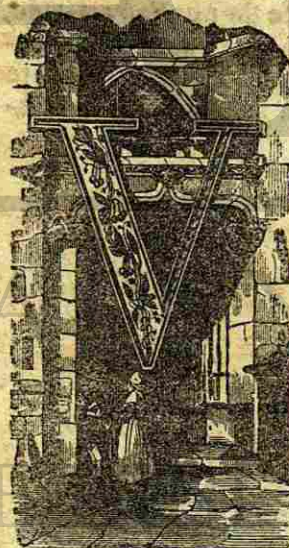
CAPITULO I.—INTRODUCCION.

- ETIMOLOGIA.
- HISTORIA.
- CLASIFICACION.
- DE COMO EL ALACENERO PERTENECE AL GENERO HUMANO.
- DE COMO LA VIDA PRIVADA DEL ALACENERO ES LA VIDA PRIVADA DE SU FAMILIA, PORQUE LA DE EL ES PUBLICA.
- DE COMO LOS ALACENEROS SON:
Cual los insectos que su ser reciben
De los arbustos á que están pegados.
- OBSERVACIONES QUE SE HAN PRESENTADO A LOS OJOS, O SE HAN TRAILO A LA MEMORIA, DESPUES DE ESCRITOS LOS CAPITULOS ANTERIORES.

I.

INTRODUCCION.

*Nos patribus longe præstamus avis-
que —Esteneo según Galeno.*



¡ALEMOS mas que los conquistadores y que los aztecas en materias de comercio. Los indígenas esplotaban solos sus negociaciones; los españoles dividian el trabajo y las ganancias con los americanos: pero nosotros sus felices descendientes, hemos abandonado las especulaciones mercantiles á los extranjeros, reservándonos el caminar de aldea en aldea con una pacotilla bajo el brazo, ó bien cuando nuestro cajon de mercadería se ha engrandecido, el arrimarlo á las

columnas de los portales. He aquí el único tipo que ha quedado del negociante mexicano: y no será difícil que dentro de breves días las ancianas venidas del Támesis y el Sena con estendidos piés naturales, y largos risos comprados, invadan no solamente las alacenas, sino que clamen por la noche en lugar de nuestras indias: *Aquí hay pato, mi alma, tortilla con chile.*

II.

ETIMOLOGIA.

Unde habeas quarit nemo, sed oportet habere.—JUVENAL.

Ignoramos si hay algun nombre castizo ó alguna palabra francesa mal españolizada, ó por lo menos alguna espresion técnica sacada del idioma griego, para espresar con propiedad aquella clase de comerciantes, que tienen su negociacion en una alacena: para suplir esta ignorancia y por razones óbvias los llamamos nosotros *alaceneros*, pues necesitabamos un nombre para el encabezamiento de nuestro artículo, y teniamos por otra parte en favor del bautismo que nos hemos atrevido á hacer, la famosa regla *unde habeas &c.*, y esta regla es tanto mas oportuna cuanto que nuestros alaceneros en sus tratos y contratos la siguen estrictamente.

III.

HISTORIA.

Quod ministerium fuerat, ars haberi capta.—TITO LIVIO.

Todo lo que cuenta con algunos años de existencia tiene una historia; y las mugeres y los alaceneros tienen por lo menos dos, siendo la primera por lo comun la que abraza las circunstancias, por las cuales

dichas gentes amanecieron un día establecidas, ó con la alacena abierta (segun su profesion); y refiriéndose en la segunda las vicisitudes de la fortuna en sus respectivas carreras; pareciéndose en esto su vida á la de Adán y Eva, que se puede considerar antes y despues de su caída. Pero nuestro ánimo no es hacer biografías, y consideraremos por lo mismo la historia de estos especuladores bajo un punto de vista general, sin que por eso nos comprometamos á ostentar una erudicion profunda para fijar los puntos donde se abrieron los primeros cajones mercantiles, fabricados de madera en la gran Tenoxtitlán, ni aun nos detendremos en una inscripcion que atestigua un privilegio que disfrutaron los Agustinos en el portal que lleva su nombre. La historia de los alaceneros es mas interesante, aunque tal vez menos verídica, como nosotros la hemos llegado á comprender. Recien conquistada esta Nueva España vinieron de la antigua, mal disfrazados de cristianos, muchos de los judíos que la inquisicion perseguia en Portugal y en Granada: en prueba de este hecho haremos observar, que en México se presenciaron muchos autos de fé, en los cuales los hijos legítimos de Abraham y de los profetas aparecen como víctimas. Quede, pues, sentado que ha existido entre nosotros una colonia de *isr. elites*, y aseguremos bajo nuestra palabra de honor que fueron comerciantes. Sabemos igualmente que esa raza nunca muere; así es, que preguntamos ¿dónde se encuentra? Si observamos con cuidado la cara de muchos alaceneros de ambos sexos, y sobre todo, las costumbres de algunos de ellos, no podremos menos de afirmar que en los portales hay muchos judíos; esta es nuestra opinion, *salvo meliori.*

IV.

CLASIFICACION.

Primum querenda pecunia est, post questio fiet de moribus.

Esta máxima caracteriza á los alaceneros, y esta misma seguiremos nosotros para clasificarlos: procuraremos, pues, distribuirlos por órdenes y familias, segun su riqueza aparente.

Todas las clasificaciones tienen algunas divisiones con caracteres confusos, como sucede con los pólipos en la Zoología, y con las algas,

hongos, musgos y helechos en la botánica; también la ciencia de los alaceneros tiene su criptogamia. El mercillero ambulante que carga su cajón de casa en casa, fácilmente se arraiga en el Portal de las Flores, aumentando ligeramente la extensión de su almacén; lo mismo sucede con el que vende por las calles efectos de ropa y después se radica bajo un toldo frente á la Universidad; transformaciones análogas se notan en las zapateras chamenceras de la plaza de Jesús, y en las fruterías de los mercados. Arraigado una vez el comerciante aun cuando sea en una calle, comienza por cultivar la madera de su cajón hasta que consigue verla ramificarse, florecer y fructificar, como si reverdeciera en sus bosques primitivos, con la diferencia de que en vez de hojas y bellotas se cubre de tirantes, de muñecas, de pantalones, de tambores, de mascadas, de todo lo que puede tener un precio y encontrar un marchante. En este estado el alacenero solo aspira á una mejora, á introducirse él mismo en el cajón, que por supuesto ya no es el mismo que en otro tiempo llevaba cargando. Figuraos un lego en su misma alcancia: esta es la aristocracia del gremio, y lo que era un vil oficio se vuelve un honroso y brillante establecimiento: *quod ministerium fuerat &c.* En resumen, los alaceneros son: Primero, ambulantes. Segundo, de toldo ó de cajones movibles. Tercero, de cajones firmes. Cuarto y último, de cajones firmes con mostrador. Nuestro artículo se refiere á las dos últimas clases.

V.

DE COMO EL ALACENERO PERTENECE AL GÉNERO HUMANO.

Viler hosce mercatores et negociatores sunt. L. nequis. C. de dignitatib. lib. 12.

A la vista de esta especie de tortugas ó de caracoles, cuya concha si no está boca-arriba tampoco está boca-abajo, y por eso no caminan, preguntarán nuestras curiosas lectoras, si pertenecen los alaceneros al género humano? y nosotros respondemos resueltamente por la afirmativa, apoyándonos en la filosofía y en la legislación antigua, que declararon vil á esa clase de comerciantes, de donde inferimos que

los consideraban como hombres á los hombres, y á las mugeres como mugeres; y aunque por los filósofos y legisladores modernos no hay oficios viles, y se han derogado por lo mismo las antiguas disposiciones sobre la materia, suponemos que queda vigente el derecho que considera á los alaceneros como parte integrante de la humanidad. Por tanto, los alaceneros son animales racionales.

VI.

DE COMO EL ALACENERO NO TIENE VIDA PRIVADA.

Numerare me docet Arithmetica et avaritia commodat digitos.—SENECA.

¿Sabeis, hermanos míos, en qué se ocupa un alacenero? En vender y en comprar; y cuando no compra ni vende se complace en ver como sus dedos ejercitan las cuatro operaciones de la aritmética bajo las inspiraciones de la avaricia. Pero en qué se ocupa por las noches? compra, vende, calcula, arregla sus mercancías: si es muger deja á su marido la economía doméstica; si es hombre, primero ocurre á sus libros de cuentas que á su familia. El alacenero no tiene perros ni gatos; su hogar y su descanso está en su cajón; en su casa se desvela; pero al frente de su negociación dormita algunas veces. La ley prohíbe hablar de la vida privada de los ciudadanos, pero no de sus virtudes, de donde inferimos que la vida privada la constituyen los vicios: pues bien, el alacenero no tiene mas que un vicio, la codicia, pero este es bastante público.

VII

DE COMO LOS ALACENEROS SON:

Cual los insectos que su ser reciben
De los arbustos á que están pegados.—ZERRILLA.

*Videtis commilitones quanto plus pos-
sit ingenium quam vires?—PLUTARCO.*

El alacenero fuera de su almacén se encuentra fuera de su atmósfera, es decir, fuera de ese ambiente impregnado de día y de noche con fuertes emanaciones mercantiles, que tal vez exhala el mismo terreno; y no se crea que esto es una ponderación, pues en apoyo de nuestras aserciones vienen esas negociaciones parásitas que aparecen en ciertas horas del día y en ciertos días del año: á esta clase pertenecen los vendedores de fósforos y calendarios que ocupan las alacenas cuando están cerradas; y cuando están abiertas vemos en todas ellas, por temporadas, ya millares de tarjetas, ya centenares de máscaras, ya docenas de matracas, y ya por pares los bueyes y las mulas de los nacimientos. Cada alacena es una miniatura del palacio de cristal que sirvió á la famosa esposición de Londres. El alacenero desde su puesto ve en continuo movimiento toda la población y se agita al impulso de cada oleada. Dadme un punto de apoyo dice, como Arquímedes, y por palanca tu alacena; y con ella en efecto amenaza trastornar la parte superior de los portales. El alacenero, y es uno de sus rasgos característicos, no tiene cajeros, y sin embargo, muchas veces es capitalista y jamás abandona su esfera por espaciarse en un almacén y entregar sus negocios á ajenas manos. Desecad las lagunas y se acabaran los juiles; suprimid las alacenas y desaparecerá un ramo de comercio donde encuentran tantos juguetes los niños.

VIII

OBSERVACIONES QUE SE HAN HECHO O RECORDADO DESPUES DE ESCRITOS LOS CAPITULOS ANTERIORES.

*Giunto Alejandro á la famosa tumba
Del fero Achile, sospirando disse:
O fortunato che si chiara tromba
Trovasti che di le si chiaro scrisse.*

La única observación que nos ocurre es, que ninguna tenemos que añadir á las muchas y profundas que tenemos manifestadas á nuestros lectores. Juzgaríamos, en consecuencia, inútil este capítulo si no vinieran en nuestro auxilio otros observadores que han sido mas felices que nosotros, y para cuyos trabajos dejaremos desocupados algunos párrafos, limitándonos por ahora á publicar dos ó tres pensamientos que con oportunidad hemos recibido. En la temporada del mayor calor, y á las dos de la tarde, en esa hora en que los negocios mercantiles se adormecen y los comerciantes dormitan, viendo á nuestros alaceneros sentados y abriendo desmedidamente los ojos, y por simpatía la boca, para descubrir en medio de la calma un solo marchante, se cuenta que un turco preguntó: ¿son empalados? y un médico que pasaba casualmente, respondió: no es tan interno su mal, padecen.... una enfermedad propia de las personas que todo el día se están sentadas. Esto en cuanto á la fisiología, ó mas bien á la patología del alacenero; por lo que toca á su porvenir, en esta época en que todas las clases de la sociedad tienen su corazón en lo presente, y sus ojos en lo futuro, nosotros con sentimiento aseguramos que bastará una medida de policía para que desaparezcan, como un estorbo, las alacenas mercantiles, como caen los laboriosos nidos de las golondrinas cuando se pinta una casa, ó cuando por lo menos se procede á su aseo. Pero si los alaceneros logran burlarse del tiempo y de la policía, entonces los veremos crecer y multiplicarse, aparecer los cajones unos sobre otros como los nichos de un panteón; y á la verdad para vender sus efectos el alacenero, solamente necesita hacia la calle un espacio suficiente para sacar un ojo y una mano.

Sea cual fuere el porvenir de esa clase laboriosa y emprendedora,

nos cabe la satisfaccion de haber sido sus primeros historiadores. Hemos hablado de ella con imparcialidad; y, por qué no? ¿qué motivos tenemos para odiarla? si fuéramos zapateros nos quejariamos de que no consumen su calzado; si fuéramos escribientes levantariamos al cielo el grito, porque ellos mismos llevan los libros y la correspondencia de su negociacion; si fuéramos periodistas, haríamos notar que cuando venden por comision algun papel, lo leen de valde; lo dejan leer por vil precio y lo devuelven ajado por lo menos, á los interesados; pero nosotros no lo somos en desacreditar á ningun cristiano ni judío, y por lo mismo dejaremos á todo el mundo en su buena opinion y fama.

Los alaceneros por su parte deben manifestarse envanecidos porque nos han dado asunto para llenar ocho capítulos, y deben esperar que los demás mexicanos cuando se vean, sin esperarlo ni sospecharlo, aparecer pintados por ellos mismos, envidiando la suerte del alacenero, esclamen:

*O fortunato che si chiara tromba
Trovasti che di te si chiaro scrisse;*

si es que, como quiere el divino Pretrarca, se escribe con la trompa.—(***)

México, Enero de 1855.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

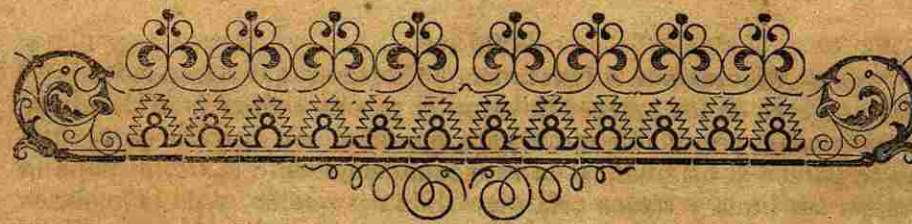
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Los Mexicanos.



DIRECCION GENERAL

LA CHINA.



LA CHINA.



INFALIBLEMENTE va á amostazarse la gente femenil de corsé y bullarengue, de *scotish* y *polka-mazurka*, de cavatinas, guantes y colores. Mire vd. qué audacia! qué descarol! qué poca galantería! Ocuparme en hablar de la plebella *China*, como si en México no hubiera coquetas, literatas, colegialas, &c. &c.; es decir, como si no tuvieramos hermosuras que se han empeñado en parecer francesas, inglesas ó rusas, supuesto que nadie sabe que el gorro, la talma, la visita, ó la capota de pieles hayan abrigado á las

hembras de Moctezuma ó Guatimoc. Ciertó es que tampoco sé yo si las mugeres de los aztecas llevaron el rebozo *calandrio* ó las *puntas enchiladas*; pero nadie me negará que el mejor retrato es el que mas se parece al original, y en esto indudablemente la *China* tiene la ventaja; esa linda y fresca criatura salida del pueblo, y de la cual nos darán una idea por lo pronto los siguientes versos del picaresco *Zan-cadilla*:

Encarnado zagalejo,
Banda con fleco de plata,
Cintura delgada, chata,
Y ojos de ofender á Dios.

Pues bien: ya que se trata de pintar Mexicanos, (ó de que los Mexicanos se pinten por sí mismos), antes que á cualquiera otra persona femenil, le presentaré mi *China* al lector, pidiéndole antes perdón á coquetas y literatas, gente con la cual, sobre todo con las primeras, voy á *confrontar* mi tipo nacional y predilecto.

¡Fuera! ¡Fuera la gente de alto rango! ¡Fuera las majas y manolitas de España y las grisetas de Francia! ¡A un lado esa turba alegre, zalamera y bulliciosa, encargada de trastornar el bautismo á los cristianos! Sí.... ¡Fuera repito! porque ahora sale mi china; esa hija de México tan linda como su cielo azul; tan fresca como sus jardines floridos, y tan risueña y alegre como las mañanas deliciosas de esta tierra bendita de Dios y de sus santos.

¡Plaza! que allá va la nata y la espuma de la gente del bronce, la perla de los barrios, el alma de los fandangos, la gloria y ambición de la gente de *zarape* y *monte-cristo*; la que me subleva y me alarma, y me liquida y me descoyunta, y me....—Mira, lector: si no eres amigo de adjetivos, piropos y comparaciones, puedes desde luego doblar la hoja, porque yo, dispuesto siempre á prodigar tales cosas, lo estoy ahora mas que nunca, al ver que se trata de la *China*.

¡La china! En resumidas cuentas, ¿quién es la china? me preguntará. Ya te lo diré; pero entretanto sábetelo que si le preguntas á un literato, te responderá que la china es una versión de la maja española, y el erudito te dirá que no es otra cosa que un mal bosquejo de la manola; pero para mí que no soy ni erudito ni literato, la *china* es la legítima y hermosa hija de México, y un conjunto de tentaciones capaz de hacerme abandonar mis costumbres pacíficas, circunspectas y bonachonas, cosa que también sucederá á los *conocedores* é inteligentes si llegan á ver esa personita, que en este instante es mi única inspiración, mi solo númen.

Mariquita se llama la heroína de este artículo. Apenas cuenta veintitres años, y ya tiene veintiocho amantes, incluso el tendero de la esquina y el hijo del inspector, que la persiguen y la rodean como

la chusma de escarabajos á la rica y sabrosa fruta que apenas acaba de madurarse en el árbol. A tan *conveniente* número de años une Mariquita un par de ojos negros y subversivos, una boca pequeñita dibujada por dos labios frescos y encendidos como el capullo de una rosa, tez morena y aterciopelada, cuerpo redondo y agraciado, cintura delgada, y por remate de todo unos piés capaces de poner en paz á los contendientes de la disputada *Sebastopol*. Y luego agreguen vdes. á tales *ingredientes* un garbo, soltura y desembarazo, (que bien pueden llamarse la *sal-pimienta* de la china,) y tendremos un compuesto capaz de despertar el apetito del *Rodín* de Sñe, el cual, segun la leyenda, afectaba tener simpatías tan solo por los rábanos.

Mariquita no conoce el *corse*; si lo viera desde luego pensaria que semejante aparato fué uno de los instrumentos que sirvieron para el martirio de santa Ursula y sus once mil compañeras. Si le hablan vdes. del *bullarengue*, creará que semejante nombre solo puede convenirle á un animal de tierra caliente, y está tan oscuras en eso de cascariillas, colorete y vinagres radicales, que si se hallara tales chucherías entre sus limpios peines y adornadas escobetas, creeria sin duda que aquello era para pintar las ollas y ladrillos del *tinajero*; pues como dijo el otro, el novio de la china no tiene necesidad de lavar antes á la novia, como á las indianas, para ver si se destiñe, prueba á que deberían estar sujetas algunas hermosuras del buen tono.

La *china* tiene otra cualidad inapreciable en los tiempos que corren: jamás padece enfermedades morales ni de *conveniencia*, y nació á prueba de jaquecas, convulsiones de nervios, desmayos y demás agregados adherentes al sexo delicado, lánguido y romántico por añadidura. Nada de esto conoce ni padece nuestra *china*, sin embargo de que nadie como ella podria desmayarse, pues tiene la seguridad de que al *falsificar* un patatús, los aficionados que la ausiliaran, aflojándole las ropas, no se encontrarían con ciertas cosillas postizas, verdaderos *apéndices* y *suplementos* de lana y algodón, que completan los encantos de otras muchas pavipollas. No por cierto; porque la china es como Dios la hizo, y hasta hoy no se le ha ocurrido *retocar* la obra de sus señores padres, ni enmendarles la plana, ni comprar su belleza á las modistas y peluqueros, ni mucho menos podrá decirse que la tez de su cara es una especie de *manufactura* de la *Dulcería francesa*. En suma, y para decirlo de una vez: ya que por un lado tenemos á la naturaleza en *todo su esplendor*, y por otro al arte con sus pinturas, sus oropeles y fruslerías, haremos una comparación, diciendo: La *china* es á la *currutaca* lo que los huevos frescos y *estomacales* á los *cascazones huecos, pintarrajados y vacíos* del carnaval. Y esto es tan cierto, que segun la crónica, ha habido curra á quien se le han convertido las pantorrillas en una lluvia de *salvado*, á semejanza de aquel dios que se deshizo en lluvia de oro....!

Pero dejémonos de comparaciones, porque es muy posible se subleve contra nos el sexo que se *retoca*. Véamos á Mariquita nuestra china, y con respecto á lo demas, esperemos el tiempo feliz en que filósofos y moralistas puedan definir al hombre y á la muger, diciendo:

EL HOMBRE es, un compuesto de tierra que siente, piensa y quiere, mediante el alma.

LA MUGER es, un compuesto de breña, albayalde y lana, que ni piensa ni siente; pero que en cambio quiere todo lo que no quiere el hombre, su desgraciado compañero.

Pues, señor, como iba diciendo: Mariquita vive en la calle A,*** número B,*** casa llamada C,*** cuarto letra D.*** Con señas tan alfabéticas, y esas estrellas que guiarnos pueden como al navegante, encontraremos fácilmente la habitación de nuestra china. Dicho y hecho; héla allí: la puerta se halla abierta de par en par, porque Mariquita no teme que las miradas de los curiosos se encuentren con las *infecundas* babuchas, ni con las negruscas medias con mas puntos que diapason de guitarra ó novela romántica, ni tiene que ocultar un túnico grasiento, sucio y con el corpiño *destronado*, ni mucho menos teme que los vecinos se alármen y azoren con una cabeza descendiente en línea recta de la de Medusa. Nada de eso: El fuerte de la china es el aseo, y tanto en su personita como en sus vestidos y muebles, ostenta la mayor limpieza, correspondiendo siempre la fachada al interior, cosa que no sucede en ciertas Evas, cuyos almidonados vestidos y cabezas lustrosas ocultan cosillas no para vistas ni leídas, aunque á ciertos vivientes se les designe con el pulquérrimo y erudito nombre de *epizoarios*: Evas á quienes puede aplicarse, hablando de cualquiera de ellas, los conocidos versos de Saavedra:

Era un sepulcro de luciente mármol
De podredumbre y de guzanos cárcel. . . .!!

Pero ¡pecador de mí! he dejado á vdes. plantados en la puerta por meterme á pensar y charlar cosas que, si bien pueden pensarse, nos está prohibido el decirlas! Vamos, señores; adelante: supongamos por un momento que somos comisionados de padron, y que desde luego, con semejante título, adquirimos el derecho de penetrar *sans façon*, en el reducido albergue de la china. Mas miren vdes.: allí viene el verdadero comisionado, habitante de la misma calle en que vive Mariquita, y antiguo conocido de nuestra china, lo mismo que de nosotros, si á vdes. les parece. Atencion que ya llega.

—Buenos días, Mariquita.

—Se los dé Dios á usted, señor.

—Por aquí vengo yo á molestarte. . . .

—Sí; desde á leguas se conoce á lo que su mercé viene. Pase usted adentro, y tambien los señores si gustan.

—Gracias.—Conque vamos á ver: segun parece tú sola eres la dueña de la casa?

—Sí, señor; pues quién mas queria usted que fuera?

—Es decir, tú haces cabeza?

—Yo, señor.

—Bien está. ¿Cómo te llamas?

Mariquita se sonríe y se pone un tanto colorada: en seguida esclama:

—¡Aqué señor! Si ya me conoce usted desde hace mucho, para qué pregunta mi nombre?

—Es verdad, responde el comisionado algo confuso: sé tu nombre; pero lo que es ahora. . . .

—Se le ha olvidado á usted?

—Es decir, tu nombre no; tu apellido. . . .—Con que te llamas María. . . .?

La china toma un talante serio; tose para despejar su garganta, y con la formalidad de un orador, dice:

—María Soledad Francisca de la Luz Refugio. . . .

—Bueno! tu nombre de pila ya lo sé; tu apellido?

—Ah! mi *apelativo*? Ya sabe usted que por parte de mi madre soy Villa.

—Bien; y tu padre?

—Mi padre. . . .? ¡pues! . . . mi padre tambien era Villa. . . .

—Corrientes!

El comisionado escribe: "María Refugio de la Villa." Luego continúa preguntando:

—¿Tu edad?

—Veintitres años.

—Tu estado?

—Soltera.

—Soltera.—Véamos ahora cuantos tienes de familia.

—Familia? Todo menos eso: yo no tengo á nadie.

—¿Cómo! vives sola. . . .!

—Sola, señor.

—Eso no es posible, Mariquita!

—Posible y poderoso: ya usted lo está mirando. ¡Pues! Chula quedaba yo con familia. . . .!

El incrédulo comisionado devora con la vista los encantos de Mariquita. Ve sus negros y hermosos ojos; admira su cuerpo gentil torneado; examina sus pequeños y primorosos pies, y no halla como e

plicarse, al ver tantos atractivos, el por qué aquella linda flor no tiene un insecto que revolotee á su lado. Dejémosle resolviendo tan intrincado problema, y demos un vistazo á la habitacion de nuestra China.

Es un pequeño cuarto sobre cuyo limpiísimo suelo, segun dice la misma inquilina, *se puede tomar chocolate*. En un ángulo se divisa la cama modestamente habilitada; pero los pocos menesteres están *albeando*, y casi, casi se mira uno tentado de caer enfermo, si aquello pudiera convertirse en cama de hospital, y la dueña fuera un poco mas *hospitalaria* con la gente *afectada* de los nervios y el corazon. A un lado de la cama reposa tranquila sobre el suelo una caja blanca, cuyos hilos de la madera algo erizados y salientes de la superficie, y cuyo olor húmedo y fresco que exhala el mueble, indican al momento que dá bastante que hacer al agua, al jabon y á la escobeta. En ella tiene depositados la china su rebozo de bolita, la mejor de sus bandas, sus enaguas de mascadas, su castor de córtes amarillos, lentejuela y *camarones*; la camisa llena de randas y deshilados, las enaguas blancas con *puntas enchiladas*, el canastillo con sus chismes de costura, y por último, varios papeles que forman el caudal literario de su dueño, y que se reduce á una docena de décimas, varios romances, la esplicacion del cometa de 43, un ejemplar de la *Noche mas venturosa* y los diarios de tres ó cuatro ahorcados. El resto de la ropa se halla á guisa de cecina ó chorizones, colocada con un hilo horizontal que corta el segundo ángulo del aposento á una vara de vértice.

En cuanto á las mascadas de que tanto gusta la china para adornar su cuello y parte de su pecho, esas regularmente vienen los domingos á casa para volver el lunes ó martes al empeño.

Sigue despues el tinajero; y aquello es verdaderamente un prodigio de aseo, frescura, limpieza, orden y simetría. La atencion de nuestro tipo, sobre todo en Puebla, está puesta en las ollas coloradas y brillantes donde deposita su agua, y en aquella profusion de figuras geométricas formadas en la pared por multitud de pequeños y grandes trastos, adornados con las tintas mas brillantes, con las flores y la plata. Allí campean los jarros de Guadalajara llenos de arabescos y de grato olor, allí las frutas de barro de colores encendidos, allí las brillantes y plateadas conchas, los pintados caracoles, la blanca porcelana y el mayor número de piezas de cristal que la china ha recibido del cristaleiro, en cambio de una parte de sus *atractivos mugeriles*. . . . Entendámonos: así se me antoja llamar á la ropa que tiene nuestra heroína fuera de uso. . . .!

Ahora, como juzgo á mis lectores por unos consumados lógicos, en vano me parece decirles lo que será el brasero de una hembra que consagra verdaderos altares á el agua que bebe, y de la cual ha hecho una divinidad pagana. Dejemos por tanto el laboratorio culinario; demos

un vistazo á las estampas de la Soledad y los Dolores pegadas en la pared, con su respectivo alborotante de hoja de lata, y en él colgada una medida de liston amarillo, tocada al santo por quien mas devocion tiene la china: demos, pues, sobre todo, una ligera ojeada, y marchemos en busca de Mariquita en donde suene el bandolon, la flauta y un bajo, y en donde se baila como lo hace la gente que sabe lo que es tener la alma en el cuerpo.

Trabajos tuve para introducir á mis lectores al aposento de la china, y ahora no los tendré menos para hacerles entrar al *velorio*, donde á mayor honra y gloria de un parvulito que se escapó para el cielo, se baila que es un contento y se bebe que es una bendicion, todo sin duda por aquello de: *Los duelos con pan son menos*. Pero como yo tengo empeño en que vdes. vean bailar á Mariquita, no nos paremos en los medios: dñense vdes. por *introducidos* que todo lo demas es perder tiempo.

Hace ya dos horas que el fandango está que se arde: los músicos han repetido varias veces el *jarabe*, *palomo*, *espinado*, *agualulco*, &c., &c.; y á cada repeticion con sus respectivas etcéteras, han echado sendos tragos del *refino*. Los bailadores tambien han *atizado la lámpara*, y merced al *espíritu público* todo el mundo rie y canta, y brinca y se refocila, y la alegría, la bullanga y el escándalo han llegado á su apogeo. En medio de tanto desorden el único que permanece en sus cabales es el muerto, el *santo de la fiesta*, que parece ha tomado empeño en no divertirse. Y he dicho el *santo de la fiesta* porque á Mariquita, que es la *madrina de su ahijado*, se le ocurrió ponerle una sotana que apenas le llega al muerto á las rodillas, haciendo de él un término medio entre San Luis Gonzaga y San Cristóbal! Nuestra heroína despues de haber bailado grandemente, aun se halla empeñada en un jarabe con un famoso bailaror que acaba de llegar, y á quien pretende vencer. Los espectadores agrupados al rededor de la pareja, contemplan divertidos y estasiados aquella lucha; y solo uno de ellos, embozado en su zarape hasta los ojos, y echado el sombrero hácia delante, parece que lejos de divertirse se le están quemando los hígados, al ver lo mucho que se aplica el contendiente de Mariquita. Esta por su parte hace prodigios para vencer á su contrario. Sus piés pequeños y ligeros describen mil rúbricas sobre el pavimento: su cuerpo emprende los movimientos mas seductores. A veces se bambolea voluptuosa hácia uno y otro lado; á veces se adelanta graciosamente erguida, y parece que el alma toda se le ha fijado en los piés, que son entonces los únicos encargados de sostener el buen nombre de su dueño. La china en el baile es entusiasta, ardiente, vigorosa: traba una verdadera lucha con su compañero de baile: se acerca y lo incita, se retira y lo desdenea, gira en su deredor y lo provoca, le hace una *mudanza licenciada* y lo inflama, vuelve á acercársele para *obligarlo*, roza

su cuerpo con el de él para exaltarlo, y todo porque no quiere un enemigo débil para combatir, sino que pretende fascinar, vencer, subyugar al *mentado* bailar de jarabes de aquel barrio. En semejante *torneo* de piés, los ojos de la china están brillantes de entusiasmo, su graciosa nariz se dilata, sus frescos labios se entreabren fatigados, su pecho jadea, sus miembros todos están palpitantes; y las oleadas de sus enaguas que azotan las barbas de algunos espectadores sentados en cucullas, reparten deseos y descoyuntan de amor á los mirones, que inmóviles y con la boca abierta, contemplan aquellos piés que tienen el poder de la cubeta de Mesmer, y de los embrollos de Grandier y de Cagliostro.

Derepente uno de los espectadores esclama con voz esténtorea.

—Verso! verso!

—Sí; ¡verso! repite la multitud.

El primer griton se acerca á los músicos y les habla al oído: estos se sonríen y cantan en seguida:

Si porque viste de curro
Cortar quiere ese clavel,
Sepa, hombre, que no es la miel
Para la boca del burro:
Güela y aléjese de él....!

Los espectadores sueltan la carcajada y ven maliciosos al compañero de Mariquita. Este echa una mirada de relámpago sobre los músicos y otra sobre el atrevido que les dictó aquel verso, y que no ha sido otro que el embozado en el zarape. Nuestra china permanece impassible, y apenas á acabado el canto cuando sigue bailando con nuevo vigor y entusiasmo.

Cuatro minutos despues el embozado vuelve á acercarse á los músicos, y parte de la boca de aquellos un segundo verso:

Estoy que de frio reniego
Y de un colchon tengo gana:
Trasquila, *mialma*, al borrego
Que yo *variare* la lana
Y verás la obra que *entriego*....!

¡Chispas del infierno! Aquí fué Troya! El bailar abandonado á su compañera, y *metiendo mano*, arremete contra la musa de zarape que sopló á los músicos tan deslenguados versos.

El provocador por su parte no se queda muy atrás y veloz como un rayo mete mano á la daga, entablado con su adversario un horrible combate á puñaladas.

Mariquita reconoce á su hombre. Llena de afán é ira se interpone entre ambos combatientes, arrostrando la acerada punta de los puñales; lucha y forcejea por separarlos, cubre con su cuerpo al amante, mientras sus débiles brazos rechazan al rival improvisado; grita, suplica, llora, injuria al agresor, pide auxilio á los mirones, se enfurece al verlos impassibles, hace en fin cuanto le sugiere su ternura; y si en aquellos momentos un golpe mortal acabase con su vida, la china moriría contenta al ver que habia libertado al dueño de su afecto y su ternura.

Derepente la ronda viene á poner fin á la pelea. Poco despues, Mariquita, furiosa porque han aprehendido á su amante, sufre un pequeño interrogatorio, hecho por el juez competente en la materia. Oigámoslo:

—Diga vd. qué relaciones la ligan con ese hombre?

—Relaciones?

—Sí; con el del zarape.

—Pst! yo tan fea como tan clara. Ese hombre.... Ya sabe usted.

—Sin embargo, el otro segun se espresa tiene derechos....

—El otro? ¡Deslenguado! eso si que no: yo soy la tierra que todos pisan, pero no se hacer *capirotadas*. Si él se alaba de lo que carece es porque tiene la boca donde mismo la tiene usted, y donde la tienen todos los embusteros.

—Silencio! atienda que le habla á su juez.

—Y qué? ¡Pues no faltaba mas! Yo tengo mi cara limpia y á nadie le tengo miedo.... ni an á usted con todos sus requilorios, y sofamas, y sus letras, y esa ristra de *soplones* que no mas se están haciendo el cargo por que de hay llenan la barriga.

—Que calle le digo. Esos insultos pueden pararle en perjuicio.

—Ay Jesus! No me lo avise usted!

—Que se lleven á esa muger.

—A Dios! mis te que orgullo....! Mas feos los he visto en los retablos, y ni lo negro de una uña que se me dá.... Si pensará usted que yo soy de las que compran la justicia con su.... ¡Cuándo, mi vida! primero pego la boca á una pader que pegarla donde usted se quisiera....!

—Fuera esa muger!

—Vamos, señora: salga usted.

—Y quién mete aquí al soplón?

—Andele, vamos.

—Oh, suelte! no necesito muletas para andar.... yo sola se irme por mi pié.

—Ande, ande: cálese.

—Mire usted los encopetados! Que los trague quien no los haya visto tan mansitos en la puerta de mi casa....!

Mariquita, contenta y satisfecha por haber desatado su pico, marcha en busca de su amante, el cual se halla á *buen recaudo* por rifa y portacion de arma corta. Desde aquel momento comienza para la china una série de maniobras y evoluciones á cual mas árduas para conseguir la libertad del preso. Nada la aterra, nada la detiene. Busca lo necesario para los alimentos de ambos; tiene que sazonarlos y llevarlos al cautivo; corre en busca del juez, persigue al escribano, asedia al alcaide, riñe con el *boquetero*, va y viene, sube y baja escaleras, y no sosiega, en fin, hasta conseguir la libertad de aquel que, ¡doloroso es decirlo! quizá en la misma noche paga los servicios de la china con una docena de puntapiés, y una *ristra* de interjecciones estupendas....!

Mas no por esto Mariquita se arrepentirá de lo que ha hecho. Hacer un bien y recibir un mal, es para ella una cosa tan sencilla y natural, como lo es el ir á la iglesia con la intencion mas santa, y romperse en el camino las narices.

Ahora es tiempo de que hagamos observar á nuestros lectores que esta es otra cualidad que tiene la china, sobre las.... Vuelta á las andadas! ¡Maldito deseo de hacer comparaciones! Basta ya, carísimas cofrades que os retocais: á vosotras, huriés, querubines,

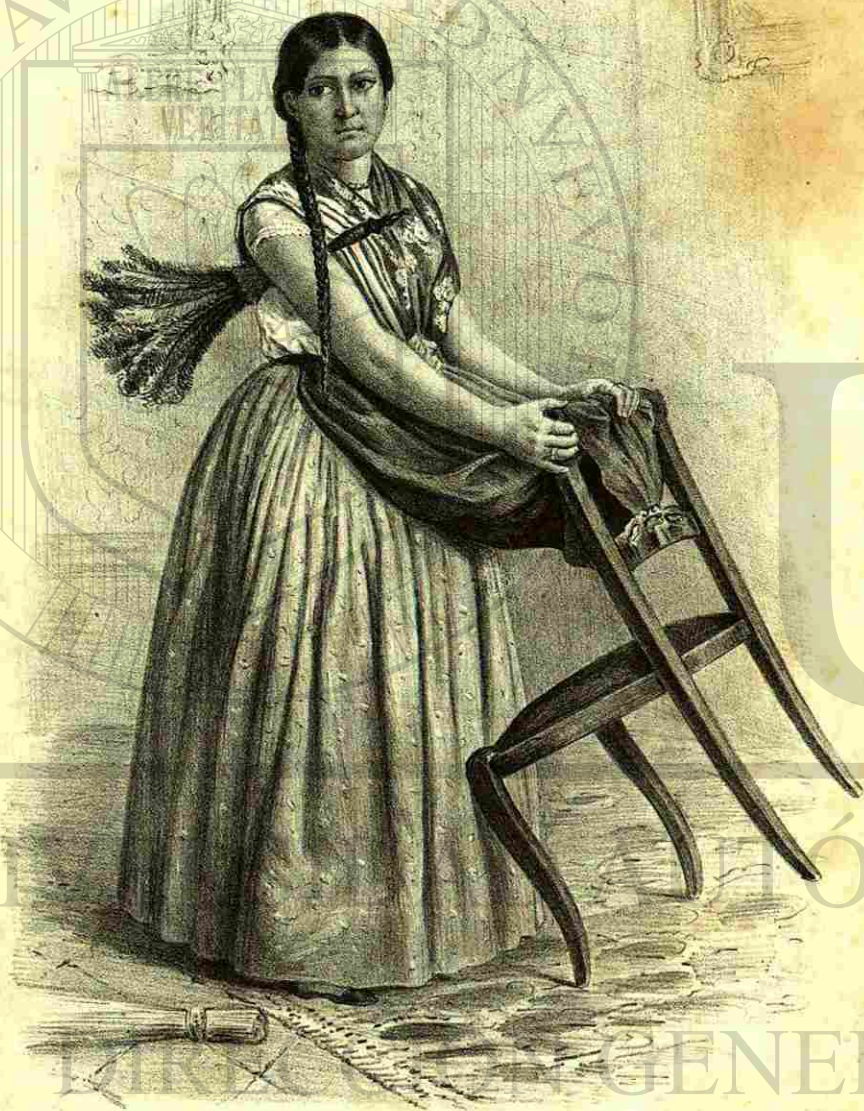
Modelos de belleza artificiales,
Cuyo blanco y carmin, que mi ojo admira,
No tiene mas de vos, si bien se mira,
Que el haberos costado vuestros reales:

á vosotras dirijo la palabra por última vez, y para dar fin á este artículo, diciendo que os consoleis, porque esa muger con quien os he puesto en paralelo, va desapareciendo como han desaparecido de vosotras la buena fé y otras cosillas.... Ay! ¡triste es decirlo! mas sabedlo de una vez: Hoy encontrareis la *Clanizata* en Oaxaca, la *Lépera* en Querétaro, la *Tagarnina* en Durango y Monterey, la *Tapatia* en Guadalajara, &c. &c.; pero á la china ya no la vereis como en otros tiempos en el paseo de la *Retama* ó en la *Plazuela de Pacheco*, ni en las canoas de *Santanita*, compitiendo en hermosura con las escarlatas y frescas amapolas que coronaban la cabeza de nuestra protagonista.

La legítima CHINA de castor con lentejuela, rebozo ametalado, zapato de seda con mancuerna de oro y *por abajos* blanquísimos como la nieve: esa muger de *banda con fleco de plata* y camisa mal encubridora, porque entre los mismísimos rosarios, cruces y medallas, deja entrever las tentaciones.... ¡ay! la china, en fin, esa linda hija del pueblo, de bondadosa índole y corazon excelente, dentro de pocos años será un tipo que pertenecerá á la historia!—A.

Enero de 1855.

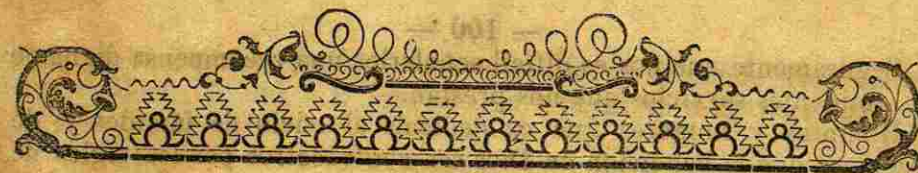
Los Mexicanos.



H. Triarte lit.

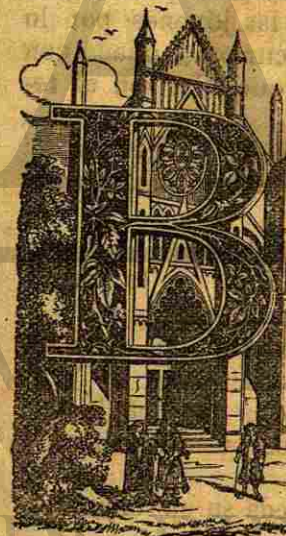
Edo. de M. Marguín y C.

LA RECAMARERA.



LA RECAMARERA.

Esa que veis de rostro amondongado....
CERVANTES.—*Quijote*.



ENDITO sea, amen, todo el género de los sirvientes domésticos....! Benditas sean todas esas criaturas que por un pedazo de pan se resignan á sufrir los caprichos de una ama, el mal genio de un amo, las impertinencias de los hijos de los amos y las necesidades de los chiquillos....!

Oh! con qué pagaremos á todos esos seres que, desprendiéndose de su orgullo, del *moi*, como dicen los franceses, se dedican á ser útiles á sus semejantes, por la módica retribucion de un salario pocas veces bien y muchas mal pagado?

Seguramente que nos es difícil señalarles una recompensa digna de los eminentes servicios que nos prestan.

Hombres y mugeres que os dedicais al oficio de fámulos y de fregonas: que la bendicion de Dios sea con vosotros por los siglos de los siglos!

Así tambien Dios me inspire ahora que voy á escribir respecto de tí, niña de color trigueño, de rostro redondo, de leve cintura, de pequeño pié, de ojos hechiceros, de dientes de marfil y de formas torneadas y seductoras, que ejerces la muy noble, nacional y distinguida profesion de *recamarera*!

Y vosotros, queridos y sapientísimos lectores, si es que para el escritor los lectores son queridos y sapientísimos, sabeis, conoceis, comprendéis qué cosa es una *recamarera*?

Difícilillo es que lo sepais si por una casualidad no perteneceis á la clase acomodada de la sociedad; porque debeis de tener entendido que una *recamarera*, es semejante á las yeguas, á los caballos, á las mulas de un rico; es decir, un *efecto de lujo*; y por mas que la calificacion os parezca ofensiva, tal es, sin embargo, la que en todos los paises del mundo le han dado las leyes sobre contribuciones y sobre facultad coactiva.

Y de esto resulta que, para tener *recamarera*, es preciso tener con qué pagarle, ó cuando menos aunque no haya con que darle sus *honorarios*, es fuerza ocupar en la sociedad cierta posicion que impide á uno poder pasarse sin ese mueble, almohada de las jóvenes por lo mucho que consultan con ella sus amoríos, y Mercurio, (cuidado con las equivocaciones), Mercurio de los amantes, porque ellas son el telégrafo de que se sirven para enviar sus misivas.

La *recamarera*....! Individuo de la especie de los sirvientes del género humano, ¡cuánto te deben los mortales, y de cuántas gracias es digno el que inventó tu nombre y tu posicion!

Y cuál es tu origen? De dónde vienes? A dónde vas?

He aquí lo que yo intento averiguar, y así como así, se lo diré á los lectores, sin añadir ni quitar nada á mis indagaciones.

La *recamarera*, carísimos lectores, es, segun observo, una casta hija de la pobreza.

Unas veces pertenece á una familia decente y que fué rica, la cual mirándose arruinada, se disemina por esos mundos buscando amos á quienes servir.

Otras ocasiones, es hija de alguna criada y hereda su ejercicio, sus pocos recursos y sus muchos trabajos.

Otras veces, en fin, es, Dios sabe quién: pero de seguro que es *recamarera*, y esto basta para nuestro propósito.

Y, de dónde viene la *recamarera*?

Segun mi leal saber y entender, como diria un abogado, si ustedes

quieren digánlo con *jota*), la *recamarera* viene de donde venimos todos: es decir, de una vida ignorada para penar en esta transitoria.

Y, á dónde vá?

Esta pregunta tiene dos respuestas: hé aquí la primera, y vive Dios que es la mas consoladora:

—Vá á donde vamos todos.

—A la *vida eterna*.

Hé aquí la segunda contestacion:

— Vá á morir de miseria al hospital, y acaso víctima de un mal incurable.

Válganos la Virgen! Y quién nos habia de decir que con solo tres pinceladas habíamos de referir toda la historia de la *recamarera*?

Y lo mas chusco es que esa historia es tambien la de todas las que no son *recamareras*, sino nodrizas, amas de llaves, y....

Mas ya que hemos hecho el compendio de esa historia, digamos ahora algunos pormenores para satisfacer la natural curiosidad del pacientísimo lector.

Mr. Alfonso d'Esquiros ha dicho, que las *virgenes locas* son las *judías errantes del vicio*; con la misma razon pudo haber dicho que los *sirvientes domésticos* son los *judíos errantes de la hambre*.

La *recamarera* pertenece á esta última tribu.

Impelida por la miseria busca donde *servir*; si es fea, con tal de que tenga su *papel de conocimiento*, es admitida en todas partes sin temer ningun peligro; si es *bonita*, como las hay, entonces ya es otra cosa: un amo puede recibirla con no muy rectas intenciones que tienen visos de desaguisado; la madre de familia y la ama la miran á la cara, y viendo su hermosura la dicen con un gesto de disgusto:

—Ya no busco; ya encontré.

De manera que en ambos casos se realiza aquello de

Ay infeliz de la que nace hermosa!....

Una vez admitida en casa la *recamarera*, comienza sus ejercicios cotidianos.

Levantarse á las siete, fregar los *orinales*, hacer las camas, barrer la casa, lavar las toallas, hacer algunos mandados cuando no están los otros sirvientes, y pare vd. de contar; tales son las obligaciones de la *recamarera*, amen de las que se toma por comedimiento ó por su cuenta y riesgo, como la de servir á los niños de la casa y llevar cartitas al novio de la niña y vice versa.

Es verdad que la *recamarera* tiene sus manías y sus distracciones, ¡vaya á las tiene! pero no faltaba mas sino que porque es *recamarera*, dejara de anhelar y de sentir como todos los que somos de carne y hueso.

Y no la desprecieis por su humilde estado, ni la odieis por las faltas que comete, porque os aseguro que en medio de su mal natural y de su llaneza, hay un buen fondo en su caritativo corazon; y si la fortuna le negó las riquezas, la naturaleza la dotó de un ingenio y de un espíritu de inventiva que harían honor al mecánico y al fotógrafo y al prestidigitador mas consumados del mundo.

Para convencerlos de mi aserto voy á referiros una anécdota.

Pánfilo estaba locamente enamorado de Cándida.

Mas de siete meses (nada de años, ya esto es muy vulgar), mas de siete meses, decimos, la siguió al templo, al teatro, á los toros. La niña habia echado de ver la continua persecucion que le hacia su amartelado, pero como era tan Cándida como tímida, (epíteto esdrújulo para nombre esdrújulo), no se atrevia á salir al balcon de su casa para verle cuando estaba haciendo el oso en el zaguan de enfrente; y solo de tiempo en tiempo levantaba un poco los visillos de las vidrieras, y echaba una mirada furtiva al pacientísimo Pánfilo, quien temeroso de recibir un desaire, ó de que un criado de Cándida le *acusara* (pobre niño!) con sus amos, no se atrevia á valerse de él para declararse á su adorado tormento.

Mas he aquí que la *recamarera* Francisca, que siempre acompañaba á su señorita á todas partes, conoció el amor que Pánfilo tenia á Cándida; observó las veces que ésta se asomaba furtivamente al balcon; conoció que no le era indiferente el caballero, y pensando ganarse algunas pesetas resolvió arreglar el fregado de los enamorados.

Y aconteció, que una noche que Pánfilo estaba de pié en el zaguan de enfrente del balcon de su amada, salió Francisca, y mirándole se acercó á él con resolucion.

El bueno de Pánfilo que vio que se aproximaba, tembló de susto creyendo que le llevaba algun recado de sus amos, previniéndole que cesara de pararse allí; pero cuál fué su sorpresa y cuál su alegría cuando con una voz melosa le dijo la recamarera:

—Ay, niño! qué tonto es su *mercé*. Está *usté* padeciendo y mortificando *de balde* á la niña, cuando ella le *quiere á usté* tanto, tanto...

—De veras? preguntó Pánfilo abriendo tantos ojos, y eso que los tenia pequeños.

—*De deveras*, dijo Francisca. Yo lo sé bien, porque he *oservado* que cuando *usté* está aquí, mira *dende* el balcon levantando *ansina* la cortina, y cuando *usté* la sigue donde vamos, *voltea* la cara para ver si *usté* la sigue, y....

—Tienes razon; pero qué he de hacer para decirle que la quiero, si ves que no la puedo hablar?

—*Pos* escribale una carta.

—Si no tengo quien la lleve.

—Y yo?

—Tu!

—*Sí! pos no digole!* Escríbala y *dequela*, y verá como yo se la llevo.

—Oh! cuánto te lo agradezco. Ven aquí mañana á estas horas, y te daré la carta.

—No tenga cuidado que yo le estaré *ispiando* tras de la vidriera, y en cuanto lo mire, bajaré.

—Cómo te llamas?

—*Pancha*, una criada de Dios y de *usté*.

—Pues hasta mañana, Francisca, y cuidado con faltar, dijo Pánfilo, dando á la recamarera un toston.

—Oh! dijo la criada; no señor, si yo no *quero* que *usté* me dé nada; *¿pos* acaso lo hago por eso?

—No le hace, tómalo, y hasta mañana.

—Ya que *ansi* lo *quiere usté*, *pos* que he de hacer.

Al dia siguiente Pánfilo llegó á la hora convenida, y la fiel recamarera se le presentó á los dos minutos.

Entrególa la carta el amartelado, y Francisca se fué como una liebre, guardando en la bolsa de su delantal otra moneda que le dió Pánfilo.

Entró sin hacer ruido á la casa de sus amos para que estos no conocieran que habia salido, se metió á la cocina, y para disimular su natural agitacion causada por el paso que acababa de dar, empezó á cantar una de esas canciones populares que tanto placer causan á las fregonas y á los mandaderos.

Pasado un buen rato, fué á la sala, donde continuamente estaba la señorita Cándida, y por dicha de ambos amantes la encontró sola.

Llegóse al balcon, corrió la cortinilla y se quedó mirando hácia afuera.

Cándida la seguia con la vista.

Luego, la recamarera se volvió á su ama, y hablándola en voz baja, la dijo:

—*Señorita, señorita!*

Cándida tuvo un presentimiento y tembló de miedo.

—*Señorita*, repitió Francisca, venga *usté* acá que le importa *muncho*.

Cándida se puso de pié y echó á andar estremeciéndose y volviendo la cara á todas partes, como si temiera que la miraran.

Al cabo, llegó al balcon.

—Mire *usté*, dijo la recamarera;—vé *usté* á ese *señor* que está parado en el zaguan de enfrente?

—Sí, balbutió Cándida.

—*Pos* ese *señor* la *quiere á uste mucho*.

—De veras?

—Y *pa qué* la habia de engañar? Y tan la *quiere de deveras*, que me ha dado....

—Qué?
 —Un papelito *pa* *usté*.
 —Ay! y para qué lo recibiste?
 —Vaya! lo *resebí* *pa* dárselo á *usté*.
 —Y si lo sabe mi mamá?
 —Y *quén* se lo ha de decir? Solo que *usté* ó yo.
 —Yo no.
 —*Pos* ni yo. Con que tómelo *usté*, niña.
 —Dios me libre!
 —Ay que mala es *usté*! Mire, el *probesito* que la sigue á todas partes, que se está *ay* las noches enteras, cuando *yueve*, cuando hace frío. . . . No tenga *usté* alma tan *atravesada*; tómelo, y. . . .
 —Pero. . . .
 —Qué?
 —Si tengo miedo.
 —Ande, ande. Mire, aquí está. Lo abro?
 —No, Francisca!
 —Sí, niña. . . .
 Y diciendo y haciendo, abrió la misiva y añadió:
 —Si yo supiera ler, lo *liera*.
 —Ay, no, dámelo, yo lo leeré.
 Y Cándida tomó el papel, y lo leyó y lo releyó, y mientras, Francisca decía para su sayo:
 —*La comió!*

De tales ardides se valía la recamarera para que su señorita recibiera las cartas de su amante; y tanto trabajó en pro de su ama, de Pánfilo y de su bolsillo, que por último, consiguió arreglar el negocio de tal manera, que ya se miraban y se hablaban y tenían citas en la misa, &c., &c., siendo ella el buzón por donde pasaba la correspondencia.

Así trascurrieron algunos días; mas como en esta vida todo tiene su *mas* y su *menos*, como diría Francisca, y como en que una cosa siga siempre lo mismo entran los *asigunes*, como también diría la recamarera, aconteció que Cándida tuvo una *candidez*; se desconfió con una carta, la cual, por desgracia de todos, cayó en manos de sus padres.

Y para colmo de desgracias debemos decir, que los padres de la niña no eran *cándidos*, sino todo lo contrario, demasiado vivos y rigoristas en eso de la honra y del juicio de las jóvenes doncellas, si es que las hay con juicio.

Averiguaron inmediatamente como andaba aquel fregado; ejercieron una vigilancia inquisitorial al derredor de la niña; y para coronar todos los infortunios, pusieron á Francisca en la puerta de la calle.

Pánfilo lloraba y pateaba, Cándida gemía y sollozaba; pero Francisca en vez de desesperarse, se puso á calcular friamente los medios de que los novios siguieran teniendo correspondencia epistolar.

Es cierto que había muchos obstáculos para que no abortara el proyecto de la criada; y si tales inconvenientes se hubieran suscitado á un *arrancado* para encontrar dinero, de cierto que no los hubiera vencido; mas para una *recamarera*, de cara de *no me tóques*, pero ladina y cavilosa si las hay, todos esos obstáculos eran tortas y pan pintado como dice el vulgo, de donde resultó que encontró los medios de vencerlos.

Una noche que Pánfilo se paseaba triste y pensativo enfrente del balcón de su adorada, se llegó á él la recamarera, y después de los saludos de costumbre, le preguntó cómo iban sus amores.

—Muy mal, respondió Pánfilo suspirando. Hacé mucho tiempo que no sé de mi querida Cándida.

—No le ha enviado *usté* ninguna cartita?

—Y cómo, si la cuidan tanto?

—*Trai* *usté* una!

—Sí.

—*Pos déquela* que yo se la llevo.

—Tú? Y cómo, si te echaron de la casa. . . .

—Sí, pero *usté inora* que cuando me salí, se me olvidaron de propósito unas *naguas* y ahora voy á *trairlas*.

—Oh! qué talento tienes! Toma la carta y aquí te espero.

Francisca entró en casa de sus amos, llamó al portón y le abrió. . . su ama!

La recamarera la maldijo, pero de buena fé.

La ama le puso muy mala cara.

Francisca conservó su calma.

—Qué quieres aquí? Ya te dije el otro día que no volvieras á mi casa. A qué vienes?

—*Pos* vengo por mis *naguas* que se me olvidaron.

—Vamos á ver donde están; las coges y te vas inmediatamente.

—Entré, dijo la criada para sí, y siguió á su ama.

Fuera casualidad, fuera prevision de Francisca, las enaguas no parecían. Buscó en las recámaras, en la cocina, en el comedor. . . .

Nada! por ninguna parte.

La ama renegaba.

Francisca se reía á hurtadillas.

Por último, dijo á su ama.

—Ay, *niña* [*niña*, este es el nombre que las criadas dan á sus amas cualquiera que sea la edad de que estas *adolezcan*. Válgate Dios por *niña!*] Ay, *niña!* dijo Francisca, ya me acordé que las dejé debajo del sofá de la sala!

—Debajo del sofá! solo á tí podía ocurrirte. . . .

Y tenía razón la ama; solo á Francisca se le ocurrió dejar allí las enaguas; pero es el caso que calculó volver á la casa y ver á la niña;

y para volver necesitaba dejar las enaguas, y para ver á Cándida, necesitaba dejarlas en la sala.

Dirigióse, pues, á la sala.

Su ama la siguió.

Entonces era Francisca quien renegaba.

Iba calculando como haria para que su ama dejara de observarla, cuando al entrar en la sala se le ocurrió la mayor de las diabluras.

Echó á andar muy de prisa con direccion al sofá, y al pasar junto del velador tropezó de intento con él, y le echó al suelo, haciendo saltar en pedazos el juego de café que estaba encima.

El ama gruñó llena de ira y se puso á recoger los tiestos, diciendo á Francisca:

—Con el resto de esta taza voy á romperte la cabeza!

Cándida que estaba en el sofá, dió un grito, no del susto de que se rompiera el juego de café, sino de la sorpresa que le causó ver á Francisca.

Esta, mirando que su ama se entretenia en levantar los tiestos, aprovechó el momento y tiró á Cándida, no uno, sino dos papelitos, de los cuales uno era como saben los lectores, la carta de Pánfilo, y el otro que la recamarera llevaba prevenido de antemano, contenia las instrucciones que daba á la niña para que enviara la respuesta.

Logrado su intento, Francisca, sin hacer caso de los gritos de su ama, sacó sus enaguas de debajo del sofá, se despidió y salió de la casa.

Pánfilo que la esperaba, la preguntó qué habia sucedido.

—Pa darle la carta he quebrado un juego de café; pero no le hace.

—Y la respuesta?

—Venga *usté* mañana por ella.

A la noche siguiente Pánfilo acudió á la cita, y Francisca le entregó la respuesta; solo que el novio observó que el sobre estaba sùcio, con una cosa que se pegosteaba.

—Por qué está así la carta? preguntó á la recamarera.

—Cómo?

—Súcia de.... cera.

—Pos á fuerza si vino pegada.

—Pegada! Y donde?

—En el *asiento* del *chochocol* del *aguador*.

—Es posible!

—Sí; anoche cuando dí su carta de *usté* á la niña, le dí otro papelito en que le digo que para enviarme la respuesta, la pegara con disimulo en el *asiento* del *chochocol* del *aguador*, y que tenga cuidado cuando vaya, porque *ansi* le he de mandar las cartas y *ansi* me las ha de enviar.

—Ah!

—Yo vendré todos los dias á esperar al *aguador* cuando entre y

cuando salga, y como es mi *amigo*, me pararé á platicar con él y sin que lo sepa....

—Eres una alhaja! dijo Pánfilo.

De este modo pasaron muchos dias y muchos meses, hasta que por fin, los novios se casaron, y Francisca, en premio de su lealtad, entró al servicio de los recién casados.

Ya veis, pacientes lectores, que pacientes habeis de ser, puesto que habeis tenido calma para leer todo esto; ya veis, os digo, como la recamarera es útil y benéfica á la humanidad; y no solo en esto de amóios, sino tambien en evitar que alguna vez os pille una enfermedad contagiosa.

Pero sin embargo, cuidaos, porque donde hay bueno hay malo; y así como podeis dar con una buena chica como Francisca, podeis ir á topar de hocicos con una que sea como cierta Lorenza que me estafó muchas pesetas, dándome recados fingidos, y no entregando nunca mis cartas á mi adorada Dulcinea.

Tambien suele suceder, y no de tiempo en tiempo, que creyendo recibir en vuestra casa una muger de bien, abrais la puerta á una de esas *comadres* de los *golosos*, quienes no dejan la ida para la venida, y andan siempre en pláticas con su *comadre*; conversaciones que tienen por objeto saber de qué viven los amos, á qué hora salen, á qué hora entran, á qué hora se acuestan, á qué hora se levantan, si ha descubierto que tengan algun dinero, alhajas y ropa buena guardadas, cuántas entradas y salidas tiene la casa, y cuántos hombres y cuántos perros hay en ella.

Y todo esto lo indaga el *compadre* y lo dice la *comadre*, con el loable y caritativo fin, la segunda de abrir la puerta una noche á su *compadre* y *cofradia*, y el primero con sus *amigos*, con el de tomarse sin vuestro permiso cuanto teneis de bueno ó regular en vuestra casa, dejándoos en el mismo trage en que estuvo nuestro padre Adán.

Y esta comedia la ejecuta tan bien la *recamarera* (ó cualquier otro criado ó criada doméstica), que despues de abrir la puerta á sus *compadres*, estos la *amarran* y la *amenazan*, y.... ella es la primera, que luego que se han escapado los ladrones, da voces, y grita y da sus señas, y se queja de todos los males que la han hecho, y sus amos la compadecen y la conservan á su lado; pero ella que ya hizo su negocio, se despide llorando por la desgracia que aflige á los que les *come el pan*, se marcha con la música á otra parte, gasta en algunos dias el producto de su *compadrazgo*, y vuelve á las andadas con las mismas precauciones, y casi siempre con el mismo éxito.

Cuidado con estas, carísimos lectores! porque si no, el dia menos pensado os quedais sin calzoncillos....

Por fortuna que estas criadas escasean un poco, que si no....

Ya os he dicho cuales son los trabajos, las utilidades y los servicios

de la recamarera; ahora me toca deciros cuales son sus distracciones.

Estas las forman las conversaciones que tiene con el aguador, con los mandaderos, con el amo y con los hijos de la ama.

Cada quince dias sale desde por la mañana de casa de sus amos, y no vuelve sino hasta la noche, porque entonces es cuando se va á lavar, á pasear con *ñor Manuel ó ñor Brigido*, que así se llama su *gueso*, con el que asiste á las *pulquerías*, á los *bodegones* y á todas esas partes, adonde á consecuencia de una mala mirada, ó de una mirada buena, se suele armar una riña entre su *hombre* y *ñor Antoño* el *partidor*; riña en que los denuestos, las injurias y las indecencias están de sobra, riña en que siempre tiene razon el mas diestro para dar al otro una puñalada, y riña, en fin, que si como dijimos antes, tiene mucho de in-moral, tiene falta de justicia.

Y cuando la policía pide cuentas á los luchadores, el grito de *¡los diurnos!* hace que se dispersen valientes y mirones, y cada quien se salva como puede, y la recamarera toma las de Villafrañca, dichosa de no haber ido á la cárcel aunque la hayan arañado.

Sus dias de descanso los emplea en ir al teatro, á la maroma, á la Retama ó al sermon los domingos en la tarde; pero es de ley que á la oracion de la noche ha de estar en casa, sopena de una reprimenda atrabilaria é insoportable.

En cuanto á su destino, ya os lo dije al principio; y ahora, benévolo lector,

Si te ha gustado la historia
dime que te complací;
si no, reniega de mí,
y

AQUÍ PAZ Y DESPUES GLORIA.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

Los Mexicanos.



H. Iriarte dibujo.

Lito de M. Murguía y C.

EL MÚSICO DE CUERDA.



EL MUSICO DE CUERDA.

HISTORIA DE ESTE PERSONAGE CONTADA

POR SU INSTRUMENTO.

Acercóse á olerla
El dicho animal,
.....
Y sonó la flauta
Por casualidad.

IRIARTE.



CONFORME se ve por los versos anteriores, el célebre fabulista hizo de un apacible jumento un tocador de flauta, que por lo mismo debemos llamarle compañero de Neron, y cofrade legítimo de mas de cuatro notabilidades filarmónicas que se hacen aplaudir en los estrados. Un burro que sepa tocar la flauta es un prodigio tan raro, cómo lo seria el que un usurero se supiera los mandamientos. Sin embargo, al buen Iriarte se le ocurrió, sin duda por

casualidad, presentarnos semejante portento. El y ningún otro quiso que el asno hiciera hablar al instrumento, cosa precisamente contraria á la que á mí se me habia ocurrido al comenzar este artículo, y la cual cosa consistia en hacer que el instrumento hiciese hablar al asno. . . . Mas por desgracia me hace falta el animal filarmónico, y solo cuento con el obeso bandolon, y el personaje cuyos dedos puntean las cuerdas metálicas del sonoro y bullicioso instrumento. Que hable, pues, este, ya que ninguna gracia tendria que el músico charlase.

Estravagante parecerá tal pretension á todo zopenco que ignore de lo que es capaz un pífano ó un acordeon; mas sépanse los tales que segun las crónicas, *Tirteo* ganaba una batalla con solo algunos preludios de su instrumento; *Anfion* construia soberbios palacios sin mas albañiles que su lira; y la flauta de Orfeo arrastraba tras sí á los hombres y las fieras, y hacia que las montañas le siguiesen, lo mismo que siguen los chicos de la escuela al dueño de un *totilimundi* con cilindro, y cuyo dueño, mas sabio que los chicos, las montañas y las fieras, marcha en pos de la armonía que producen las pesetas.

Y como el bandolon, segun nuestro humilde concepto, es descendiente en línea recta de aquel instrumento que descubrió Mercurio al ver una tortuga cuya carne habia sido desecada por el sol, y cuyos tendones sujetos en la concha y agitados por el aire producian ciertos sonidos, menos será de extrañarse que semejante biznieto de la lira nos cuente hoy la vida y milagros de su dueño, cosa en verdad mas sencilla que convertir en saltarina á una montaña.

Ahora, despues de este exordio, introduccion ó preludio, afinó el instrumento, y verán vdes. reproducirse uno de los milagros de *Anfion* y de *Tirteo*. Silencio y escuchemos.

—Apenas mi dueño salió al mundo, cuando el mundo todo conoció que habia adquirido un nuevo filarmónico.

—¿Por qué?

—La cosa es bien sencilla. Veámoslo:

Hijo de un guitarrero, mi héroe nació entre guitarras, *jaranas* y bandolones.

La partera recibió en sus brazos un nene raquítrico, algo torcido, prodigioso en *longitud*, escaso en *latitud*, y con un si es no es de *profundidad*.

Por esta razon la partera muy bien pudo haber contado á sus veci-

nas, que en vez de un hijo de Adán habia salido al mundo el arco de un violin.

Las primeras notas que lanzó al viento el angelito, mas que vágidos, fueron los tiples de una destemplada chirimía.

Cúpole en suerte nacer el día de San *Epifanio*; así es que, el cariño de las viejas sincopando el nombre, y la malicia de los muchachos alterándolo, vino á quedar mi dueño condenado á oirse llamar *Pifanio* por las primeras, y *Pifano* por los segundos.

Y para colmo de males el papá se apellidaba *Calderon* y la mamá *Arias*; y con esto y tener una hermana *Tecla*, engalanóse nuestro hombre con el conjunto mas admirable de cualidades, signos y accidentes filarmónicos.

Y como el hombre aplica la cosa á aquello á que mas se adapta por su forma y propiedades naturales, lo cual nos esplica el por qué la raza humana se conserva, por esto precisamente los padres de mi dueño dieron y tomaron en formar un hijo filarmónico, supuesto que el niño habia nacido con tan admirables disposiciones para el arte.

Dicho y hecho: dedicóse al parvulito al estudio de la música, cuyo estudio consistia en imitar fielmente en el instrumento las *posturas* que el maestro hacia en el suyo, y con la misma esactitud con que un espejo reproduce la gesticulacion de una coqueta. Con tal método el discípulo de su maestro llegó á saber (á los seis años de práctica,) tocar el bandolon, no *por punto*, sino *líricamente*, lo cual bastaba para puntear los sonecitos del país, y algunos vales y cuadrillas tan parecidos al original como el retrato que de su dulce hechizo nos hace un enamorado, ó lo que es lo mismo, como el que hiciera un ciego de los enemigos del alma. . . .

Empero no nos ocupemos en hablar de un niño que estudia, ni de un jóven que está para lanzarse á la carrera filarmónica. ¿Quién piensa en el nogal mientras no dá nueces? Veamos por lo mismo al hombre dando ya á la sociedad los *frutos melodiosos* de sus afanes, estudios y fatigas. Para conseguirlo nada mas á propósito que presentar algunas escenas de la vida y milagros del *Musico de Cuerda* ó de *fandango*, si á vdes. les parece mejor llamarle con tal título.

—D. Epifanio?

—Señorita?

—Esta noche quiero tener un ratito de diversion.

—Y á honra de qué, niña?

—Es mi cumpleaños.
—Caball! muy felices!
—Mil gracias.
—Y cuántos cumple vd. hoy?
—Yo.... según dice mi fé de bautismo, ajusto treinta y cuatro, cómo que nací el merito año de la *Independencia*! Ajuste vd. la cuenta....

—No hay para qué: si está clarito....!

Mi dueño pensó para sí que la niña decia en parte la verdad, supuesto que en aquel año se habia hecho *independiente* de su primer marido, enterrándole, mientras ella *renacia* á una nueva vida.

—Con que, qué me dice vd.? cuento con vd. esta noche?

—Es que.... le diré á vd. la verdad: tengo un compromiso....

—No empecemos. Yo no admito excusas. Viene vd. esta noche y se acabó.... un ratito; de las nueve á las dos de la mañana.

—Válgate Dios niña! Por lo que es mi persona y mi instrumento están á la disposicion de vd.; pero quien sabe los compañeros.

—Los busca vd. con tiempo. Yo soy buena paga y muy puntual; ya vd. me conoce; y aunque tenemos un piquito atrasado....

—Hay está la cosa. Los compañeros no tapan con picos los picos que chillan en sus casas.

—Pues bien, pagaré adelantado.

—Y cuándo, niña?

—Antes que comience la diversion.

—Corrientes! A las ocho y media me tiene vd. aquí.

—Por supuesto trae vd. flauta y un bajo?

—No tenga vd. cuidado.

—Pues ni vd. tampoco por lo que respecta á la paga, aunque dice el dicho que *música pagada hace mal son*.

Mi dueño se alejó quedando emplazado para la noche, y considerando que, según el dicho, debe ser deliciosa la música para los que la oyen gratis, placer que á él no le era permitido experimentar.

Veinte minutos antes de la hora convenida, D. Epifanio y sus dos compañeros se hallaban en la pequeña sala del baile, donde la interlocutora que antes hemos visto, trataba de solemnizar el *descuento de sus años*.

El baile era uno de esos que tienen aspiraciones al buen tono; que se alzan, se alargan y se ponen sobre las puntas de los piés, por decirlo así, para alcanzar á la altura de los bailes elevados.

La estearina alumbraba las paredes no acostumbradas á reflejar aquella luz.

La alfombra se habia alquilado en la calle de la Canoa.

La araña de cristal y seis luces, veíase entronizada en aquella casa, merced á la amistad de un sacristan amigo de la señora.

Las mesas de la sala, altas y bajas, habiánse aliado en la recámara, formando un plano desigual, pero suficiente para ofrecer digno campo á los contendientes gastronómicos.

Y por ultimo, la señora habia añadido algunas enaguas á sus *porabajos*; aumentó la deuda del zapatero con un par de zapatos de raso blanco, y encasquilló sus manos en ricos guantes de cabritilla.

Estos pormenores me parecen necesarios para omitir otros muchos, y sobre todo, me ahorran el trabajo de dar á conocer á los saltarines y concurrentes de aquel baile, porque, según decia mi dueño, *por el hilo se saca el ovillo*, y según es *el bodegon son las moscas*, mala la comparación.

Eran las doce de la noche, y el *espíritu público*, que habia pasado del estómago al cerebro, hacia que se bailase con furia. Las copas, los bizcochos y el queso habian circulado varias veces al rededor de la sala. Dos ó tres poetas de esos que hacen versos en prosa, habian felicitado copa en mano el natalicio de la señora; y la hija mayor del *tendero* de la esquina seguia cantando sus canciones favoritas, y su *aria* reservada para lances y ocasiones solemnes.

Entre tanto mi dueño se hallaba sentado ejerciendo en mí sus funciones, junto á un ángulo de la sala, con la pierna izquierda colocada en el muslo de la derecha para proporcionarme asiento mas cómodo, su cabeza apoyada en la pared con cierto desden, y mirando con aire aguerrido á aquella gente que bailaba, reía, y se regocijaba á mas no poder. Mi dueño no era gastrónomo; cosa rara cuando es proverbial aquello de: *tienes barriga de músico*; y hacia mas aprecio de los líquidos que de los sólidos; mas ya que le plugo al señor litógrafo hacerlo aficionado á puchas y soletas, será preciso decir que los *petit-fours* pasaban de las charolas al sombrero de mi dueño, en tanto que el anisete y catalan ocupaban sitio mas noble en las regiones estomacales de D. Epifanio. Empero si mi dueño no gustaba de rodeos y mostachones en cambio era aficionado á *comer prójimo*, y en esto cabalmente se ocupaba durante el canto, las cabriolas y los brindis.

—Mira, *Pifanio*, le decia el compañero que tocaba un monstruoso bajo: hasta ahora nadie ha sacado á bailar á aquella niña.

—Cuál?

—La del túnico amarillo.

—¡Ah! ¡con razon! una cara prieta con ojos verdes es *moneda falsa* que nadie quiere recibir en los bailes.

—Y aquella niña que se ha pintado mas que un *guevo* de carnaval?

—La del vestido blanco?

—La misma. Oye, oye: se queja de Palacios que no tuvo entre mil zapatos un par que no se le salieran de sus pequeños piés.

—Es cierto; no quiere bailar por mas que le ruegan; pero no tiene la culpa el zapatero; la tienen los fondos que no dieron mas que para babuchas....

—Bravo! vá á cantar: oigamos.

—Quien le acompaña en la guitarra?

—Es D. Juanito; uno que hace ocho dias comenzó á tocar arpegios.

—¡Diablo! el hombre es mas suelto de lengua que de dedos! Mira que bien se esplica con la chica.

—Oiste? Vaya sino sabe trinar la niña.

—Pues qué fué eso un trino?

—Por supuesto!

—¡Caramba! me pareció que la niña estaba haciendo gárgaras....

Aquel prodigio de garganta que mi dueño llamaba *hacer gárgaras*, hizo que reinara en la sala un silencio completo. Don Epifanio y su compañero que hablaban antes en voz baja, tuvieron que callarse para no ser oídos, y esperaron que de nuevo comenzase el bullicio para continuar la sabrosa plática interrumpida por los gorgoros del ruiseñor hembra.

Cesó el canto; aplaudió la sala entera, y mi dueño tambien rindió su homenaje, palmoteando con las manos y blasfemando con la boca y el corazon.

Poco despues un *entenado de Apolo* plantóse en medio de la sala, enarbolando una copa de vino, y con señales manifestas de querer hacer uso de la palabra.

Todos escucharon.

D. Epifanio llamó la atencion de su compañero, dándole un codazo, y diciéndole al oido:

—Silencio! va á brindar.

—Sí, sí; oigamos.

—Señores, pido la palabra! dijo el de la copa.

—Vd. se la va tomando, murmuró mi dueño.

El orador miró al frente, á la derecha y á la izquierda; luego bajó los ojos al suelo, y en seguida levantólos á las vigas. Despues tosió, irguió la inspirada cholla y fijando los ojos en la señora cuyos dias se festejaban, dijo así:

Señora, en vuestro natal

Esta copa de rubí

Con gozo y júbilo, y....

Y.....

—Y, y, siguió diciendo D. Epifanio, parodiando al desgraciado vate, á quien se le escapó la inspiracion, como se escapa la cerveza al

destapar una botella. El pobre cantor se puso escarlata, y gesticuló como si hubiera tenido una espina atravesada en el gargüero. Pero de repente volvió á enderezar su estampa, y enarboló de nuevo la copa con visibles indicios de querer remediar lo mal hecho.

La atencion se duplicó, y el vate volvió á empezar de nuevo.

D. Epifanio y su compañero todos se volvieron oídos.

Señora, con frenesí

Yo brindo en vuestro natal

Este líquido rubí,

Porque es mi afecto....y....y....

Y.....

—¡Qué bestia eres, animal!—dijo mi dueño completando la terrible quintilla que, despues de varios *is*, *redondeó* la *redonda* mollera del poetastro, diciéndolo por conclusion:

Que Dios os libre de mal!

El hombre bebió el contenido de la copa, y en seguida sentóse tranquilo y contento al ver que habia salido airoso de su empresa.

La concurrencia aplaudió frenética aquel esfuerzo de imaginacion, y mi dueño no se quedó atrás, pues con el mayor entusiasmo comenzó á tocar en honra del poeta, la popular marcha de Henri Herz.

En estas y las otras las dos de la mañana iban á dar, hora en que debia terminar la diversion; y hubiera concluido á fé mia, á no ser por un *admirador* de la señora que empeñado en festejarla debidamente mas que ningun otro, quiso que desde aquella hora hasta que Dios mandase la luz, el baile corriera por su cuenta. Por tal motivo mi dueño celebró nuevo ajuste con aquel garboso que queria divertir á la señora y á los concurrentes, mientras que ellos y la misma Dulcinea se divertian con él, riéndose de sus obsequios, arrumacos y embelecicos.

El hombre por desgracia no consentia pulgas: conoció que se habia convertido en el protagonista ridículo de aquel sainete, y en dos por tres hizo que el baile se acabara, armando una de moros y cristianos. Su primera idea fué la de hacerme pedazos, tema favorito de los valientes de fandango; mas mi dueño previsor y avisado como nadie, mientras se rompian sillas y apagaban luces, me puso salvo y sa-

no en la calle, aunque segun sospecho lo hizo por salvar él mismo su pellejo. Como quiera que sea, merced á tal prevision puedo dar hoy algunas noticias sobre la vida de mi dueño, D. Epifanio (ó *Pifano*), Calderon y Arias.

Veinte años acompañé al músico de cuerda, y preciso es confesar que durante ese tiempo jamás le ví incómodo ni descontento de su suerte. Vivió conmigo en aquella paz y armonía que jamás tienen el inquilino y su casero. No hubo baile, festejo ni día de campo á donde no me hubiera llevado consigo, conducta muy diversa de la que emplean ciertos maridos con sus mitades, quizá porque las niñas no son susceptibles de *afinarse* ni *entrar en armonía*, si no es cuando algun tocador intruso pone en movimiento aquellas fibras, que pocas veces resuenan para el pacífico y bonachon consorte.

Ay! yo hubiera vivido mil años en compañía de mi dueño; pero al vigésimo de nuestra union y compañía, un fatal accidente vino á separarnos para siempre. Hé aquí de qué manera.

Una familia nos habia convidado á un día de campo, al cual debiamos ir en burro y volver de la misma suerte, cosa que tambien entraba en la diversion. Pocas veces ví yo á mi dueño tan contento y bullicioso. Si él hubiera sido cisne y yo poeta, desde luego diria que aquel fué su último canto. La mayor parte del día se habia pasado sin otros incidentes que aquellos que son tan comunes en semejantes frascas; y como D. Epifanio se habia tomado la licencia de hacer sus alusiones picantes, relativas á los jumentos y á los mosalvetes que los montaban, parodiando ademas los aspavientos de tal niña que hubiera caído del animal á no ser por un aficionado á levantar niñas, y de la otra que se apeó del pollino de una manera desusada, por esto precisamente los agraviados y adoloridos trataban de jugarle una pasada al que les habia hecho poner ya blancos ya rojizos.

Aquel día mi dueño habia comido y bebido mas de lo regular; se habia agitado bastante en el camino, y un sol ardiente habia dado á las facciones del músico un color escarlata.

Todos volviamos del paseo montados en nuestros respectivos jumentos. D. Epifanio habia cubierto de flores á su cabalgadura, y caminaba delante de la comitiva, ufano y satisfecho por su invencion. El animal que montaba era quisquilloso y de maneras no muy come-

didias, cuyas malas cualidades, descubiertas por uno de los agraviados, presentaban la ocasion para atormentar al infeliz de D. Epifanio.

No hubo escape. El animal sintiéndose aguijoneado, repentinamente por aquella malhadada parte que sugirió la monstruosa invencion de las geringas, echó á correr desaforadamente, lanzando por intervalos un par de coces vengadoras que solo encontraban el vacío. El primer movimiento de mi dueño fué soltarme de entre sus brazos, echando una mano atras y otra adelante del *aparejo*, buscando así dos puntos de apoyo para no venir al suelo mal de su grado. Por mi parte, merced á la maldita ley de los cuerpos que una vez puestos en movimiento lo siguen por algun tiempo, vine á caer justamente entre las patas delanteras del animal; y como no tuve la fortuna de encontrarme con un burro parecido al del fabulista Iriarte, sino con el mas antifilarmónico que se ha conocido, quiso mi desgracia que una de aquellas patas me hiciera un socavon, para el cual no hubo remedios en el arte.

En cuanto á mi dueño, despues de haberse sostenido echo un garabato sobre los lomos del jumento, vino por fin á caer cuan largo era, en una zanja de agua helada.

Al día siguiente se le declaró un tifo.

A los siete murió, y su muerte fué causada, segun se ha visto, por el jumento corredor, por el que lo hizo correr, y por la sentencia de muerte á que fué condenado *desque llegó á esta patria mundanal*.

D. Epifanio pudo haber dicho al morir lo mismo que en igual lance dijo Neron: ¡No sabe el mundo el músico que pierde!

Por qué mi dueño no tuvo ese arranque de orgullo? No lo sé; pero segun entiendo, fué para demostrar al mundo que un bandolon es muchas veces mas veráz que los cronistas del tirano y sanguinario emperador de Roma.

Y ahora, lector, ya que comencé mi mal pergeñado artículo con unos versos de Iriarte, lo acabaré con otros del mismo fabulista y tomados de la misma fábula.

Ojalá y digas hablando del acierto que he tenido al escribir este tipo:

Sin reglas del arte
Borriquitos hay,

Mira que la alusion no puede ser mas propia. Tengo la misma inteligencia del jumento; como él soy pacifico y bonachon, y sobre todo, como él y como un mal cómico tengo *unos lomos* suficientes para soportar el peso de tu crítica mordaz y tus silbidos.—J.



DIRECCIÓN GENERAL

sin reglas del arte
Bordados hay.

Los Mexicanos.



EL POETASTRO.



EL POETASTRO.



FIGÚRESE el lector que entre nuestra juventud descuella un chico coqueto, sentimental, relamido, jactancioso, y recortado como un cuello de camisa, y que tan selecta persona hace malos versos: pues esta cosa se llama poetastro. Veamos primero su origen.

El hombre salió del lodo, la muger de una costilla, un papa de una zahurda de marranos, y un poeta, según confesion de él mismo, brotó

Al borde de la tumba de un malvado.

¿Qué tiene de raro que un poetastro brote detrás de un mostrador?

En efecto, un cajero es capaz de sentir, de enamorarse y de querer expresar su amor. Ha leído las variedades de nuestros periódicos, y tomó tanta afición al verso, que creyó que era el mejor órgano para expresar su pasión á Tullitas la hija de un retirado, cuyo balcon, es decir, el de la casa en que vivía la niña, estaba frente á la vinotería que sirve de nido ó larva á nuestro futuro poetastro.

En efecto, un día de feliz memoria, despues de haber permanecido nuestro hombre por algunas horas inclinado en el mostrador sobre un cuarteron de papel, con la pluma en la mano, se levantó risueño, contento y henchido de satisfaccion: llamó á sus compañeros y les leyó con cierta cadencia muy parecida al galope de un caballo, una media docena de redondillas capaces de arder en un candil. Cuando hubo concluido, sus compañeros esclamaron:

—Bravo!

—Magnífico!

—La verdad, hombre, tú eres poeta!

—Maldito! mira como tienes tus gracias!

—Esos versos están á pedir de boca....!

—Mándaselos á la novia.

—Públcalos en el *Omnibus*.

—Sí, sí, todo eso haré, dijo el principiante, embriagado con aquel primer triunfo; pero antes es preciso limarlos. Vámos, ayúdenme vdes.

—Eh! qué entendemos nosotros de eso. Copíalos por lo pronto y remítelos á un periódico.

Escribe en efecto el nuevo hijo de Apolo diez ó doce copias de su aborto literario; las reparte á guisa de circular, y enseña su composicion á todos sus amigos, los cuales con sus lisonjas y adulaciones hacen se le *hinche el corazon de orgullo*.

Desde aquel día nuestro hombre trata de seguir la senda del Parnaso; y como apenas comienza á *hacer pininos* en el arte, los robos y los plagios le sirven de andaderas. Desde entonces tambien cuanto hay en la naturaleza, sea poético ó prosaico, todo tiene que pagar su contribucion á la musa de nuestro poetastro, y no hay para él en el mundo cosa que no sea digna de la trompa épica, ó de la lira, guzla ó plectro, instrumentos que segun él pulsa diariamente, aunque nunca los ha visto. Hasta aquí el vate se ha formado con la lectura de novelas y periódicos: ellos son su principal estudio, el secreto de su ciencia, el *busilis* de su fecundidad, la fuente de su charlatanería, y el jugo y sustancia de sus versos. Empero un día cayeron las obras de Zorrilla en las manos del poetastro; las leyó con avidez, aprendió de memoria las composiciones *A la Noche, y Gloria y orgullo*, y despues de todo esto sacó en limpio que el estro del célebre poeta español era

el mismo estro que inflamaba el prodigioso chirúmen de nuestro hombre. Desde entonces el Poetastro se volvió romántico, y segun él supo elevarse sobre la idiota muchedumbre, colectivo y epíteto que nos abraza á tí y á mí, paciente lector, por haber cometido el pecado enorme de no andar á revueltas con *hadas y crespones, sedas y hurries, magas y vestiglos, vampiros y querubes, terremotos y cataclismos*.

A los ocho días de habersé vuelto romántico, nuestro prógimo se aburrió del mundo y de la raza de Adán, y tuvo la galantería de decirnoslo por medio de una composicion publicada en cierto periódico, en la cual vieron muchos la revelacion del génio, mientras nosotros solo vimos una boleta en regla para tener entrada franca en San Hipólito. Si mal no recordamos comenzaba de esta manera:

!!!HASTIO!!!

Raquítico el hastío secó las flores
Que brindaban su esencia embriagadora:

¡Rasgóse el velo! y pena destructora

A el alma dióle abrojos punzadores!....

Sin *fé*, sin *creencias* por el mundo vago

Enmedio de la raza embrutecida,

De hiel amarga la memoria henchida!

!!!Henchida el alma de siniestro estrago....!!!

¡Cáscaras! Hé aquí al niño que nos llama brutos sin andarse con rodeos; y nos cuenta que es una culebrina ambulante, cargada de proyectiles hasta la boca; y todo porque al condenado velo se le antojó rasgarse y le llenó el alma de abrojos!

Está visto, el poetastro al declararse romántico adquiere sobre nosotros los mismos derechos que una mala suegra sobre su yerno, y puede impunemente ponernos de oro y azul, sin que podamos decir esta boca es nuestra. Al mismo tiempo se convierte en el ser mas dichoso del universo, por mas que él nos diga lo contrario. En efecto: segun nuestro humilde concepto, el poetastro adquiere dones y privilegios que solo á él le son concedidos. Examinemos si esto es verdad.

Segun sus composiciones la vista de nuestro hombre es mas que de lince, y creemos que los cien ojos de Argos no vieron la milésima parte de lo que ven las venturosas pupilas del poeta chabacano.

En las nieblas y las nubecillas mira cendales de vírgenes y *de gasa los pálidos girones*:

Entre las flores descubre auras y cefiros alados *que el fresco aroma del jazmin capturan:*

Ve sonreirse á las mañanas como si fueran coquetas aguerridas; y la noche tiene faz adusta y uraña lo mismísimo que un acreedor cansado de dar vueltas:

La luna no es luna sino un *liquido globo de cristal fundido*; y sin embargo de que el poetastro es habitante de la zona tórrida, y no ha marchado cien varas hácia los polos, á pesar de esto ha visto, que el mundo lo mismo que un globo de lotería, tiene un par de ejes, con la sola diferencia de que en aquel son *diamantinos*.

Ahora ¿vdes. quieren saber lo que hasta aquí han tenido por ese mundo con ejes de diamante? Oigan vdes., pobres hombres, al poetastro:

Un informe terron de sangre y lodo
Va nadando en un aire nauseabundo,
En crímenes y llanto envuelto todo,
¡Y el hombre á ese terron le llama mundo!!!

¿Y qué diremos de las orejas de nuestro vate? Oh! en esta parte tampoco tiene rival el poetastro. Oye que el viento lloriquea, como un chico rebelde por la escuela.

Escucha á la brisa que suspira entre los árboles, ni mas ni menos que una viuda entre los dolientes *verdes*, aunque no lo sean del rabo.

Los arroyos murmuran á guisa de periodistas hambrientos: y por último, la voz de la Sontag hirió el tímpano de nuestro hombre, y el venturoso mortal nos hizo saber al dia siguiente que habia escuchado una *lluvia de perlas*, una *cascada de rubíes*, y los trinos y gorjeos de los espíritus celestes.

Pero si es prodigioso el oído del poetastro durante el dia, nunca lo será tanto como en la noche, aunque segun malas lenguas, este fenómeno se advierte en todo aquel que se acuesta sin cenar. Durante la noche, cuando todo el mundo duerme, solo el poetastro se halla en vela, escuchando ecos siniestros, ruidos misteriosos, choques de cadenas, crujir de huesos descarnados, chapaleo de craneos carcomidos, danzas de pestíferos esqueletos, &c., &c.; y los latidos de las arterias ó el vuelo de un insecto, son materias mas que suficientes para que el vate nos diga al otro dia que ha sido víctima del insomnio y la vigilia.

Con todo esto ¿dudan vdes. que sea el hombre mas feliz del mundo aquel que, merced á sus excelentes sentidos, tiene siempre á su disposición las sombras chinescas, la linterna de Robertson, el diorama de Daguerre, y el afaneidoscopio de Rousseau y de Chevalier?

Pues no, señores: ¡mentira! El ser mas desdichado del universo es el poetastro, segun él mismo nos dice. Apenas cuenta diez y nueve años y ya la *savia* de su lozana juventud se ha secado; su corazón está *marchito* y carcomido; sus mejillas se han ajado por las lágrimas del dolor,

*Y es amarga su sonrisa;
Y es eterno su quebranto.*

Ilusiones, ¡anda vete! Se le han escapado de la alma como se escapan las moscas de la cárcel de popote que les habia formado un muchacho travieso y holgazan.

Sus creencias *¡volaverunt!* y en cuanto á goces y placeres de seguro son mas los que experimenta en la capilla un sentenciado á muerte, la víspera de su suplicio.

Pobre hombre! A nadie sino á él le está vedado el sentarse ó echarse á la bartola, y tiene por precision que estar *reclinado, postrado, ó de hinojos* á los piés de alguna arpía, extasiándose en mirarla con loco frenesí; *jadeando* de amor; *apurando sediento su soplo de perfumes*, y todo ello para morir despues *anonadado de tanto amor!*

Veán vdes. si al poetastro no le convendria mejor un tabardillo, ó la *hartada* de huevos del *Vecino Raymundo*. . . .! Pero ¡qué! no señor: el infeliz está condenado á no comer; por lo menos jamas nos habla de ello en sus *arrebatos poéticos*. Pero si no come bebe al menos, ó mejor dicho *liba*, y cuando esto hace tiene que desempeñar semejante operacion en *cáliz de dolor* ó *copa de oro*, y no *liba* por cierto, orchatas ó limonadas, sino *acibar, narcóticos, ponzoñas, tósigos*, y muy raras veces ambrosia y nectar delicioso, bien que siempre sujeto á *apurarlo todo hasta las heces*.

Y luego agreguemos á todos estos percances, aquella sed rabiosa que atormenta al poetastro; porque, segun nos dice, está

Sediento siempre de alabanza y gloria,

y para extinguir la maldita sed y poner un término al suplicio de Tántalo, viene un *aborrecible rival*, y le hace beber de un sorbo

La impura copa de nefandos celos,

de cuyo refrigerante librenos el Señor por su grande misericordia.

Estas y otras muchas son las penas que sufre el poetastro por *alzarse sobre la multitud*, y escribir su nombre con letras de oro, cosa que haria un dorador con menos afanes y congojas.—Si semejantes trabajos superiores á los de Hércules, son reales y positivos, es cosa que no sabemos: deberán serlo porque el hombre nos lo dice, y no

puede engañarse ni engañarnos. Pero en lo que no nos cabe duda que el poetastro trabaja como un macho de noria, es en aparecer como hombre de genio, de inspiraciones y de fantasía, cosas difíciles de conseguir cuando no se tienen, y tanto que nos parece le sería mas fácil á una fea el volverse bonita, ó á una matrona de sesenta descender á la edad de las muñecas.

Sin embargo de esto, el poetastro presume de sabio y entendido. Habla de todo, de todo entiende, y no hay materia en el mundo que no esté al alcance de nuestro hombre. Solo una cosa no sabia (prodigio inaudito!) y eso que lo aprendió desde la escuela. ¿Y qué les parece á vdes. que sería la tal cosa?

—¿La gramática?

—No, señores, porque todavía no la sabe.

—¿La retórica?

—Tampoco, porque no se enseña en las escuelas.

—¿La ideología?

—Mucho menos, porque para la ideología se necesitan ideas y el poetastro no las tiene. . . .

—Vamos, estoy seguro de que vdes. no dan en ello, si yo no *rasgo* antes el *susodicho velo* que tanto quehacer nos ha dado. Pero como es preciso que mi narración tenga cierto aire misterioso, vive Dios que voy á dárselo, teniendo á vdes. suspensos tres minutos, durante los cuales haré una reflexión muy necesaria para lo que llevo dicho.

No hace mucho se le ocurrió á un francés ilustre, estampar en una de sus obras, estas tres palabras:

CREE, AMA Y ESPERA.

Atravesaron los mares; vinieron á dar á los ojos de los poetastros, y ocasionaron en esta gente una revolución igual á la que produjeron el *Mane*, *Thecel*, *Phares*, en el festín del rey Baltasar. A los pocos días dijo un poetastro:

Risueño mi horizonte el cielo impuro
El esplendor manchó que antes tuviera;
Mas, CREE, le dije al corazón, y ESPERA
Tras de esas nubes un azul mas puro.

En seguida vino otro hijo de los arrebatos, y puso en letras de molde:

En vano en tu dolor te desesperas,
Víctima infausta de la pena impía;
Pon tu ESPERANZA en la ESPERANZA mía,
Si es cierto que me CREES, que AMAS y ESPERAS.

Llegó por último un tercero, y en los mismos versos desiguales que lo hicieron los otros, lanzó al aire su canto, adornado con las tres consabidas palabras sacramentales:

Tengo FE, tengo AMOR, tengo ESPERANZA,
Sublime trinidad de sentimientos, &c., &c.

Ahora bien, lectores míos: según lo dicho hasta aquí, la cosa que nuestro hombre no sabia era. . . LAS VIRTUDES TEOLÓGICAS, *fe, esperanza y caridad*, cosa que aprende un chico en la escuela á los dos días. . . .!!

Después de lo dicho no se me vengan vdes. con preguntas acerca de la instrucción y conocimientos de nuestro personaje. Lo que vdes. deben preguntar es si la *realidad personal* del poetastro corresponde á la pintura que de sí mismo nos hace en sus canciones; esto es, si efectivamente se le ha secado la savia; si tiene las mejillas pálidas y el corazón carcomido; si anda siempre vagando entre rocas y torrentes, sepulcros y vampiros; en fin, si es un ruiñón ó una corneja, mochuelo ó papagayo, de carne ó de vigilia. Esto es lo que se debe averiguar, y precisamente es lo mismo que vamos á decir á nuestros sufridísimos lectores.

Han de estar vdes. que las mugeres y los poetastros son parecidísimos, y tanto ellas como ellos dedican toda su vida á la *mentira*, al *coqueteo*, y á *agradar á los demás*. Por lo mismo, el poetastro; ese hombre consagrado á la vigilia y al dolor, es nada menos que un mozo rollizo, moquetado y de mejillas encarnadas. Duerme mas que un marrano bien cebado, come al igual de un estudiante; y en el teatro y los cafés, y en todas partes, rie y se refocila con mas ganas que un payo en la maroma, al oír las gracias del payaso.

Cuando el poetastro nos diga que *triste y macilento ha atravesado al mundo*, pueden vdes. creer que el hombre en una tarde lluviosa, ha pasado desde su casa al teatro de Nuevo-México; y el día en que el infeliz reniegue de la vida y quiera descender al bátrax espantoso, entonces juren vdes. que el vate se encontró una mosca en el asado, ó el estúpido periodista no publicó de luego á luego

*Los ecos de la guzla,
Del bardo sin ventura.*

De seguro para nosotros, la gente de prosa, semejantes calamidades no pasan de frioleras; mas no son lo mismo para el cantor que, mirándolo todo al través de un *engañoso prisma*, ó bien allá en *lontananza*, sin duda por un *efecto* de óptica, ó *defecto* de su juicio, ve como el Manchego ilustre gigantes en los molinos de viento, incluso el

olor de aquella cosa que no fué ámbar; porque, dirémoslo de paso, el olfato y aparato respiratorio de nuestro hombre, son cosas tan raras como todo lo que es aborto de su fecunda cholla. Por esta razón ha dicho cierto poetastro:

*Respirando pasé mis tiernos días
Brillos, esencias, luces y armonías!*

Mucho hay que decir todavía acerca del poetastro, sobre todo cuando de poeta lírico quiere convertirse en dramático, ó bien cuando le vienen las ganas de *soplar* en la trompa épica. En efecto, en tales ocasiones se necesitaría un volumen tan solo para hablar de la mesa de nuestro hombre: de aquella mesa, campo de batalla donde el cantor lucha con su impotencia, donde forja los monstruosos edificios de su fantasía, donde están hacinados todos los defectos retóricos, todas las faltas gramaticales, y todas las necesidades estupendas que brotar pueden de la insigne mollera de un poetastro.

Dejemos ya descansar á nuestro vate, y por último, lector, te daremos un consejo.

Cuando algún curioso te pregunte quién es el *Poetastro*, respóndele sin dilación y sin escrúpulos de conciencia:

El Poetastro es un viviente medio racional que lo sabe todo, todo... menos las primeras páginas del CATECISMO DE RIPALDA.—FEVA IRISARRI.

Marzo de 1855.

Los Mexicanos.



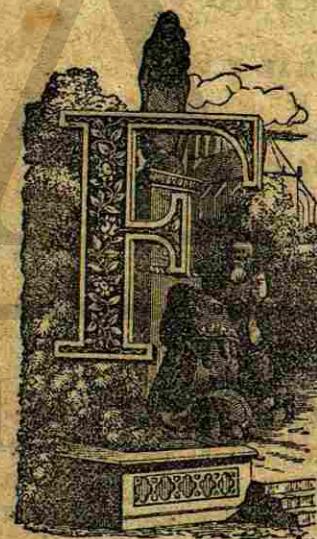
H. Linares dibujo.

lito. de M. Murguía y Ca

EL VENDUTERO.



EL VENDUTERO.



RANKLIN jugando con los rayos; Mr. Choppe ideando el primer telégrafo; James Watt que perfeccionó el descubrimiento del vapor, y el inglés Murdoch empeñado en alumbrarnos con gas; todos estos hombres no pasan de pigmeos junto al dichosísimo y bienaventurado mortal, en cuya cabeza tuvo su asiento la primer *venduta*, y dió á luz al Adán de los *venduteros*.

Quién haya sido ese Adán por vida mía que no lo sé; ni mucho menos sabré decir si el *vendutero* puede presentarse como un tipo nacional; ni me importa saberlo, ni creo que tampoco les importa á mis lectores. Mi intento es pintar al *Vendutero*, porque, á mi modo, trato de hacer un beneficio á la humanidad compradora, y ponerme al

nivel de Franklin, Guttemberg y el doctor Jenner, descubridor de la vacuna.

Para conseguirlo, oigamos el siguiente episodio que trasmito á mis lectores, tal como me lo refirió un honrado y pacífico habitante de una de las poblaciones del interior. Escuchémosle.

—Cuatro dias no cabales tenia yo de llegado á esta capital. Una de las cosas que mas habian llamado mi atencion, fué la multitud de papeles pegados en las esquinas; y como vd. sabe que soy aficionado á leer cuanto se me pone delante de los ojos, desde luego pasaba horas enteras leyendo los diversos anuncios que adornan las paredes de la culta México. Entre ellos llamó particularmente mi atencion el anuncio de un *remate*, ya por el nombre que me era totalmente desconocido, y ya tambien por la pésima ortografía que sus frases ostentaban.

En efecto, no dejaba de ser curioso ver en letras de molde, y entre otras muchas cosas, los siguientes desatinos:

UN VESTIDOR DE MADERA PARA SEÑORAS CON
TRES PUERTAS.

UNA HERMOSA LAMPARA CON VEINTICUATRO
LUCES DE CRISTAL.

UN RELOX CON CUERDA PARA QUINCE DIAS Y
MUSICA DE BRONCE.

UN TOCADOR PARA SEÑORAS DE ARMAR Y DE-
SARMAR.

CUATRO SOMBRILLAS PARA NIÑAS USADAS.

DOS DOCENAS DE CALCETINES PARA HOMBRES
SIN COSTURA.

UNA MESA PARA TOMAR CAFE DE ESCAYOLA.

UNA CAJA CON DOS DOCENAS DE MEDIAS PARA
SEÑORAS BORDADAS Y CALADAS.

UNA CAMA MATRIMONIAL.

DOS CUNAS PARA NIÑOS DE LATON. &c. &c.

Tan extravagante miscelanea me hizo leer con atencion el encabezado de la tal lista, y, ¡cuál no seria mi asombro al encontrarme con que aquellos objetos se remataban á causa de haberse marchado para Europa el Sr. D. X. Z., justamente uno de mis amigos, en cuya casa me hallaba yo alojado, y á quien habia visto aquella misma mañana! Añada vd. á esto que el dueño de aquellos muebles raros era hombre solo, de conducta arreglada, y de una castidad á toda prueba; y sin embargo, en la lista aparecian una *cama matrimonial*, dos cunas para niños, medias caladas y sombrillas de medio uso, cosas en verdad profanas en las habitaciones de un soltero juicioso y timorato.

Yo estaba á punto de volverme loco, y arrojaba la bilis al ver aquella especie de libelo difamatorio, que tan bruscamente atacaba la vida privada de mi hospitalario amigo.

Mi estupor subió de punto cuando al leer la lista por segunda vez me encontré al fin de ella con que mi susodicho amigo, hombre de no muy grande capital, tenia no obstante cuatro carruages con sus respectivos friones, y otra porcion de cosas que estarian á la vista desde el dia 12 del corriente mes.

No pude sufrir mas! Eché á correr como un loco, deseando dos cosas ardientemente: la una, que Juan, el dueño de aquella opulencia, me diera algunas esplicaciones: la otra, que llegara el dia 12 para ver por mis ojos los objetos que iban á rematarse.

En cuanto á lo primero, mi curiosidad quedó satisfecha el mismo dia, pues Juan me dijo que al ir á mudar de casa, un *Vendutero* amigo suyo le habia pedido por unos dias el entresuelo que habitaba, con el objeto de hacer un *remate*. En cuanto á lo segundo, mi curiosidad no se satisfizo, á causa de haberme hallado enfermo precisamente en los dias que se verificó la venta. En cambio Juan me dió las instrucciones necesarias para dar con una *venduta pública*, que segun él, era hermana carnal de los *remates*.

En efecto, á los pocos dias pasaba yo por una de las calles del intrincado México, cuando llamó mi atencion una bandera colorada, en cuyo centro se leian estas dos palabras:

VENDUTA HOY.

Entonces, á semejanza de aquel que repentinamente salió corriendo del baño porque habia encontrado en él la solucion de un problema, de la misma suerte, repito, aunque con trage mas honesto, eché á correr hacia la venduta, gritando alborozado: ¡Ya la encontré! ¡ya la encontré!!

Un grupo de mirones colocado en la puerta, me impedia ver lo que pasaba en el interior de la venduta, y ya pensaba en retirarme cuando una voz chillona vino á herir mis oidos:

—Se remata, Señores, ese magnífico relox de oro. Tiene dos tapas, escape de áncora, catorce montaduras, compensacion....¿Cuánto por el relox, Señores?

Siguió un profundo silencio. Yo, colocado detras del grupo de gente, me afanaba por aumentar la longitud de mi cuerpo, deseando ver la preciosa alhaja.

La voz continuó:

—Nada vale, Señores?... Veánlo vdes. bien.... Es de dos tapas, catorce montaduras, escape....

—Cuatro pesos, respondió otra voz.

¡Yo me estremecí! Había comprado en la misma mañana un reloj de plata sin tantas maravillas como las que tenía el que entonces se remataba, y sin embargo, me había costado veinticinco pesos!... ¡Oh! preciso era ver aquel prodigio! Hice un esfuerzo, y mi cuerpo creció tres pulgadas.

—Cuatro pesos, continuó la voz, tengo ofrecidos por el reloj. ¿Se remata, Señores, en cuatro pesos?

—Cinco.

—Y medio.

—Seis.

—Siete.

—Con dos.

—¡Ocho pesos! gritaron varias voces.

—¡Ocho pesos! repitió el rematador. ¿Lo remato en ocho pesos? Es de oro, Señores; se garantiza joro puro!

Varios individuos siguieron ofreciendo sucesivamente hasta llegar á 18 pesos, y después de dos minutos durante los cuales se repitieron cien veces las palabras: *¿No hay quien dé mas? ¿Lo remato?* sonó un golpe fuerte y seco, y en seguida la voz del *vendutero* exclamó:

—Diez y ocho pesos: un reloj de oro, dos tapas, catorce montaduras. Lo remató el Sr. Don... ¿Su gracia de vd. caballero?

—Pio-quinto Palmero.

—El Sr. D. Pio-Quinto Palero.

Un murmullo de admiración circuló en la masa humana que me había impedido ver semejante maravilla. Por mi parte estaba tentado de volver á la mercería donde había comprado mi reloj de plata, para arrojarlo en la cara al judío que me lo había vendido.

Preciso era ver lo que seguía rematándose. Hice un esfuerzo; comprimí el estómago; eché la cabeza hácia atrás, de modo que mis ojos fueran la parte mas elevada de mi cuerpo; y apoyándome en los demas espectadores, comencé á hacer el oficio de *acrobata* ó *funámbulo*, pues los dedos gordos de mis piés eran los únicos que me ponían en contacto con el suelo. Por lo demas, yo debía estar esbelto! sublime! aéreo! piramidal...!

Mas ¡oh fortuna! mis miradas lograron penetrar al interior de la *venduta*, y al mismo tiempo el *vendutero* que vió mi cabeza encima de las demas, descollando como una chirimolla en un cesto de naranjas, y que sin duda le pareció que aquella cabeza debía pertenecer á un cuerpo *acomodado*, se vino hácia mí exclamando:

—Pase vd. adentro, caballero.—Con licencia, señores.

El grupo de mirones se dividió en dos partes; me miró curioso, y yo pude al fin exclamar: *Ya estamos en Madrid y en nuestro barrio.*

En efecto: me encontraba ya en el interior de la *venduta*, y frente á frente del mismo *Vendutero*.

La descripción de una *venduta* es obra digna de romanos. Yo no soy romano; *ergo*, no me pertenece el describirla.

En cuanto al *Vendutero*... ¡Cáspita! Mire vd.: yo no quiero personalidades, ni alusiones, ni denuncias, ni soy amigo de *dimes* y *diretes*...! Allá, allá con la estampa que podrá decir quién es el personaje, cómo viste, y bajo qué gallarda apostura desempeña sus funciones. De esta suerte la responsabilidad será del Sr. litógrafo, que no parece sino que ha sido del *arte*, según la exactitud con que ha retratado al personaje; bien que algunos *venduteros* no tienen mas pinceles que la boca...—Yo prosigo con mi cuento:

Mi hombre me hizo sentar en una silla, y tomando después otro reloj (creo que tomó el mismo), dirigióse á mí, é hizome ver todas las bellezas que encerraba la estupenda máquina.

—Vamos, caballero: hay ese otro hermosísimo reloj; mejor que el anterior.

—Hombre! mejor que el otro...?

—Lo dicho; sí, señor: *mas mejor* que el otro.

—Diantre! si esto parece no ser de oro....

—Se garantiza!

—Y luego, decía vd. catorce montaduras....

—Sí, Señor; este tiene ocho; pero.... es lo mismo. Con que ¿cuánto por el reloj?

—Cuatro pesos.

—Bien! cuatro pesos tengo *aofrecidos* por este hermoso reloj.

—Cinco, exclamó D. Pio-quinto.

—Seis, añadí yo.

—Siete.

—Nueve.

—¡Diez y ocho pesos!

—Muy bien dicho! ¡diez y ocho pesos...! Vd. sabe lo que compra, caballero. Con que, diez y ocho pesos por el Sr. D. Pioquinto. ¿Lo remato en diez y ocho pesos...? ¿Diez y ocho pesos, Señores...? ¿Caballeritos...?

—Diez y nueve! exclamé con voz de trueno, persuadido de que iba á confundir á mi adversario. Mi triunfo era seguro; y me causaba mas orgullo que si hubiera vencido diez gladiadores en el circo romano, ó en los juegos olímpicos. Pero, ¡oh sorpresa! derrepente gritó una voz:

—¡Veinte y cinco pesos!

¡Yo me espeluzné! El circo romano y los gladiadores habían desaparecido, y en su lugar solo quedaba D. Pioquinto; aquel D. Pioquinto de sombrero ancho, chaqueta grasienta, pantalon raído, y ple-

beyo zapaton que dejaba ver en su borde superior una línea negrusca, dibujada por el sucio calcetín.

El vendutero levantó la cabeza con orgullo; se sonrió; y dijo, mirándome con cierto desden:

—¡Veinte y cinco pesos! Muy bien dicho! vamos á ver quién dá mas...! Veinte y cinco pesos caballeros...! ¡Por Dios, Señores! una *molleja* cualquiera vale mucho mas!—Con que veinte y cinco pesos? Lo remato, Señores, en veinte y cinco pesos...? ¡Caballeritos...?

Y el infame hablando en plural, no quitaba de mí sus ojos de vampiro, á pesar de que mi persona representaba esactamente el singular.

—¡Treinta pesos! grité yo encolerizado.

—Cuarenta!

—Cincuenta!

—Cinco mas!

—Diez!!

—Muy bien! muy bien, Señores! Vdes. saben lo que compran. Pero vamos, poco á poco; nadie nos corre: Sesenta y cinco pesos tengo *aofrecidos* por este magnífico reloj. Se remata en sesenta y cinco pesos...? Voy á rematar, Señores...—¡Sesenta y seis! dijo él mismo interrumpiéndose, y contestando á no se que *pujador* mudo que por señas habia hecho el aumento de un peso.—Entonces descubrí que tenia otros adversarios mas terribles que el D. Pioquinto: eran estos una porcion de seres impalpables á quienes yo no veia, pero que sí los miraba el *vendutero*, supuesto que proseguia diciendo:

—Sesenta y siete.... Con cuatro.... Sesenta y ocho.... Sesenta y nueve, &c., &c.; y continuaba adicionando con increíble rapidez, aquellas partidas sumandas, pequeñas es verdad, pero que llovian de entre los espíritus compradores.

Ay! entonces me pareció envidiable la situacion del caballero Manchego, cuando peleó con los cueros de vino! El siquiera veia pellejos; pero yo... ¡bruto de mí! ¡yo no pude ver nada!

Por lo mismo casi me di los parabienes cuando el temible D. Pioquinto apareció de nuevo en la arena.

¡El reloj valia ya ochenta y cinco pesos!

—Noventa! dijo el Sr. Palero, Palmero, ó como á vdes. les agrade.

—¡Cien pesos! grité yo, haciendo el último esfuerzo.

—Cien pesos! número redondo, repitió el vendutero, cuyos ojos eran los de un buitre al atrapar un *cuatlacoche*.

Siguió un silencio de dos minutos, interrumpido solo por las con-sabidas preguntas. Mi adversario se caló el sombrero hasta los ojos; ocultó las manos en los bolsillos del pantalon, y se echó en el respaldo de su asiento con la mayor sangre fria. Infaliblemente yo habia

triunfado: pero ¡cuán cara me costaba la victorial! El gladiador triunfante quedaba vencido en su mismo triunfo. ¡Ay! yo le pedia al cielo en mi interior que aumentara D. Pioquinto un peso mas para dejarle la alhaja; pero de improviso el golpe del martillo, que en esa vez fué el *recipe ferrum* del pueblo romano, me advirtió que no habia compasion para mí, y que era preciso tener reloj de á cien duros muy cabales....!

No hubo escape. Volví á casa; mandé con un mozo los cien pesos, el cual me trajo el reloj; y en seguida me encerré en el cuarto que Juan me habia destinado en su casa.

Habiamos quedado yo y mi amigo de reunirnos aquella noche en el teatro, para ver á un sugeto con quien debiamos arreglar un negocio interesante. Yo nunca he sabido desvelarme, y aquella noche me era preciso hacerlo: por lo mismo quise ganar tiempo. Ví mi reloj de á cien pesos: eran las cuatro: de entonces á las siete y media me quedaban tres horas largas y... no hubo remedio: me dormí.

Pero ¡oh, maldito sueño! mientras duró, rematé diez, veinte, ciento, mil relojes, todas las relojerías en fin; y por mi causa se iban á quedar los habitantes de México sin saber la hora en que vivian, lo que, se ha dicho de paso, no les hubiera hecho gran falta.

Después de no sé cuantas horas de fatiga, me desperté. El aposento estaba á oscuras: encendí luz y ví me reloj de á cien pesos, el cual marcaba las seis y veinte y cinco minutos, y segun esto, aun me quedaba mas de una hora para cenar é ir al teatro. Procuré emplear este tiempo en disponer lo necesario para mi viage, que debia ser al dia siguiente; así es que pasé una hora larga sin sentir. Pero repentinamente el estómago me recordó que tenia necesidad de algun cuerpo extraño en que ejercer su accion, y por aquello de las ideas accesorias la idea de la cena me despertó la de la cita.

—Vamos, me dije; ya debe ser hora.

Saqué mi susodicho reloj de á cien pesos, y.... ¡el maldito señalaba aun las seis y veinte y cinco minutos!—Esto ya era insufrible! Lleno de ira le arrojé sobre la cama, y eché mano al bolsillo para sacar mi reloj de plata que habia comprado en la mañana; pero... ¡oh sorpresa! mi reloj habia desaparecido!

Entonces comprendí que el cuerpo de mirones, del cual habia sido yo un miembro, estaba agrupado en la puerta para ver, no la venduta, sino lo que podia sacar de los bolsillos.

Mi furor llegó á su colmo; y ya iba á estrellarme la cabeza contra la pared, cuando se abrió la puerta de mi cuarto.—Era Juan que acababa de entrar.

—Hola, Pancho: ¿qué te has hecho el dia de hoy?

—Yo....? Nada.

—Lo habrás pasado muy divertido?

—Pues! divertidísimo!!

—Me alegro.

—Yo también.

—¿Y por qué no fuiste al teatro?

—Al teatro!

—Sí, hombre. —Pero qué tienes? se te saltan los ojos....!

—¿Con que tú vienes del teatro, eh?

—Precisamente: son las once y media. La comedia concluyó hace media hora.

Al darme Juan semejante noticia, vertí un centenar de interjecciones. Me había quedado sin mi reloj, sin ir al teatro, sin ver á mi amigo, y sin cenar. Juan trató de apaciguarme. Preguntóme lo que me había sucedido, y yo se lo conté en pocas palabras.—Cuando concluí, me dijo:

—A ver, veamos tu reloj de á cien pesos: pueda ser que los valga.

—Mírale.

—Hombre, esto no es oro!

—De veras? ¡oh felicidad! Mañana me devolverán mi dinero y yo su alhaja.

—Así lo crees?

—Ni duda! Me han dicho: es de oro; se *garantiza* oro puro.

—Pobre Pancho! Olvidas que en las vendutas hay un papel que dice: SE REMATA A LA VISTA Y AL CONTADO.

—Bien está; pero al menos me vengaré.

—Vengarte! Y cómo?

—Cómo? oye y lo sabrás.

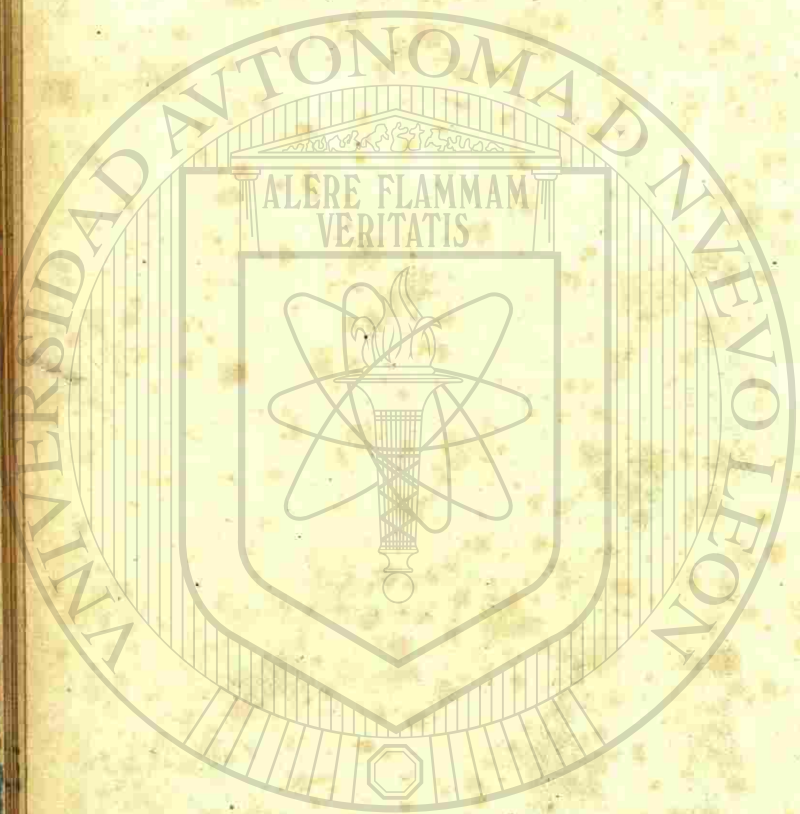
Entonces le comuniqué el plan que hoy realizo por conducto de vd., poniendo al *Vendutero* en los MEXICANOS PINTADOS POR ELLOS MISMOS.—O.



H. Triarte. dibujó.

Lito. de M. Murguía y C^{ta}.

LA COQUETA.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

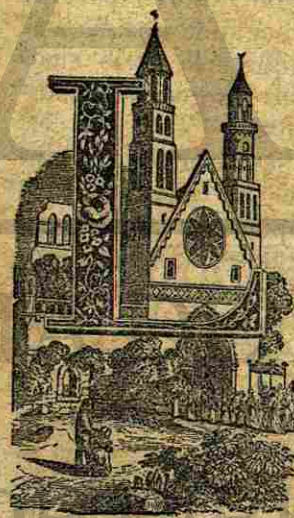
DIRECCIÓN GENERAL



LA COQUETA.



No le pegues á la muger
ni con una rosa.—*Ley del
Indostan.*



A coqueta es una muger que se encapricha en conquistarse adoradores con las armas de un atractivo que le ha negado el cielo, pero que su vanidad y su malicia saben aparentarlo con numerosos y admirables artificios; en consecuencia, para conocerla es necesario estudiar detenida y separadamente sus faltas, sus artificios y sus adoradores.

La primera falta que una muger procura encubrir, es la sobra de años; cuando pasan de veinte abriles los que coronan su hermosura, no contempla con disgusto su edad, pero teme que le sean desfavora-

tomarles el pulso cuando se les habla de amores, por temor de que una fuerte emocion las arrastre á la agonía, ó por lo menos les cause peligrosas y dilatadas obstrucciones: siguense las asustadizas que lanzan agudos gritos cuando ven á un hombre del cual no esperan formarse un amante; no olvidemos á las apasionadas, que al escuchar una cancion tierna se desmayan; son tambien dignas de un recuerdo, las que afectan mirar con desprecio á los jóvenes que no pertenecen á su pandilla, y son mas repugnantes que todas, aquellas que presumen comprender cierto lenguaje, que solo puede hablarse sin rubor en los cuarteles. Y ¿qué pretende Simona cuando empañando el pudor, precioso ornato de su seso, confiesa con descaro en una reunion de varones, que algun ausente es de su gusto? Provocar el amor propio de los circunstantes; y las mugeres que así se espresan suelen llevar su cinismo hasta dejar ver algunos de sus encantos personales, escandalizándose despues cuando se les declaran los deseos que ellas solas han causado.

Examinemos, para terminar, una cuestion tan importante como curiosa: una coqueta cuando llega á persuadirse de que ha pasado para ella la edad de los amores ¿en qué emplea el vicio de la coquetería, si lo conserva arraigado en su corazon? Desde entonces la muger no se empeña en hacerse amable, y procura en cambio que la juzguen todas las gentes y en todos los negocios interesante; podeis seducir á su hija con tal que le permitais intervenir en vuestros amores: en todos los chismes y delitos humanos, siempre aparece receptándolos ó dirigiéndolos una vieja.

Siempre que aquel juez famoso

¿Quién es ella?

Preguntaba malicioso

En cualesquiera querella,

Su escribano contestaba

Antes de escuchar la queja,

Y nunca se equivocaba:

¡Una vieja!

¿Quién lleva á un chico á la escuela?

Es su tia,

Si no es su tia es su abuela,

Y en todo caso una arpía.

Pero desde entonces él,

Vengativo, nunca deja

De figurarse en Luzbel

Una vieja.

Aunque fuerte en los noveles

La pasion,

Siempre los conserva fieles

A las leyes de Platon;

Y no espereis que un tercero

Resulte de esa pareja,

Si tercera no es primero

Una vieja.

Gil de grave enfermedad

Escapaba,

Por la grande habilidad

Del doctor que lo curaba.

¿Quién el remedio casero

Que lo ha matado aconseja

Y aun amaga al mundo entero?

Una vieja.

Oh que zambra ha provocado

Mi letrilla!

Mi casera se ha alarmado

Y suelta su tarabilla.

Cien viejas trae á la cola,

Puesto que al mal se asemeja

En que nunca viene sola

Una vieja.

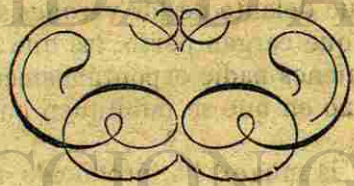
Las reglas anteriores servirán al lector para que pueda clasificar todos los tipos de coquetería que en este artículo no encuentre mencionados; por ejemplo: las que llaman á los hombres en sus barbas, buenos mozos; las niñas que delante de los varones se acarician mútua y tiernamente, como las que cargan perro; las que fingen preñez; y en fin, todas aquellas á quienes nadie espontáneamente se atreva á leerles el peligroso cuaderno en que se publiquen mis felices y profundas observaciones.

La emancipacion de la muger ha producido el fruto unas veces amargo y otras dulce de la coquetería. Donde la muger es esclava como en Asia, y cuando como en Roma y Atenas se la ha clasificado entre los bienes semovientes, en vano se buscará una coqueta, pues entonces la compañera del hombre, esposa ó concubina favorita, carece de voluntad y no sabe lo que importa una posicion social, para por

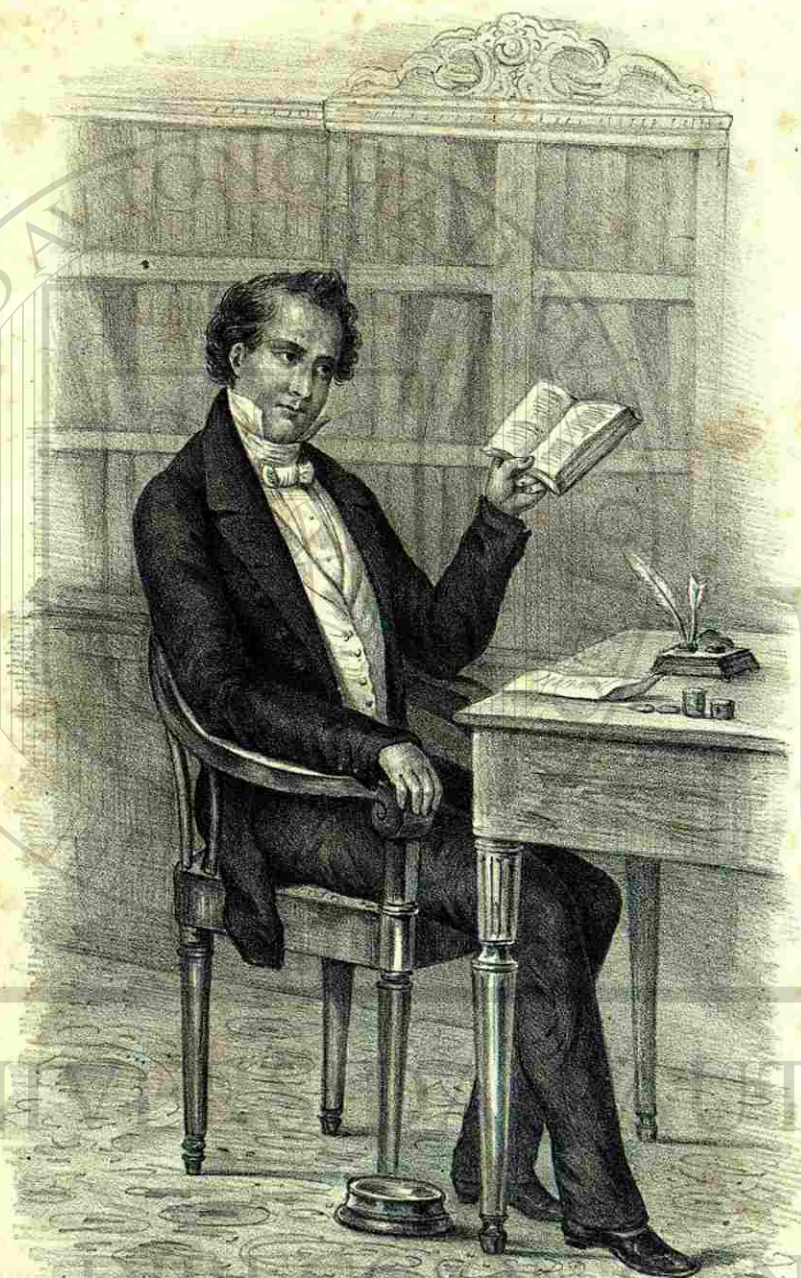
medio de artificios asegurarse un porvenir, y aumentar la cosecha de sus placeres. Abandonada entre nosotros frecuentemente la muger á sus propios recursos, y sin otra profesion que la de agradar, pide al arte lo que le ha negado la naturaleza, y procura identificar su imagen con los mas ardientes deseos; mas para que pueda provocarlos es indispensable que siempre aparezca como muger, supuesto que el sexo á que pertenece es el primero de sus atractivos. Así es que siendo la mitad mas hermosa del género humano, muchas veces tan fea como la otra mitad, no debe la muger adoptar el traje varonil sopena de perder las apariencias del tesoro que oculta y de abdicar la coquetería. Si en nuestra patria se hubiera adoptado esa moda anti-coqueta presentariamos en nuestro tipo un fastidioso *dandy* en lugar de esa jóven graciosa y provocativa.

Pero he aquí una cuestion que me propone el maligno litógrafo con el ingenio que acostumbra desplegar en todos sus retratos: esa muchacha tan hermosa como engalanada, al levantar su ropage, intenta lucir su pié ó su calzado? Respondo que la esplicacion la encontraremos en sus ojos: ¿es orgullosa su mirada? quiere aparecer rica: ¿se ruboriza y no se atreve á vernos? es porque teme que no juzguemos su pié extraordinariamente pequeño. Pero se me replica: segun tu sistema ninguna es coqueta á solas, y á nuestra heroina no la ven sino su espejo y su perro. Distingo. No la ven ni espera que la vean, lo niego; no la ven pero ha escuchado los pasos de una visita, concedo. Se me pregunta, por último, ¿quién llega? Eso dígallo el perro que no ladra; es una persona á quien está acostumbrado á ver en los brazos de su ama cuando él queda olvidado en el suelo, y si se le antoja ser celoso, se mira como quien dice: tras de cornudo apaleado.

Marzo de 1855.



DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS



Lito. de M. Murguía y C^a

EL ABOGADO.



EL ABOGADO.



Señor amo, no olvide mis carneros.
Marcial.

Non vale el azor menos
Por nacer en vil nio,
Nin los enxemplos buenos
Por los decir Judío.—*Rabi Santo.*

Se le antojó, seyendo azas preñada,
Magüer en su marido cató enojo,
Cierta *pasante* á Alfonsa la antojada.

Aunque corre otra fama é yo la acojo
Segunt la cual es caso averiguado,
Que antes de la preñez fuera el antojo.

Lo cierto es que en concilio fué fallado
Por diez dueñas ó mas que en el infante
El sino preparaba un *Abogado*.

Pero ven con sorpresa, no un pasante,
Sino dos en el parto; é hubo dubda
Sobre quién de los dos nació delante.

Uno de ambos lanzó su voz aguda;
Nin pié nin mano el otro non movia,
E perdió el pleito el de la lengua muda.

Primitivo pasó desde ese dia
Por mayorasgo; é siempre en sus querellas
Gritaba mas é vencedor salía.

Obediente al querer de las estrellas
Fué doto en el sistema silogístico,
E dejó el *ergo* en su ánima hondas huellas.

Locuaz disputador, é azás sofístico,
Las leyes aprendió, fué al fin bocero,
E se cumplió el decreto cabalístico.

Es trabajo menor, breve el sendero
Que son interrumpidos por temprada
Folganza; ca por esto á lo que infero

El caminante parte la jornada
Con la yantar; é á mocedad inquieta
Partir su afán con el amor agrada.

Leemos de Vergillo, gran poeta,
Otro si mago, que tirano dueño
En doncella encontró hermosa é neta.

Assi fué que magüer su ciencia é ceño
Se rió Primitivo al matrimonio
Catando á Inez de rostro falagüeño.

Mas por dar de sabido un testimonio
Un medio caviló nuevo é profundo,
Inspiracion sin dubda del demonio.

En vez de letra trascibió yocundo,
La que se encuentra en la Partida cuarta,
Tercera ley del título segundo:

“Pro muy grande, é muchos bienes nacen del casamiento. Señaladamente se levantan ende tres cosas, fé é linage é Sacramento. E esta fé es, lealtad que deben guardar el uno al otro, la muger non aviendo que ver con otro, nin el marido con otra. E el otro bien del linage es..... crecer derechamente el linaje de los omes: é tambien los que non pueden aver fijos, como los que los han. E el otro bien del Sacramento es que nunca se deven partir en su vida: é pues Dios los ayuntó non es derecho que ome los departa.”

Leda la mosa recibió la carta,
Pero non contestar juzgó oportuno.
Nueva ley el amante al punto ensarta;

E seyendo ella ardiente, el importuno,
Con las razones de la ley Novena,
Se ayuntaron al fin ambos en uno.

Horro el mancebo de amorosa pena
Face con lengua é péñola su officio,
E al salario las leyes encadena.

El ha bondat en tanto que es novicio;
Mas fablador fué luego é fué enojoso
Por ende en riña torna cada juicio.

De la verdat jamas fué cobdicioso,
Ni á recibir la enmienda aparejado;
E un fablar inventó alto é pomposo,

De horrorosos latines empedrado.
Quando á fablar castizo descendia,
Las Partidas tomaba por dechado.

¡O cuánta erudición siempre lucía!
Segun su ciencia se lo representa,
Ya fuese el pleyto vil ya de valía,

En ambos casos sufre gran tormenta
Para cobrar donaire allá en el foro,
Magüer pierda el negocio al fin de cuenta.

Lo mesmo aboga por cristiano ó moro;
E pruebas non le exige al litigante.
Ca solo le demanda: ¿habedes oro?

Fuerte nin rescio non habrá gigante
Cuando un tesoro espera en su vitoria
Contra su frecha cruel é traspasante.

—Un bocero, Marcial cuenta la historia,
Parlador como suelen los boceros
Fablando de carneros busca gloria.

Muchos sabios nombró, muchos guerreros;
Y el cliente le gritó tras diez sesiones:
“Non, señor amo, olvide mis carneros!”

Yo sufro al necio; é al que cien cuestiones
Retornantes en una siempre agita;
Otro si, sufro al rescio de pulmones.

Mas quien á las vegadas non se irrita,
Cuando ve á Primitivo que hoy pelea
Contra lo mesmo en cuyo pro ayer grita?

Empero una vission súbita é fea
Yo ove agora; ha una cita por estoque;
El que non lo creyere non lo crea.

¡Dios non permita que otra vez provoque
La ira de Primitivo! Lo he topado
E parándome díjome: *tu quoque?*

E acerté á responder: ome menguado,
En tu mesma pregunta me das via
Para satisfacer lo preguntado;

Y assi, *tu quoque?* es la respuesta mia.
¿Te asusta que seyendo yo bocero
Faga de nuestro officio burla impia?

En enfamarlo no eres tú el primero?
Non sin cabsa te adapto lo que digo,
Ca tu maldat conoce el mundo entero.

De atravesar los pleytos siempre amigo,
Con arrogancia la tu ciencia enseñas,
E al mas sapiente ves como enemigo.

En malas causas con placer te empeñas,
Tu non saber jamas das por escusa,
E fácilmente en fraudes te despeñas.

Sin mojonos tu fabla es é confusa,
Nunca han firmeza las tus conclusiones,
E aun osas presumir de ciencia infusa.

Quando un volúmen á cavar te pones,
Non buscas el saber; cavas la viña
Por en ella fallar fruto é doblones.

¿E non quieres malsin que yo te riñal
De tí fablar é de otros animales
Podré sin que mi péñola en hiel tiña?

Dije, y él replicó: terribles males
Causa miseria; empero el indigente
Furta farina é finche sus costales

Sin pecar. En el mundo de presente,
Non furtar puede en su vivir lasdrado
El sabido, el virtuoso y el valiente?

Yo so de lo que dices quebrantado;
Pero á muchos tambien mi falta atañe:
¿Dónde el bocero está non mancillado?

—El que hambre ha no es fuerza que á otro dañe.
Y, ademas, Primitivo, ¿es inocente
El malo ca con malos se acompañe?

—Juzgas á Primitivo tan demente
Que se entregue al delito satisfecho,
Sin que con leyes favorables cuente?

—A Dios plugo escrebir en nuestro pecho
La Justicia ¿por qué nos la tolledes?
A tuerto acomodándola al Derecho?

Pues la ley natural torcer queredes
Sufre que otro te aplique aquessas artes,
Tan maligno é sutil cual tú sabedes.

Ves una oveja é por diversas partes
Te empeñas en dejarla trasquilada;
El su vellon, cual tuyo lo repartes;

Si lo mesmo te face otro ¿te agrada?
Tú me dirás que sí ¡oh, es muy posible!
Ca tu lengua en sofismas es viciada.

¿Tu luz, sol de Juzticia, non visible
Disipe la tiniebla é somnolencia
Del foro nacional, ciego é perdible!

Haz que razon impere allá en la Audiencia,
E que la alcance aquel que la tuviesse,
E muestra la verdat en justa crencia.

Por mi mal soy bocero. ¿Quién me diese
Alta divinidat é perdurable
Que en tanta puridat resplandeciese,

Que osase cuando al juez eterno fable
Juzgame Dios, decirle con confianza,
Cual Davit, y haber fallo favorable!

Castigo eterno es tu única esperanza
Ca los pecados, ome, patrocinas
Y escarneces del cielo la venganza.

—Armas contra el que fuge son indinas;
Postrada yace en desigual pelea
La clase que magüer tuya, abominas.

—Pero esa clase abriga una ralea
Que se alimenta con el cieno inmundo
Y en adunarse á Caco se recrea.

Rapaz *in illo tempore*, iracundo
Pidió el conquistador á los sus reyes
Cerrasen al letrado el Nuevo Mundo.

¿Qué fizo solo? destronar las leyes;
Y abogados le mandan é solo ellos
Del trono lanzan á los nuevos Beyes.

¿Qué abogados empero eran aquellos!
Padres del pobre, bajo dura mano
Non abajaban los erguidos cuellos.

Bocero soy; y lo confieso ufano,
Cuando el bocero es sol fulgente y puro,
De ciencia y caridat para el humano;

Y senda encuentra al laberinto oscuro
Do costumbre cual ley entronizada,
Encierra la verdat con alto muro.

Baldon empero al ome que se agrada,
Por mostrar que ha catado un libro viejo,
En revivir una época menguada,

Duendes evoca é brujas, todo añejo,
Por aplicarles leyes que ha estudiado,
E que el mundo abolió con buen consejo.

En cuanto á tí, pues eres abogado
De los de antaño, ¿cómo se te olvida
La ley catorce, Título citado?

—¿Qué parla?—Que el bocero mas no pida
De cien maravedís; é non consiente
Que en gran pleyto se pase la medida.

—Ni en su tiempo esa ley fallé vigente.
—Magüer que el arancel obra en tu abono,
Acogerse á esa ley piensa un tu cliente.
—Pague, y en queja tal soy su patrono.

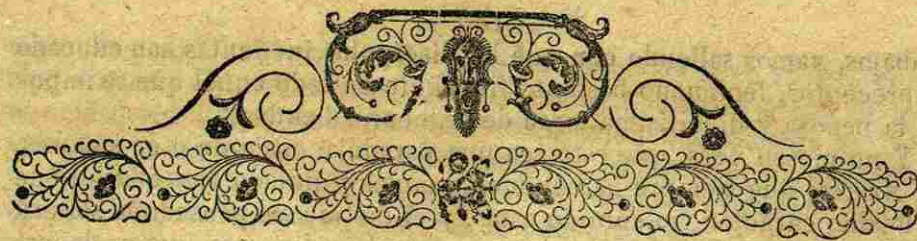
México, Marzo de 1855.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



EL ARRIERO.

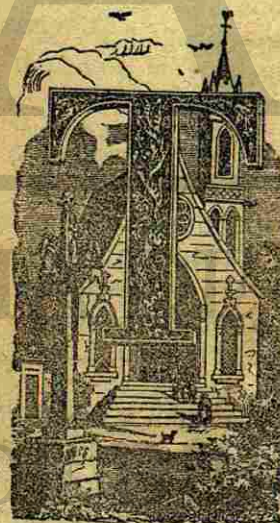


EL ARRIERO.



CAPITULO I.

LO QUE ES Á VECES UN PRECEPTOR Y LO QUE SUELEN
SER LOS DISCIPULOS.



RISTE, tristísima es en verdad la condicion del personage cuya vida y hechos vamos á poner ante los ojos del lector. El *Arriero*, á semejanza de ciertos maridos que no dieron con la *media naranja* que se adaptara esactamente á la otra media que ellos representan, vése condenado á tratar con seres de índole desapacible y condicion indomable. Por lo menos hasta ahora no sabemos se haya escrito nada bueno de las *mulas*. Su educacion ó *amansamiento* presenta serias dificultades, y despues de algunos meses de penosos

trabajos, vamos saliendo con que las discípulas indómitas han educado al preceptor, fenómeno bastante frecuente en todo aquel que se impone la penosa y difícilísima tarea de regenerar hembras.

Y no piesen vdes. que esto sea una paradoja; nada de eso, señores. El *Arriero* que siempre ha conducido mulas y lidiado con ellas, tiene el mismo carácter violento de estas, y el día menos pensado le soltará una coz á su mejor amigo; mientras que el *arriero* conductor de pacíficos jumentos adquiere la mansedumbre y suave índole, que es el mejor ornato de la inmensa familia que forman los pollinos. En confirmacion de esta verdad tenemos aquel adagio, aplicado regularmente por las abuelas á los nietos obstinados:—*¿Quién manda? ¡los burros ó el arriero!*—Conócese desde luego que el que tal adagio inventó era hombre sabio á todas luces, supuesto que consideró imposible hacer la misma pregunta, poniendo en cuestion la autoridad de las mulas y la del *Arriero* que funge de mandarin y pedagogo.

Sentado este principio será preciso advertir al lector que el personaje elegido hoy por nosotros, es aquel cuyo carácter se ha identificado mas con el de los animales que tiene por compañeros; y como al escribir artículos de costumbres la gracia está en escribir sobre costumbres malas, por esto cabalmente echamos mano del *arriero conductor de mulas*, individuo á quien podemos llamar un estuche de mentiras y aventuras, segun observaremos en la verídica historia que hoy me he propuesto narrar á los lectores.

CAPITULO II.

LO QUE ES UN VIAGERO.

El *arriero* en su origen ó es hijo de su padre (cosa que no les sucede á todos), que tambien es arriero, ó bien nuestro personaje es un muchacho gañan de alguna hacienda. Cuando sucede lo primero, el padre, mas sabio que muchos sabios, hace que el hijo adopte la profesion que á ambos ha alimentado; pero cuando el vástago no desciende de un arriero, entonces es otra cosa, y he aquí como abraza ese oficio rudo y á la vez seductor, para los que desean correr el mundo, á costa agena, es verdad, pero con piernas propias.

Antes de todo preciso es saber que el arriero es charlatan y mentiroso como todo viviente que ha viajado, aunque en sus escursiones solo haya tenido contacto con mulas, comerciantes y mesoneros, que todo va á dar allá. Pues bien: cierto arriero, de vuelta de uno de sus viajes, púsose á contar (ó á mentir), las maravillas y prodigios que en otras tierras habia visto y admirado. Crisóforo, muchacho gañan de una de las haciendas del interior, condenado á ganar la octava par-

te de un peso, despues de haber trabajado once horas en el día, escuchaba la relacion del arriero, abriendo los ojos, oídos y boca, ni mas ni menos que lo habrán hecho los lectores cuando alguno les ha contado lo que vió en Paris, en Lóndres ó en Pekin. Luego que nuestro jóven encontró modo de afianzar la palabra, cosa mas sencilla que pedirla, comenzó á terciar en la conversacion, y á hacer mas preguntas que un notario.

—Oyga, tio Narciso, cuándo me lleva á México?

—Quítate de hay, muñeco! Allá van los hombres.

—Mire, pos lléveme y verá si no jalo con usted. Yo no quiero que me antierrren bocabajo.

—Como que te va á suceder si *dende* antes no ves la gloria.... Mira, si te animas cargaré contigo en este viage.

—De deveras, tio?

—De deveras. Pero ya sabes que antes de entrar á México tienes que echar un zapateado en el puerto de Barrientos, para que te dejen entrar.

—Sí, sí, yo bailaré *unque* no sepa.

—Y te has de poner un rosario de *güesos* á la llegada, para que despues puedas salir: sino no volverás á tu tierra.

—¿A qué tio Narciso!

—*Güeno*; pregunta y verás si es cierto. No te rias: allí se *jila* muy delgado. Con que si te animas con todo y eso....

—De fijo que me animo. Me voy con usted.

—¡Oh! pos entonces si que muy pronto vas á abrir la boca. Ya verás qué alameda, qué calles, qué casas tan bárbaras; y en seguida los muñecos, y el caballito de Troya....

—Oyga, tio: es cierto que el caballo es de *jierro*?

—Siguero; y toditito de una pieza.... todo; solo le faltó al arquitecto el clavo de una herradura.

—Y es cierto que está *güeco* por adentro?

—Pos no ha de ser! Le caben en la barriga mas de quinientos cristianos.

—¡Hujuu...!! Y qué, usted ha visto que está *güeco*?

—¡Vaya si no! como que he entrado á dentro una chusma de ocasiones.

—Y habrá *muncha escurana* en la barriga?

—Quizás: los ojos del caballo son de *vidro*, y por allí se le cuela la luz, que no *dijieras* sino que allí es medio día.

—Caramba! y pesa mucho, tio?

—Sí; pesa un poquito.... *Senicientos quintales*.

—Pero y cómo no se sume? No dicen que México está sobre *lagua*?

—Es verdad; pero los malditos extranjeros.... Ya los verás: esos son el mismo *pingo*!

—Y qué de de veras está lagua por *onde quera*?
—Pos no ha de estar. Allí el suelo de las casas es de vigas; y no mas en levantando una, luego te topas con *lagua*, ó si no te *jallas* con un.... Eso si te ha de cuadrar.

—¿Cuál? ¿qué cosa se *encuentra* uno?

—¿Qué cosa? ¡Los muertos!

—¡Los muertos....!

—¡Pues!

—¿Pero y cómo van á dar allí?

—¿Qué romo eres de talento!—Mira: los *antierran* en el camposanto, y luego se los lleva *lagua* á los *dijuntos*, y los *zampurra* debajo de las casas.

—¡Caray! ¿eso si no me ha de cuadrar....! ¡Pero qué conque! yo me voy con usted, y mas que me tope con una recua de *dijuntos*!

Crisóforo era un muchacho de palabra, y el tío Narciso un hombre que cumplía sus promesas con mas fidelidad que un pretendiente; de donde resultó que al mes de esta conversacion, el pacto se habia cumplido y el programa desarrollado en todas sus partes, menos en lo del baile, rosario de huesos, cadáveres flotantes, y prodigiosa magnitud del *caballo de Troya*. Crisóforo vió la estatua y la encontró muy pequeña: sus ojos buscaron una puerta, y por mas que hizo para descubrirla, al fin perdió la esperanza de recorrer las profundas regiones del vientre colosal. Pero en cambio le sorprendió una cosa, y con razon, pues hasta entonces no habia pensado que pudiese haber caballos verdes en el mundo.

Crisóforo comenzaba á conocer lo que es un hombre que ha visto muchas tierras....

CAPITULO III.

LO QUE INSTRUYEN LOS VIAGES.

A los seis meses, despues de haber completado las mulas la educacion de Crisóforo, se encontró este hecho un arriero capaz de obtener el grado de doctor en la facultad. Ataviado con sombrero de ala ancha forrado de hule, *coton* de jerga resguardado por una *pechera* de cuero; ancho ceñidor, cuyas puntas caian sobre un calzon de gamuza abierto hasta media pierna; rodilleras tambien de cuero y zapatos de vaqueta, daba gusto ver á Crisóforo alzar el mas pesado terció con la mayor frescura y echarlo sobre los lomos de un corpulento macho, á quien con la *tapojera* habia antes vendado los ojos, para que no conociese y evitase la pesada carga que iba á recibir sobre los lomos.

¡Ay! la *tapajera* son las monadas de una novia que nos impiden ver el mundo que trata de echarnos á la espalda....!

Si los vestidos de Crisóforo habian sufrido alteracion, no se quedaba muy atrás su lengua, enriquecida ya con mil interjecciones y palabras enérgicas, que empleaba en sus compañeros, en las mulas, y alguna que otra vez en los guardas de la Aduana.

Ademas de los adelantos mencionados nuestro personage habia adquirido multitud de conocimientos, útiles sobre manera, y una experiencia que solo se obtiene con los viages. Efectivamente; Crisóforo sabia:

Que en Celaya hay quesadillas cuya fama *por el orbe vuela*; y sabia tambien que cuando algun gastrónomo tiene ganas de saborear buenos melones, de aquellos que se *rajan solos*, tiene que emprender un viage al Valle de Santiago.

Sabia, ademas, que en Guadalajara, como en otras partes, hay varias hembras que gustan de charlar con los arrieros por adquirir noticias de otros paises.

Que á tales hembras era preciso ponerlas al corriente de la profesion al hablar con ellas, porque es muy natural que el poeta hable de la gloria; el comerciante nos refiera sus pérdidas y ganancias, y el arriero trate sobre fletes y trasportes.

Item: sabia que un cristiano muchas veces puede hallarse imposibilitado de caminar por su pié, y lo que es peor, impedido para montar la cabalgadura que le ofrece la caridad del *atajador* que marcha á la vanguardia del atajo, montado en la yegua *mulera* ó *caponera*.

Sabia igualmente que un boticario puede absorverse en dos minutos el jornal que un arriero gana en la semana, y con la circunstancia tambien de desigualdad, no solo en el tiempo sino en el espacio, pues mientras el primero no sale de su tienda, el segundo ha tenido que andar cincuenta leguas.

Esto hace que el arriero aprenda algo de historia natural, y observe el modo de vivir que tienen las arañas y las moscas.

Por último, de resultas de no poder andar á pié, ni en la yegua *caponera*, ni tener lo suficiente para regalar al boticario, el desgraciado Crisóforo, enfermo á causa de las fatigas y trabajos del último viage, supo tambien á lo que sabe un hospital.

Y no paraban solo en esto los conocimientos de Crisóforo. Miguel de Cervantes dijo en su Quijote que *el que anda mucho y lee mucho, ve mucho y sabe mucho*. Ciertamente es que el arriero no sabe leer, pero en cambio ha andado bastante para haber visto demasiado; y sin necesidad de conocer el alfabeto sabe cosas que jamas se las hubiera enseñado el mejor libro: v. g. hasta hoy, apesar de haber existido los abates L'Epée y Sicard y el filantrópico M. Paulmier, no conocemos un silabario que *enseñe á leer sin aprender á leer*; y sin embargo, el arriero lee sin haber puesto nunca los ojos en el abecedario de la lengua

castellana. El cómo yo no lo sé; pero es el caso que nuestro héroe, ó cualquiera otro de su misma especie, llega á una poblacion que no conoce; entra por la *calle real*, y desde veinte varas antes va mirando los letreros colocados arriba de las puertas, y á buen seguro que el arriero equivoque y confunda desde allí el meson con la vinatería, ó la fonda con el espendio de pasturas. Se me replicará que el exterior de los edificios indica á mi hombre cual es uno y cuál es otro; pero esto es falso, y apelo al juicio de los lectores que hayan tenido la dicha de viajar por los poblachos, donde reinando la verdadera igualdad, el *restaurant* del hombre y el de la bestia son tan parecidos como los dos ojos de una bizca.

Agreguemos á tales conocimientos otros de mayor chanfía, y de no menos utilidad, merced á los cuales Crisóforo podía hombrar con mas de cuatro eruditos que atesora nuestro suelo civilizado. Veámoslo si no:

Crisóforo era matemático, porque sabia las divisiones y subdivisiones de los pesos y medidas de áridos, y tambien porque dejaba la curva y seguía la recta, siempre que por ella podia dirigirse á un punto dado, instinto que muchas veces le falta á un literato para evitar *rodeos* y circunloquios.

Era astrónomo, porque al ver las *cabrillas*, la *guia*, ó el *carro*, averiguaba la hora que era, con una diferencia de 40 minutos. Y en esto les ganaba á muchos desdichados que jamas han podido hallar siquiera la constelacion de *virgo*.

Conocía la geografía, porque el que anda estudia en el gran libro del mundo; y debemos convenir en que el mundo para muchos es tan solo el mundo del arriero.

Era homéopata, porque mas de una vez al padecer ciertas enfermedades, trató de curarlas con sus semejantes; es decir, con el famoso *similia similibus*, que traducido literalmente significa: *Un clavo saca otro clavo*.

En suma; nadie como él sabia lo que significa una mancha roja en la punta de la nariz, y ni nosotros mismos sabemos si en esto era Crisóforo fisonomista, fisiologista ó lo que vdes. gusten. . . .

—¿Y era eso todo lo que sabia Crisóforo?

—Ya la veremos en el

CAPITULO IV.

DONDE SE VERÁ A CRISÓFORO VENTRÍLOCUO Y PRESTIGIADOR,
ÉMULO DE ALEXANDER Y GIOVANI ROSSI.

Ya tenemos á nuestro héroe restablecido de sus males y caminando á pié al lado de sus mulas, á quienes anima con ese silvido melancólico y prolongado que infunde cierta tristeza agradable en el alma del

que le escucha. Crisóforo que ha servido ya los destinos de *atajador* y *sabanero*, desempeña ahora el de *cargador*, y quizá muy pronto el de *mayordomo* de algunos *atajos*. Por hoy es el *cargador*, lo repetimos, de un *atajo* que se distingue de otros muchos, por la multitud de *pa-labras* no muy pulcras que ostentan, en letras blancas sobre un fondo escarlata, las *atárrias* de sus mulas.

El arriero, por un arte mágico sin duda, gozó por mucho tiempo el raro privilegio de ofender la moral con las palabras mas indecentes, exponiéndolas á los ojos de todo el mundo, y sin que nadie le hiciese por ello el menor reclamo. . . .

En la noche se hallaba Crisóforo sentado en frente de una buena lumbra, donde el *atajador* cocía las sabrosísimas *gordas*, que disquemas de una vez han sido causa de que salga al mundo, antes de tiempo, una criatura racional. A su lado se hallaba el *sabanero*, el cual habiendo ya dado de cenar á las mulas, esperaba la vez de que le llegase su turno. Los dos arrieros se lamentaban de no tener por cena aquella noche mas que las doradas *gordas*, muy buenas en verdad para el paladar que no se mira condenado á saborearlas diariamente.

De improviso se levantó Crisóforo exclamando:

—Con mil diablos! es fuerza darles gusto á las tripas. . . . Estamos *probes* de cena, es *verdad*? Pues *ahora* lo veremos.

—Oyga, vale, *onde* va?

—*Aspéreme* un poquito: pronto doy la vuelta.

Y diciendo y haciendo desapareció Crisóforo entre la nopalera que rodeaba el miserable rancho, donde habia posado el *atajo* aquella noche.

Un momento despues se escuchó el sonoro canto de un gallo. El *sabanero* soltó una careajada, y le dijo al *atajador*:

—¿A qué *ñor* Crisóforo! ya le anda quitando el oficio á los *co-yotes*!

—Cállese, compadre. A ver si le responde el del gallinero.

Apenas el *atajador* pronunció estas palabras, cuando el canto de otro gallo interrumpió el silencio de la noche.

Entonces Crisóforo sin hacer el menor ruido, se dirigió á un punto que poco antes le era desconocido completamente.

Diez minutos despues dos magníficas pollas se asaban en la lumbre, eclipsando una de las mejores suertes del mágico italiano!

Acabada la opulenta cena; debida á los juegos mágicos de Crisóforo, nuestros personajes se dirigieron al *jato*, formado de antemano por nuestro héroe, con las mantas, las estacas y las cargas. Allí los tres arrieros, echados de barriga y puestos al nivel de las lagartigas, se pusieron á matar el tiempo jugando albures de á cigarro. No tenían mas luz que la que reflejaba el moribundo fuego del rancho; la baraja podia contar diez años de servicio; estaba casi negra, estropea-

do la tal novia miraba alejarse al objeto de su amor, lloraba sin consuelo. Por tanto, nuestro arriero no quería ser persona agente ni paciente en lo de los lloriqueos: así es que se vió obligado á dejar la profesion, y....

—Qué hizo Crisóforo?

—¡Se casó!!

Y cuando pensaba dejar el oficio por pesado é insoportable, precisamente se ligó á él *per omnia secula*.—S.

México, Abril de 1855.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS





H. Iriarte dibujo.

Lito de M. Murguía y C.

EL JUGADOR DE AJEDREZ.



EL JUGADOR DE AJEDREZ.

Las doce eran de la noche,
Al menos en un café,
Donde solo un concurrente
Siempre á esas horas se ve.

Es un hombre en cuya calva
Se cruzan ocho mas diez
Cabellos, como las líneas
En el juego de ajedrez.

Una verruga se le alza,
Cual torre, en la izquierda sien;
Su nariz es un caballo
Que no tardará en perder.

Los peones de sus dientes
Se tuerzen para morder;
Su lengua, como la reina,
Se dirige por do quier.

Delgado, nudoso, recto,
Un alfil en su cuerpo es;
Dios no lo hizo rey ni roque
Y es no obstante Roque Rey.

D. *Roque Rey* se ha hecho un trono
De una silla sin un pié,
El cual suple con los suyos,
No sin continuo vaiven.

Delante tiene una mesa,
Y mira con avidez
Sobre ella cierta figura,
Que por cierto humana no es.

Cuadros negros, cuadros blancos,
Cuatro veces diez y seis,
Se alternan formando un cuadro
Que el mayor por supuesto es.

Duendes blancos, duendes negros
Sobre sus calles se ven.

¿Es D. Roque nigromante
Y ejercita su saber?

¿Son los signos del zodiaco
Que hace por grados mover?

¿Acaso en un mapa estudia
Un plan de ataque, ó tal vez

Un bordado en canevá
Traza para su muger?

No señor, D. Roque estudia
El juego del Ajedrez.

A la vista del tablero
Su copa olvidó y café,
Lo mismo hace con su puro
Y con el Diario también.

Ya se rasca la cabeza,
Ya pone un dedo en su sien,
Una vez frunce las cejas,
Los labios frunce otra vez.

No está el sosiego en sus manos,
No está el sosiego en sus piés:
Derrepente, *jaque mate*,
Le grita yo no sé á quién.

Ligero deja la silla,
Que tal apoyo al perder,
Para atrás caer se deja,
Que es donde le falta el pié.

Por otro lado el periódico,
La copa, el puro, caen;
Pero ¿qué importa? triunfante
Con sonrisa y altivez,

Tras mil tentativas malas,
Casualidad ó saber,
Con el rey y el roque, pudo
Dar un mate Roque Rey.

Y aunque nadie lo escuchaba
En el desierto café,
A elogiar así se puso
El juego del Ajedrez:

Procul ó procul esse profani! Alejaos de aquí los que no veais en el Ajedrez personificada, ó por mejor decir, piecificada la sabiduría; yo me considero digno de entonar su alabanza, porque en ese juego está cifrada mi misión sobre la tierra: yo me identifico con el caballo que muevo; el tablero y yo somos en este instante una misma cosa, y así la inspiración será suya, si el acento es mío.

¿Dónde encontraré su cuna? ¿Será hijo de un astrónomo indiano llamado Sissa? Por lo menos en la orilla del Ganges se le considera como una antigua prueba de que el talento es superior á la fortuna. ¿Lo inventaron los chinos? Hoy ningún descubrimiento se les quiere conceder á los habitantes del celeste imperio; y aun se está escribiendo una obra para probar que las tierras con que forman la porcelana, las llevaron los tártaros, de Europa, única parte del mundo donde se encuentra la fuente de las artes y las ciencias. Concederemos esta codiciada gloria al egipcio Fhoth Herniate, contemporáneo de Moisés, ó al griego Palámedes, famoso ingeniero en la guerra de Troya, en aquel Sebastopol donde no se vió ningún alumno de la Escuela Politécnica, y que mereció los cantos de Homero y de Virgilio? Sea cual fuere el origen del juego, ¿por qué se usan en él muchos nombres persas? Sah, rey; Phil, ministro; y *roc*, Roque. Misterios son estos que el cielo no ha querido revelarme, pero en cambio puedo afirmar que los chinos, admiran á los profesores de Ajedrez; que los indios atribuyen á su inventor una sabiduría prodigiosa; que los egipcios llamaron al juego Psepharis, aunque de ello no estoy muy seguro; que los amantes de Penelope se entregaban á este entretenimiento; que en Babilonia dulcificó la crueldad de Ammolín; que los romanos se acuerdan de Cassio Julio, que al pié del suplicio se ocupó únicamente de asegurar un *jaque mate*; que los ingleses no olvidan al monarca que perdió una plaza fuerte por defender una *partida*; que existen

poemas en hebreo, en griego, en latín, en inglés, en francés, en castellano, &c., &c., aunque unos sean traducciones de los otros, donde los Aquiles, Ajax y Héctores son los alfiles, torres y caballos; en fin, que esta diversion despues de haber sido reglamentada por el rey D. Alonso el Sabio, fué la favorita del héroe de nuestro siglo.

He aquí el tablero; examinadlo bien: como las noches y los dias, se alternan sus casillas blancas y negras, símbolo de que no se debe abandonar el juego ni de noche ni de dia. Vedlas distribuidas en ocho hileras, ya se cuenten de arriba para abajo, ya de abajo para arriba, ya de derecha á izquierda, y ya de izquierda á derecha, lo cual ignoro si tiene alguna significacion emblemática; pero es seguro que representa sesenta y cuatro divisiones. Este es el rey; el mismo en persona que Júpiter mandó á las ranas, y que tuvo por sucesor un vivorezno: anda poco; no come sino á quien se deja comer; confia para su defensa en el respeto del enemigo; y solo cuando huye enroscándose muestra alguna vida. ¡Qué hermosa pieza es la reina! su poder y sus armas están en su coquetería; su paso unas veces es recto y otras oblicuo como si danzara; y su propension natural la arrastra á separarse constantemente de su real consorte. La torre es un verdadero castillo encantado que se aparece donde lo necesita el jugador, con tal que describa en los aires una línea recta. El alfil se complace en los asaltos; siempre camina oblicuamente como si subiese una escalera ó bajase precipitado por la áspera cuesta de una montaña. El caballo caracolea. El peon, por último, tiene su fuerza en su número y en su tenacidad; y camina como los poetas en pos de una esperanza: puede mudar de secso y convertirse en reina.

El campo para la lucha se encuentra preparado, ¿quién es mi contrario? puede comenzar el ataque cuando le plazca. Tal es la primera regla del juego; las otras ¿quién las ignora? Deberemos jugar alternativamente; pieza tocada, pieza jugada; se anunciarán los jaques; en los empates por último, la partida es nula. ¿Nadie corresponde á mi invitacion? Mientras se me presenta un digno adversario os quiero explicar, señores, el primer gambito:

BLANCO.—El peon del rey, dos casillas adelante; no puede para atras.

NEGRO.—El peon del alfil del rey dos casillas. Lo veis?

Pero acabo de equivocar las jugadas; comencemos, si os place, de nuevo.

BLANCO.—El peon del rey dos casillas.

NEGRO.—Idem de idem idem idem.

BLANCO.—El peon del alfil del rey dos casillas.

NEGRO.—El peon del rey come el peon blanco.

Van dos jugadas, ¿cuál sigue? Blanco...no; negro...blanco... ya! ya!

BLANCO.—El caballo del rey á la tercera casilla de su alfil.

NEGRO.—El peon del caballo del rey dos pasos.

Antes de continuar este gambito quiero que me confeseis francamente si habeis observado la poesía que se trasparenta en mis palabras? No me digais que os es desconocido el idioma en que me espreso; pues no conoceis el hebreo, no conoceis el griego, y sin embargo, sabeis que Moisés y Homero fueron grandes poetas. ¿Me pedis una traduccion de esta Iliada que á vuestra vista improviso? Quiero complaceros. Esta pieza es Ajax que dice: danos, Júpiter, la luz y pelea despues contra nosotros; en efecto, esta pieza tiene el triunfo seguro, si bajo la luz de la regla pueden darse todavía dos ó tres jugadas, ¿qué importa que despues tome parte en la lucha el padre de los hombres y los dioses? Vamos á la cuarta jugada...pero no la recuerdo...otro dia vereis el alcance de mi mano, merced á los impulsos de la ciencia.

Os he explicado los misterios del juego; me falta daros una idea de sus maravillosas aplicaciones.

PRIMER EJEMPLO.

Demostrar intento
¡Oh muchachas! que es
Juego de Ajedrez
Siempre un casamiento.

Cuando uno se casa
Mueve muchas gentes,
Juegan los parientes
Cada uno en su casa.

La novia en el juego
Blanco, se coloca;
Y el negro le toca
Al amante ciego.

Son, según las leyes,
Del juego y la boda,
En partida toda
Los novios, los reyes.

Las reinas, las madres
Por entrometidas;
Por perdonavidas
Caballos, los padres.

Siempre hay dos terceros
De apariencias viles,
Que andan como alfiles
Torcidos senderos.

Hinchados y vanos
Desde sus rincones,
Te enrocan, bribones,
Al rey los hermanos.

Los demas trebejos
Bajos, maliciosos,
Son primos, curiosos,
Ya niños, ya viejos.

Cita preparada
En que el sorprendido
Jura ser marido,
Es una emboscada.

Si tercera innoble
Pide dos reales,
Te hunde dos puñales,
Te dá un jaque doble.

Quien pagar te acuerde
Ante algun alcalde,
Lo que dió de valde,
Juega al gana pierde.

La que interesada,
Rico te festeja
Y á otro pobre deja,
Es pieza forzada.

Cuanto quieras charla
Pero ¡chanzas pocas!
La pieza que tocas
Tendrás que jugarla.

Recibir, dar mate
Es de jugadores,
Torpes en amores.
¡Triunfo es el empate!

Ay del amador
Que se casa pronto,
Pues le han dado al tonto
Jaque del pastor.

EJEMPLO 2.º, 3.º, 4.º, &c.

De este modo Roque Rey
Como á suegros y alcahuetes,
A testigos y á corchetes
Del juego, aplicó la ley.

Tablero hizo el tribunal;
Y nos demostró despues
Que sin jugar ajedrez,
Ninguno es buen general.

El estruendo de las sillas,
Y el rechinar de la puerta,
Su discurso desconcierta;
Lo sacó de sus casillas.

Para irse, son signos fijos,
Al tablero de su cama,
Donde su dama es su dama,
Las demas piezas sus hijos,

A asegurar no me atrevo
Si les lleva de cenar,
O bien de desayunar,
Pero sí un gambito nuevo.

Mas ¿por qué gozoso salta?
Por qué también ¡ó fortuna!
Enrocada se lleva una
Pieza que en su casa falta.

Y al estruendo de las sillas,
Y al rechinar de la puerta,
Sin que ninguno lo advierta
Se sale él de sus casillas.

Abril de 1855.

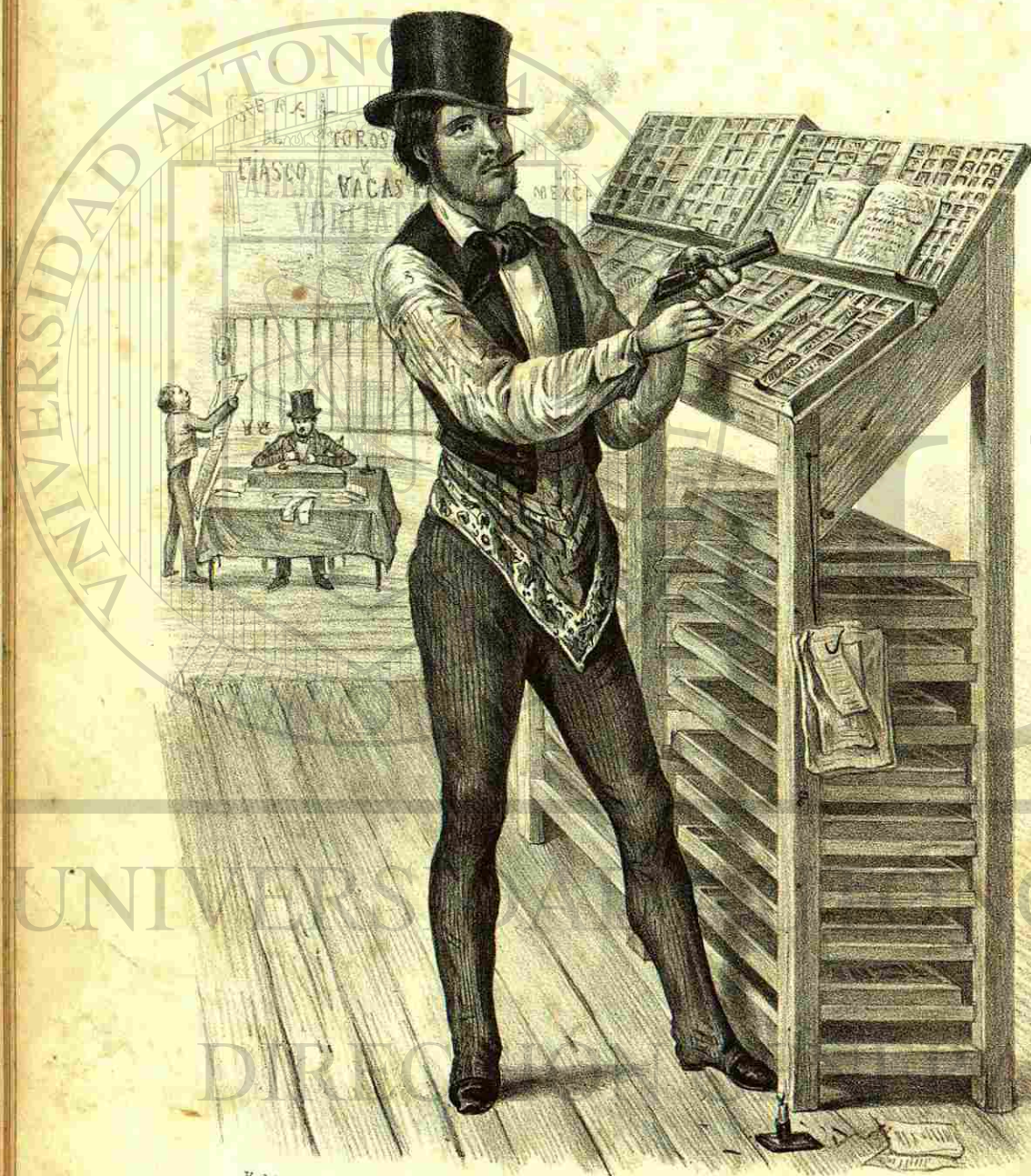
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



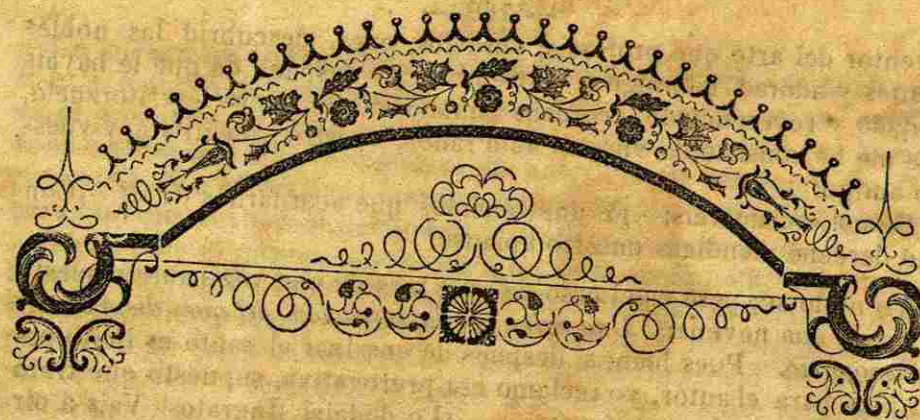
Los Mexicanos.



H. Iriarte dibujó.

Lito. de M. Murguía y C^{ta}.

EL CAJISTA.



EL CAJISTA



UTTEMBERG...! ¡ah! nombre esclarecido! génio colosal! criador admirable! que produjo en un instante, y con la sola fuerza de su cerebro, una generacion sin fin de *hombres letrados*. ...! Sí; porque en verdad sea dicho, el cajista es *hombre de letras*, lo mismo que el zapatero lo es de *hor-* mas, y el escribiente señor de *plumas* y de *es-* tados.

Vosotros los cajistas, vosotros los que yaceríais en el olvido, al menos para los suscritores de los *Mexicanos*, á no ser por el admirable

lo que *pára* como en lo que habla, jamas podrá responder de la exactitud con el original.

Empero examinemos á nuestro hombre en su profesion. Veámosle en la imprenta donde trabaja, y en cuyo sitio desempeña á veces la rara mision de trastornar en un instante lo que al desgraciado autor le ha costado quizá no pocas horas de morderse las uñas, é igual tiempo de quemarse las pestañas en la vela. Desde luego preciso es convenir en que un *Cajista* y la ortografía deben tener entre sí la intimidad y dependencia que existen entre el café y la azúcar, el fuego y el chocolate, la geringa y el émbolo, en quienes el uno sin el otro no valen nada. Mas por desgracia la mayor parte de los cajistas (malos por supuesto), están reñidos con el arte de las comas y los puntos, y con poca diferencia siguen el método de aquel compositor americano, al cual habiéndole preguntado qué reglas seguia para la puntuacion, contestó: que iba leyendo y componiendo hasta donde le alcanzaba la respiracion; y entonces ponía una *coma*; cuando bostezaba ponía *punto y coma*; un estornudo exigía la colocacion de *dos puntos*; y la necesidad de una nueva mascada de tabaco era regla para poner *punto y aparte*. El ingenuo *Cajista* respondió por todos los de su especie, y he aquí la causa porque muchas veces el infeliz dueño de una impresion, ha blasfemado del divino, admirable y esclarecido arte de Guttemberg, Fausto y Schœffer.

Antes de proseguir adelante, iguárdenos Dios de aparecer como calumniadores! y por lo mismo, para que no se nos tenga en el concepto de tales, vamos á presentar algunas *pruebas* de las *pruebas* de un *Cajista*.

Muchas veces por la falta de un solo signo ortográfico, en una esquila de luto, v. g. el *Cajista* le hará saber al público que el día tantos de tal mes falleció el Sr. D. Aclie, sus parientes, amigos, conocidos y personas de estimacion; y seguirá matando gente hasta hacer morir *el descanso del alma del difunto*, y la *piEDAD religiosa* del cristiano que la esquila recibiere. Un descuido como el anterior solo puede causar risa á las personas que lo observen, pero no le seguirán consecuencias desagradables; mas hay otra clase de erratas capaces de hacer la desdicha, y aniquilar el buen nombre del mejor de los maridos. Pongamos un ejemplo.

La Sra. D.^a CRUZ PESADO DE ALEGRE, modelo de las esposas, le hizo á su marido el obsequio de morirse. El buen hombre sintió, ó aparentó sentir, la pérdida lamentable de su cara mitad, por lo cual los padres de la difunta se hallaban satisfechos de las virtudes domésticas del yerno, y las muchachas casaderas se afanaban en aliviar los soponcios del viudo amoroso y desdichado. Todos, inclusa la difunta, caminaban perfectamente: los suegros se veían contentos, la muerta sonreía desde el otro mundo á su marido, y media docena de chicas

estaban dispuestas para reemplazarla acá en la tierra. Mas aquí de Dios que el condenado *Cajista* hizo una de las suyas, y descubrió los íntimos arcanos del consorte solitario. ¿Y todo por qué? Porque al compositor se le puso cambiar letras, suprimir palabras, distribuir comas sin acierto, y alterar, en suma, el sentido del original que sirvió para anunciar el fallecimiento de la tierna esposa. La prueba de las esquelas fué á dar á manos de los suegros, quienes para hacer el panegírico de su yerno, la leyeron delante de las visitas dolientes. Mas no bien se hubo concluido la lectura, cuando estos y los padres de la finada levantaron el grito hasta los cielos. El *Cajista* se alarmó; lo interrogaron, le hicieron cargos infinitos, y el muy taimado para disculpar su torpeza, dijo con la mayor frescura que la prueba incendiaria estaba exactamente conforme al original.

Ahora veamos si hubo causa suficiente para formar aquella algarabía. He aquí la copia esacta de la prueba:

EL DIA 35 DEL CORRIENTE A LA O DE LA MANANA

FALLECIÓ LA SEÑORA

D.^a CRUZ PESADA: Y ALEGRE

su esposo, al participarle á V. su fallecimiento, le suplica á V. por el descanso de los sufragios que le diere su piedad religiosa. — El duelo se despidenla
No golora.

Ahora seamos justos y hablemos una vez en favor de los suegros y las novias. Los primeros, nunca darán sus hijas á un marido que dice tales cosas de su muger, ni las segundas querrán darse al que publica semejantes verdades por medio de la prensa. . . .!

El descuido que acabamos de citar solo ataca la reputacion del marido; pero hay otros que hieren á ambos consortes en la parte mas sensible, en el honor!... ¿Eh? ¡Canario! ¿Y quién lo hiere? El cajista. ¿Y con qué armas? Con el cambio de una Z en S, con el de una B en L, y con otros proyectiles tan insignificantes como los ya dichos. La alteracion de dos letras son suficientes para convertir un patronímico en adjetivo, y un nombre propio en un epíteto impudente. Veamos si no la siguiente tarjeta de un honrado matrimonio, que vive en la 2ª calle de San Ramon, número tantos. Veámosla, y pidámosle á Dios nos libre de un mal *Cajista*; calumnia viviente, difamador de carne y hueso:



La lectura de semejante tarjeta, dirigida por los inocentes D. Toribio y Dª Bibiana, te harán ver una invitacion parecida á la de aquel célebre rótulo que decia: *Aquí se saca pelo al que no lo tiene, sin resulta alguna...* Por fortuna la esquila y tarjeta anteriores solo circularon en clase de *pruebas* entre los dueños de los originales. La impresion era urgente; los interesados querian ver la *prueba*, y el cajista se las presentó antes de que fuera leida y corregida por el *corrector*; bien que si hemos de ser sinceros, este último personage, encargado de *enderezar los entuertos* del cajista, suele perder los estribos y dejar las cosas en su estado primitivo. ¡Oh! el corrector de imprenta es un ser curioso á quien pronto daremos á conocer. Es una máquina que tiene por oficio repartir puntos y comas, lo mismo que una vieja repostera reparte, á ojo y sin contar, pasas, piñones y grajea en un platon de bienmesabe.

Hasta aquí hemos manifestado los conocimientos del cajista en el arte de *componer* descomponiendo. Mas antes hemos dicho que es un *hombre de letras*, y es necesario presentar una de sus composiciones literarias. Para ello nada será mas á propósito que dar al público una de sus cartas amorosas, y cuya carta me tomo la licencia de poner en verso á ruegos del interesado, y por la misma razon que un boti-

cario dora las píldoras; esto es, no para hacérselas pasar al enfermo, sino para hacernos creer que tienen algun valor. Mas ¡cuidado! Esta pulla amostaza á nuestro personage y él mismo es quien va á manifestarnos sus talentos en el arte de la rima. Leamos:

Incomparable *Atanasia*, (*)
De amor perfecto *modelo*,
Tipo que bajó del cielo
Cual *prueba* de amor y gracia:
Los *rasgos* de esa hermosura
En mi alma *impresos* quedaron
Cuando mis ojos miraron
Tan *corregida* figura.
Desde entonces pruebo inmensa
La *pasion* mas *condensada*,
Y ella, mujer adorada,
Me tiene *metido en prensa*.
Tal vez lo dicho la hostigue,
Mas el callar no *soporto*,
Porque dicen que el que es corto....
Ya sabe V. lo que sigue.
Por eso, cándida *perla*,
Compongo esta carta indigna
De usted, á ver si se digna
Línea á línea recorrerla.
Tal vez halle en su *lectura*
Siempre la misma *glosilla*,
Y sienta cual *pesadilla*
El *texto* de mi *escritura*;
Pero, señora, no á *tina*
Mi amor á encontrar consuelo;
Me *acaballo*, me *empastelo*,
Y pena ruin me domina.
Ay! *piedad*, criatura bella!
Vea V. que mi *corazon*
Tiene *sobrada presion*
Y *está quedando con huella*;
Y si V. mi negro mal
Con su desden hoy renueva

(*) *Atanasia* se llama la letra de imprenta mas grande que la de *lectura*, y menor que la de *testo*.

Nunca quedará la prueba
Conforme al original.

—Lo dicho hasta aquí es un título

Que disculpa mi osadía:

Perdon, pues, amada mía,

Y vamos á otro capítulo.

—Ya corregí de segundas

Al estudiante novel

Que quiso hacer un pastel

Con sus chismes y barahundas.

Juzgo que al papá de usted

No le formará ya embustes,

Porque le hago sus ajustes

Y lo imprimo en la pared.

Que haga tal, y le administro

Velas, cajón y mortaja,

Y así metiéndole en caja

No se saldrá de registro.

Fuera, pues, temores vanos!

Lo que importa es ver ligadas

Cual dos ramas enlazadas

Nuestras conyugales manos.

Y así espero satisfecho

Un sí que mi alma enajene,

Hiera el tímpano y resuene

En las galeras del pecho.

Yo tengo la imposición

De levantarme á las diez:

Por tanto; entredos y tres

Asómese usted al balcón;

Que al pie de él con firme planta,

Espaciando su impaciencia,

Aguardará su sentencia

Su adorador

Juan Volanta.

Ahora, paréceme en vano hacer un juicio crítico de la carta anterior. Ella manifiesta lo que es nuestro hombre en sus amores, lo que es en literatura, y sobre todo, indica la manera con que sabe tratar á sus rivales: y es digno de observarse que así como para el *Cajista* las dicciones *criatura*, *barahunda* y *sea* son iguales á otras voces de tres y

una sílaba, y *Atanasia* y *gracia*, diez y tres son perfectísimos consonantes; del mismo modo su acendrado amor, la que lo inspira y los útiles de imprenta vienen á ser una sola y misma cosa. En efecto, una muger para el *Cajista*, (no se olvide que hablamos del que es malo) viene á ser igual á una planta á quien despues de haberla metido en prensa, puede distribuirse sin el menor escrúpulo.

Hasta aquí hemos procurado dar una idea del mal *Cajista*: ¿qué nos falta ahora? Bosquejar el bueno. A ver; veamos quién es el bueno.

—Pues señor, el bueno es... es el mismo de quien antes hemos hablado. Sí, señores, el mismo; porque nunca puede ser malo aquel individuo que está dispuesto á trabajar hasta en los días feriados; que oye misa y anda en las procesiones; que ama la limpieza; que adora la santidad; que es franco y liberal hasta el desperdicio; que gusta de teatros que le instruyan y de bailes que le diviertan; y en fin, que le agradan las flores aun cuando pertenezcan á otro jardín que no sea el suyo. Además de las buenas cualidades que acabamos de referir, el *Cajista* tiene otras muchas. Ama su profesion ó ejercicio; procura siempre ennoblecerlo; conserva en él cierta dignidad aristocrática, y jamás lo deshonorra con acciones viles. Un *Cajista* que hiciera *San Lúnes*, sería visto con horror por todos sus compañeros! Verdad es que rinde su poco de adoración á tal santo; pero regularmente la tributa en la misma imprenta, y los holocaustos y sacrificios que ofrece á aquella deidad, consisten en charlar con sus compañeros, fumar mayor número de cigarros, y salir de la imprenta veinte minutos antes de la hora acostumbrada. Hé aquí por qué á nuestro personaje lo hemos colocado en el primer día de trabajo que tiene en la semana.

Tocante al arte que profesa, mas de una vez hemos oído y visto con orgullo que los extranjeros y personas que han viajado por Europa, admiran la disposición, buen gusto y genio fecundo que tiene nuestro cajista, para disponer esos marcos y portadas conocidas con el modesto nombre de *remiendos*, y esos inmensos cartelones que se emplean en los anuncios de grandes y pequeños espectáculos. Aun podríamos enumerar otras muchas cualidades que posee el cajista, pero...

—Pero, señor! el cajista, en suma, es bueno ó es malo?

—Yo no lo sé.

—Cómo! ahora salimos con esas...?

—Ya lo dije. No sé á punto fijo lo que es un *Cajista*, ó por mejor decir, ignoro lo que debo responder.

—Pues entonces, quién debe saberlo?

—Tampoco lo sé.

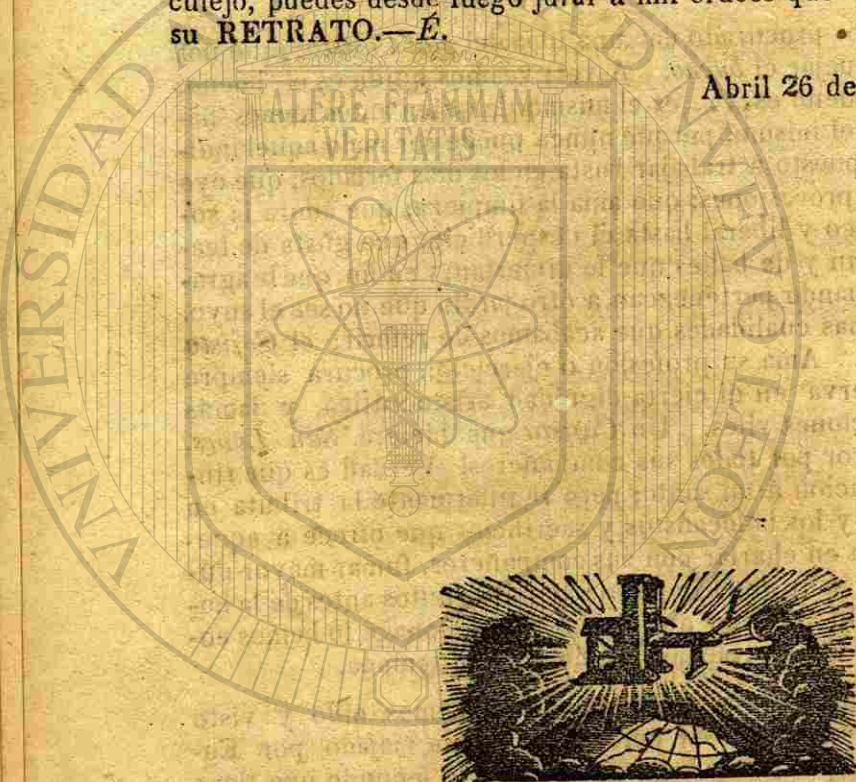
—Mire vd. qué gracia...! Dejarnos en ayunas despues de tanta charla. Sabe vd. siquiera lo que ha escrito?

—Eso menos que todo.

—Pues entonces....

—Mira, lector: yo he escrito el presente artículo sin saber lo que escribía. Sin embargo, para sacarte de dudas, sábetelo que si oyes á algun *Cajista* declamar contra las primeras páginas del presente artículo, puedes desde luego jurar á mil cruces que en él ha encontrado su RETRATO.—É.

Abril 26 de 1855.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

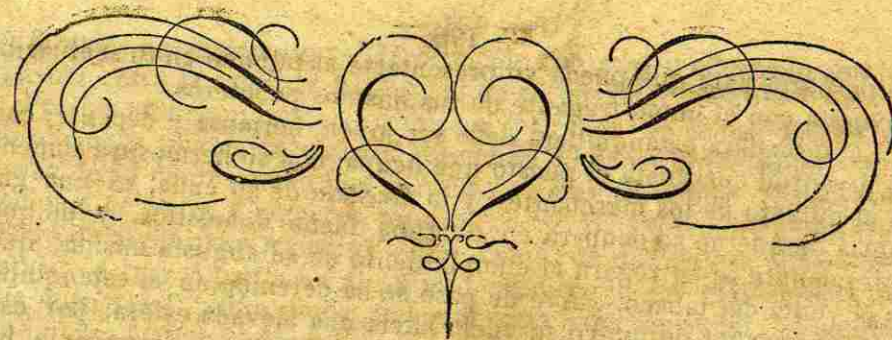
Los Mexicanos.



H. Iriarte dibujó.

Lito. de M. Murguía y C^{ta}

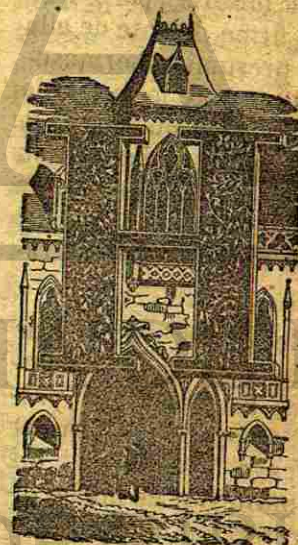
LA ESTANQUILLERA.



LA ESTANQUILLERA.



Mulier formosa superne.—HORACIO.



E aquí un tipo verdaderamente nacional! La vendedora por menor de puros, de cigarros y de los otros artículos que producen las rentas estancadas, es hija del monopolio; y la hemos visto agostarse y degenerar bajo la libertad del tabaco: su alimento le viene de Orizava. La piedra de un litógrafo la ha cantado, y procurará retratarla nuestra pluma. A Flora se le consagraba el aroma de las flores, que ella misma cultivaba; hermosa estanquillera, dame una cajita

lla de puros para que pueda yo presentarte al público en tu santuario, envuelta con el humo fragante de tus mismos pebeteros.

La verdadera estanquillera debe ser joven, hermosa y decente; con su juventud conquista el puesto que ocupa; con su hermosura aumenta el número de los marchantes; y la *decencia* de su cuna, es una garantía de que no se ocupará en ninguna faena doméstica, y de que enteramente se entregará al cumplimiento de su augusta misión, que es la venta del tabaco. Ave de paso se ha detenido en el estanquillo para emprender de nuevo su vuelo hacia una elevada esfera; por eso en su domicilio, ausente la dueña, nada revela que una muger lo ha habitado; el hogar no conserva la huella del fuego; los utensilios de cocina jamás han adornado aquellos muros; ninguna aguja se esconde entre las hendiduras de los ladrillos; la estanquillera come del bodegon, y compra sus trages en las tiendas de los empeños: la estanquillera no es muger de su casa, sino del estanquillo.

La estanquillera vestiria como una princesa si sus recursos correspondieran á sus recuerdos y á sus aspiraciones; amiga del lujo, ha conciliado su elegancia con sus escaseces; dos veces al dia sujeta su sedoso pelo á los caprichos de la moda; mucho es que tenga una camisa, pero no le faltan tres mascadas, que alternativamente y con estudiado abandono, cubren sus hombros y cifien la base torneada de su blanco cuello; la parte superior de su túnica siempre es nueva y está limpia; el resto de su trage es el testimonio de su miseria; pero qué importa? el complaciente mostrador se encuentra firme delante de ella para cubrir las faltas voluntarias y forzosas de la presumida hermosura. La estanquillera como la tierra, tiene perpetuamente la mitad de su cuerpo en las sombras de la noche, y la otra mitad coronada por la luz del dia; es una planta cubierta de flores, pero que arrancada de su terreno descubre raíces descoloridas y barrosas; es, en fin, una sirena mitad diosa y mitad pescado, pero gracias al cielo, pasándola por un baño y por la casa de una modista, fácilmente se despoja de sus repugnantes escamas.

Ninguna muger mas sociable que la estanquillera; una parvada de colegiales le canta la alborada al nacer el dia, despues llegan en comunidad los felices habitantes del convento cercano; mas tarde se presenta su padrino, empleado en la renta, que se complace en pasear siempre con un séquito de oficiales y escribientes; á la mitad del dia la visitan los vecinos tenderos; por la tarde los militares; de noche todo el mundo. La estanquillera sostiene la conversacion con todos los tertulianos, despacha á todos los marchantes, dirige miradas á los tímidos admiradores, que por contemplarla frecuentan su calle; observa cuidadosamente lo que pasa en las habitaciones fronterizas, medita sobre lo pasado, y teniendo así dividida su atencion, puede ocupar

su fantasía en abrirse un sendero regado con miel y adornado con rosas, por entre la aridez y fragosidad de su porvenir oscuro.

Presume de comprender y hablar el language de todos; recibe de un oficinista una carta amorosa estendida en papel breveteado? Ella forma de su contestacion una parodia en estos términos: Estanquillo nacional de puros y cigarros, núm. Sr. D. ¿Murmure algun fray Diego de algun fray Agustin? Ella manifiesta que en ese mismo dia ha visto á fray Agustin en el púlpito predicando un mal sermon, y que mientras el pobre pedia gracia al cielo para continuar, el auditorio le hizo justicia dejándolo solo. ¿Le habla en latin un colegial? Ella le contesta con la letanía. Para qué hablar de sus *pagares* de amor estendidos en favor de los comerciantes que despelleja, ni de sus conversaciones picarescas con los militares, ni de sus pullas á ciertos viejos capitalistas que antes que en el valle de Josafat, disfrutaban en el estanquillo algunas escenas de la resurreccion de la Carne? claro es que la estanquillera seduce siempre que habla, pues la brisa que forma su aliento, se baña en el perfume que despiden sus lábios de clavel.

Una estanquillera que consigue verse en brazos de la fama por su juventud y hermosura, divide la poblacion en apasionados que son todos los varones, y en enemigos que son todas las mugeres; pero de las que recibe guerra tenaz y continua, es de sus vecinas, de las cuales se venga con sangrientas represalias. Sus rivales murmurándola aumentan la celebridad que disfruta, y mientras mas altas son, la enoblecen elevándola con las miradas que le dirijen hasta la esfera donde acaso súbitamente la verán reinar sobre ellas. La mantenedora de la liza en tanto, hiere á diestro y siniestro, y en cada golpe derriba una reputacion, desbarata una boda, emborrasca un matrimonio. ¿Qué placer es oír! Ella conoce el mundo, el corazon humano, las debilidades de su secso, y sobre todo, conoce la crónica secreta de su barrio. Su ciencia se funda en inducciones, es verdad, pero en inducciones tan lógicas y seguras como las de aquel que dijo: la costurera de enfrente, tiene piés bonitos? Ergo yo debo hacerme dos docenas de camisas. Así, la estanquillera sabe que D^a Rita fuma de á doce finos, y su esposo el banquero los acostumbra habanos; pero observa que por las noches, despues que entra un español de visita, una sirvienta que no fuma, sale á comprar puros del pais. Ergo la visita chupa del pais, despues que se ha puesto el sol en la casa de D^a Rita. La estanquillera vende rapé; D^a Ambrosia se lo compraba; pero dejó el vicio atribuyendo al rapé una enfermedad que la privó de las narices, y regaló su caja á un compadre que despues ha aparecido tambien desnarigado: ergo el mal no se encuentra en el polvo, sino en la caja de D^a Ambrosia.

El tipo de las estanquilleras es la vecina del señor litógrafo: ayer

cuando fué nuestro amigo á retratarla y yo á tomar notas para hacer su biografía, acababa de cerrar su casa de comercio, y pudo descansar favorablemente con sus interesantes confidencias: no hubo palabra de verdad en todo lo que nos dijo. Era la virtud colocada en un estanquillo; abominaba el amor como un delito; se encontraba resignada en su miseria; el mundo pasaba como un fantasma ante sus ojos; no concebía cómo la maledicencia puede ser una fuente de placeres; pero he aquí que repentinamente un imprudente gato salió de debajo del mostrador, arrastrando una bota y un calcetín que, después de jugar con ellos, abandonó por perseguir una rata. Ruborizóse la estanquillera, sonrióse el litógrafo, y yo sin malicia ninguna apunté en mi cartera: *La señora estanquillera usa botas y calcetines*. La heroína con indiscreta curiosidad leyó lo que yo había escrito, y juzgándolo un sarcasmo, hizo su apología en las siguientes testuales palabras:

“¡Soy muy desgraciada! á pesar de mi virtud, con frecuencia aparezco como culpable, no porque mis acciones dejen de ser inocentes, sino porque el mundo interpreta como malo todo lo que observa en las jóvenes, que se separe un tanto de lo que esperaba encontrar en ellas. Estas botas me han causado muchas veces amargas escenas; nadie las vé sin condenarme: ¿me será preciso escribir en ellas su historia?”

“Oh dulces prendas por mi mal halladas,
Dulces y alegres cuando Dios quería!”

“Estas botas pertenecieron á mi padre, veterano de la independencia, y lo único que me ha dejado en su testamento fueron estas botas y su gloria. Pero D^a Petra que por mi desgracia las vió, asegura que pertenecen no sé á cuál de los señores oficiales que acostumbran concurrir al estanquillo; ¡infame calumnia! y, contra quién se dirige? contra mí que nunca he pensado mal ni hablado en mengua de persona alguna. Y, quién se atreve á deshonrarme tan impiamente? D^a Petra! ¿Sabeis quién es D^a Petra? Figuraos una vieja con peluca sobre la frente y carmin sobre las mejillas, y que tiene interpolados sus dientes con los agenos; pues esa es D^a Petra. Sabeis que hay viejas que buscan á precio de oro un mentecato que se atreva á acariciarlas? pues de esas es D^a Petra. Se ha hablado de una vieja que prostituyó á su hija por librarse de una rival peligrosa; pues esa vieja era D^a Petra. Púdraseme la lengua primero que yo me ocupe de su vida privada: ¿por qué interpreta tan inicua mente la mía? Sufriera yo con paciencia tan viles habillitas si no las repitieran en coro los ecos de toda murmuración, es decir, esa jorobada de Agapita, cuya virginidad es como la lotería de San Carlos, que cada mes celebra un sor-

teo y tiene algun afortunado que se la saque; y esa recién aparecida de D^a Julia que se nos vende por-esposa de un abogado, cuando es público y notorio que sus maridos, como el papel sellado, solo tienen valor durante un bienio; y agreguen vdes. á esas, la fátua de Ruperta encaprichada en que su tápalo es el único en la población, cuando no puede aspirar á ese privilegio sino en su casa.”

“Una envidia sin fundamento es la causa del odio que me tienen las damiselas mis vecinas, que se figuran como un robo de amantes el placer con que concurren mil jóvenes al estanquillo, donde suelen en dulce y animada conversacion olvidarse de mis gratuitas rivales, si alguna vez han pensado en ellas; esto es bastante para que me pinten como un monstruo de corrupcion. Un colegial se dejó aquí por descuido un libro poco honesto, y la beata Severa que lo vió, afirma que en esa lectura yo encuentro mil delicias; siendo así que yo leo tan mal que con frecuencia doy cigarros de á trece por de á diez, y un pliego del sello quinto por uno del primero. ¿Estreno una bata? se dice que los concurrentes del estanquillo me la han pagado á prorrata; cuando sabe Dios que me ha costado muchas desveladas en la costura, pues yo puedo, como aquella criada que pinta Sor Juana Inés de la Cruz, decir con mucha verdad:

El dolor mas importuno
Que dá amor en sus ensayos,
Es tener doce lacayos
Sin regalarme ninguno,
Y tener perpétuo ayuno,
Cuando estar harta debiera,
Esperando costurera
Los alivios del dedal.”

Esta palabrería insustancial me tenia estático; yo soy un profesor de idiomas y en las guías de la conversacion estoy acostumbrado á ver que en México y en Washington, en París y en Roma, en San Petersburgo y en Viena, son frases vacías, fórmulas inútiles lo que constituye las relaciones que por medio del lenguaje sostenemos con toda clase de personas; no son mas filosóficos los diálogos que sostienen las parteras avecillas: pero yo prefiero la charla de las mugeres y de los pájaros, sin entenderles una palabra, á la variada conversacion que nos enseñan las tales guías en veinte ó mas idiomas cultos, sean antiguos ó modernos.

¿Quién, por otra parte, no se conmueve á la vista de esa joven delicada que en un mar de seducciones se encuentra espuesta á un naufragio, menos por la violencia de una pasión que por la debilidad de

la miseria? Ella puede salir del estanquillo en landó para habitar una casa magnífica, y envanecerse con el nombre de esposa que reciba de un hacendado; pero también si tiene un fruto de amores furtivos, sus irritados protectores la declaran en bancarrota. No le faltan otros peligros que puedan arrastrarla á una segura ruina, pues si se le antoja vender cigarros suyos mezclados con los del estanco; si fia billetes á personas informales en su pago; si recibe moneda falsa en vez de procurar darla en lo vuelto á los marchantes; si se descuida, en fin, con el cajón de las monedas; en todos estos casos y en otros muchos, el estanquillo será su roca tarpeya, será su Waterló: tal vez como las vestales que dejaban apagar el fuego sagrado, se verá en la cárcel enterrada viva.

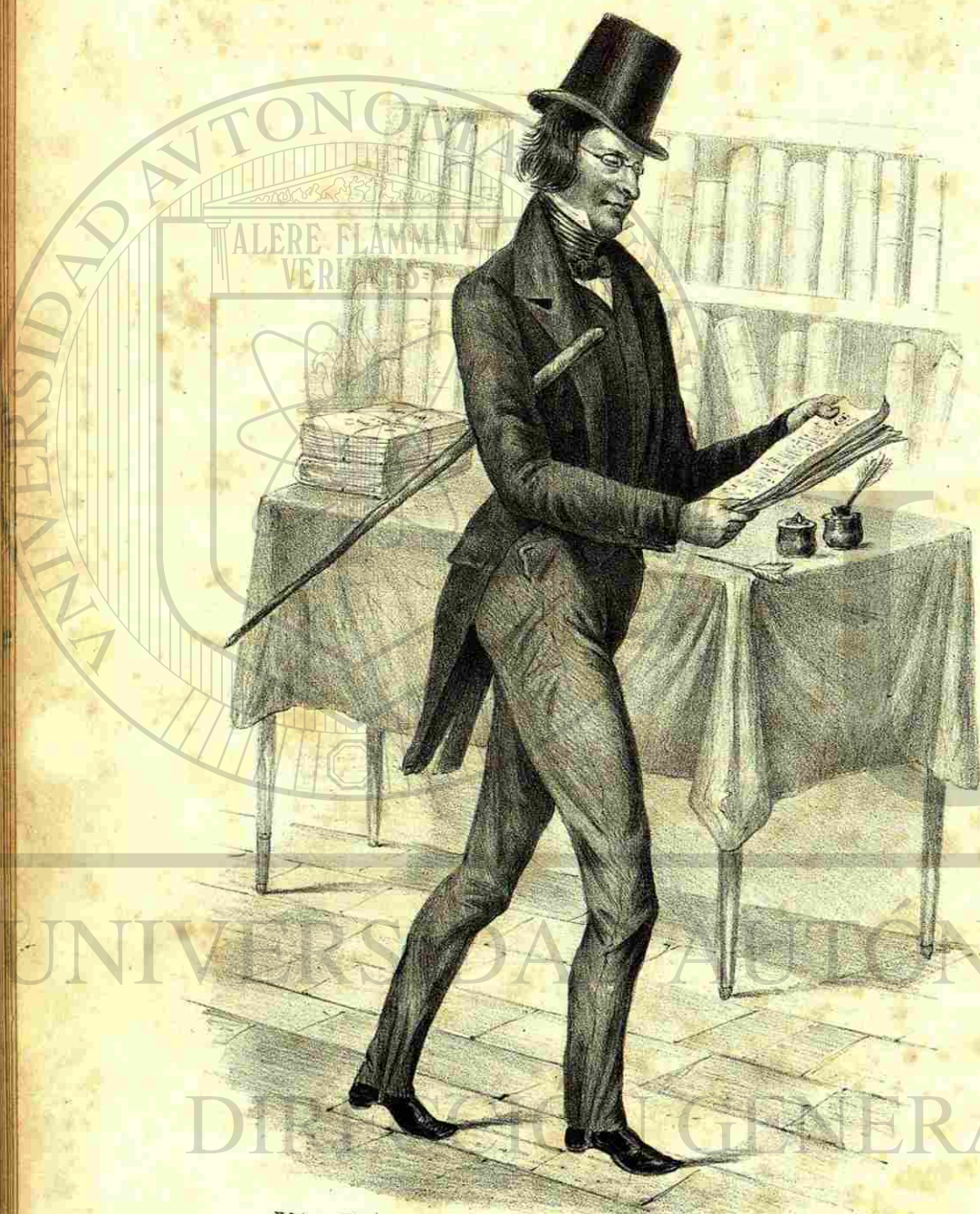
Mientras estas reflexiones me ocupaban, y las trazaba taquigráficamente en mi cartera, el buen litógrafo sobre la hoja de un Album, formaba un bosquejo de la heroína; ella vió satisfecha, como el lápiz reproducía sus puros contornos y sus brillantes miradas: al volver la vista á sus piés, recogió como el pavo su plumage con disimulado despecho, pero se regocijó notando que el dibujo conservaba la pequeñez y hermosura de aquellas partes de su cuerpo, y no se empeñaba en indicar la suciedad del vestido. Las botas, esas malditas botas, comenzaron á mostrarse sobre el papel, y ella alarmada nos refirió de nuevo que eran una santa reliquia de su adorado padre.

Amargo llanto embargó la dulce voz de la amable estanquillera; yo admiraba mudo y sosegado tanta virtud y tanta desventura; el litógrafo, como amigo íntimo, se acercó á la joven afligida, le estrechó las blancas manos, le enjugó las ardientes lágrimas, y... no pudiendo yo imitarlo, juzgué que mi presencia era un estorbo. Adios! le dije á la niña, adios! modelo de inocencia, prodigio de hermosura; el cielo es justo y no dudo que premiará algún día esa vida meritoria, despues que por un milagro descubre....—Aquí llegaba yo cuando palideció la joven como si viera á un aparecido, notando la entrada en el estanquillo de un asistente de carne y hueso, que dijo con calma: Niña, vengo por las botas de mi teniente. Yo apunté: *Su papá era un teniente.*

México, Mayo de 1855.

DIRECCIÓN GENERAL

DE BIBLIOTECAS



EL ESCRIBIENTE.



EL ESCRIBIENTE.

La escena pasa en un gabinete lujosamente amueblado; en el fondo un escritorio y algunos naipes.

D. FORTUNATO BARAJAS Y D. SEVERO CORREA, ENTRANDO.

- D. FORT. AL separarme vd. de mis amigos suplicándome que le diera una audiencia particular, adiviné inmediatamente la profesion de vd. y sus pretenciones.... Yo sé quien es vd. y á lo que viene, ¿no admira vd. mi perspicacia?
- D. SEV. Me sospecho, señor mio, que es vd. víctima de alguna equivocacion; pues el objeto de mi visita no lo puede conocer vd., supuesto que á ninguna persona se lo he confiado; y en cuanto á mi profesion.... no tengo ninguna.
- D. FORT. ¿No es vd. escribiente?
- D. SEV. Sírvase vd. decirme en qué puedo parecerme á esa clase de ciudadanos.

- D. FORT. No es innoble para que vd. se avergüence de ella.
- D. SEV. Es tan respetable como cualquiera otra de las que hay en la sociedad; pero con escepcion de algunos dependientes del gobierno, los escribientes no tienen uniforme, ni ninguna otra especie de distintivo; y en cuanto á mi persona, mi traje es el comun entre lo que se llama gente decente, y si me interiorizo mas en mí mismo, encuentro que aunque soy tuerto y cojo, estos defectos y otras cicatrices mas bien revelan á un hombre de espada que á uno de cortaplumas.
- D. FORT. Revelan al inválido que busca en su habilidad la subsistencia que en vano solicita de nuestro exhausto erario: por otra parte, vd. es, y no me engaño, la misma persona que me ha recomendado mi amigo D. Tadeo, como anciano de malísimo carácter y de algunas extravagancias, pero admirable en el manejo de la pluma, y de una fidelidad á toda prueba. Dejemos por lo mismo cuestiones ociosas y atienda vd. á mi confesion, pues para hacérsela lo he solicitado; cuento con su discrecion al hacer uso de su talento.
- D. SEV. Esas confidencias con que vd. me honra deben ser muy curiosas, y me felicito, para obtenerlas, de poder sin dificultad ser su escribiente.
- D. FORT. ¡Ya lo vé vd. señor amanuense, como no me engañaba! ¡conque le parece á vd. interesante mi historia? Algo habrá vd. oido decir de mis calaveradas; yo tambien, como todo el mundo sabe, fuí escribiente.
- D. SEV. Le ha sido á vd. muy productiva la profesión; vive vd. con lujo.
- D. FORT. Mi fortuna y mis mañas son las que me han favorecido. Amigo mio, yo cuento lo que pocos troneras; debo mi fortuna á una calaverada.... y.... tal vez á otra calaverada deberé un rápido y envidiable engrandecimiento.
- D. SEV. Mucho se dice de vd., acaso desfigurado por las eesageraciones del vulgo.
- D. FORT. Dos palabras van á imponer á vd. de la realidad. Hace diez años era yo escribiente de un coronel encargado de la comandancia de Mazatlan; este tenia un *palmito* muy regular, con quien pronto debia casarse; yo se lo seduje, y mi rival me puso en la cárcel, pero en una revolucion le dí dos balazos al coronel, me apoderé de la dómina, y lo que es mas, de veinte mil pesos en oro. Despues he sabido que mi víctima murió, así como una hija de tierna edad que yo deseaba recojer por complacer á la madre que todavía se conserva á mi lado. Luego que me cercioré de que nada debia temer de mi víctima, me establecí en esta capital, donde el

- juego me ha visto con ojos propicios. Esto en cuanto á lo pasado; por lo que toca á lo presente, debe vd. saber que tengo por vecina á una jóven de esquisita hermosura, la cual es presunta heredera de una tia escandalosamente rica. Yo aspiro á la mano de la sobrina y la anciana favorece mis pretenciones, porque le he confiado que soy célibe y he sabido conquistarme su cariño, logrando pasar por literato á sus miradas, y aplaudiendo frenéticamente sus insoportables bacherías. El padre de mi pretensa, que se encontraba en Europa, viene á encargarse del gobierno de este Departamento, y temo que sea un obstáculo á mis pretensiones; por lo mismo estoy apresurando un arreglo matrimonial que sirva de escudo á las antipatías de mi futuro suegro. Pero los grandes proyectos dependen con frecuencia de ridículas pequeñeces: yo estoy comprometido con la tia á publicar un artículo sobre el *Escribiente* en LOS MEXICANOS PINTADOS POR ELLOS MISMOS, y estoy seguro de que mi boda fracasará si no cumplo mi palabra. He aquí por que he solicitado un amanuense, veterano en la profesion, para que me desempeñe, no solamente con su pluma, sino con los preciosos conocimientos que una dilatada esperiencia debe haberle proporcionado en su laboriosa carrera. Ya sé, gracias á mi amigo, que vd. es el hombre que yo busco; y vd. debe contar con un digno premio de mi generosidad, como yo cuento con un artículo correspondiente á la reputacion que vd. ha sabido formarse entre pocos, pero competentes jueces en la materia. Conque así, manos á la obra.
- D. SEV. En realidad vd. me ha solicitado como *escritor* y no como *escribiente*.
- D. FORT. Quién lo duda?
- D. SEV. En este supuesto no estrañará vd. mi suceptibilidad al irritarme porque vd. me ha llamado *escribiente*, cuando me presento aquí con el alto carácter de *escritor*....
- D. FORT. Perdone vd. mi atolondramiento....! Como quiero que el artículo pase por mio.... yo mismo miraba á vd. como á mi escribiente; pero vamos, tome vd. esta onza como un desagravio, y esta otra como una inspiracion.... como una inspiracion nada mas, y no como una recompensa.... ya vd. me entiende. No perdamos tiempo.
- D. SEV. Pero tambien vd. ha sido escribiente, segun me ha dicho, y yo entiendo que sacaria un gran partido de la esperiencia de vd. agregando sus observaciones á las que puede suministrarme la mia.

D. FORT. Tiene vd. razon; y pues al fin simpatizamos, y parece que nos entendemos perfectamente, quiero confiarle á vd. un ensayo que he comenzado para probar mis fuerzas: si le encuentra vd. algun mérito, oprovéchelo.

D. SEV. Véamos, véamos.

D. FORT. Helo aquí; escuche vd. con indulgencia:

EL ESCRIBIENTE.—Este animal debe considerarse desde tres puntos de vista. En su oficina, en su vida privada y en las brillantes y variadas metamorfosis que en nuestra patria privilegiada presenta su abundante especie.

El *Escribiente* detrás de su escritorio, es un calígrafo y aritmético que á proporcion que mas trabaja, cosecha mas ruines honorarios: inseguro en su posicion y obligado á vestir con decencia, pasa en un mismo dia con una calma envidiable, del bufete de un abogado al mostrador de un tendero, de una oficina pública al humilde banquillo de un evangelista. Pero en cambio no necesita otra herramienta que un cortaplumas; y esta ventaja no es despreciable en el siglo presente, cuando para ejercer cualquiera profesion se requiere un enorme capital; de tal suerte que aun los mendigos ya necesitan en muchas partes, por lo menos un instrumento de música para mover la caridad de los cristianos. El *Escribiente* tiene el privilegio, como calígrafo, de no saber nunca ortografía, y de ocuparse, como aritmético, en buscar la cuadratura del círculo, cuando en sus horas de ocio aplica sus conocimientos á investigaciones trascendentales. El *Escribiente*, despues de algunos años de práctica, es una enciclopedia: aprende con los curiales á ser tinterillo; con los químicos á usar el ácido oxálico para borrar lo escrito; con los poetas, á formar acrósticos y baladas; con los negociantes, las especulaciones y la gerigonza de la usura; con los periodistas la verbosidad; con los predicadores la pedanteria; y en ninguna parte la lógica, y mucho menos el buen gusto.

El *Escribiente* no debe casarse nunca, so pena de degenerar. ¿Cómo podria con sus mesquinos recursos asegurar la subsistencia de una familia? Por lo mismo, el *Escribiente* concienzudo cuando por su desgracia es casado, si se propone ser fiel á su bandera, tarde ó temprano tiene que apelar al divorcio, ó buscar por lo menos un socio capitalista. Pero estos pormenores pertenecen al tipo de los buenos maridos; ocupémonos nosotros del *escribiente* soltero. Este pajarraco vive donde puede, y regularmente en las grandes casas de vecindad, en esos grandes almacenes de nuestras loretas y grisetas; en esos refugios de pecadores; en esos panoramas de las debilidades y miserias humanas; en esos conservatorios de nuestras antiguas costumbres; por último, en esas colonias de aventureros, que hablando diversas lenguas, y teniendo tal vez encontradas pretensiones, reconocen, sin em-

bargo, la suprema autoridad de una vieja casera. El *Escribiente* en una casa de vecindad disfruta como un sibarita y á poca costa, de toda clase de placeres; se introduce como puede, y siempre sin dificultad, en una *vivienda*: en una sola noche de tertulia se hace de confianza. Cuatro patos, un bote de sardinas, seis botellas de cerveza, un queso y un número indefinido de cuartillos de pulque, le bastan para improvisar un banquete. Dispuestos los manteles, si los hay, manda diversas diputaciones para convidar á las vecinas de formas protuberantes y de rostro alegre, y trasformado en sultan de un bonito serrallo, escoje á la medida de su deseo, y por supuesto entre las mas hermosas, una favorita; desde ese momento espresa su amorosa pasion mas bien con hechos que con palabras. ¿Quién puede resistir al prestigio que lo rodea? Es un pródigo! cada ocho dias por lo menos promueve semejantes diversiones: es de mucho talento; ¡hace versos! es muy amable; y si no díganlo sus convites donde todo el mundo se embriaga bebiendo en la misma copa, y es ley de la mesa que cada convidado haga lo que se le antoje. . . .! Fascinada por tantas seducciones la feliz escojida, sea cual fuere su virtud y sus pretensiones, acaba, si no es estéril, por dar un sucesor al *escribiente*, el cual con anticipación se ha proporcionado otra sultana favorita. El *Escribiente* concurre á los cafés, pero casi siempre por amor al café, y no por leer periódicos, ni por jugar al dominó, ni por hablar de política, si no es que ya se encuentre en el invierno de la vida.

La madre naturaleza ha querido que el leon, el águila, el hombre, el caballo, en fin, los animales mas nobles, no disfruten de otro progreso, que aquel tan rápido que se verifica al pasar de la niñez á la juventud, y de la juventud á la edad madura; pero en cambio ha reservado las brillantes trasformaciones para los insectos. En México es un defecto, es un crimen estudiar, y con razon, pues basta saber leer y escribir para alcanzar sin otros títulos los altos puestos; y con este motivo observaremos que aunque todos los *escribientes* son unos, hay sin embargo algunas colocaciones que facilitan admirablemente los mas codiciados ascensos.

—En los artículos de costumbres sienta bien la erudicion; yo quiero parecer instruido como cualesquiera hijo de vecino. Ignoro la historia de los *escribientes*, pero me dicen que en su origen se confunde con la de los *escribanos*. Siendo esto así, vea vd. en donde acomoda las siguientes noticias, que no dejan de ser curiosas.

En Roma se llamaban *escribas*, porque *escribian*; *logógrafos* por que *escribian*; *notarios*, porque *escribian*; *tabeliones*, porque *escri-*

bien; y actuarios y cartularios, todo porque escribían. Resulta de esto que sea cual fuere su nombre, el escribiente ha nacido para escribir; y así dijo bien el que lo llamó oficial de pluma: sin duda para no equivocarle con el hombre de Platon que era un animal en dos pies y sin plumas. Obsérvese que los escribientes se sirven del bastón como de un tercer pie, pues en ellos es ley muy respetada no dar paso sin apoyarlo en el suelo; y esta regla solamente tiene una excepción, á saber: cuando el escribiente llega al escritorio distraído con la lectura de un papel, y con el bastón bajo del brazo, es porque la fortuna le ha sonreído, y se presenta á despedirse de su patron y á anunciarle su brillante metamorfosis. Entonces deja de llamarse escriba, argentario, tabulario, notario, amanuense, y solo por recuerdo de su profesion, se lleva el cortaplumas de la persona que lo ocupa. Un escribiente que mejora su situacion, comienza á mostrar su lujo por los anteojos.

¿Qué le parece á vd. mi articulejo?

D. SEV. ¡Admirable! y por epílogo quiero ponerle una observacion que se ha escapado al ingenio prodigioso, y á la profunda experiencia de vd. ¿No recuerda vd. haber visto alguna vez que una persona acaba por ser *Escribiente* de su *Escribiente*? Esta es una rareza digna de ser notada en el capítulo de las trasformaciones del insecto que describimos.

D. FORT. Tiene vd. razon; y con este motivo recuerdo, entre otros muchos ejemplos, que si mi coronel viviera, tal vez tendria la necesidad de ser mi amanuense para asegurar su subsistencia.

D. SEV. ¡Es sorprendente el acierto que vd. tiene en sus conjeturas! En efecto, su famoso coronel de vd. vive y es su escribiente; y á esto cabalmente aludia yo en mis últimas palabras.

D. FORT. ¿Será posible? ¡vd. se burla! ¡Acaso es vd. mi coronel! ¿Es vd. una realidad ó una aparicion...?

D. SEV. Poco importa que yo sea una alma en pena ó un hombre viviente; pero el caso es que yo soy el mismo coronel D. Severo Correa, que hizo vd. tuerto y cojo con dos traidores balazos; que dejó vd. sin novia y sin dinero, y que ahora se le presenta sediento de venganza!

D. FORT. Tenga vd. piedad mí...! sea vd. generoso! Si es vd. alma en pena, estoy dispuesto á firmarle un pagaré, valor de mil misas y otros tantos responsos, y si conserva vd. todavía la misera existencia llévase vd. á su antigua novia, Dolores de la Villa, y recobre vd. su dinero.

D. SEV. Quiero arruinarle y reducirle de nuevo á la humilde esfera de escribiente.

D. FORT. ¡Arruinarme vd....! pero no impida mi enlace con la hermosa Julia mi vecina, ni me descubra vd. con la opulenta y caprichosa tia....!

D. SEV. Julia no será tuya, y mucho será que la tia te reciba de escribiente.

D. FORT. Me conformo con que me deje vd. ese recurso, pues no seré el primer escribiente que se case con su patrona.

D. SEV. Hola! abrigas esas reprobadas intenciones? La cárcel será tu paradero.

D. FORT. Basta de un indigno sufrimiento! yo no creo en las almas en pena, y si es vd. hombre como yo ¿cuál es su poder para amenazarme con mi ruina? Miserable escribiente! ¿podrá vd. medirse con un capitalista? Salga vd. sin demora de mi casa.

D. SEV. Infortunado Fortunato, asómate á esta ventana: ¿qué miras? ¡Callas sorprendido y aterrado! Esas sombras no son las figuritas caprichosas que dibujabas sobre mi escritorio; esos que contemplas amarrados no son albures, sino los mismos jugadores! ¿Reconoces tu caja? con ella me he apoderado de todas tus riquezas? Dolores de la Villa se presenta; con su traje de baile se mira conducida á una prision.

D. FORT. ¡Estoy perdido! reconozco los agentes de la policia.... pero Julia me adora y su tia me admira. Miserable denunciante, tú has podido perseguirme como jugador, pero seré invulnerable como novio.

D. SEV. El padre de tu pretensa te detesta.

D. FORT. Mientes! ¿Conoces su firma? mira esta carta á su hermana, aprobando mi matrimonio.

D. SEV. Has acabado como muchos escribientes, por falsificador de firmas; pero.... terminemos la farza. Yo soy el coronel tu enemigo, que escapé milagrosamente de la muerte; yo he cambiado de nombre por lograr sorprenderte algun dia como lo he conseguido, y he residido muchos años en Europa; yo soy el padre de Julia, y soy el gobernador de este departamento.

D. FORT. Perdonará vd., no lo dudo, á la madre de su hija y por consecuencia á su cómplice, y respetando los votos de un tierno amor, me recibirá vd. en su familia.

D. SEV. Tú deliras. Reservo á Julia para esposo mas digno, y en cuanto á vdes. los criminales, esperen mi indulgencia si santifican con la union sacerdotal sus reprobadas relaciones.

D. FORT. Pero atienda vd., señor, que para legitimar á su hija....

D. SEV. No pido consejos. ¿Te casas con Dolores?

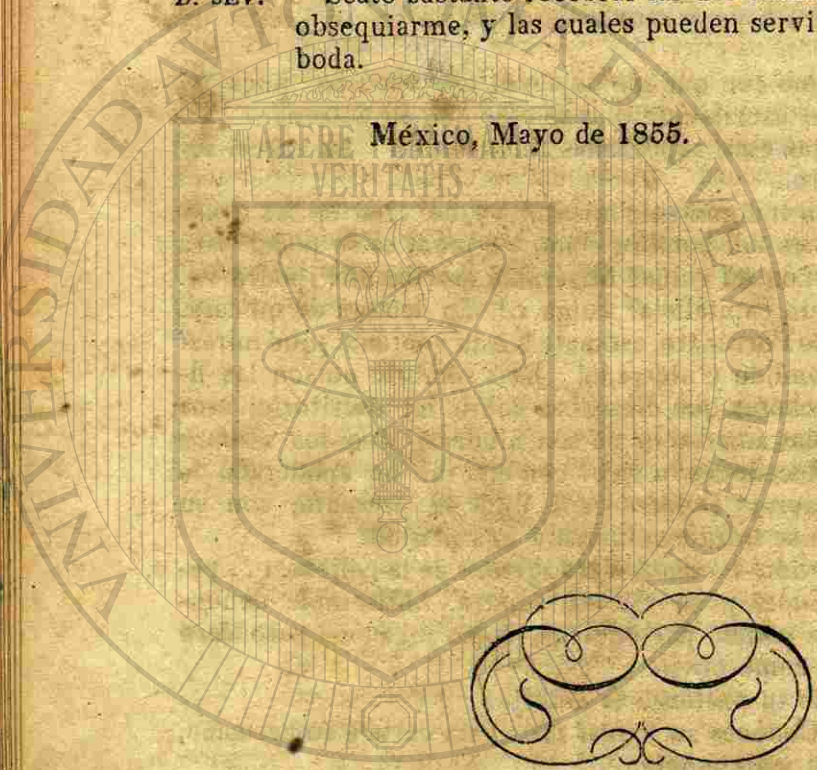
D. FORT. Me caso. . . . pero qué suerte me espera?

D. SEV. Tú lo has dicho; la de un escribiente degenerado que no puede establecer su serrailo en las casas de vecindad.

D. FORT. Confieme vd. por lo menos su caja.

D. SEV. Seate bastante recobrar las dos onzas con que acabas de obsequiarme, y las cuales pueden servirte para los gastos de boda.

México, Mayo de 1855.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



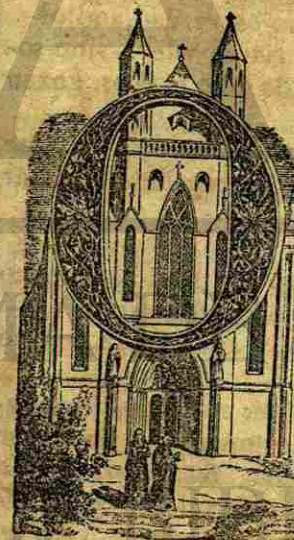
H. Iriarte dibujó.

Lito. de M. Murguía y C^{ta}

EL RANCHERO



EL RANCHERO.



YGA, amo: qué vá á hacer la buena persona de su mercé con esa estampa?

—No conoce vd., D. Alonso, al personage que representa?

—¿Personage....?

—Quiero decir, no sabe vd. á quién se le parece? A ver: véala vd. bien.

—Ya, ya caygo! Válgame *San Cuilmas*...!

Si ese cristiano estuviera un algo menos trasijao, dende luego deciba yo que era el mismito de mi compadre D. *Chuno*.

—Cabalmente él es.

—Mi usté nomas....! Dianche! si está edéntico! ¿Pero cómo es que lo han dibujao ya en estampa? ¿Hace milagros?

—No ciertamente.

—¿Pos antónce....?

—Vd. es el que va á hacer un milagro.

—¡Yo!!

—Usted.

—Con la vénia de su mercé, señor amo; me retiro.

—Aguarde vd. hombre.

—Amito, su mercé quiere divertirse conmigo.

—No, hombre; siéntese vd. y escúcheme.

—Hacer yo un milagro.... ¡Vaya en gracia é Dios! Eso juera lo mismo, con enmienda de vd., que si la bestia que monto me deserrajara esa labia y esa verba que tiene su mercé.

—Don Alonso, ¿no me negará vd. un favor?

—Mande usté á su criado: yo estoy para servir á lo bueno.

—Voy á escribir el tipo del *Ranchero*, personaje á quien no conozco, bien que tal circunstancia no es necesaria para escribir en estos tiempos. Sin embargo, tengo alguna conciencia y necesito saber algo sobre los usos y costumbres de la gente del campo. Vámonos, D. Alonso: dígame vd. como se pasa la vida allá en su tierra.

—¡Acabara su mercé de reventar! Hasta las últimas palabras no cai en la cuenta de lo que su mercé quiere hacer conmigo. Pues! usté solicita darles á los de la suida el gusto de que se rian del *payo*, del *lechero*, del *boca é palo*, como vdes. nos llaman, no es verdad amito?

—No es verdad, D. Alonso; no quiero que se ria de vdes. sino solamente que se conozca la vida pacífica y tranquila de que vdes. gozan en el campo.

—Ah! pos antonces no tiene usté mas que dar un brinco y pasarse unos dias por *allá an casa*, onde será su mercé bien recebido á pesar de nuestra probeza.

—Gracias, D. Alonso.

—Haga usté un lado las gracias! Yo mandaré con mi hijo Pancho la mejor de mis bestias, y él le enseñará á su mercé el camino.

—Confieso, D. Alonso, que la idea me agrada, y si no fuera por no molestar á vd. ni á su hijo....

—Nada de molestias. En un avío dos mandados: el muchacho quiere ponerse en gracia é Dios con la hija de mi compadre, y tiene que venir á la suida á merca sus trapitos pa la novia. Se va su mercé con él, y cate usté hay que le toca ver el casorio de mi hijo y las diversiones, que he propalado para ese mismo dia. Conque.... ¿ya no tenemos que hablar?

—Hombre, mis ocupaciones....

—Les dá su mercé de mano.

—Y luego está tan lejos....

—Bah! eso es nada: la miseria de veinte léguas!

—Y á demas, el camino parece que está un poco malo.

—Eso es cuenta del andante.

—Mire vd., D. Alonso, mejor seria....

—Nada, amito: lo dicho dicho y ya no hay que hablar.

—Hombre, iba á decir á vd....

—Que cuento con su buena persona, ¿no es verdad?

—Es imposible!

—Antonces me hará usté un desaigre.

—No por cierto; pero....

—Ya! como semos probes!

—Escúcheme vd.

—Y se desdena su mercé de tratar con los riústicos.

—D. Alonso!

—Si tan siquiera juéramos señores recortados, y pudientes, y con muncha verba, y....

—Basta, D. Alonso: cuente usted conmigo.

—¡Alabao sea Dios! Al cabo y al fin cada uno dá de lo güeno que tiene, y nunca puede su mercé negar quen es. Eh! no hablemos mas: la semana que entra aquí se topará usté con mi hijo y la bestia, Dios mediante. Agora con la venia de su mercé, amito, hasta la otra vista.

—Adios, D. Alonso.....

Y adios tambien, lector, porque dentro de media hora voy á ponerme en camino. El hijo de D. Alonso llegó ayer, y ha pasado la noche en el patio, echado sobre los sudaderos del caballo, pues fuéme imposible hacerle acostar bajo de techo y encima de un colchon. Hace diez minutos que el oficioso jóven vino á arrancarme de mi sueño, porque dizque la *guia* ha saltado ya, y muy pronto deberá salir el *lucero*, momento convenido para nuestra marcha.

No sé la hora que es. Olvidé dar cuerda á mi relox; pero segun las ganas que tengo de dormir creo que la condenada *guia*, que ha comenzado á ser mi mala estrella, ha surgido en el horizonte antes de tiempo.

—Señor amo?

—¡No lo digo!—¿Qué hay, Pancho?

—Nos coje el dia, señor.

—Hombre, me parece que aun es muy temprano.

—Ojalá, señor; pero dende que aque el gallo ha cantado ya por tres ocasiones.

—¡Demonio de muchacho! ¡qué orejas tiene...! Yo no tengo gallo, ni creo que lo haya en las vecindades.

—¡Nos vamos, amito?

—Sí, hombre; aquí voy ya.

—Monte su mercé.

—Espera un poco: estoy helado.

—De verdá que se pone uno gafo con el frío! A ver, lo subiré yo.

—Diablo! qué vas á hacer...? Aguarda.

—¡Hu...pa!

—¡Huy! que me descuadernas!

—¡Jesus! si parece su mercé un zurrón!

—Gracias por la lisonja! Pero silencio: suenan horas, dejame oír. Han dado los cuartos, contemos....—Una.... una.... ¡Cómo! la una de la mañana...? Ya lo ves, Pancho?

—Muncho que mejor, señor amo: ansina caminaremos con la fresca.

¡Fresco había quedado yo! El gahnápiro Pancho se acostó desde las siete de la noche, mientras que yo estuve en vela hasta las once y media. El había roncado cinco horas, en tanto que yo apenas podía contar la quinta parte. Pero ya no hay remedio. El zaguan se halla abierto, y yo estoy en camino para el rancho de.... En este momento *no quiero acordarme ni del nombre*.

Pancho, arrebujaado en su manga azul, y calado el sombrero hasta las cejas, me tomó la delantera sin decirme una palabra para que le siguiese. Yo marché tras él, ó mejor dicho, mi caballo fué el que le siguió, y entonces conocí que el hijo de D. Alonso tenía mas confianza en la inteligencia del animal, que en la razon de un bipedo como yo, cuyos estremecimientos revelaban lo que el frío me hacia padecer. Dos horas pasamos sin hablarnos una sola palabra. Caminabamos por un terreno poblado de *mezquites, huizaches y nopales*, y mientras Pancho silbaba multitud de sonos que me eran desconocidos, yo dormitaba sobre el caballo, y mas de una vez estuve á punto de ir á despertar sobre la fresca yerba ó los punzadores cardos. Esto me hubiera sucedido al fin; mas por fortuna mi guia me despertaba de cuando en cuando y de un modo bastante original. A veces el brazo de algun árbol se interponia en la estrecha senda que proseguíamos, y entonces el buen Pancho, lejos de evitar aquel tropieso, seguia impertérrito la línea recta, doblegando con su cuerpo las flexibles ramas, que momentos despues descargaban su furia sobre mí, al tomar su primera posicion. En una de esas el golpe fué tan soberbio que estuve á punto de apearne del caballo contra mi voluntad, y por la parte mas innoble del inteligente bruto. El instinto me hizo buscar un apoyo en la cabeza de la silla, y mi sombrero fué el único que cayó á tierra. Entonces rompí el silencio:

—Pancho, mi sombrero.

—¿Dónde está, señor amo?

—¡Que sé yo! me lo has echado al suelo, y no descubro donde se halla.

—Dispénsame usted, señor: creiba que su mercé venia mas atrás y que no le llegarían las ramas. ¡Soy un animal! y dice bien el señor mi padre cuando dice que yo debía comer rastrojo....

—Todo está muy bien, hombre; pero busca mi sombrero: mira que me voy á constipar.

—¡No lo quiera Dios! El *romadiso* es un accidente.... Ya ví el sombrero de su mercé. ¡Huy!

Pancho se dejó ir por un lado del caballo, y casi le ví tocar la tierra con la cabeza. Por un momento pensé que iba á estrellarse el cráneo contra el suelo; pero rápido y airoso volvió á enderezarse sobre su cabalgadura, poniendo en mis manos el sombrero prófugo.

—Tome su mercé, señor amo, y no se duerma porque vamos á entrar en lo mas espeso del monte.

—¿Qué he de dormir! Ya he oído que has venido *chiflando* la mayor parte del camino.

—¿Y lo he incomodao á su mercé?

—No, Pancho; al contrario: el último sonecito que chiflabas me ha gustado sobre manera. ¿Cómo se llama?

—No sé de cuál dirá su buena persona.

—El último, hombre; el que interrumpiste cuando se cayó el sombrero.

—El último.... Ah! ya caygo: ¿y qué le ha cuadrao á su mercé?

—Mucho. ¿Cómo se llama?

—La *Media perra*, señor.

—¡Vaya un nombre original!

—Es una cancion que nos cuadra mucho á los payos.

—¿Conque es una cancion? ¡Buenísimo! Ahora mismo vas á hacerme el favor de cantarla.

—¡A qué su mercé! Si yo no entiendo de canto, amito.

—Cómo que no!

—Esta es la verdá por vida é Dios. Nosotros cantamos allá entre los breñales.

—Bien, ahora no estamos en ningun salon.

—Pero está su buena persona delante y....

—Vamos; déjate de cuentos. Canta.

—Pero, señor amito....

—Deja los peros y has lo que te digo.

—Pos solo porque no diga usted, señor amo, que soy un desatento voy á darle gusto á su mercé.—Ay! estoy atorsonao!

Mi guia despues de despejar su laringe por medio de una tos, lo

mismo que lo hacen las *prima donnas* de estrado, hizo vibrar en el silencio de la noche una voz sonora, robusta y un poco desafinada, pero llena de melancolía y con cierto aire de afectación que jamás abandona el ranchero cuando canta. La gente del campo detesta el *basso profundo*, y Marini, Spechi ó Rocco, no serían dignos de acompañarle un responso al vicario del pueblo donde oye misa nuestro tipo. La delicia del ranchero es el *soprano*, y dá gusto el ver como un hombre de siete piés de altura, robusto como un buey, y de estentórea voz, se afana y atormenta por sacar de su garganta las notas del tenor ó los puntos mas altos del barítono.

Pero volvamos á Pancho que prosigue cantando la *Media perra*. Esta canción en los Rancheros del *Bajío*, hace el mismo efecto que el *Oh vell alma inamoratta* en los *dilletanti* de la culta México. La *Media perra* es un aire sencillo, ligero, casi un *recitativo*; pero lleno de tristeza y de cierta espresion melancólica, mezclada de ayes y suspiros mas ó menos prolongados, segun el gusto y las facultades del cantor. Pero lo que hay en ella de extraño, lo que sorprende al oírla por la primera vez, y que nadie puede explicarse, es, cómo su autor pudo darle un nombre tan eminentemente prosaico, y una letra que tan mal dice con los sentimientos que la canción inspira. En efecto; parece que el compositor se propuso mezclar lo ridículo y lo sublime, lo clásico y lo romántico, lo temporal y lo eterno. Una prueba de esto es el primer verso que acaba de cantar Pancho. Helo aquí:

Y á naide le ha sucedido
Lo que á mí me sucedió;
Que estando mi tia de parto
Querian que pariera yo...!!

¿Has oído en tu vida, lector, heregía masculina de mayor calibre? Pues sin embargo, Pancho la dijo con la mayor frescura del mundo, y casi sin tener conciencia de lo que decía. Yo no pude contener la risa al escuchar los apuros del sobrino, el cual prosiguió cantando el estribillo, en cuyo final ostenta el ranchero toda la fuerza de sentimiento, de pasión y de ternura que puede salir de una boca enorme, flanqueada por dos patillas negras, ásperas y erizadas como las almas de algunos acreedores.

En estas y las otras apareció el día, cuando apenas habíamos andado la mitad del camino. El resto de la jornada la pasamos Pancho cantando y yo aburriéndome, hasta que al fin llegamos al rancho de D. Alonso, donde fuí recibido inmediatamente por media docena de perros corpulentos, que manifestaban deseos de acariciarme las pan-torrillas. En seguida se presentó D. Alonso, con sombrero en mano, saludándome sin formar curvas con la espina dorsal, pero con el co-

razon recto, segun inferí por la sonrisa ingenua que animaba su semblante. La esposa y las hijas salieron corriendo de un gran jacal para ocultarse en otro, como si hubieran de alguna aparición terrible. Los hijos varones, en las cercas de piedra que circúan el rancho, me miraban llenos de admiración, y con la misma que examinarían á un animal raro, traído del Asia ó de la Australia. Los perros, á una respetuosa distancia que poco á poco iban disminuyendo, seguían saludándome con sus ladridos impertinentes. Yo no estaba en mi elemento. Don Alonso hubo sin duda de conocerlo, y gritó á sus hijos:

— ¡Muchachos, esos perros!

— No les incomode vd., D. Alonso.

— ¡Qué! no señor amo: así aprenden á malcriados. Perdónelos usted; son unos brutos juera é la crisma. Pero vamos, amito: pase usted á descansar y á tomar un bocao de rancheros.

Entramos al jacal. La esposa de D. Alonso me saludó entredientes; las hijas se pusieron coloradas, y partieron en seguida á disponer la mesa. Quince minutos despues me hallaba sentado á ella, en compañía de D. Alonso y su muger. El resto de la familia huyó á la cocina sin que pudiéramos lograr que nos acompañasen. La comida se componía de una gallina en mole, novedad culinaria á que habia dado origen mi persona; un cabrito asado, una cazuela de chile verde con queso, una olla de sabrosísimo *jocoque*, queso y mantequilla en abundancia, varios requesones, frijoles bien sazonados, tortillas blancas, delgadas y humeantes, y una palangana cubierta con las pencas de un panal de abejas, en cuyas celdillas brillaba una miel tornasolada. El servicio de mesa era humilde, pero limpiísimo, lo cual unido á las viandas apetitosas, al buen sazon y á la cordial franqueza, me hicieron saborear las primeras delicias de la vida campesina. Lo molesto del camino habia desaparecido, y una hora despues de mi llegada la muger de D. Alonso se habia quedado sin comer; este lo habia hecho por tres, y yo me consideraba digno competidor de los emperadores Vitelio y Eliogábalo.

En la tarde, cuando el sol *habia caído*, recorrí con D. Alonso los alrededores de su rancho, que me parecieron bastante pintorescos, y ví llegar sucesivamente los diversos ganados que formaban parte de la riqueza del honrado campesino. En seguida llegó la noche; volvimos á la casa, cenamos, se me dispuso mi cama, elevada cuatro piés sobre el nivel del suelo; D. Alonso y su familia me dieron las buenas noches, marcharon á dormir, y con grande admiración mia sentí gana irresistible de entregarme al sueño. En efecto: á las ocho de la noche *yo estaba en la otra vida*.... ¡Yo, lector, que siempre me he desvelado hasta las doce, y que mil veces aun á esas horas he tenido que servirme de las poesías de cierto vate, como de un narcótico, para conseguir el sueño!

seguidores. Entonces todo el mundo echó mano á la manga y al zapa-
pe para capotear al enemigo, y D. Alonso comenzó á dirigir la escena.

—Epa! háganse á un lao. Dejen solo al muchacho.—Andale, Pan-
cho, júrtale la vuelta, no seas penco.—Bien! Vamos á ver otra....
¡Bien hayga quien te parió!—Otra; pero cuidao! ese animal parece que
ha olido la masa....—Capiátelo, hombre....—Mí! mí!....A qué jijo
é la yegua tan pasguatel

El atrevido Pancho, á quien se dirigian semejantes admoniciones,
acababa de recibir en el pecho un golpe terrible que le hizo venir á
tierra, girando en seguida bajo los cuernos agudos del animal, que
procuraba herirlo.

D. Alonso brincó de la cerca, echó á correr hácia el sitio del com-
bate y arrebató la manga de Pancho, diciéndole á éste al mismo
tiempo:

—Largo á la cocina, cocolero! A ver si este animal me güele los
cominos.—Entra, negro!

El toro, cuya ferocidad se habia escitado hasta lo sumo, arreme-
tió contra D. Alonso con mas furia y ligereza, conociendo sin duda
que iba á habérselas con un adversario mas terrible que el primero.
Entonces comenzó una lucha bastante original por el contraste que
formaba la ligereza de la fiera con los movimientos pesados y emba-
razosos del lidiador. D. Alonso, merced á las incómodas botas de
campana, á los recios zapatonos de venado con dos zuelas, y á la es-
torbosa calzonera sobrecargada con mil adornos de plata, llevaba en
cada pierna un peso de diez libras. Y sin embargo, el lidiador juga-
ba con la fiera, y á pesar de las calzoneras que ligaban las pier-
nas de nuestro hombre, y de las enormes botas que dejaban una hue-
lla monstruosa en el estiércol, era digna de ver la destreza con que el
padre de Pancho evitaba los terribles cuernos, haciendo volar la en-
gorrosa manga perpendicularmente sobre las astas de la fiera.

La lucha se encarnizaba mas y mas, y en breve del centro de una
nube de polvo, salian los gritos escitantes del infatigable D. Alonso,
que enardecia con ellos la bravura de su adversario. En fin, despues
de algunos minutos de combate, la fiera abatida, jadeante, anonadada,
cayó á los piés del impávido contendiente, que volvió á la cerca en-
tre mil vivas y parabienes.

La fiesta se continuó sacando á la lisa otro becerro, al cual le montó
Pancho, y sobre cuyos lomos lavó su honor, mancillado muy poco an-
tes. El muchacho lo hizo con tal soltura, facilidad y desembarazo,
que á mí me pareció que eso de montarle á un toro, era lo mismo
que encaramarse en el pescante de un guayin.

¡Condenado pensamiento! Apenas concebí tal idea, cuando se la
comuniqué á D. Alonso, y al punto se trató de que mi ráquítica per-
sona se plantase sobre los lomos de un becerro.

Los rancheros aplaudieron la ocurrencia, y el sexo femenino me
miró con cierta sonrisa incrédula y burlona. D. Alonso exclamó:

—De verdá, amito, que ya podia su mercé irle perdiendo el miedo
á las bestias.

—Demasiado te lo he perdido á tí, dije para mi sayo, y ya algo
mohino por la estravagante pretension de aquel hombre. Este, cre-
yendo que yo meditaba lo que debia hacer, quiso decidir mi irreso-
lucion:

—No lo piense, señor amo. Los animales no se comen á los cris-
tianos, y aunque así juera, ¡miste que caso! No ha de morir su mer-
cé de parto....! Sí; no hay que afligirse: está usté ducidido, no es
verdá?

—¿Yo, D. Alonso?

—Usté mesmo.... ¡Principio queren las cosas! Agora traygo á
la memoria que un mocito.... así, del cuerpo de usté; güeno para
maldita la cosa, y muy rejego para eso de los animales, llegó alcabo á
perderles el miedo, y yendo y viniendo dias se volvió un ginete que
no quera usté ver. Quen quita que usté tambien de pura aficion....

—No, amigo, no me llama Dios por ese camino.

—Es porque su mercé no ha andao por él. Hágase el ánimo y ve-
rá no mas....

—Probablemente no me lo haré.

—¿Cómo no? Los cristianazos no duelen, señor amo.

—Es muy posible; mas no deseo hacer la esperiencia.

—Y luego, aquí en el estiércol avíseme usté si no es un colchon!
Si no ha sido por él, mi hijo Goyo hubiera estacao la zalea, cuando al
caerse de una bestia se quebró tres dientes....!

—Mire vd., D. Alonso, mudemos de conversacion. Yo no nací
para caporal.

—¿Qué no! todos semos de carne y güeso. Móntele su mercé á
un becerrito y verá si no se envicia.

—Gracias, D. Alonso.

—Vamos, amito: si lo tumba yo lo vengo.

—¿Y de qué manera?

—Montándole al animal y rajándole la alma con las espuelas.

—¡Hombre! ¿sabe vd. que semejante medicamento nunca podrá sol-
darme una costilla ni enderezarme una pierna?

—Güeno! ¿y qué? ¿luego le han de jincar á uno en el ojo tenien-
do.... Ni lo diga usté, señor! Va su mercé á verlo:—Mira Pan-
cho; córtate otro becerro.

—Que no haga tal; bien puede ahorrase ese trabajo.

—Andale, hombre, no te quedes hecho un bruto!

—Don Alonso, yo no he de subir.

—Agora verá su mercé como se anima.
 —No lo crea vd.
 —¡Bah! uno es decirlo y otro es verlo.—¡Mí usted que animal tan chulo! Ese mas bien es un borrego.
 —Chulísimo está; pero no le montaré por vida mia.
 —¡Oh! pos antonces va á treparle mi muger.
 —¡D. Alonso!
 —Y dende aquí al domingo bien puede su mercé ir á misa sobre el animal.—Vamos, Petronila: mi amo quiere esa bestia tan mansa como tú. Andale, meneate!

Este argumento no tenia réplica; por lo menos yo no se la encontré en aquel entonces, y solo me quedaba la esperanza de que la muger de D. Alonso se apiadara de mis treinta años y mi cuerpo ético.

¡Ay lector! el rostro de la hembra interpelada tomó el color de una ciruela: por un instante miróme sonriéndose con timidez y llena de rubor, ocultando en seguida su vergüenza entre los pliegues de su rebozo. Yo, que siempre he sido galante con las señoras aunque no sean damas, resolví treparme sobre todos los monstruos del averno, incluso el mismo D. Alonso.

¡La galantería es el resumen de los pecados capitales!

Ya estoy en medio de la arena. Pancho ha colocado en mis talones dos espuelas colosales, llenas de *tin tines* y cadenillas. En mi cabeza ha puesto su sombrero, en tanto que el mio ha pasado á la suya, arrojando una tremenda carcajada á los mirones. Pancho hace el gracioso cuando juzga que no le veo, y la principal gracia se la presta mi pequeño sombrero de bejuco, el cual le queda al muchacho como á un cura el solideo. En cuanto á mi figura no debe ser tampoco nada seductora. El sombrero de Pancho, que no se ajusta á mi cabeza, está rígido, rebelde y posee la dureza de un guijarro. La estensa falda puede medir treinta pulgadas; y con esto y mi cuerpo alto, delgado y con mas piernas que un compás, heme aquí convertido en un hongo hecho y derecho.

Entre tanto D. Alonso y otros rancheros han echado por tierra al toro en que debo hacer mi *debut* de equitacion, y ya están acabando de ponerle el *pretal* que va á ser mi único apoyo.—La sangre se me ha ido no sé á donde. En vano procuro contener cierto temblor que se ha apoderado de mi cuerpo, y mis largas piernas apenas pueden sostenernos á mí y á mi diabólico sombrero.—Mas, ¡ay! mi terror se ha aumentado al saber el nombre de la fiera....! Es ¡el *Tumba-calzones*...!!—Diablo! yo soy supersticioso y creo en agüeros....!

—Vamos, amito: ya está en facha este borrego. ¡En nombre é Dios no hay que tenerle miedo!

—Mire vd., D. Alonso: ese animal va á desnucarme....!

—¡Imposible! Apriete su mercé las piernas, que muy güenas se

las ha dao Dios: cargue el cuerpo pa atrás cuanto sea dable; no largue el pretal, y no quite la vista de la cabeza del becerro. Lo demas se hace solito.—Ah! el barbiquejo! échese su mercé el barbiquejo pa que el sombrero no se cayga.... Bien! Agora vamos á ver.

—Don Alonso, ¿quiere vd. matarme?

—Yo no; pero si tal fuera la costelacion de su mercé, yo le asiguro, amito, que me echaria á cuestras la viuda.

—Pero hombre de Dios, ¿quiere vd. que muera sin sacramentos...?

—Ni lo piense usted, señor amo! Yo con esas piernas y esa estampa seria muy capaz de montarle hasta los pájaros. Eh! arriba, y no tenga su mercé cuidao, que no es ginete el que no cay.

¿Con que en fin, ya no hay remedio? dije para mis adentros; ¡cómo ha de ser! ¡Ay! ¡ojalá y no hubiera rancheros en el mundo! ¡ojalá y los toros jamas se hubieran conocido! ¡ojalá y mi madre me hubiera dado á luz suprimiéndome las piernas!

El animal permanecia en tierra. Me acerqué á él; con mil trabajos introduje las manos en el pretal, y en seguida monté sobre la fiera, encomendando mi alma á Dios y mi cuerpo al brutal *Tumba-calzones*.

—Al ver mi resolucion, la alegría de D. Alonso no conoció límites. Me colocó bien sobre el toro, acomodando en seguida lo mejor que pudo mis manos en el condenado pretal, que estaba á punto de dividirme los dedos: luego doblégó hácia arriba la ala delantera de mi sombrero, operacion que se llama *arriscar*, y que comotodo el mundo sabe, indica decision, valor, temeridad, barbarie, ¡que sé yo cuantas cosas mas!—Por mi parte solo sentia miedo!

Concluidos semejantes preparativos, D. Alonso me abandonó á mi destino, gritando como un frenético:

—Agora sí! Déjenlo. ¡Arriba penco!—Cargue su mercé el cuerpo pa atrás.... Los ojos á la cabeza del becerro.... Trávele, señor.... Ansina.... ¡Bien!—¡A qué mi amo tan persona!

Yo seguia fielmente los consejos de mi nuevo maestro. Apreté las piernas, las manos, los dientes, el.... todo, en fin, cuanto podia ser apretado.

El animal se puso en pié bruscamente, y al mismo tiempo oí crugir mis pantalones y desprenderse los tirantes. Sentí ademas el fresco de la brisa, y aunque en medio de mi terror no podia decir con certeza cual sitio de mi cuerpo era el refrescado, sin embargo, la risa disimulada de los rancheros, me indicaba poco mas ó menos el lugar de la desgracia. Al fin, atropellando las reglas de D. Alonso, quité los ojos de los cuernos del becerro, busqué con la vista y hallé.... Lo que ninguno hasta entonces habia encontrado en los lomos de un toro formidable.—¡Era preciso resolver cuanto antes un problema, desconocido á todos los académicos del mundo!

En efecto: ¿qué debia hacer? ¿Abandonaba el pretal y conducia

mis manos al sitio desgarrado para reparar la desgracia de mis pobres pantalones?—¡Bah! ¡Buen tonto sería el que luchando con la borrasca en medio del océano abandonara la única tabla de salvación por acomodarse los calcetines!

Pues entonces, ¿debía no soltar mi único apoyo, y resignarme á que todo el mundo se riera de mi extravagante facha? ¡Quién sabe! Mas ocurrióseme en aquel momento que Adán no se ocultó de nadie mientras no hubo pecado. Yo era inocente; no tenía remordimientos, ni era el deseo de una manzana el que me había colocado sobre los lomos de la fiera.

Mis manos, por tal motivo, aseguraron el pretal con triplicado empeño.

Esto se hacía tanto mas necesario cuanto que el toro, por una extraña casualidad, pacífico y sosegado al principio, había echado á correr al rededor del corral, amenizando de trecho en trecho su carrera con algunos ligeros respingos, que amenazaban echar por tierra, no mi reputación de ginete, sino mi graciosísima persona. Y digo graciosa porque en efecto, mi figura que siempre lo ha sido, en aquel momento iba ganando en gracia cuanto perdía en atavíos. Además, yo estaba lívido; apretaba los dientes con furia, y abría los ojos como un desesperado: las espuelas, prófugas ya de mis talones, y enredadas en mis piés, me sacudían lindamente los tobillos, en tanto que el pesadísimo sombrero flotaba en mis espaldas detenido por el barboquejo que me estrangulaba la garganta.

A pesar de esto D. Alonso y su hijo no estaban satisfechos, y gritaban sin cesar:

- ¡Ya mi amo se quedó con el oficio!
 - Bien hayga lo bien parido!
 - Abránse mirones: déjenlo que pase.
 - ¡Hupa, negro!
 - ¡Huy!
 - ¡Amaria, becerro!
 - Téngase, amito.
 - Ya se le quedó.
 - ¡Mien que cristiano tan de ley!
 - Búygale, señor; échele su mercé los gatos, y mas que se acaben los pantalones; esas condenadas fundas de violin!
 - Es gana, señor padre: el maldito becerro ya se dió!
 - Pos córrele, hombre, y hasle rejuego. Sácale la ley!
- ¡Oh vanidad mundana! Las palabras de D. Alonso y su hijo, iban llenando mi corazón de orgullo. Sí; ¡yo era un ginete! me le había quedado á un toro! ya no era solo un moja-tinta mándria y delicado, sino un hombre de campo lleno de intrepidez y audacia. Soñaba

ya con la gloria, y me parecía que las mugeres y demas mirones, desde la cumbre de las cercas cuarenta siglos me estarían mirando. . .!!!

Pero aquí de Dios que pasa el sueño y llega la realidad, conduciendo á Pancho de la mano hasta las ancas del toro. El muchacho antropófago asió con ambas manos el nacimiento de la cola del animal: la retorció frenético, hincándole despues los dientes lo mismo que pudiera hacerlo en un sabroso guayabate!

¡Huy! entonces sentí sacudimientos espantosos: me parecía estar sentado sobre una capa de azogue que se deslizaba á todos lados: el horizonte se dilató prodigiosamente: todos los objetos giraban rápidos en derredor de mi persona: la tierra seguía un curso veloz y opuesto al que yo llevaba: mi cabeza se desvanecía; mis miembros flaqueaban y en medio de esto ví repentinamente, . . . ¡cosas de la óptica! digo, pues, que vi la cosa mas estraña y portentosa. Los hombres, las mugeres, los animales, los árboles, las montañas, todos los objetos que herían mi vista se habían trastornado! estaban invertidos. . .!!!—Pero no; aquello no era un fenómeno óptico: yo solo era el trastornado, supuesto que volaba en el espacio con la cabeza dirigida al suelo y los piés hacía las nubes!

No sé como cai; pero es el caso que pude observar muy bien el cómo la coquetería se anida en todas partes, supuesto que las hembras montaraces, al verme en tierra, imitaron la acción elocuentísima de César, cubriéndose la cabeza con sus mantos hechizos y de otatel!

Y ahora, lector, yo que resuelvo problemas en ocasiones angustiadas, voy á hacerte una pregunta, precisamente cuando me encuentro tirado en tierra, boquiabierto, mirando al cielo con estupidez, oyendo carcajadas infernales, hallándome aturdido, derrengado, lleno de estiércol, de terror y de vergüenza; yo, pues, lector, te pregunto si es el tipo del *Ranchero* el que voy escribiendo, ó si es el mio? Ya sé lo que vas á responderme, y antes de todo, lleno de contrición te confieso mi culpa, la cual queda suficientemente castigada merced al último episodio. Hasta aquí poco hemos visto del *Ranchero*, y aun nos falta mucho todavía. Pero, señores; el decir en un momento cuanto se tiene que hablar sobre un asunto, solo se quedó para los pretendientes de novias y de empleos. Yo voy mas despacio, y si Dios quiere dentro de poco plantaremos en escena al *Caporal*, y seguirá la misma ensalada compuesta de *animales* con cuernos y sin ellos.

Por ahora voy á cambiar de pantalones y á curarme el colodri- llo. Adios!—M.

Junio de 1855.

Los Mexicanos.



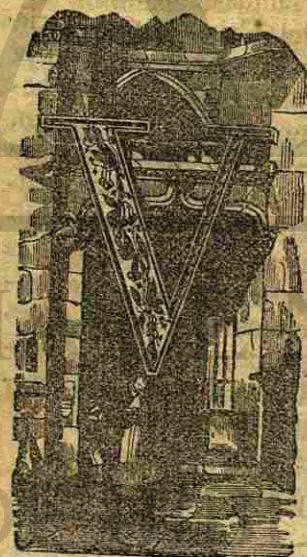
DIRECCION GENERAL D
EL MAESTRO DE ESCUELA.



El Maestro de Escuela.

CONFESIONES DE UN PEDAGOGO.

Yo pecador me confieso, &c.—EL CATECISMO.



ARIOS son los que han escrito sus confesiones, y entre esos varios se cuentan un santo, un filósofo y un artista chabacano. Si no me engaño, el santo confesó sus pecados: el filósofo los suyos y los ajenos; y en cuanto al artista Silvio, *Champfleury* contó de él lo que le dió la gana. Con tales ejemplos, hoy se me ha ocurrido confesarme sin ser pascua florida, y según el magnífico sistema de los dos últimos penitentes, haciendo firme propósito de pu-

blicar mis pecadillos, y quizá muchos ajenos, *sin callar á sabiendas mortal alguno.*

He dicho ya el primero de mis pecados declarando que eso de confesarme públicamente no es parto de mi mollera, sino que ya otros lo han hecho antes que yo. Fáltame ahora decir dos palabras respecto del epígrafe.

Fíguro, el célebre crítico español, conoció hombres que no podían escribir dos palabras, sin echarse por delante un epígrafe á guisa de peon caminero que les fuera abriendo la vereda. Yo soy uno de esos hombres; pero á lo menos se convendrá en que mi guía no es alemana, ni inglesa, ni francesa, ni la estraje del Dante ó del Petrarca, ni de Horacio ó de Virgilio, sino simplemente del Catecismo de Ripalda, el primer libro de mi biblioteca humilde, compuesta del silabario y la cartilla, del Fleuri y del Caton, del Electo Desiderio, y de la tabla de las cuatro primeras reglas aritméticas.

Dicho el segundo y mayor de mis pecados, que consiste en ser pobre y en carecer de Biblioteca, entremos en materia desde luego.

¡O tempora! ¡ó mores! Allá en nuestras mocedades, los que tuvimos un abuelo ó abuela en cuyas venas circulaba la sangre del Cid Campeador ó de D. Pelayo, oíamos de vez en cuando los nombres insonoros de: el *pedagogo*, el *maestro*, el *maestro de escuela*, y muy frecuentemente el *escuelero*, nombre que nos servía de *coco* al salir de los labios del portero zocarrón ó de la recamarera indígena. Mas de una vez oímos también aquella blasfemia filantrópica que ajaba la noble profesion de primeras letras, y nos estremecíamos de niños al considerar que la necesidad de completar la obra del Criador nos haría caer bajo la férula de un hombre caribe, que fué capaz de hacer la *última droga que se le hace al diablo*. . . . ¡Cáspita! tenga vd. que habérselas con un ente que ha embaucado al mismo zatanás! Y luego, saque vd. en limpio que el susodicho hombre está constantemente acompañado de un cortejo encantador, compuesto de disciplinas, palmetas, cepos, calabozos y orejas de burro, para coronar la noble frente de la obra mas perfecta de la creacion!—Pues así ni mas ni menos era como se nos representaba al *Pedagogo*: así pasamos bajo su omnimoda y penosa direccion, y así tambien nos hicimos un *maestro de escuela*, ó por mejor decir, yo solo fui el que me hice, creyendo escamotearle el alimento al diablo, y teniendo por única divisa la amorosísima frase de:

¡LA LETRA CON SANGRE ENTRA!

Hoy. . . . ¡Cuán distinto está el mundo! Los *institutos* brotan como las malvas; los colegios se reproducen de sus mismos miembros

como los pólipos; los *liceos* se propagan; y sobre todo, es tal lo que se ha adelantado en los nombres de las cosas que dentro de poco entenderé yo tanto del idioma español como del chino y del sanscrito. Hace dos dias trajeron á casa el siguiente convite que leyó mi muger, la cual desempeña entre otras cosas, el oficio de mis anteojos cuando los he perdido. La desgraciada comenzó á leer casi deletreando las palabras:

“El Director y demás Profesores del Instituto Franco-Hispano-Poligloto-Universal, ubicado junto del Hotel H. . . . suplican á V. les haga el honor de concurrir la noche del 15 al exámen anual que tendrá su verificativo en el repetido local, teniendo en seguida lugar. . . .”

—Por Dios, muger, qué desatinos estás diciendo?

—Yo, hijito, ningunos. Leo lo que está impreso en este papel, y nada mas.

—¡Impostora! quieres hacerme creer que los señores director y profesores no saben hablar en castellano?

—No por cierto. Lee y desengáñate por tus propios ojos.

—Daca, trae mis anteojos. . . .—En efecto: aquí dice. . . . Sabes, Bárbara, que esto se halla escrito en un idioma que nosotros los tontos no entendemos.

—¡Me alegro que lo conozcas! A ver si así te dá vergüenza, y estudias lo bastante para tener un colegio *Poliglote*.

Bárbara me hizo observar la multitud de materias de que iban á ser examinados los alumnos:—“*Escritura en el carácter inglés, gótico y español; quirografía ornamentada, idiomas, teneduría, geografía, literatura, canto, música, baile, dibujo*, y otras muchas cosas que me hicieran ir á los premios, á mí que nunca me desvelo ni sereno. ¡Oh! pero aquello si que fué para alabar á Dios! Allí me encontré con un Sicilia y un Martinez López de seis años, un Torío de cinco, un Halsey de cuatro, un Capmany mudando los dientes incisivos, un Malte-Brun con trompos y pelotas en los bolsillos, un Jullien con el lápiz en una mano y la mamadera en la otra, y hasta un Momplaisir que ocho dias antes habia dejado las andaderas!

En seguida *tuvo lugar* la distribucion de premios, y de estos pude contar hasta ciento y tantos, siendo así que los alumnos apenas llegaban á sesenta.

—Delicioso! exclamé yo: el programa nos ocultó la agradable sorpresa de ver repetido el milagro de los panes y los peces. . . . aunque

de una manera inversa! Preciso es confesar....—Pero señor, confieso mis culpas ó las del vecino? ¡Pecador de mí! ya olvidaba que son mis confesiones las que escribo. Vuelvo, pues, á ser yo quien pregona sus pecados; mas antes acusaréme de haber hablado de los grandes institutos y colegios sin distincion alguna, cuando debo confesar que muchos de ellos son acreedores á nuestro respeto, pues en su seno se forman ciudadanos instruidos y virtuosos. México nunca olvidará los nombres de los dignos profesores Rodriguez y Coz, Morales, Calderon, Priani de Castro, y otros, entre ellos, el del instruido, constante é infatigable profesor, D. Juan M. Murguía, autor de varios trataditos sobre la enseñanza, y celosísimo amigo de la niñez.

Con que segun iba diciendo, yo me hice *maestro de escuela* sin saber como ni cuando, y tan no lo supe ni lo sé que aun dudo si actualmente lo soy. He aquí lo que pasó:

Apenas habia yo cumplido el vigésimo año de mi edad cuando me ví en el mundo con una esposa, tres hijos y una suegra, y sin mas bienes que mi ignorancia y la fecundidad de mi muger, que en diez y ocho meses me habia dado tres pimpollos, de los cuales dos fueron gemelos, y un tercero, que mas egoista que sus hermanitos, no quiso venir al mundo en compañía de nadie. Con tales fuentes de riqueza prosperaba yo que era un contento, y es una desgracia el no poder manifestar al público mis balances mensuales, los que siempre comenzaba por la *Data*. Pero, en fin, me contentaré con dar á luz el corte de caja hecho el dia último del vigésimo octavo mes de mi matrimonio. Allá vá:

EGRESO.

Alimentos, incluidos los antojos de mi suegra.....	30 0
Renta de una <i>cosa</i> que quiere parecer <i>casa</i>	08 0
Regalado al curandero que viene á charlar con mi suegra tres veces á la semana.....	04 4
Idem al boticario, por agua de berros y cochinitas con manteca.....	04 4
Por una geringa mecánica para la mamá de mi muger.....	02 4
Gastos sueltos, incluidos los cornadillos de las ocho cofradías de que es hermana mi señora suegra.....	07 5½

Suma el Egreso..... 57 1½

Pasemos ahora al *cargo*, digno en verdad de convertir á un por-

diosero en Creso ó Monte-Cristo. Perdóneme alguno si soy causa de que en su alma se despierte la insaciable envidia.

INGRESO.

En efectivo durante los treinta dias del mes.....	00 0
En 15 de dicho, son cargo un nuevo ciudadano que me ha dado mi muger.....	00 1
En 21 del mismo, son cargo un perico y un mono regalados á mi suegra.....	00 2
En 25 de idem, son cargo un cuítlacoche, obsequio hecho á Barbarita por un D. Juanito que ha dado en visitarnos.....	00 1
En 29 del mismo, una diarrea para el Benjamin....	00 1
En 30 de idem, una tos ferina para uno de los primogénitos gemelos.....	00 1

Suma el ingreso..... &c.&c

Existencia para el mes próximo:—57 pesos 1½ reales de deudas, 3 animales mas que mantener, el nuevo ciudadano, un coqueluche y un empacho.—¡Ah! se me olvidaba la visita de D. Juanito á quien se le daba el chocolate las mas tardes....

Con semejante estado de cosas iba á arruinarme, si cuanto antes no tomaba una providencia. Pero qué hacer? Yo no sabia nada, no tenia oficio, ni podia reputarse como una profesion el conservar en la memoria algunas reglas del Nebrija. Lo poco que mis padres me habian dejado se gastó en mi casamiento, y en echarle cuanta *miel* fué posible á la consabida luna. ¡A qué, pues, dedicarme? ¡Cómo ganar, no solo mi vida, sino tambien la de cuatro vivientes mas, contando con los preciosísimos regalos?

¡Ay! Si yo hubiese conocido entonces al prodigio del siglo; al émulo de ciertos *maestros de escuela*, al Perro Munito, en fin, ¡cómo no hubiera cambiado mi saber por el de aquel sapientísimo cuadrúpedo!

Apretadillo era el caso y ya desesperaba de encontrarle una solucion, cuando cierto amigo me avisó que se hallaba sin maestro la escuela de su pueblo. Con semejante noticia ví los cielos abiertos! mas no vieron lo mismo Barbarita y su mamá.

—Jesus, ¡qué horror! exclamó mi muger: ¡tú de maestro de escuela!.... Anda! primero pegaremos la boca á una pared!....

—Pero, hijita mia, "dudo mucho que eso sea un alimento nutritivo.

—¿Y qué! ¿Se ha muerto Dios? ¿Ya se te cerró el mundo?

—El mundo no; pero sí los bolsillos de sus habitantes.

—¿Qué dice V. de eso, mamá?

—Yo qué he de decir. ¡Hagan lo que les parezca! Pero que no olvide tu marido que esa es la última droga que se le hace al diablo.

—No lo olvido, señora; pero tampoco olvide V. que estoy cansado de hacerles drogas á los vecinos y á mis tripas.

—¿Ya lo oye V. mamá?....

—Déjalo que haga lo que guste: él es el hombre y él manda. ¡Por mí, á buen seguro que me vaya con Vds!

—¡Esa me faltaba! No señor; qué escuela, ni qué.... Decididamente, hijo mio, si pretendes semejante destino, no cuentes conmigo para nada.

—Tú, Barbarita, harás lo que tu marido disponga.

—¡Esa es otra! ¡mire V. qué tono! ¿Si querrás ensayarte educándome á mí?....

—¡Basta! yo sé lo que hago.

—¡Mire V. mamá, qué hombre!

La mamá torció la boca; hizo una horrenda mueca, y exclamó:

—¡Nada me importa! ¿No querías marido? pues ahí lo tienes ya. ¡Mira al humildito!

—¡Pero, señora suegra....!

—Pero, señor yerno, antes ahorco á mi hija, que dejarla casar, si he sabido que iba á ser la muger de un *pedagogo*!

Dijo y desapareció la bendita señora, á quien hice derramar toda la bilis.

Quince días despues se leían las siguientes partidas en el egreso de mi corte de caja:

A la parroquia por derechos de entierro..... 07 0

Salidos en el mismo dia: el cuerpo y el alma de mi

suegra..... !! !

¡Segun esto, la felicidad y la fortuna comenzaban á sonreirme....!

"El ciudadano Perfecto Verdugo, originario de Chamacuero y vecino de esta poblacion, ante esa respetable Junta hace presente: Que

deseando, etc."—Tal fué el principio de mi solicitud para que se me diera la escuela, previo el requisito del exámen consabido. Eché á perder cinco hojas de papel del sello quinto; pero á la sesta conseguí ver mi solicitud escrita con la letra mas gallarda que me fué posible hacer, y que sin embargo de mi esmero, podia servir para examinar al mas entendido paleógrafo.

Al tercer dia fuí citado para examinarme en la noche del siguiente, noticia que me causó angustias mortales, haciendo en mí mas impresion que las reflexiones de mi muger, y los piropos de la difunta. Quise retirar mi solicitud, fingir una enfermedad, abandonar el pueblo, hacer méritos, en fin, para que me llevaran á la cárcel, antes que al sitio destinado para el exámen. Mil locuras hubiera hecho, á no haberseme ocurrido una idea.

—¡Cómo! me dije: Un exámen, ¿qué cosa es? Distingamos:—Un exámen, en el cual los sinodales y sustentante saben lo que traen entre manos, viene á ser una cosa muy parecida á lo que pasó entre los Curacios y el último de los Horacios.

Pero ¿y cuándo sucede lo contrario?—¡Oh! entonces los personajes defensores de Alba y el de Roma sufren la mas estravagante peripección, y podemos figurarnos un tonto que con otros tres se pone á calar melones. En este caso el sustentante tiene la probabilidad de que sus adversarios le salgan calabazas.... se entiende sus adversarios los melones....!

¿Me salieron á mí? Quién sabe; mas es lo cierto que me examiné y fuí aprobado por unanimidad de votos.

Concluido el exámen recibí mil felicitaciones de los que lo presenciaron, y fué mucho lo que se aplaudió mi desembarazo, la seguridad de mis respuestas, la destreza con que resolví los problemas aritméticos, y en suma, se admiró y ensalzó mi profundo saber hasta las nubes. Al fin yo mismo llegué á creer que sabia, no algo sino mucho, con cuya persuacion me llené de orgullo, deseché temores, y erguido, altanero, lleno de confianza, recibí las llaves y utensilios de la escuela, incluso setenta párvulos dichosísimos que iban á beber la ciencia en los fecundos y limpios manantiales de mi saber inmenso.

Dos terceras partes de mis discípulos eran indígenas: la otra se componia de gente de razon, epíteto muy comun entre nosotros, quizá porque aun dudamos de si los indios son capaces de sacramento alguno. Tanto los unos como los otros permanecian mústios y socarrones, mirándome fijamente á la cara, como para leer en ella lo que debían esperar del nuevo *Señor Maestro*. Nadie se movia, ninguno resollaba en aquel recinto, y solo yo, que no sabia por donde comenzar á ejercer mi nuevo ministerio, procuraba disimular mi embarazo hojeando constantemente el inventario. Al fin, parecióme conveniente averiguar los grados de instruccion á que se hallaban mis alumnos. Ha-

Alábase entre ellos uno bastante comedido, intruso y vivaracho, el cual cuando supo de lo que se trataba, y sin que yo se lo mandase, comenzó á designarme los mas sábios de sus condiscípulos para que fuesen examinados. Con su auxilio pude examinar una docena de ellos, y ví con sumo placer que yo que no sabia nada tenia mucho que enseñarles.

Semejante descubrimiento aumentó mi orgullo y mi confianza. Me hallaba en la tierra de los ciegos, y por consiguiente yo podia ser rey: la mesa era mi trono; los discípulos rodeados de ella debian ser mis ministros; el resto de la escuela mis vasallos, y en cuanto al oficioso jóven que me habia ayudado, ese iba á ser.... ¡Hola! ¡se me olvidaba examinar á este arrapiezo!

—A ver, ¿V. qué es lo que sabe?

—Yo, señor, como el señor mi padre me ha tenido en la escuela del distrito, y hasta hace pocos dias que vine á aquí....

—Yo no le pregunto á V. su vida, sino lo que sabe. Vamos, coja ese libro y lea; y tenga entendido que el que mucho habla, mucho yerra, y que yo á los habladores les saco la lengua con las tenazas!

El muchacho leyó, y desde luego conocí que en mi reinado podia ser el primer ministro. ¡Leía casi mejor que yo!

—¡Bien! aun falta algun ejercicio; pero ya veremos. Ahora tome una pluma y escriba....

¡Diablo! ¡el primer ministro era un rival temible, capaz de destruirme! Yo hubiera dado mil veces mi forma por la suya.

—¡Hum! esa letra tiene sobrada inclinacion. Torío marca cinco grados, y V. le dá el doble cuando menos.... En fin, ya corregiremos eso poco á poco. Y de cuentas ¿qué tal estamos?

—Echeme V. una, señor.

—¡Hola! esa es mucha seguridad! A ver, vaya poniendo en la pizarra....—¿Sabe la cuarterola?

—Si señor.

—¡Bien! vamos á verlo.

El muchacho resolvió la operacion en dos por tres; me la presentó sonriéndose, y ví por resultado de la operacion que no tenianada que enseñarle á semejante diablillo. Sin duda no pude reprimir mi asombro, porque los demas alumnos miraban de hito en hito, ya al discípulo, ya al maestro. Yo estaba confuso y avergonzado, y sin embargo, quise sostener mi reputacion.

—Esa cuenta está así, así; mas es nada en comparacion de lo que tenemos aun que saber.

—¿Quiere V. que saque esta misma cuenta por decimales?

—¡Eh! ¿qué es eso? ¿Quién es el bárbaro que le ha enseñado semejantes vejestorios?

—¡Las decimales, señor! exclamó el muchacho abriendo tamaños ojos.

—Si señor, las decimales. ¿No sabe que el buen criterio las ha desterrado de la aritmética, hace muchos siglos, y todo ello por inútiles?

—¡Si mi aritmética las tiene! Veala V.

—Pues será la aritmética en que estudió Moisés.

—No señor, si está nuevecita! También tiene las partes alicuotadas.... ¿Quiere V. que la saque por ese método?

La seguridad con que hablaba el calculador me iba infundiendo serios temores, y mi saber comenzaba á vacilar. ¿Qué se me pudra la lengua si de aritmética sabia yo mas allá de los enteros y la cuarterola, que podia llamar mi *¡caballo de batalla!*

Sin saber lo que decia comencé á deletrear el nombre que habia oido por la primera vez en boca de mi erudito alumno:

—¡Partes a...lí...cuo...tas....!

—Mire V., aquí están.

—Sí.... ya lo sé.... Pero deje V. el libro.—¡Por partes alicuotadas! Eso es, sí.... Veamos, sáquela V. por ese método.

El muchacho comenzó á sacar la cuenta, en tanto que yo enjugaba el sudor copiosísimo que brotaba de mi frente. ¡Las partes alicuotas! ¡Demonio! En mi vida habia oido mentar á esas señoras. ¡Mire V. no mas! ¿Y qué andarán haciendo entre los números....? ¡Malditas marimachos!

—Aquí está ya, Señor Maestro, vea V. como está igual.

—Sí, sin duda.... El resultado es el mismo.

¡Yo estaba confundido, anonadado! Aquella escena iba á saberse en el pueblo, y ruidos de mi opinion de sabio! Probablemente el diablo seria entonces quien le haria la droga al pedagogo. Mi discípulo acabó de confundirme, diciéndome:

—Ve V. como lo engañaba, señor.

—Sí.... ya lo veo.

—Pues lo mismo se saca por decimales. ¿Quiere V. que la saque?

—¡Bien! pero que sea pronto, porque van á dar las doce.

—No señor, todavía tenemos lugar. En este tiempo cuando el sol dá allí en la orilla de la puerta apenas son las diez y media.

—¡Barrabás cargue con tu charla!

Yo estaba derrotado, é iba á recibir el último golpe que debia hacerme morir de vergüenza. Los condiscípulos de mi antagonista no quitaban de él los ojos, sino era para colocarlos sobre mi estúpida catadura, mirándome con el mayor asombro. El alumno hacia números con todo garbo y desembarazo, mientras que por mi parte atormentaba yo á mi mollera, exigiéndole algun medio para salir airoso de semejante aprieto. El tiempo volaba; los números brotaban instantá-

neamente del pizarrin de mi discípulo; quizá dentro de un minuto sería ya tarde, y si antes mi incapacidad no me sugería algún ardid para salvarme, desde luego con el último guarismo del problema quedaba espedido mi pasaporte para entrar libremente á la caballeriza.

De improviso mi angustia creció de todo punto. El calculador tiró una línea debajo de las columnas numéricas que habían resultado de la operación, y á medida que las iba sumando, iban también apareciendo las mismas onzas, libras, y arrobas que habían resultado en los dos cálculos anteriores. Aquella horrible conformidad de guarismos me indicaba que la operación iba á concluirse. Mi verdugo seguía adicionando cifras. . . . ¡Y qué cifras! ¡Nada menos que las de la última columna! El pizarrin bajaba rápidamente hacia el último guarismo, y parecíame ver, (aunque jamás lo he visto) que iba descendiendo sobre mi cuello el triángulo fatal de la sangrienta guillotina.

¡Yo estaba muerto!

Mas, ¡oh y qué bien dijo Florentino Sanz, cuando dijo:

*Non sabibit abogatus
Nunquam quod ambrientum sabiat,
Quia discurrit que rabiāt
Intellectus apretatus!*

Yo no tenía hambre ciertamente; pero lo mismo que si la hubiera tenido y quisiera aplacarla con perones, eché mano al bolsillo derecho de mi chaleco; saqué medio real; en seguida me arrojé sobre mi discípulo, le oprimí entre mis brazos, estrechándole fuertemente sobre mi corazón; le acaricié, le cubrí de elogios, le hice, en fin, dos mil arrumacos, y dándole luego la única moneda que vivía solitaria en las profundidades vírgenes del bolsillo de mi chaleco, le dije, con el entusiasmo mas bien representado que hasta entonces se había visto en el inmenso teatro de este mundo:

—Tome V., tome V. hijo mio, en digno premio de su talento y aplicación. ¡Ah! no sabe V. cuanto es mi gozo al verle tan instruido, y al ver igualmente la firmeza con que sostiene sus doctrinas! Esa conducta es muy loable. Por mas que hice no pude desorientar á V. con sofismas y embelecos, y esto me hace augurarle que si continua como hasta aquí, bajo mi dirección, é iluminado por mis fecundas luces, llegará á ser una de las antorchas que mas han replandecido bajo el magnífico, nobilísimo y esplendente cielo de la república de las letras.

El inocente niño me abrazó casi llorando de ternura; sus compañeros siguieron el mismo ejemplo, y yo dejé asegurada mi reputación de sabio, de bondadoso, y de orador tan hábil como Demóstenes, Cicerón y Mirabeau. . . .

Por lo visto se conoce desde luego, que yo comenzaba á ejercer el noble magisterio de primeras letras con toda *felicidad*. . . . ¡Ni duda! esta es la palabra que denota exactamente el estado en que me encontraba despues de la disputa tenida con mi discípulo. Quizá algún otro calificará el episodio anterior como una *desdicha*; tal vez lo llamará una desgracia horrenda. . . . ¡cada uno es muy dueño de entender las cosas al revés! empero esto no quita que el tal diga un insigne desatino, y solo podrá disculpársele si no ha sido *maestro de escuela, ó escuelero*. En cuanto á mí, poco antes tan angustiado, podían dárseme los parabienes cinco minutos despues de haber vencido gloriosamente al consabido alumno. La cosa no era para menos, y he aquí por qué razones.

Yo estaba examinado, aprobado, y declarado un famoso maestro de escuela; pero (siguiendo mi comparación de marras), también se examina, se aprueba y se tiene por magnífico á un melon, que no por eso deja de ser una insignie *calabaza*. Por consiguiente, y segun habrá observado el que lea estas confesiones, la escuela no tenía maestro, pequeña circunstancia que nadie había echado de ver, supuesto que ni los mismos sinodales la habían visto. Ciertamente que mi discípulo con sus menguadas partes alícuotas y decimales, iba á tener la dicha de hacer semejante descubrimiento, mas ya se sabe de qué manera le arrebaté tan codiciada gloria. De aquí resultó que solo yo con mi excelente lógica y esquisita perspicacia, había notado aquella falta, desde antes de examinarme y despues de examinado; y aunque es verdad que por algunas horas embriagó mi cabeza el humo de la lisonja y los aplausos, al fin vino á disiparse muy en breve, y entonces saqué en limpio el siguiente axioma:—Se necesitaba un preceptor que enseñara algo á los discípulos; que ganase los siete pesos semanarios, y que contuviese los desmanes de los chicos.

De estas tres cosas yo me conocía muy capaz para desempeñar las dos últimas; pero en cuanto á la primera, mi maldita modestia me hacía desconfiar de mis fuerzas, y echaba en mi corazón (hablando metafóricamente), sendos puñados de temor y desconfianza. Pues ahora bien: ¡cuánto no sería mi gozo al encontrar en mi discípulo la persona de que tanto necesitaban los alumnos, mi modestia y mis escrúpulos!

No hubo remedio: resolvíme á desempeñar mi nueva profesión en dos terceras partes, declarando á mi aventajado discípulo *maestro de su maestro*, y por consiguiente de todos mis alumnos *ad honorem*.

Con arreglo tan sabio no podía ser yo mas feliz, pues mis obligaciones quedaban reducidas á las que desempeñan en este mundo dos clases de individuos. De aquí es que por una parte yo tenía que recibir mis honorarios sin mas trabajo que contar y examinar la buena ley de los pesos; y por otra, quedaba convertido en aquel respetabilísimo

personage que se coloca en lo mas encumbrado de una higuera para contener los desmanes de los pájaros, y conservar los higos....!

En la tarde de aquel mismo día ocupéme en ordenar la escuela y el método de enseñanza, trabajo que dió por resultado el que todo quedara lo mismo que antes, ó poco peor, porque á la verdad yo no sabia ni qué método seguir ni cómo establecer el orden, cuando mi cabeza y mis ideas eran las cosas mas desordenadas que verse puedan. Pero en fin, preciso era hacer algo, y para ello nombré media docena de *celadores* de entre los discípulos mas *ladinos*; distribuí silabarios, libros segundos y catecismos de Ripalda; arreglé la colocacion de mis alumnos, sentándolos en bancos situados al rededor de la escuela, no segun su saber, sino conforme á su mayor ó menor corpulencia, viniendo á quedar los *grandes* en primer término junto á mi persona, y los *pequeños* como siempre, al último de todos. Con tal disposicion conseguí dos cosas, primera: recrear mi vista con aquellas figuras humanas descendentes, que presentaban el aspecto de los clarines de un órgano; y segundo: satisfacer esa natural inclinacion del que manda, el cual no apreciando el mérito, ni el talento, sino el exterior del individuo, eleva siempre á los grandes en tanto que los chicos quedan confinados á la *cola*.

Despues de estas operaciones les *eché renglon* á los cuatro ó cinco *celadores* que medio sabian formar letras, *finales y palotes*; y en cuanto á mi sapientísimo discípulo, habiéndole encarecido las ventajas y excelencias de la lengua castellana, le puse en las manos una gramática que contaba por lo menos cien años de existencia. El buen chico la recibió con júbilo, porque deseaba entregarse á tal estudio; en seguida le señalé la primera leccion, aunque con el disgusto de tener que comenzar por los verbos irregulares, porque el tal libro, muy semejante á la *eternidad*, se le parecia en aquello de no tener principio ni fin. Concedíle el privilegio de que estudiara paseándose, pues de esta suerte podia vigilar á sus condiscípulos, y cuidar de que cada uno de ellos chillase lo mas fuertemente que pudiera, pues se trataba de que la fama de la escuela volase por ocho cuadras en contorno, aunque otras tantas no tuviera el pueblo.

Concluidas mis sábias disposiciones, soné la campanilla; los *celadores* (hoy instructores, monitores, etc), gritaron: *lean*; se estableció un ruido infernal, y yo, complaciéndome en mi obra y saboreando aquel estrépito alarmante, me puse á arreglar una tablita que sirviera de *pase* para las necesidades corporales de mis alumnos.

Muy pronto la palmeta comenzó á ejercer sus altas funciones. Las *hincadas* y los encierros se sucedian, y el cepo tenia constantemente aprisionada una víctima. Comencé á dar oído á las delaciones mas ridículas, y en breve se convirtió la escuela en un *pandemonium* de

chismes y de embrollos, quedando igualmente establecido el reynado de la guillotina y del terror.

¡Desdichados niños que tenian que habérselas con un hombre tan horriblemente estúpido! ¡Desgraciados de aquellos que aun están bajo la férula de un pedagogo ignorante, bárbaro y brutal!

Felizmente, merced á las luces del siglo, hoy van ya desapareciendo esos implacables verdugos de la niñez, los cuales, desplegando una severidad inaudita, procuran conseguir por medio de ella, lo que no pueden alcanzar con su babárie, su pereza y su ignorancia....!

En este caso me hallaba yo entonces. Dejaba la escuela en manos de los *celadores*, y ocupándome en leer ó en reformar mi pésima letra, solo me acordaba que era el maestro cuando se tenia que aplicar algun castigo. Constantemente veia delante de mí un calvario cuando menos, formado de tres chicos que de rodillas, hincados en cruz, sostenian piedras enormes en las palmas de las manos. En cinco dias mi conducta correspondia perfectamente á mi apellido. El siguiente era sábado, día de *dar la cuenta*, y casi casi lo esperaba con ansia para mas ostentar mi autoridad y mi poder.... Mas en el tal sábado me aguardaba una sorpresa.

Aquella mañana abrí la escuela mas temprano que de costumbre. Cinco minutos hacia que me encontraba yo en ella, cuando llegó el primer alumno, quien despues de rezar el bendito se dirigió á mí para pedirme la mano y.... presentarme un *huevo*.

¡El regalo no podia ser mas original!

Preguntéle al muchacho lo que aquello significaba; pero él sin responderme una palabra (era indígena y no hablaba el español), me hizo señas nuevamente para que lo tomara. Semejante oferta heria mi amor propio horriblemente. ¡Sin duda valia yo tan poco para el indígena que pensaba comprarme con un huevo! Y aun cuando no fuese aquel su pensamiento, ¿debía un personage de mi alcurnia recibir tan pequeña y despreciable ofrenda? El muchacho no solo me ultrajaba con su regalo, sino que tambien me hacia salir al rostro los colores de la vergüenza!

Por fin, viendo que yo no recibia su presente, me le dejó encima de la mesa y marchó á sentarse en su banco respectivo. Parecióme entonces que el arrapiezo añadía el desprecio á la injuria; y lleno de cólera iba á castigar su atrevimiento, cuando otro alumno, otra pedita de mano y otro huevo, me hicieron considerar el negocio con mas calma. ¡Cáspita! la cosa iba mudando de talante, y yo, á pesar de mi justo enojo, comenzaba á hacer cálculos aritméticos enteramente nuevos: Un huevo era una ofensa; pero dos huevos no eran dos ofensas, segun parece á primera vista, sino la mitad de una.... Resultado asombroso! inaudito! Por tanto, la mitad de mi enojo habia desaparecido.

Media hora despues ostentaba mi mesa hasta unos treinta huevos, ofensas de otros tantos criminales á quienes era preciso *conceder una amnistia*, en atencion á su crecido número. Y como es cierto que despues de una accion buena se experimenta placer y satisfaccion, yo que *habia perdonado*, estaba hecho una pascua; risueño, amable, indulgente, dirigiendo á mis alumnos palabras envueltas en miel y mantequilla.

Un crimen nos conduce á otro, es verdad; pero tambien es cierto que una accion buena nos conduce á *otra mejor*. Así es que yo que habia perdonado lo de los huevos, continuaba perdonando á los que no se sabian *la cuenta*, y muy particularmente á aquellos que tanto me habian ofendido con sus regalos, para de esta suerte obligar mucho mas á los ingratos, y para hacer que su conducta *ignominiosa y penosa*, resaltara mas ante mi bondad *meritoriosa y gloriosa*.

Esta manera suave de portarme para con mis alumnos me sugirió las siguientes reflexiones:

Primera:—Si las dádivas quebrantan peñas, un huevo puede quebrantar el corazon de un hombre, aunque este lleve el halagüeño nombre de *Perfecto Verdugo*.

Segunda:—Un huevo puede ser un terrible adversario del Ripalda; dos pueden producir un mal cristiano, y tres son muy capaces de tener mas encanto que el que tuvieron los ojos de Ana Bolena para el buen Enrique VIII, y llegar á producir un cisma.

Tercera:—(Cuidado que aquí va la parte filosófica y moral de mi presente luminoso escrito). Si alguna vez llego á poner en letras de molde mis ideas, buen cuidado tendré yo de aconsejar á mis lectores: que para ser amados, queridos y respetados de los demas hombres, les den huevos á ojo y sin contar.

Cuarta y última.—Heme aquí al frente de treinta huevos; contemplándolos con amor, y muy semejante á una clueca que tratara de empollarlos!

Cualquiera que discurra un poco, esto es, cualquiera que no sea un elegante acabado, podrá inferir por lo dicho, lo que adelantarian mis alumnos con tal maestro, y con tal método. Durante un año entero me pasé una vida algo escasa de monedas; pero en cambio muy llena de placeres y de holganza; y á escepcion de dos nubes que anublaron mi horizonte, lo demas de mi cielo brilló siempre limpio y despejado.

Estas nubes fueron el primer viérnes de cuaresma, y el glorioso 16 de Septiembre. En el primero atravesé las principales calles y la plaza de la poblacion, alarmando á los vecinos y transeuntes, que reian alegremente, al verme conducir á mi ejército de alumnos, á cuya cabeza iba el santo madero de nuestra redencion, y cuyas setenta voces *chillaban* desafortadamente las alabanzas á la santa cruz. Era el pri-

mer viérnes de cuaresma; habia sermon en la parroquia, y segun el reglamento debia yo ir con mi falange infantil á escuchar la palabra de Dios. *Ytem*, los chicos debian ir cantando, requisito que me hizo convertir desde quince dias antes, en maestro de capilla ó en director de coros. El resultado de mis trabajos filarmónicos fué á la verdad como yo no me lo esperaba; pero sí como el lector se lo habrá esperado ya. Por fortuna solo las tres cuartas partes de mis discípulos se desentonaron al cantar el estribillo. . . . Felizmente el alumno que cantaba las estrofas, de diez veces solo nueve cambió de tono. . . . Y por casualidad no mas los *tres tercios* de la poblacion disfrutaron de semejante concierto, y vieron el espectáculo magnífico de una inmensa línea de grullas caminando por el suelo, y llenando el espacio de armoniosa y sonora algarabía. De aquí es que en la memoria de aquellas buenas gentes mi reputacion filarmónica permanece indeleble hasta la fecha. Vinieron los demas viérnes; pero como la costumbre hace maestros, yo me *acostumbré* á no tener vergüenza, y mis alumnos llegaron á sobrepujar á las mas esclarecidas ranas.

En cambio los viérnes de cuaresma tenian tambien su lado bueno. Cada alumno llegaba ese dia con su ramo de flores y su vela respectiva para la Santísima Virgen; donaciones cristianas que yo, hombre profano y pecador, declaraba *bienes mostrencos*, ó cuando menos de *manos muertas*; y eso que aun entonces los periódicos *ilustrados* no habian promovido la apetitosa cuestion de dichos bienes.

Mis angustias no fueron menos el 16 de Septiembre dia señalado para el certámen. Ay! el certámen. . . ! *balance intelectual* en que precisamente se iba á conocer mi *quiebra*!—Dos meses antes comencé á prepararme para aquel imponente acto. Derecho mio y de todo pedagogo ha sido siempre el presentar los alumnos que deben ser examinados, circunstancia preciosísima que me hizo escoger siete ú ocho de los mas aventajados discípulos, á quienes hice las planas que debian presentar como suyas; á quienes formé su respectivo cuaderno de cuentas, sacadas y resueltas por mí; y á quienes, en fin, en lectura y doctrina les hice aprender *sus papeles* ni mas ni menos que si se tratara de representar una comedia, ensayando particularmente á mi discípulo favorito para que, colocado detras del pizarron, libro en mano, sirviera de *apuntador*, soplándoles las respuestas á sus condiscípulos.

Un certámen las mas veces es un *sainete* donde hay su director que mueve las pitas; actores que representan lo que no son; una autoridad que autorize lo bueno y lo que no lo es; y un publico que. . . ¡siempre es público!

Tomadas estas disposiciones esperé el dia terrible, confiado sobre todo en los bastos conocimientos de mi alumno predilecto.

¡Maldita confianza! Todo habia salido perfectamente hasta que llegó la vez de que el favorito fuese examinado. El muchacho no res-

pondió una palabra con acierto. Nada sabía; todo lo había olvidado! Su padre que era uno de los sinodales, reprendióle con aspereza, echándole en cara su desaplicación y abandono, y poniendo en paralelo su ignorancia con los adelantos manifestados por sus compañeros, y eso que eran menores que él *en edad, en saber* y aun *en gobierno*.

—A ver, le decía el irritado padre: ¿dónde está lo que sabías?

—El muchacho bajaba la cabeza y me dirigía al soslayo una mirada, sin duda de gratitud....

—Responde, Julian, que no te habla un perro.

—Se me ha olvidado, respondió el muchacho con una vocecilla semejante á la de una chirimía.

—Con que lo has olvidado? ¿y por qué razón? Vamos dila.

El muchacho conocía que la mejor razón era no dar ninguna.

—¿No respondes?

—Pues sí....

—Pues si qué?

—No he podido estudiar por que he cuidado á los demás niños....

—Hola! según eso tú eres el maestro?

A la palabra maestro cien ojos se fijaron sobre mí. Yo debía tener la cara del color de un gitomate....! El padre continuó:

—Pues como es que tus compañeros saben mas que tú?

—Si no saben nada, respondió el diabólico muchacho.

—Calumniador! mira, mira sus planas.

—Esas.... las hizo mi señor maestro.

—Cómo! veamos, explícate.

El traidor discípulo; este nuevo Judas vendió á su maestro miserablemente revelando los *íntimos arcanos* de la escuela. Yo sentía morir, y hubiera querido arrojar en la garganta del traidor un puñado de alfileres. El certámen terminó sin haberse acabado. Todo el mundo se fué yendo sin decirme una palabra, y al último de todos, mustio, cabisbajo, lacrimoso, visiblemente arrepentido, marchaba mi nuevo Judas, sin atreverse á dirigirme una mirada.

—¡Ah traidor! exclamé yo: has vendido á tu maestro; te acosa el remordimiento, y vas á ahorcarte! Bien! con tal que lo hagas te perdono! Una hora permanecí en la escuela, solo, entregado á mis amargas reflexiones. Pasado este tiempo la cerré y me dirigí á casa, haciendo un largo rodeo por las orillas del pueblo, pues no tenía valor para presentarme delante de nadie. La vista de los árboles me recordó al alumno, y comencé á buscar en cual de ellos estaría pendiente de una cuerda el traidor discípulo. Derrepente le ví....! Allí....allí está....! ¡Dios mío! él es....! Está....jugando á la maruca con otros chicos!!

¡El traidor conoció que no era la sangre del justo la que había vendido!

Al día siguiente, merced á los consejos del alcalde, la escuela se quedó sin maestro, bien que durante doce meses no lo había tenido. Muy á mi pesar tuve que dirigirme á otro pueblo, donde duré un año; luego á otro donde permanecí dos; y desde entonces, y durante cuatro lustros fui un verdadero *maestro de la legua*, epíteto que en mi concepto le sienta bien, no solo al cómico, sino al pedagogo ambulante y negligente.

Por lo regular era despedido de una población merced á mi abandono reprehensible; y aunque es cierto que había aumentado notablemente el caudal de mis conocimientos, jamás los empleaba en instruir á mis alumnos, porque yo no había nacido para ejercer tan digno y noble ministerio, y solo la miseria fué la que me hizo adoptar una profesión que había deshonrado por mil títulos.

Al fin llegó el día del arrepentimiento y de la enmienda. Tuve á mi cargo la escuela pública de una hermosa población, donde fui querido y respetado de los padres de familia, cuyos hijos sustentaron, durante cuatro años, lucidísimos certámenes. Yo vivía contento y feliz, tranquilo y satisfecho; pero el destino que interpuso un Cromwell entre Carlos I.^o y el trono; un Basilio Schuiski entre el Falso Demetrio y el mayor de los imperios, y un Waterloo entre Napoleon y el mundo; á mí, ser pequeño y despreciable, me colocó un D. Juan y un ridículo *notario*. Este D. Juan era aquel mismo D. Juanito que regalaba cuitlacoques á Barbarita mi conjunta. Por mis negros pecados, que no pueden ser mas negros según se ha visto, el susodicho D. Juan se encontraba en la misma población que yo, y era íntimo amigo del notario, que ocupaba la séstuple dignidad de sobrino del cura, notario, sacristán, presidente de la junta de vigilancia, tinterillo universal, y patrocinador neto de cuantos chismes, embrollos y enredos solían conmover de vez en cuando á la pacífica población. Mi hombre, tonto, presumido y déspota; amanerado y ridículo, fátuo y presuntoso, que amaba tanto á los niños y á los hombres como los buitres á las palomas y las panteras á los corderos; mi hombre, repito, á pesar de sus reelevantes prendas, había dado en protegerme, y en volverse mi uña y carne, aunque mas bien creo que era á su íntimo D. Juan á quien protegía. Mas dejemos por ahora al notario, á quien algun día presentaremos en escena, no como un tipo, sino como la escepcion, y vamos á habérnoslas con el D. Juanito.

Para dar á conocer los sucesos, y algo mas el carácter del pedagogo y su mitad, preciso es copiar el siguiente diálogo entre Barbarita y mi persona respetable.

Una tarde salí de la escuela, atufado y siniestro, deseando no pertenecer al vulgo de los maridos. Llegué á casa y entré á ella sin saludar á Barbarita, que á pesar de sus años aun se conserva fresca y tentadora. Mi muger se alarmó al ver mi talante hostil; quiso averiguar

la causa, mas yo por toda respuesta tomé un catecismo de Ripalda que estaba á mano, é hice como que iba á leer. Barbarita se retiró. Así permanecí unos diez minutos, hasta que al fin no pude sufrir mas.

—Barbarita?

—Vida mia?

—Ven acá, tengo que hablarte. Mira: arrima por aquí tu silla.

Mi muger se sentó junto á mí, no sin manifestar algun embarazo, al mismo tiempo que curiosidad é interes por saber lo que iba yo á decirle. Eh cuanto á mí, coloqué el catecismo sobre de la mesa; quitéme los anteojos; saqué de mi bolsillo el paliacate, y comencé á limpiar los vidrios, acompañando esta operacion con toses y regüeldos que manifestaban muy á las claras mi embarazo para romper el silencio. Barbarita, al fin, tuvo mas valor, y se atrevió á decirme:

—Qué te sucede...? Para qué me has llamado?

—Mira, Barbarita: toda fiel esposa está muy obligada á decirle la verdad á su marido, en necesidad grave, á juicio de hombres sabios.

—Y á qué viene eso...?

—Espera; dejame seguir:—Sabes asimismo que segun se usa entre gente de buena conciencia, la muger debe habérselas con su marido con amor y reverencia como la iglesia con Cristo. Y esto te lo digo porque sé que eres cristiana y amas la tranquilidad de tu esposo y compañero.

—Todo eso está muy bueno; pero lo que deseo saber, porque me hace fuerza lo que me dices y aconsejas, es el motivo que tienes para encajarme semejante sermón?

—A eso voy.

Aquí fijé mis indagadores ojos en los de mi muger, y con el tono mas ridículo del mundo la dije:

—Barbarita: mírame de frente y dime la verdad. Ha venido hoy el D. Juanito?

—Aaaah! con que de eso se trata?

—Te pregunto si ha venido!

—Pues bien! sí vino. Y por eso pones tamaña cara?

—Lo has adivinado.

—Vaya, hombre, ¡que tonto eres!

—No tan tonto que digamos! Mira, hijita: ese hombre ha venido al mundo para mi ejercicio y mayor corona! Seria muy bueno que en lo sucesivo no le recibieras en casa.

—Holá! y por qué no he de recibirle? ¿Por ventura me puede hacer fuerza á que...?

—Calla, Bárbara: no hables desatinos. Ya sé que no puede; pero si inclinarte con tentaciones. ¡Ya sabes el demonio como nos tienta!

—Ya lo sé, ya lo sé; pero yo tengo una alma que perder, y por mas que D. Juan sea un sujeto alegre y tenga sus ocurrencias...

—¡Pues hay está! Esas ocurrencias; esos dichos y usos de los mundanos, pierden á nuestras almas, ó cuando menos las entibian y disponen para el pecado mortal...!

—Anda, hijo; no seas *visionudo*!

—Lindísimo! No lo sea V. cuando conoce las flaquezas de nuestros prógimos! y sobre todo cuando son como el D. Juanito, que me encocora con su charla, sus modales, y muy particularmente con sus visitas continuadas, por ser mas importunas y peligrosas.

—¿Y qué remedio?

—¡Cómo qué remedio!

—Sí; ¿despediremos á ese hombre de buenas á primeras?

—He! Yo no digo tanto como eso; pero sí, con cierto modo, puedes darle su patente, y hacer que entretanto modere sus licencias y osadías.

—Ha ver; véamos cómo?

—¡Válgame Dios! No quieres comprenderme, hijita.

—Pero, hijito mio, tienes unas ocurrencias...!

—¡Con razon!

—¡Me crees capaz de quebrantar la ley de Dios y de sus santos...

—Eso no he dicho yo!

—No crees tampoco que tengo la debida inclinacion á la limpieza...

—Mucho menos he dicho eso!

—¿Piensas que no sé poner medio entre los extremos?

—Eh! basta ya!

—Y presumes, en fin, que yo tengo apetito desordenado...

—Calla, muger. Vas á decir una heregía! Nada de eso te he dicho yo, y el hacerte conocer las verdades, es tan solo para que puedas juzgar bien de ellas. Ahora bien; ¿quieres dar gusto á tu marido, ya que él siempre te lo ha dado á tí?

—Sí por cierto.

—Pues entonces que no se pase esta semana sin que el D. Juanito reciba su patente, y que el diablo cargue con su proteccion y sus embrollos.

—Bien está: haré lo que desees, y ahora solo te pido me digas con qué palabras que me sirvan de introduccion adornaré esta despedida?

—Escucha: pareceme que podrás decirle de esta manera, considerando la carota que pondrá:—“Muy señor mio y mi dueño: muy agradecida le vivo á vd. porque ha querido honrarnos, obligarnos y enriquecernos; pero ya vd. vé; yo soy casada; mi marido por lo regular no se halla en casa, y luego...! las malas lenguas...! Por tanto, me pesa en el alma tener que decirle á vd. que no vuelva á visitarnos y confiando en que me perdonará esta mi franqueza, espero no dará motivo para nunca mas volverlo á descolar.”

—Amen.—Respondió Barbarita, poniéndose á reir en seguida con todas ganas.

Mi muger tenia razon para entregarse á aquella hilaridad. Nuestro diálogo, segun habrá observado el lector, comenzó nada menos que por el *Todo fiel*, y vino á terminar precisamente con el acto de *Contrición*.

Esa noche la pasé tranquilo, merced á la resolucion de mi muger. Pero al dia siguiente hallándome en la escuela, los celos asaltaron de nuevo mi corazon, cuando mas quieto se hallaba. ¿Y por qué fué ello? ¡Ay! vergüenza me dá el decirlo. Uno de los chicos mas chillones estudiaba á gritos la *cuenta* que tenia señalada para el sábado. Derrepente le oí gritar aquello de *visitas, ocasiones malas, poca devocion y sobrada confianza*; y entonces, á pesar mio, recordé que en casa podia haber una *visita*; que esta visita *buscaba las ocasiones malas*; que tenia, sobre todo, *muy poca devocion*, y sobradísima *confianza* con mi Bárbara, que por cierto no estaba escenta de cometer una *barbaridad*. En la tarde quedé mas tranquilo. Mi muger habia cumplido su palabra despidiendo á la visita; empero media hora despues volvimos á las andadas, porque hallándose Bárbarita en la ventana y yo en la puerta de la calle tomando el fresco, mi *aspirante á socio* pasó frente á nosotros, saludando á mi muger, mientras que omitiendo aquella atencion para conmigo me miró sonriéndose en mis barbas.

¡Dios mio! Habia sido yo víctima de alguna infame comedia...?—Ocho dias permanecí haciéndome esta pregunta, hasta que al noveno me desengañé completamente. Un oficio respetuoso me ordenaba cerrar la escuela, poniéndome en el caso de largarme con la *música á otra parte*; pero al menos sin soportar el peso de dos nuevos *instrumentos*.

Ahora, dos palabras para concluir.

¡Terrible cosa es el retratar á un feo! Cuando algun desesperado se echa á pechos tan colosal empresa, necesariamente obtiene alguno de los dos siguientes resultados:—El retrato ó sale bueno ó sale malo. Si lo primero, el dueño queda descontento y le llamará á vd. un imbécil pintamonas. Si lo segundo, el original publicará que es vd. un grande artista; pero eso no quita el que vd. haya engañado al dueño, y á las personas que miren la *obra aduladora*.—¿Qué hacer, pues, cuando tengamos que dar al público la fiel imagen de algun feo?—Retratarse á sí mismo para quedar en paz con todo prójimo de histérico y de bilis. Esto es lo que he hecho yo; y quizá los pedagogos de mi calaña, al mirar mi retrato, se horrorizarán de él, y procurarán volverse mas *bonitos*.

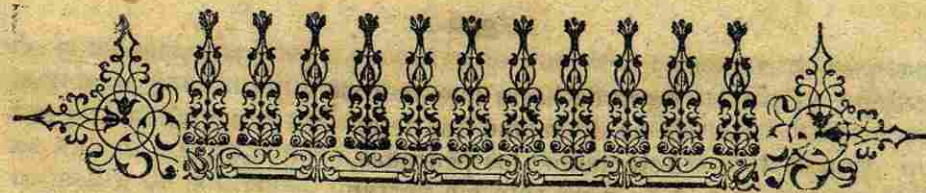
¡Quiera Dios que así sea, aunque eso de cambiar caras es un don concedido solamente á la *luna*, á las *coquetas* y á los *políticos de profesion*!—A.

Julio de 1355.

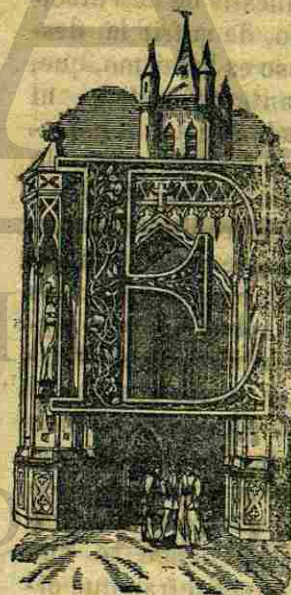


LA CASERA.

Lito. de M. Murguía y C^a



LA CASERA.



NTRE los innumerables beneficios que al primer hombre concedió el Ser Eterno, y que no han pasado hasta los que tenemos la desgracia de vivir en estos calamitosos tiempos que corren, porque á los hijos del primer catador de manzanas solo nos tocó heredar todos los males originados de su incurable empacho, y ninguno de los bienes que por antojo tan ruin perdió, para que podamos decir con Quevedo:

Aguarda hasta que yo pase
Si ha de caerse una teja:
Aciértanme las pedradas,
Las curas solo me yerran.

Uno de los mayores, y superior al que en tanta estima tiene el referido autor cuando le dice á Adán:

Tuvisteis muger sin madre:
¡Grande suerte, y de envidiar!
Gozasteis mundo sin viejas
Ni suegrecita infernal,

Es el de que no tenia necesidad de vivir en casa alguna, por la sencilla razon de que antes de que comiera la fatal manzana, no habia arquitectos, pues el orijen de la arquitectura fué el pecado que trajo consigo las lluvias, las tempestades, el frio, el viento y el calor, plagas que obligaron á nuestro primer padre á que edificara una casucha, viniendo á ser, por este motivo, el primer arquitecto, y Eva la primera casera conocida en los anales *caserunos*. (Pido privilegio á la Academia por la invencion de tan sonora y poética voz.) Y digo que gozaba Adán de una felicidad incomparable en no vivir en casa alguna, porque no habiendo casa, se ahorra la molestia de desembolsar cada mes lo de puertas y ventanas, y por último, de sufrir la desagradable visita del casero ó casera, que para el caso es lo mismo, que, sin consideracion á si es vd. viuda ó retirado, cesante ó ilimitado, ni á si el Monte de piedad tiene piedad de la despiadada suerte del piadoso paciente; ó á si está vd. á tercera parte de una tercera parte de su sueldo; ni á si uno está de mal humor por aquello de *casa donde no hay harina todo se vuelve tremolina*, sin consideracion, repito, ni parar las mientes en tales cosas *anejas* á la *andante* miseria, le presenta á vd. la receta mensual, mas amarga que todas las confeccionadas por todos los boticarios habidos y por haber. Y no hay mas remedio que *herir ó quitar el banco*, esto es, pagar ó salir á la habitacion llamada tierra, gran amparadora de menesterosos y desvalidos, y madre comun del género humano. Y aunque sé que no solo en México, pues *en cada casa cuecen habas y en la nuestra á calderadas*, sino tambien en las naciones que se tienen por las mas cultas y filantrópicas, las caseras son caseramente inexorables, me guardaré muy bien de *meterme en camisa de once varas*, hablando de las caseras de otros paises, cuando sé que *al buen callar llaman Sancho*, y tengo en el magin aquel refran que dice *cada uno en su casa y Dios en la de todos*, y que *mas sabe el loco en su casa que el cuerdo en la agena*. Contentaréme, pues, con bósquejar

de la manera que pueda, y como Dios me dé á entender, á la casera mejicana; pues aunque sé lo superior que á mis fuerzas es empresa tan peliaguda y que *en boca cerrada no entran moscas*, sé tambien que no entran tajadas, sin las cuales está probado por la esperiencia, que es madre de la ciencia, que nadie puede vivir, y que *al que no habla Dios no le oye*; cosa que en estos tiempos de charlatanismo ilustrado, no es la mas propia para engordar el bolsillo; y sino *haceos miel y os comerán las moscas*.

Resuelto, pues, á apechugar con todas las dificultades que para dar cima á un asunto tan delicado se me presenten, é invocando á todos los benévolos penates que son los dioses de los patrios lares, ó como si dijéramos las musas masculinas de los aventurados escritores que tratan de las caseras, cojo la pluma con todo el respeto de un humilde inquilino, y enjugando una lágrima que brota del ojo derecho, y que amenaza inunciar mi ojo izquierdo, como dijo no sé quién, me preparo á trazar sobre el papel las humildes líneas de tan sublimado asunto. ¡Y vosotras, *altas y sobajadas* caseras, que podeis blasonar de ejercer un cargo que data desde la indigestion de Eva, permitid que la *vuestra fermosura* y dignos *fechos*, loe el mas asendereado de los andantes poetas, rendido de la vuestra *conoscida* virtud, con gentil talante y mesurado estilo, antes de que algun envidioso y malandrin escritor, llevado de un mal deseo, os *faga un desaguisado* en la vuestra fama, que á la de las mas recatadas y hermosas doncellas se sobrepone!

La casera mexicana, generalmente hablando, se puede comparar con esas levitas que habiendo hecho un regular papel en manos de su primer dueño, pasan, perdido su brillo y ganados algunos agujeros, á poder de otro menos elegante, que para hacer desaparecer lo calado de las orillas, la convierte en frac, angostándole los faldones; pero despojada al cabo de algun tiempo la levita-frac, del poco pelo que le quedaba, y pasada la moda de aquellos faldones equívocos, el segundo dueño se la vende á un tercero que no es de *tiros largos*, el cual la convierte en chaqueta nueva de paño viejo, despojándola de los regenerados faldones, aunque no de las señales que acreditan su pasada aristocracia y los vaivenes de la mudable fortuna á que están espuestas todas las cosas de este valle de lágrimas.

Asi mismo nuestra casera, despues de haber brillado cual su educacion requeria, al lado de un bizarro oficial ó digno empleado, pasa, muerto, retirado ó jubilado su querido consorte, á una vida mas precaria, visitando con frecuencia unas veces el Monte de piedad y otras la comisaría, para conseguir una tercera parte, cuya cantidad no le es suficiente para gastar el lujo que antes gastara; reduciéndose por lo mismo á presentarse casi siempre con los mismos vestidos, cuyo uso y mantecoso brillo, revelan la decadencia de su fortuna: así vive por algun tiempo, hasta que acosada por la escasez, se ve precisada á

vender á algun ropavejero, ó ir empeñando poco á poco su ropa para pagar la humilde habitacion á que se ha retirado; pero agotado al fin todo recurso, y restándole apenas de todo lo que antes tenia, un mal tápalo que ha tenido todos los colores, y que al fin lo ha teñido de negro para disimular así sus manchas y su vejez, acude al último recurso; y gracias á sus muchas relaciones, consigue al fin que la nombre algun antiguo conocido, casera de alguna casa de vecindad, donde le señala para su habitacion un cuarto reducido y húmedo, encima del cual se vé escrito con letras grandes este rótulo: *Casera*. Allí, pues, provista de las llaves de los cuartos que están sin alquilarse, y dada á reconocer su autoridad á los inquilinos, conserva con escrupuloso cuidado alguno de sus antiguos vestidos, cuyo peto y mangas lleva caídos desde la cintura, para estar mas libre, y una peineta en la raquítica trenza, restos únicos de su pasada opulencia; ni mas ni menos que como se vé en la estampa que acompaña al presente artículo.

Todos saben, y los que no lo sabian lo sabrán ahora, que las casas que habita la gente media y pobre de Méjico, son generalmente de vecindad; casas que cada una de ellas puede considerarse como un gran pueblo; divididas en porcion de cuartos al rededor del patio, con su correspondiente numeracion, que forma cada uno de ellos la habitacion de las personas menos acomodadas. En uno se vé á algunas mugeres llamadas *tortilleras*, vestidas con una mala camisa que no basta á cubrir su seno, con enaguas de tela ordinaria, descalzas y mal peinado su negro, lacio y grueso pelo, puestas de rodillas para mayor comodidad, moliendo en el *metate* (1) el maiz hervido que llaman en lengua mejicana *nixtamal*, con que hacen el pan de maiz llamado *tortilla*, regañando de vez en cuando á sus hijitos que, sin mas traje que el que sacaron del vientre de sus madres, aunque adornado con alguna mugre mas, tratan de ver como pueden sacar, sin ser vistos, de una canasta cubierta con una servilleta, una tortilla que acaban de sacar del *comal* (2), otras mugeres que están *tortillando* con ambas palmas de las manos la masa hecha en el *metate*; en tanto que los esposos de tan afanadas mugeres, que generalmente suelen ser aguadores ó albañiles, duermen tranquilamente, tirados sobre un petate poco limpio colocado en el suelo, sin acordarse del pasado y sin cuidado del porvenir, que siempre para esta clase de gente es igual y sereno. ¿Y qué tienen que pensar en el porvenir unos seres que no tienen, ni aspiran á tener, otra cama que un mal petate en que por lo regular duermen vestidos para no tener necesidad de colcha que los abrigue, que no cuentan con

(1) Piedra de tres cuartas de largo y media vara de ancho, con tres piés de la misma materia, en la cual muelen, con otra piedra de otras tres cuartas de largo, á que dan el nombre de *mano del metate*, el maiz, el cacao, etc.

(2) *Comal* llaman á una especie de plato muy ancho, de barro sumamente ordinario y delgado, en que cuecen las tortillas.

mas sillas ni mas mesa que el duro suelo, ni con otro cuchillo y tenedor que sus dedos, ni con mas cuchara que la tortilla, con la cual cojen la sopa ó los frijoles (1), tragándose de esta manera comida y cuchara á la vez? ¿Qué necesidad tienen de pensar en el porvenir unas personas que desconocen la ambicion, y que no quieren mas pañuelo que sus dedos, ni mas ropero que sus cuerpos, donde llevan toda su ropa que apenas basta á cubrir sus carnes? Aquel cuarto es *tortillería*, cocina, comun, alcoba, sala, comedor y todo: en él viven dos ó mas matrimonios con sus correspondientes hijos, y uno que otro compadre ó comadre que nunca falta; y allí duermen todos juntos, sin que medie mas division de unos á otros, que el espacio que hay de la ropa á la carne. Verdad es que esta armonía que entre ellos reina, se suele alterar cada vez que el pulque hace prodigiosos efectos, y que las injurias, los gritos y los golpes interrumpen la tranquilidad del vecindario; pero entonces la insigne casera acude al sitio de la lucha, donde encuentra á las contrincantes afianzada cada cual de las ásperas crenchas de su contraria, y tirando con las agudas uñas líneas paralelas, curvas, rectas y horizontales en el rostro de su enemiga, como las pudiera echar sobre una superficie plana el mejor geómetra del mundo. La casera entonces les llama al orden, como encargada de conservar la paz de sus estados; mas con frecuencia ve atropellada su autoridad; porque una de las mugeres que disputa, la dice, que no le *nace* callar, porque *ña Gualupe* le ha dicho delante de su compadre *ñor Madaleno*, que es una... (y lo suelta con todas sus letras), y que *quiere* que se lo *haga bueno* delante del alcalde. La otra contesta que no se *re- traita*, pero que se lo dijo porque le *mentó á la madre* (2), y que presentará testigos, y entre ellos al *mesmo* compadre *ñor Madaleno*, de como en *efecto* la *mentó*; hasta que viendo que es inútil su mediacion, y que se atropellan sus derechos de casera, llama á un agente de policía llamado *diurno*, que pone fin al pleito, llevándose á los que disputaban ante el juez, mas no sin que antes le digan mil improperios á la infeliz casera porque ha llevado al *diurno*, y amenazándola de que le han de cortar la cara por *chismosa y rota* (3).

En otro cuarto, contiguo al que acabamos de describir, vive una anciana con sus dos hijas que cosen ropa de municion, y que trabajan de noche y dia para poder presentarse los domingos en la alameda con un tápalo de poco precio, un vestido de muselina cortado con gracia, y zapatos de mahon. El aspecto de esta pieza forma contraste por su aseo, con la primera: aquí vemos en un rincon de la pieza una cama, pobre, pero limpia, en que suele dormir la anciana; en otro extremo,

(1) Habichuelas.

(2) Entre la gente baja, el mayor insulto es que le digan á uno, *su madre*.

(3) Epíteto con que tratan de insultar á la gente decente.

un baul que guarda la ropa de toda la familia, y sobre el cual se vé un colchon envuelto en un petate limpiísimo en que suelen descansar de noche las dos jóvenes, colocándolo junto al lecho de la anciana: en el tercer ángulo se ve un brasero de limpios ladrillos, en que están la plancha y el puchero: al pié del brasero una gran tinaja llena de agua, y en el último ángulo una rinconera, sobre la cual hay una maceta con albahaca: algunas estampas de á medio real, representando unas á nuestra Señora de la Soledad, otras á la de la Virgen de Guadalupe, y algunas á la Santísima Trinidad, forman el adorno de la pared, á la cual están pegadas con engrudo las primeras: unas cuantas sillas ordinarias, pero sin polvo, se ven repartidas por la estancia; y en medio de una de las paredes del costado, luce un curioso tinajero (1), que revela el buen gusto de las que allí lo han colocado. Con estas vecinas es con las que suele tratar generalmente nuestra casera. Con ellas habla, con un calor que honraria á un padre de la patria, de sus felices y pasados tiempos; de la aurora boreal, de la entrada triunfal del Sr. Iturbide, en que conoció á su esposo; que de Dios goce: de la amistad que tenia con la muger del general H y del ministro B, que ahora, porque la miran pobre, fingen no conocerla; concluyendo siempre su discurso con que nada la dan en el Monte de piedad hace dos años, y echando de menos los tiempos pasados, y renegando de los presentes.

—¡Ay, Doña Ursula! le contesta entonces la otra anciana que, con los anteojos montados sobre su lengua nariz, remienda una media calada por el mucho uso; ¡no me hable vd. de aquellos tiempos! ¿Quién me habia de decir entonces que yo, muger del coronel de caballería R, me veria reducida á coser la ropa de los soldados? Y si pagaran bien, vamos, seria otra cosa; pero nada de eso: ya vd. ve; por un pantalon que se tarda una en coserlo un dia entero, nos pagan real y medio; por una camisa igual cantidad, y por las demas piezas á proporcion del trabajo que dan; de suerte que apenas nos alcanza lo que ganamos para mal comer y pagar la renta de este incómodo cuarto. Y gracias á que hay que coser; porque si atendida me estuviera á lo del Monte de piedad, ya nos hubieramos muerto de necesidad mis hijas y yo.

—Tiene vd. razon, mi alma: y si no dígalo yo que voy todos los dias á la comisaría, sin que consiga mas que esperanzas de que mañana me darán algo, sin que este mañana haya llegado en año y medio que me están *mañanando*. ¿Qué necesidad tendria, de lo contrario, de ser casera? ¡Usted sabe lo que es ser casera, doña Barbarita! Nos dan

(1) Aunque esta voz, segun la academia, solo significa al hombre que hace ó vende tinajas, y el sitio ó lugar en que hay tinajas, en México tiene otra acepcion, pues con ella significan el lugar de la pared en que estan colocadas con simetria, multitud de piezas pequeñas de loza del pais, que no tienen otro objeto que el de adornar la habitacion.

un mal cuarto y una vela de á *tlaco* (1) solamente; y para que esto nos den tenemos necesidad, mi alma, de barrer todas las mañanas el patio y el pedazo de calle de frente á la puerta; cuidar del orden; poner en paz á los vecinos, que siempre son enemigos de una, y otras mil cosas que solo por la mucha necesidad, doña Barbarita de mi alma, se pueden sufrir.

Si del cuarto de esta familia decente y desgraciada, pasamos á los demas, veremos en uno, encima de una mesa, un niño muerto y cubierto de flores, alumbrado por cuatro velas de cera colocadas en cada ángulo de la mesa; y en vez del llanto y los sollozos, escucharemos los acordes de la *jaranita* y del arpa, el continuo ruido de los que bailan en la misma pieza, el *jarabe*, los versos que con destemplada voz cantan los que tocan, y el estruendo de los vasos que pasan de mano en mano llenos de pulque. Extraño parecerá, á los que ignoren, el que haya baile en la casa de uno que acaba de morir; pero esta es una costumbre de la gente del pueblo bajo, que celebra la muerte de un niño tierno, por que lo consideran en el cielo, con música y baile, á lo cual llaman *velorio*, que dura toda la noche, y al cual asisten todos los parientes, los compadres, y las personas de estimacion.

Inútil es decir que la casera tiene precision de levantarse de su cama en semejantes velorios, para ver si se interrumpen el orden y la armonia.

Pero dejemos las habitaciones ó cuartos del patio, y recorramos las llamadas viviendas, compuestas de dos ó mas piezas, á las cuales se sube por una escalera de piedra colocada en el patio; escalera que dá á un ancho corredor en que están las espresadas viviendas, colocadas sobre los incómodos cuartos. En estas viviendas habita la clase media, tan fina en sus modales como la mas alta, y la mas laboriosa de todas las que componen la sociedad. Allí al lado del empleado, del artista y del artesano, vive el anciano ilimitado, limitado á una escasez sin límites, vistiendo una casaca de color enigmático de faldones de gallardete, largos y angostos como alma de vizcaíno, con el talle mas arriba de la espalda y cuello piramidal que, si no cubre la grasa de los hombros, si tapa el pezcuezo, queriendo asaltar continuamente el puesto perteneciente al sombrero, atacándolo bruscamente por el ala de retaguardia que, desordenada, blanda, y llena de contusiones apenas puede mantener el orden de formacion: sus pantalones, nuevos como el engaño, con tanto pelo como la cabeza de un calvo, anchos como bolsa de usurero y largos como dádiva de avaro, llegan por abajo hasta la mitad de la pierna, gorda como bolsillo de viuda, y por arriba entre si llega ó no llega al chaleco nuevamente envejecido, y tornasolado por el tiempo, el aire, el agua y el sol.

[1] Lo que equivale á un octavo en España.

Dos viviendas mas allá, y entre la que ocupa un cesante que ha cesado de percibir su sueldo, y la de un retirado que en su retiro ve retirada su paga, se encuentra la de un maestro de piano, [buen vecino para dos necesitados] en cuya casa suele haber baile de suscripción cada ocho días. Su esposa, joven aún y amiga de diversiones, es la que corre con el refresco y con las jóvenes que han de asistir al baile, aunque cada suscriptor tiene derecho á llevar las señoras que quiera, sin que por esto pague mas que el peso de costumbre, que es generalmente la cuota que le corresponde á cada suscriptor.

Los jóvenes que concurren son, generalmente, dependientes de casas de comercio, oficinistas, algunos dueños de sastrería y uno que otro militar, gente toda de buen humor, de amena conversacion y finos modales, que baila con perfeccion y que viste con bastante gusto. Como, por lo comun, los hombres no suelen llevar señora ninguna, la dueña de la casa convida á las costureritas, bordadoras y lavanderitas que viven en los cuartos del patio de la misma casa de vecindad en que ella vive, las cuales se presentan con unas enaguas bien almidonadas para que abulte y ahorme el vestido de tela lijera y de poco valor que llevan, y que tambien poco antes lo han planchado con esmero para presentarse en el baile con la mayor decencia posible; prendido en el pelo, sobre el cual se han echado un pomo de pomada de rosa que dá al cabello un lustre semejante al charol, llevan alguna flor artificial que pregoná el ningún artificio del artista en el arte de tal artículo; y en sus manos, cubiertas por medios guantes, dejan ver un pañuelo de algodón blanco, casi mojado en agua de colonia de pésima clase que marea con su fuerte olor. En medio de estas jóvenes, pobres pero honradas, graciosas, de pié breve, y muchas de interesante figura, no suele faltar alguna que otra hija de Eva, de un color entre verde y ébano, de abultados labios y aplastada frente, cerdoso pelo, ancha cintura y elevados hombros, cubiertas sus oscuras manos con guantes de algodón blancos, y vestida de blanco, y que, como suele decirse, parece *mosca en leche*, que llega á ser como el coco del baile, la parodia del bello sexo, y el prototipo de la fealdad y del mal gusto. Mas no se crea que por esto se queda sin bailar: todo menos eso; porque no faltará alguno de esos elegantes, á quienes llaman *encolados*, que se visten en el Baratillo, que llevan reloj de cobre y cadena de acero; por frac un *repelito* (1) que compran en una casa de empeño; guantes de algodón, y rizado el cabello, que viendo que las demás jóvenes huyen de él como ave de mal agüero, la pide algun vals ó contradanza; para que se vea con cuanto acierto se escribió aquel refran que dice, *nunca falta un roto para un descosido*. Por supuesto que los tales *encola-*

(1) No en ninguna de las acepciones que trae la Academia, sino aplicada á una cosa muy vieja que ha desechado su dueño.

ditos han entrado al baile como llovidos del cielo, pues, generalmente, nadie de los concurrentes les conoce, y ninguno les dirige la palabra, sino es la susodicha beldad que no pertenece á ninguno de los sexos. Todo es animacion, franqueza y alegría en estos bailes de suscripción: allí se cruzan las palabras mas tiernas, los juramentos de amor, los apretones de manos, y tal cual proposicion avanzada, que no siempre suele ser mal recibida; y despues de haber bailado hasta las dos de la mañana, y de haber besado con esceso todos los líquidos inventados por Baco, se va cada *mochuelo á su olivo*, llevando en cada ventana de la nariz y en la garganta, un ladrillo formado por el polvo levantado de los que componian el piso de sala del baile, pues la alfombra está proscrita de estas diversiones.

Las consecuencias que puedan traer estos bailes, yo no soy capaz de preveer, y aunque dice un adagio que *el hombre es fuego, la muger estopa y el diablo viene y sopla*, yo no veo sino que al día siguiente los jóvenes van á sus respectivas ocupaciones, y que las bellas tan almidonadas y olorosas la noche anterior, marchan mal calzadas y con unas enaguas poco vistosas, á comprar el desayuno, el carbon, y todas las demas cosas indispensables para vivir.

Por supuesto que en estos bailes, no se olvida, la que los hace, de la casera, á quien para tener contenta, y hacer que abra el zaguan (del que ella solamente tiene la llave,) cada vez que se necesita, le regala algunos bizcochos, queso y vino, sin descuidar de darle alguna gratificacion, y las correspondientes gracias por sus favores. La casera en estos momentos no se cambiaria por la mas gran señora: aquel baile le trae á la memoria las ilusiones de su juventud, y le presta materia para hablar á las que están á su lado, del baile que le dieron al virey Yturriagaray, y en el que ella bailó un minué con el oidor H; del otro que dieron al Sr. Iturbide cuando entró triunfante en Méjico, y en el que ella se vió obsequiada por lo mas principal de la corte y por su difunto esposo que de Dios goce: allí se olvida de la comisaría y del monte de piedad, y aun se olvidaria de que es casera, si de vez en cuando no se acercara alguno á suplicarla que le abra el zaguan.

Mas tambien me he olvidado yo, por el afan de describir, de que está esperando original el cajista, y de que es bueno ser conciso en todo, pues no hay uno que no sepa *que si lo poco agrada, lo mucho enfada*.

Nada es tan difícil como pintar las costumbres de un país; y los que creen lo contrario, porque juzgan que una que otra palabra del pueblo, basta para retratarle, se equivocan mucho; pues las palabras solo pueden revelar su dialecto peculiar, pero de ninguna manera sus costumbres; así como el pintor nos podrá presentar los colores y formas pertenecientes á la rosa, pero de ninguna manera demostrarnos por medio de ellos únicamente, las virtudes de ella. No sé yo si habré podido vencer esa dificultad en este artículo intitulado la

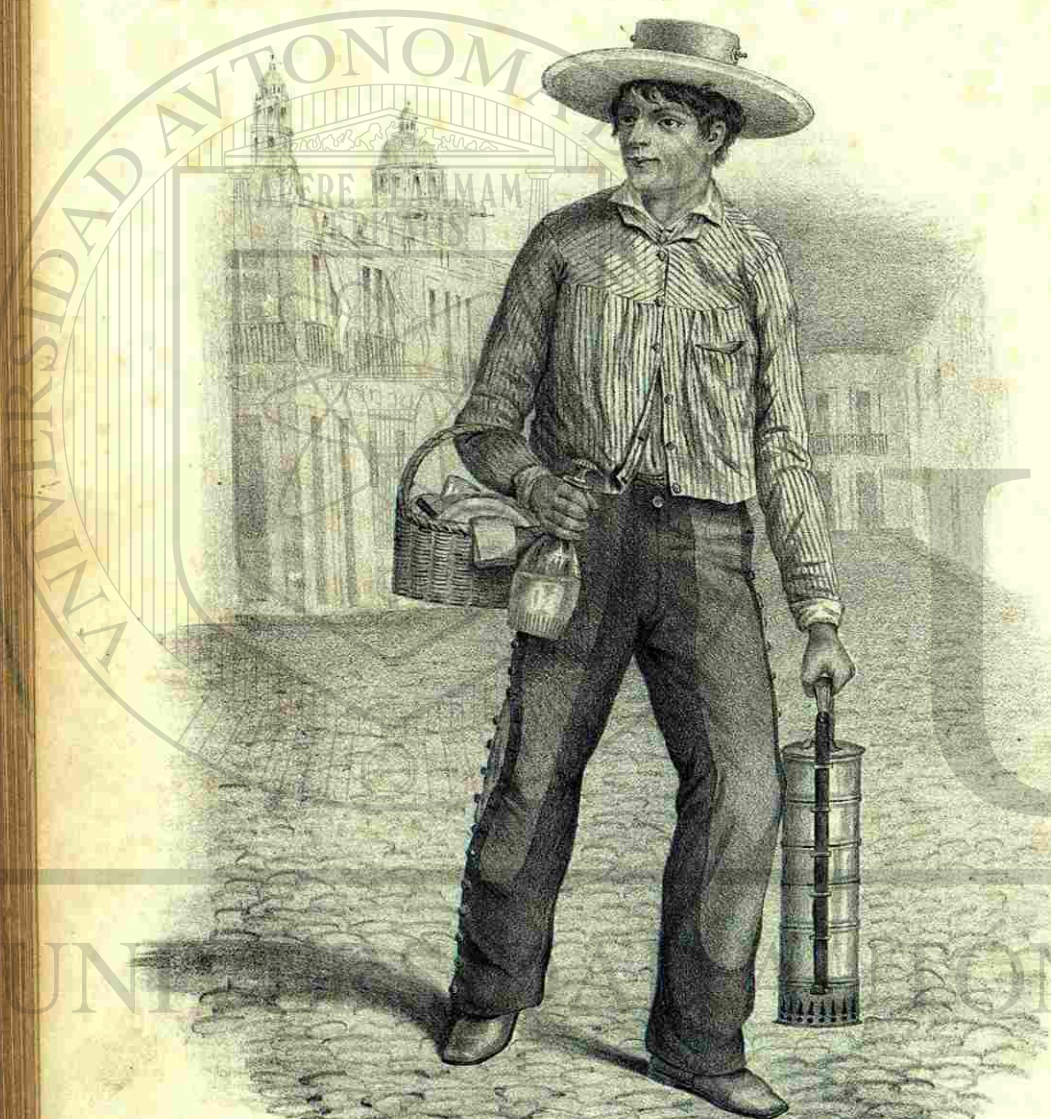
Casera; pero lo que si podré asegurar es que lo he procurado, y que tendré por bien recompensados mis afanes, si el público lo recibe con benevolencia. Mas si lo encuentra, como es regular, defectuoso en muchas partes, suplícole que tenga en consideracion que ha sido escrito en pocas horas, y sin tiempo para corregirlo.

Méjico, 27 de Junio de 1855.



DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

Los Mexicanos.



Andrés Campillo Dibujó

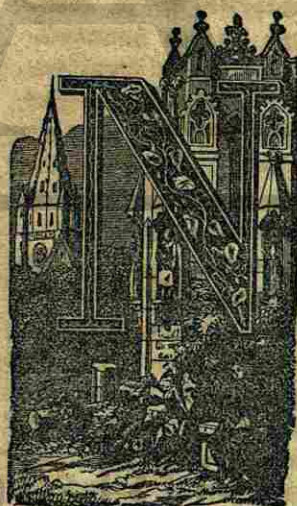
Lito. de Murguía y C^{ta}

DIRECCION GENERAL

EL CRIADO.



EL CRIADO.



O cabe duda en que todas las cosas de este pícaro mundo han degenerado de una manera lastimosa desde el pecado del antojadizo Adán, si hemos de dar crédito á tantos filósofos de nuevo cuño que constantemente nos lo repiten, y si es tambien que no juzgan por su raquítica naturaleza la naturaleza humana; como le acontecia á una viejecita que me decia que la catedral se habia retirado del lugar en que estaba cuando ella era jóven, y que los ojos de las agujas eran ahora tan pequeños, que le era imposible ya meter

por ellos ni el hilo mas delgado; sin discurrir que si catedral le parecia que está mas lejos, es porque los años la hacen andar mas despacio y con menos vigor; y que si no puede meter el hilo en el ojo de la aguja, no es porque sea ahora mas pequeño, sino porque los suyos están casi apagados y faltos de vista. Pero si meditamos detenidamente, nos veremos obligados á confesar, aunque rubor nos cueste, que algo en efecto debemos haber degenerado; pues vemos que los primeros hombres vivian seiscientos, setecientos y hasta ochocientos años, siendo así que en los presentes tiempos solo viven setenta, salvo aquellos á quienes les falta antes el aliento, ó se mueren contra su voluntad y tal vez con ella. Mas no solo en los hombres, sino tambien en la naturaleza misma, tenemos ejemplos que nos patentizan de una manera clara, cuánto ha degenerado todo lo que, perteneciente al mundo, salió de las divinas manos del Supremo Artífice; siendo, entre las frutas, la que puede servir para corroborar tal aserto, la manzanana que entonces debió ser sin duda muy sabrosa y esquisita, toda vez que dió por una sola nuestro primer padre, cuanto tenia: cuando hoy no hay quien haga caso de ellas á pesar de que las dan á veinte y veinticuatro por medio real, y que estamos declarados mayores de edad para poder comerlas: lo cual prueba, ó que Adan era mucho mas goloso que sus hijos, ó que las manzanas han perdido notablemente su excelente calidad.

Y no se crea que al haber tocado el delicado y filosófico punto de la degeneracion de las cosas terrestres, me aparto del alto personage que preside este artículo; nada de eso. La degeneracion de la naturaleza y el criado, están identificados en la historia de los acontecimientos del hombre. El criado es la obra maravillosa de la creacion: es el ser mas ramificado con la historia de la primer manzana; ó por mejor decir, la manzana es la historia del criado; ser que no ha sido estudiado (al menos que lo sepa yo), por ningun filósofo, fisiólogo, naturalista, historiador, cosmógrafo, astrónomo, poeta ni novelista, y del cual me ha cabido la honra de poder tratar con todo el respeto que tan alto personage me inspira, aunque jamas con la elegancia y tino á que le hacen acreedor sus reelevantes prendas y preclaro origen. Y no se rian vdes., lectores amados de quienes los aman, por la alta estima en que tengo al privilegiado personage de que hablo; porque vdes. lo mismo que yo, al conocer sus recomendables cualidades, se quitarán respetuosamente el sombrero, teniendo cuidado de que no salga con él la peluca (si alguno de vdes. usa peluca), y le saludarán con aquel respeto con que los andantes caballeros, saludaban á la señora de sus pensamientos despues de haber cometido la locura de haberse azotado por ella en algun bosque ó selva que repitiera sus lastimosas quejas.

La profesion de criado es, como antes dije, nobilísima; pues el hom-

bre formado por las manos mismas del Eterno, aquel que en el Paraiso fué reputado por rey de la naturaleza, y á quien los animales sumisos obedecian, fué el primer criado que sirvió á la serpiente y desobedeció á Dios, probándonos así la verdad de aquel proverbio que dice: *quien á dos amos sirve con alguno queda mal*. Y si tratamos de indagar mas la alta ascendencia del criado, veremos que el primer criado desobediente fué el ángel Luzbel, que se le volvió *respondon* á Dios, y á quien los otros fieles criados, ángeles como él, le arrojaron al infierno sin que sepamos si le pagaron antes el salario y cuanto era este.

Callen, pues, los reyes y los grandes de la tierra que, orgullosos con su antiquísimo origen, pretenden ser los mas nobles del mundo; y no blasonen ya de su preclara alcurnia, no sea que les suceda lo que á aquel jactancioso caballero que empalagando á todos con la antigüedad de su familia, le contestó uno:—Si, yo creo que el origen de vd. es mucho mas remoto que el de Adan.—¿Cómo puede ser eso? contestó con satisfaccion nuestro fátuo; y el otro le replicó.—¿Pues qué, ignora vd. que antes de que fuera creado Adan, fueron creados los animales?

Pero esto no le puede suceder á nuestro criado; porque su nobleza data desde antes de la creacion del mundo, como lo he probado clara y luminosamente con mis sólidas observaciones. Y en vano algunos malandrines y mal intencionados escritores, han tratado de empañar el mérito del criado, y entre ellos el célebre Lope de Vega, cuando dice:

Aun los criados, señor,
Domésticos enemigos,
Son otros tantos postigos
Por donde entra el deshonor.

Porque ni esta cuarteta ni la anécdota siguiente, pueden rebajar en nada la alta reputacion de mi héroe.

“Se afanaban unos ladrones, dice uno de los escritores enemigos del personage que yo ensalzo, en deserrajar la tienda de un comerciante; pero dos criados que dormian dentro, conociendo de qué provenia el ruido, les dijeron: volved mas tarde pues aun no estamos dormidos. ¿Pero cómo pensais encontrar algo de noche, cuando nosotros no hallamos nada que coger de dia?”

¿Se puede dar injusticia mayor? ¡Tratar de ladrones á los que llevan el distinguido nombre de criados! ¡Oh tempora ó mores! Pero á bien que yo no he muerto ni tengo ganas de morir todavía, y que aquí estoy vestido de papel limpio, y armado de tinta en pluma, resuelto á romper interrogaciones con el primer *follon* y *malandrin* es-

critor que á las *vuesas mercedes* haga *desaguisado*. Si; porque vosotros sois la escepcion rara y honrosa de la degeneracion del mundo: los únicos salvados del origen pecaminoso de la fatal manzana que, cual otra caja de Pandora, derramó por el mundo todos los males que encerraba: vosotros los que podeis alzar la frente con orgullo y esclamar, somos los únicos que no estamos manchados con la culpa original, se entiende que hablo respecto al honorífico cargo de criado, que es el objeto de este artículo; pues con respecto á la naturaleza, todos los hombres nacen en pecado.

Adan antes de perder sus bienes, fué criado de la serpiente, obediéndola en cojer la manzana; pero aunque era criado por el simple hecho de haberla cogido, no era todavía criminal: estaba en posesion de su libre albedrío, y podía comerla ó dejarla de comer. De donde se deduce que la mision de criado es de origen sin mancha; el cargo único que no nació de la corrupta manzana, y el mas noble y antiquísimo del mundo. Y no sin misterio se le dan los nombres de criado, fámulo, mozo, sirviente y doméstico; pues aun en esto se revela la alta y distinguida nobleza que lo distingue de los demas seres.

¡Lástima es por cierto que á lo excelso de su origen no corresponda la humilde ocupacion del criado; aunque esta misma humildad puede ser la mejor apología que hacerse puede del limpio origen que trae; pues nada mas humilde que la virtud, ni nada mas altanero y vano que el orgullo nacido del pecado.

Pero aunque en la voz criado, en su acepcion genérica, hemos tratado de sacar del olvido al hombre que desempeña el cargo mas honroso que se conoce, preciso es que digamos que hay varios linages de criados, ó mejor dicho, que cada país tiene su tipo nacional del criado, y que correspondiéndome á mí (pleonismo que tengo voluntad de usarlo), tratar de las costumbres de los hijos del suelo de Moctezuma, me ocuparé del criado mexicano, procurando presentarlo con toda la esactitud que á mi tosca pluma le sea permitido.

Nacido el criado de la clase inferior del pueblo, va cambiando de trage, de dialecto, de costumbres y aun de fisonomía, segun va mejorando de amo; á la manera que la tierra va perdiendo sus sombras á medida que va girando y recibiendo la luz del brillante sol: pues si en buena lógica las comparaciones han de guardar semejanza entre la grandeza ó calidad de los objetos comparados, nada mas filosófico que comparar al criado mexicano, cuya dignidad dejamos reconocida, al tratar de los criados en general, con la grandeza de nuestro planeta girando magestuosamente, y recibiendo por grados la brillante luz del astro principal. Pero como estoy persuadido de que no todos me creerán por mi simple dicho de articulista, y he hecho punto de honor el manifestar que nunca falto á la verdad (cuando no miento), presentaré á la tierra y al criado mexicano, desde su descenso hasta su as-

censo, desde la oscuridad á la luz, desde la inaccion á la accion activa, desde su afelio á su perihelio, en una palabra, desde la muerte á la vida.

Pero ¡ah! feliz oportunidad! Aquí veo entrar á mi criado con mi casaca raida que le mandé que la acepillara con cuidado para que no pierda el poco y descolorido pelo que le queda tras de tantas y tan largas batallas como ha sustentado contra el tiempo; y que es la mejor prenda que existe en el ropero de un servidor de ustedes: casaca con que asisto á los casamientos de los amigos que me convidan para que entre plato y copa brinde, en un improvisado soneto, por los novios, por el cura que los casó, por los suegros, los padrinos, los parientes, los convidados, los amigos, y hasta por el sacristan que alumbró en la ceremonia. El me ahorra (se entiende que no el sacristan sino el criado), el improvo trabajo que me costaria el presentar al héroe de mi artículo, ó protagonista, si vdes. gustan, en las distintas facces que ha presentado en la sociedad; y para poderlo hacer conforme corresponde á un escritor veráz, permítanme vdes. que le llame y que entre en conversacion con él.

—Oye, José.

—Mande su *mercé*.

—Deja ese frac sobre la silla y ven.

—Pero, señor amo, ¿no ve su *mercé* que la silla no tiene respaldo ni asiento, que de *pilon* (1) está coja?

—Dámela, pues, y me la pondré ya que no hallas donde colocarla.

—Ya le pegué el boton que le faltaba, aunque es un poco mas claro que los otros; pero no le he podido quitar la mancha que tiene sobre la espalda, por mas que la limpié con esa agua que *jiede* tanto, y que me dió *endenantes* su *mercé*.

—No importa: saldré con la levita violeta que teñí de verde hace dos años, luego de morado y que dentro de una hora debe traérmela el tintorero convertida en azul oscuro.

—La *verdá*, señor amo, que me *almira*, y que no se cómo un señor tan *talentudo* como su *mercé*, que hace versos y sabe *escrebir* hasta calendarios, y que de *mas á mas* escribe en los periódicos de *policia*. . . .

—De política.

—Bien; eso *quero* decir; no sé, repito, como no se viste como el mejor *catrin* (2) de la *suidá*.

—Eso consiste en que los versos, los calendarios, y los periódicos de *policia*, como tú dices, cuesta mucho hacerlos y producen muy po-

[1] Por añadidura.

[2] Como el mas elegante.

co. Pero siéntate sobre este baúl, porque tengo que aprender algo de tí.

—¿Aprender su *mercé* de mí...? ¡Esa es güena! ¡Un señor tan leído y *escrebido* como su *mercé* aprender de un *probe* que no sabe, no digo *ortogafria*, pero ni tan siquiera *garmática*.

—¿Pues ya ves todo eso? pues tú vas á formar el artículo de costumbres que tengo que enviar á la imprenta en este momento.

—Su *mercé* me esta avergonzando. ¡Yo formar un artículo que ha de salir con letras de molde! Mire su *mercé* lo que me pide; pues aun que algo me he civilizado *dende* que vine de mi tierra, con el trato de la gente de *razon* á quien he servido, y no hablo tantos disparates como cuando vine de mi tierra, todavía no me considero tan *avisado* que pueda....

—Vamos, siéntate te digo: que no eres tú el que lo vas á escribir sino yo; que así hay muchos colaboradores en el dia: lo que á tí te toca únicamente es contestar á las preguntas que te haga; y de estas y tus respuestas que apuntaré sin quitar ni poner nada, formaremos este artículo del que tú podrás llamarte colaborador, con mas derecho que otros muchos que en los forros de los periódicos se anuncian como tales.

—Si no es mas, señor amo que contestar, ya puede ir preguntando su *mercé* cuanto *quera*, que á eso de responder me puedo poner con el mejor del mundo.

—Bien; ya veremos como cumples tu promesa; y empieza á contestarme. ¿De qué pueblo eres?

—Ay, señor amo, yo soy de un pueblo de *naturales* (5) que se llama H.

—¿A quien serviste allí?

—¿A *quen quere* que sirviera su *mercé* en un pueblo *rabon* en que no hay mas jente de *razon* que el señor cura?

—¿Con que escepto el cura, los indios, ó los *naturales*, como tú los llamas, son irracionales, jente incapáz de sacramentos?

—No señor amo; todos tienen *crisma*; pero ese es *el costumbre* de decir; y en mi tierra, y en todas las de los *naturales*, solo se tiene por jente de *razon* al señor cura y al señor juez.

—¡Lástima que en vez de saber hacer malos artículos nó sepa yo hacer buenas albardas! Ahora veo cuanta *razon* tenia Villergas al decir,

Bien que la raza del asno
A cuánto se estienda dudo;
Yo creo que hay burros bípedos
Conforme los hay cuadrúpedos.

(3) De indígenas.

—¿Y qué *quere* decir su *mercé* con esa palabra que acaba de *mentar*?

—¿Cual?

—Esa palabra que acaba con una porqueria.

—¿Bípedos?

—Esa, señor amo.

—Bípedo quiere decir, animal que anda en dos pies.

—¿Y qué, la podré decir delante de cualquiera sin agregar el *con licencia*, que se pone para decir una porqueria?

—Sí, hombre, sí; puedes decirla sin necesidad de agregar el *con licencia*; aunque si te causan escrúpulo las últimas sílabas, puedes decir, porque tambien es castizo, bípedes en vez de bípedos.

—Siempre diré bípedes, no sea que alguno se enoje con la *desvergüenza*.

—Tú harás lo que mas bien te parezca. Pero, dime ¿tú fuiste en tu tierra criado del cura?

—Sí, señor amo. Y por cierto que aunque me llamaba *indio* *cuatro orejas*, muy bien que me hacia unas veces que le ayudara la misa, otras que estirara los fuelles del órgano; y en la Semana Santa que hiciera á Lonjinos, al ángel, á Judas, ó á Pilato.

—Cuéntame, cuéntame eso de Semana Santa; pues tanto me han dicho de lo que en los pueblos de indios se hace en ella, que tentado he estado muchas veces de pasar esos dias en alguno de ellos.

—Pues yo le contaré á su *mercé* lo *prencipal*, y haga cuenta su *mercé* de que ha visto en mi tierra la Semana Santa.

—Ya te escucho.

—Cuando llegaba el Jueves Santo, el señor cura nos hacia poner dentro de la iglesia algunos naranjos, flores y ramas que representaran el huerto en que oró nuestro Señor, y en donde colocábamos á Jesus puesto de rodillas. Frente al púlpito poníamos una mesa donde los jueces, que lo hacian los indios de mas *razon*, vestidos con largas túnicas, y Pilato con grandes anteojos, revisaban el libro de las leyes para prender al Salvador: junto á estos estaba Judas, que lo hacia muy bien mi compadre don Jenovevo, sonando la bolsa llena de dinero en que habia vendido al Divino Maestro; y con él varios fariseos que lo hacian don Margarito el hermano de mi compadre, ñor *Antoño* el *clachiquero*, ñor *Mónico* y otros, todos con caretas imitando la cabeza de una serpiente, de un demonio, de un leon ó de un oso; llevando en la cabeza cascos de carton unos, de hojalata otros, y algunos de laton viejo, adornados con largas colas de gatos ó de perros que *caiban* sobre la espalda; y sonando las cadenas que tenian en las manos para ponérselas á Jesus cuando les mandáran prenderle. Mientras ellos estaban *hojea* y *hojea* el libro y haciendo mil visajes y pe-

gando palmadas, como *quen* disputa, sobre la mesa, yo que hacía al ángel, y que estaba vestido con una alba vieja que me había dado el señor cura, y que me la puse sobre mis calzones que estaban muy limpios, me dirigí al huerto, en que oraba el Señor, con una gran copa de madera dorada, alzando extraordinariamente los pies desnudos, como figurando que volaba, y acercándome á Jesus, le ponía la copa en la boca para que bebiera y se confortara.

—De suerte que tú representabas nada menos que al ángel del cielo, de quien nos dice San Lucas que se le apareció al Señor para confortarle?

—Sí señor amo; pues en los pueblos de los *naturales* todo se hace á lo vivo.

—Ya lo veo; ¿y despues que acontecia?

—Despues el señor cura que estaba en el púlpito predicando, viendo que los fariseos no iban á prender á Jesus, á pesar de que estaba ya en el punto en que decia como le prendieron, interrumpia su discurso, y sonando las manos les decia. “¡hasta que hora prenden á Jesucristo? ¡No ven ustedes que ya hemos llegado al prendimiento? van tres veces que les digo que le prendan y nadie se mueve.” Entonces los fariseos á una señal de Pilato, haciendo gran ruido con las cadenas, corrian al huerto, guiados por Judas, quien acercándose al Salvador, le daba un beso que se oía desde la calle; y en seguida los fariseos se echaban sobre Jesus, le cargaban de cadenas, lo llevaban á la prision, y por la tarde hacian que lo azotaban en el atrio sin compasion ninguna, como si efectivamente fueran judíos.

—Ya había yo oido contar algo de esto; pero nunca creí que llegara á tanto.

—Pues es la *puritita* verdad: puede creerlo su *mercé* y hasta *escribir si quiere*, que yo respondo.

—Estoy persuadido de la sinceridad de tus palabras, y nada dudo; ¿pero qué cosa seguía el viernes Santo?

—¡Ay señor amo! el viernes Santo era lo que mas me *cuadraba* á mí; porque aquello era la *mera mapa*; (6) lo *mas mejor*.

—Vamos á ver; cuenta todo lo que en ese dia pasa.

—Pues señor amo, ese dia es, como su *mercé* sabe, la procesion de las tres caídas. Pero antes *quero* contarle á su *mercé* lo que pasó el último año que estuve en mi tierra, pocas horas antes de la procesion.

—Empieza.

—El señor cura nos encargó á mí, á mi compadre don Jenovevo, al sacristan *ñor Trenidá*, y al hortelano *ñor Guadalupe*, que pusieramos á Nuestro Señor lo mas desfigurado que pudiéramos, para que á

[4] Lo selecto.

la hora del sermon en que iba á hablar de los azotes, se corriera una cortina, tras de la que había de estar Jesus, y al descubrirse se conmoviera el pueblo al verle tan desfigurado. Viendo, pues la confianza que el señor cura hacia de nosotros juzgándonos capaces de comprender lo que él quería, meditamos *muncho*; y al cabo de dos horas ¿qué hicimos? vestimos á Nuestro Señor de rancherito, con sus calzoneras, su ceñidor colorado, sus buenas botas, su sombrero y, como á Señor Santiago, le montamos sobre un caballo blanco de madera, y lo cubrimos con la cortina, como nos lo había dicho el señor cura, hasta que llegara el momento del sermon en que nos mandase descubrir.

—¡Que atrocidad!

—Era lo mejor que podíamos desfigurar á Nuestro Señor ¿no es verdad, señor amo?

—Sí; sin duda; pero ¿qué sucedió?

—Que cuando el señor cura estaba en el mayor calor diciendo: “¡vosotros pusisteis á nuestro Redentor hecho un mar de sangre! ¡No veis cuan desfigurado está su cuerpo por vuestras culpas...? ¡Ah! dá compasion mirarlo! ¿Quién había de decir que ese conjunto de perfecciones, casi no sería conocido por su Santísima Madre? ¡Ah! vedle! sí...! ¡vedle! ¡Corred esa cortina que le oculta á nuestros ojos...! ¡corredla, para que vean todos los pecadores cuan desfigurado está Nuestro Salvador á quien apenas pudo reconocer la Reina de los Cielos...!” Entonces, y cuando todo el pueblo lloraba, corrimos nosotros la cortina; y al ver el señor cura de aquella manera á Jesus, quedó asombrado y exclamó: “Y confieso que no me admiro de que no le reconociera su Santísima Madre, pues tal le habeis puesto que, no digo la excelsa Señora; pero ni yo que soy vuestro cura le conozco ya.”

—No era fácil conocerle; pero ¿qué, no os reprendió despues el cura porque le habias desfigurado mas de lo regular?

—No señor amo: solo nos dijo que Jesus no estaba vestido de calzoneras, ni botas de campana despues de los azotes; y que aunque nos agradecia que hubiéramos hecho tanto para desfigurarle, nos moderásemos para otra ocasion.

—Y dijo bien; porque Jesucristo jamas usó botas, ni ceñidor, y menos anduvo á caballo.

—¿Pero cómo lo íbamos á saber nosotros?

—Bien: dejemos eso; y empieza á contarme la procesion de las tres caídas.

—Pues oigame su *mercé*. El púlpito para el sermon de las tres caídas, nos hacia ponerlo el señor cura fuera del atrio de la iglesia; y allí reunido todo el pueblo, lloraba y gemia al escuchar el sermon, en tanto que los fariseos andaban por en medio de todas las gentes, di-

ciendo blasfemias, para remedar á los verdaderos judíos, con sus caretas figurando caras de serpiente, y con sus cascotes de hojalata con sus correspondientes colas de perro, y llevando en las manos largas lanzas, y haciendo mil visages y monadas. En esto sacaban á Nuestro Señor con la cruz acuestas, ayudado de Simon Cireneo que lo hacia mi padrino *nor Soledá*, y que iba en mangas de camisa, calzon corto verde que se le quedaba mas arriba de la rodilla, desnuda la pierna y descalzo; pero muy serio como si *fuera* de palo. Detras iba amarrado codo con codo el *mal ladron* que lo hacia muy bien mi pariente *nor Getrudis* que parecia la *mera* verdad.

—¡Infeliz de él!

—Al salir de la iglesia, daba el Señor, que era de goznes, la primer caida, y la gente lloraba al verle caer y oír tantas cosas tiernas como decia desde el púlpito el señor cura. La segunda caida era al salir del atrio, acompañada de nuevas exclamaciones del señor cura y del copioso llanto de los *naturales*; pero viendo el señor cura que llegaba el momento de la tercer caida, y que la Santísima Virgen aun no parecia para el encuentro, exclamaba interrumpiendo su sermón, “¿á que hora traen á la Madre de Dios? Que anden á prisa esos que conducen á la Santísima Virgen, que ya es hora que se encuentre con su Divino Hijo.” Al oír esto los que venían por otra calle con la Reina de los cielos, apresuraban el paso, y al encontrarse Nuestra Señora con Jesucristo, los que los conducían, hacían que los rostros de ambos cayeran sobre el pecho en señal de tristeza, siguiendo despues cada cual su camino, no sin que les acompañaran el llanto y los gemidos de todos, excepto los fariseos que se paseaban con altanería.

—Prosigue; pues me agrada escuchar esas sencillas costumbres de los indios que revelan un corazón, ignorante sí; pero limpio y religioso, que son las únicas cualidades dignas á los ojos de Dios.

—¡Bien *haiga* su *mercé*, señor amo, que hace justicia á mis compañeros.

—Prosigue, prosigue tu relación.

—Pues como le iba á su *mercé* diciendo; despues del encuentro de la Santísima Virgen con su Divino Hijo, y cuando todos lloran amargamente, sale en su caballo blanco, vestido de judío, el *pregonero*, que lo hacia el organista *nor Selidonio*, llevando en la mano el papel con la sentencia dada por Pilato; y acercándose al púlpito, se lo dá al señor cura, *quen dempues* de leerla, dice al público que Jesucristo va á morir entre dos ladrones por todos los pecadores: en seguida entrega el papel al judío que lo *trujo*, *quen* abriéndolo lee en alta voz: “esta es la sentencia en que Pilato manda que á Jesus Nazareno se le dé muerte de cruz;” á cuya lectura siguen los sollozos y los ayes mas lastimosos.

—Pero, hombre, esa sentencia debiera ser leída antes de que el Sal-

vador saliera hacia el Calvario.

—Yo no sé eso; pero lo que sí sé es que así lo hacen.

—Prosigue.

—*Dempues* de todo esto, y cuando Jesus aparece crucificado sobre el altar mayor, los soldados judíos, cubiertos siempre con sus espantosas caretas, están allí mismo en la iglesia jugando á la baraja y á los dados, la túnica del Salvador, y con varias botellas y vasos fingiendo que beben, como dicen que lo hicieron los que verdaderamente crucificaron á nuestro Señor.

—Pero ¿qué, el cura no ha hecho todo lo posible para desterrar ese modo de celebrar la Semana Santa?

—No se atreve, señor amo: porque otros que han estado antes que él, han tenido que abandonar el pueblo, porque los naturales les han perseguido por solo haber querido quitarles su modo de hacer las fiestas.

—Pues no deja de ser original y curiosa la costumbre esa, y digna por lo tanto de ocupar un lugar en cualquier artículo.

—¿Verdad que es muy agradable, señor amo?

—Sin duda que sí; pero á tí no te debió gustar mucho cuando has abandonado tu tierra.

—Eso no prueba nada, señor amo: yo habia aprendido con el señor cura á mal leer y *por escribir*; y como me dijo un señor de *acá* de México, que *fué* un día á ver á mi amo el señor cura, que cuando quisiera venir á servir á México el me recibiría y me pagaría bien, yo lo estuve pensando *muchos* dias, y al cabo de un mes le *escribí* una cartita, de la cual guardo aquí en el bolsillo el borrador por curiosidad, diciéndole que estaba pronto á ser su criado.

—¿Y no me quieres enseñar ese borrador de la carta?

—¡Ay, señor amo! se va á reír su *mercé* de mis *cuatros* (1); pero ya que su *mercé* lo *quiere*, aquí la tiene.

—Hombre, no es tan mala la forma: verdad es que cada letra parece un garrote, pero en cambio los renglones están bastante torcidos.

—¿Ya lo ve, señor amo, como su *mercé* me hace burla? *Agora* va á mofarse su *mercé* del *ditado*; pero ya le dije á su *mercé* que la *escribí* cuando no sabia hablar: entonces, como no estaba civilizado, *escribí* esos disparates de que yo mismo me río.

—Véamos. “Pueblo de H. . . . á 21 de *Junio* de 18.055.

—¿Diez y ocho mil cincuenta y cinco dice?

—Sí; diez y ocho mil cincuenta y cinco, nada menos; porque detrás del ocho fuiste á colocar un cero que le paga aquí tan bien, como á una Dolorosa un trabuco naranjero.

—¡Vea su *mercé* lo que es no saber *ortografía*!

(1) Cuatrero en buen español se llama al ladron de reses; pero en México se aplica al que dice muchos disparates al hablar.

—¡No eres tú mala orografía! Pero déjame seguir. “Señor amito y señor de todo mi *respeuto*. Buscando mi *convenencia* y con mi *mal trabajo*, solicito mi *comodidad* en casa de su *mercé*, donde con mi *mal servicio* estaré siempre *opuesto* á lo que su *mercé* me mande.

—Ahora qué capaz que pusiera esos disparates. ¿Qué le parece á su *mercé* el *ditado*?

—Que puede servir de modelo á un memorialista, ó como decís vosotros, á un *evangelista*. ¿Y qué te respondió?

—Me recibió *luego luego*; y aunque el señor cura no quería que abandonase el pueblo, porque decía que yo era muy buen criado; yo siempre me vine, trayendo todos mis *defectos* de ropa, que se componían de unos calzones de manta (1), de una camisa del *mesmo* género, un sombrero de petate, y mis *guaraches* (2), que forma como su *mercé* sabe, el vestido de los *naturales*.

—¿Y qué cosa era tu nuevo amo?

—Comerciante, señor amo.

—Vamos, ya la tierra hizo su primer movimiento y recibió la primer luz del crepúsculo.

—Tenía una *vinotería*; y á mas de la obligacion que me dió de limpiar todas las mañanas los vasos del despacho, me encomendó el destino que tienen los *padrecitos* cuando nace algun niño.

—¿Y qué comision era esa?

—La de bautizar todo barril de vino que entraba en casa; porque ademas de que era cristiano viejo y no quería que en su tienda hubiera nadie que no estuviera bautizado, era tambien muy aficionado á la hidropatía; pero en tal grado, señor amo, que *muchas* veces me hacia volver á bautizar por tercera *ocasion*, asegurándome que se le hacia cargo de conciencia vender vino puro, porque privaba al hombre de la facultad de pensar y de la razon; lo cual se evitaba dándole aguado.

—¡Vea vd. que caritativos son los señores vinateros! ¿Y tú, no aprendiste á despachar?

—¡Vaya! y bien, señor amo. Los *brinquitos*, el *arriba y abajo* y otros licores los despachaba yo como el mejor dependiente. Allí estaba yo en grande: *horraba* mi sueldito, tenía mis *buseas*, y cada ocho dias me iba yo á Santanita en canoa, otras á la Retama, y algunas tardes al *tiatro* del Relox ó á la *maroma*.

—¿Y por qué te saliste de ese destino?

—La verdad, señor amo, yo enamoraba á la *recamarera* de casa, pues ya sabe su *mercé* que todos los criados enamoran á todas las criadas;

(1) Género ordinario de algodón.

(2) Especie de abarcas.

pero me *comió el trigo* (1) la *pilmama* (2) del entresuelo, que tambien estaba en relaciones conmigo, y me amenazó con que me cortaria el *hocico* si no me iba á servir á otra casa.

—¿Y tú á tan significativa insinuacion obedeciste?

—¿Qué *quiere* su *mercé* que hiciera? Por fortuna *ñor* Toribio el aguador, me habia brindado con otro destino *mas mejor*, en casa de un señor que tenía coche, y *almiti*. Pero como era preciso ir decente, compré unas calzoneras y una chaqueta de paño, unos zapatos de á peso y un sombrero poblano que reemplazó al de petate.

—Este es el otro movimiento de la tierra; y no porque yo quiera decir con esto que la tierra usa sombrero de petate, sino que se ve mas bañada por la luz del astro principal que va disipando sus sombras.

—¿Y qué tal te fué en tu nuevo destino?

—¡Ay, señor amo! muy mal. Grandes espejos, ricas alfombras, lujosos muebles, dorados sofás, magnífico piano y gran coche, eso sí; pero con respecto á comida, poca y mala; de manera que me acordaba de un versito que su *mercé* puso en un calendario, que decía:

Los elegantes del día
Son como el *atole* frio,
Llevan cadena á la polca
Y el estómago vacío.

—¡Ola, ola! ¿Aplicaciones, eh?

—¿Y cómo *quiere* su *mercé* que no las haga? Aquellas *catrinas* me hacían trabajar mucho; me daban de comer poco, y de *pilon*, para pagarme mi salario me hacían esperar una porcion de dias.

—¿Y qué tal, eran bonitas?

—La verdad, señor amo, que yo no lo pude saber jamás; porque como se pintaban de *todo á todo*, segun me lo decía *ña* Nicolasa la *recamarera*, que les *traía* cada rato la *toalla de Venus* para blanquear el *cútis*, el *colorete en pasta* para estar coloradas, la *leche virginal* para quitar los barros y manchas del *cútis*, la *opiata* para limpiar los dientes, el *cosmético* para pintar las cejas, y *quen* sabe que otros menjerges mas, señor amo, no pude llegar á ver si eran *fieras* ó bonitas; aunque yo creo que no serian muy lindas cuando tenían necesidad de ccharse tantas porquerias; porque como dice un dicho, *al que huele algo le giede*.

—No te falta razon; y bien se les podia aplicar á tus amas este epigrama de Agustin Príncipe.

(1) Descubrió: llegó á saber: á sorprender.

(2) Niñera.

¿Ves esa niña con tanto rizo,
Color purpúreo, gran cabellera,
Pecho turgente y alta cadera?
Pues mira, Fabio: todo es postizo.

—De veras que sí, señor amo; y no solamente los colores, sino que también los dientes tenía una de ellas, según me aseguró la *mesma ña Nicolasa*, *mercados* en casa de un señor extranjero; pero como era joven y su novio no sabía que tenía aquel *defecto*, lo que más solía elogiarse de ella era precisamente los dientes.

—Si hubiera sido mi amigo, le hubiera aconsejado que para elogiarla con toda propiedad le hubiera dirigido esta redondilla:

Dice cierto poeton
Que tienes, Laura gentil,
Dientes de puro marfil;
Y el diantre tiene razon.

—¡Ay, señor amo! y qué bien le pegaba ese versito. Pero lo que más me enojaba era el ver las vueltas que hacían dar á los dependientes de todas las tiendas, que iban cada rato á cobrar sus cuentas, al carrocero, á la modista, al dueño de los muebles, al del piano, y á otra porción á quienes tenía orden de no dejarles subir el portero, y á los que despachaba, con *no están en casa: están con visitas: acaban de salir: vuelva vd. á la tarde*, y otras palabras así que no eran más que pretextos y embustes para no pagar.

—Ya veo que los criados son la historia de las casas en que sirven, y que nadie se salva de sus lenguas.

—Yo no murmuro: su *mercé* me ha dicho que cuente lo que me ha pasado, y yo cuento lo que es verdad. Pero ya que su *mercé* se disgusta, ya no contaré que de noche se *runían* en la casa una porción de *catrines* á cantar *agrias*, *buos* y *quen* sabe que otras cosas; y que á uno le decían *primo baso*, á la niña de los dientes, *prima donna*, á otro *primo tenore*, á otro *archémbalo*; y que mientras los *papás* de las niñas se dormían en el sofá al ruido de la música, los *primos donnos* y las *primas donnas* hacían un cambio de cartitas perfumadas que solo para visto.

—¿Y tú estarías en tus glorias observando todo?

—Al contrario, señor amo; porque yo tenía sueño y precisión de levantarme temprano; y mis amos como se levantaban á las once del día, no se acostaban hasta la una: de manera que eran como las lechugas, que duermen de día y vuelan de noche, y luego como eran tan *remolones* para pagar el sueldo á los criados. Así yo también tendría coche, y piano, y muebles y criados, que debiendo á todos....

—Sin embargo, no debes creer que todas las personas que tienen coche, observan esa conducta. Bien sé yo que hay alguna que otra familia que pretende mantener un lujo que escede á sus facultades; pero en lo general toda es gente que cumple religiosamente con sus deberes y compromisos.

—Demasiado lo *vide* en la casa en que serví *dempues*: porque allí el cochero, el lacayo, el portero, la *recamarera*, yo, y todos estábamos bien pagados; nos molestaban poco y nos daban de comer bien y abundantemente.

—Ya voy viendo que los criados, son la historia imparcial de la sociedad.

—Para que lo vea su *mercé*. Nosotros contamos lo que pasa y nada más. Pero poco me duró la *ganga*, porque se enfermó la ama; y toda la familia se *jue* á vivir á la hacienda para ver si mudando el temperamento se aliviaba. Pero como el señor me tenía *muncho* cariño, me recomendó á unos extranjeros que tenían almacén, á donde entré á servir con más sueldo.

—Este es el otro movimiento de la tierra, y en que el sol se va acercando al zenit.

—Pero la verdad pronto me aburrí de estar allí; pues aunque me pagaban bien, me daba *muncho* berrinche el que siempre estuvieran con su lengua de perro, *murmurando* de los mexicanos: que no se quitaban el sombrero cuando pasaba Nuestro Amo, y que se burlaban de los que oían misa y se confesaban.

—Tuviste razón: que no hay cosa que indigne más que oír que ingratos extranjeros hablen mal de aquel país en que han labrado su fortuna, olvidándose de que ellos dan una prueba de inciviles y poco urbanos con espresarse así delante de las personas á quienes ofenden, y que les han recibido con afabilidad. Pero corre á ver quien llama á la puerta.

—Es el tintero, señor amo, con la levita que dice su *mercé* que *jue* violeta, y que hace dos años la mandó teñir de verde, luego de morado y *ultimadamente* de azul oscuro.

—Entrega estos tres duros al que la trae, y vuelve.

—Aquí estoy, señor amo.

—Ponte la levita.

—¿Yo la levita de su *mercé*!

—Sí; la ropa de los escritores tiene la virtud de hacer ver al que se la pone, todo aquello que pasa en lo más oculto de la sociedad; y como mi objeto es conocer al criado en todas sus faces, y tú no has llegado á recorrer toda la escala social, me veo precisado á examinar por mí mismo, el único punto que me falta.

—¿Y qué, yo veré cuanto su *mercé* dice, con solo ponerme su levita?

—Sin duda: pónstela pues.

—¿Y si se rompe, señor amo, por lo débil que el tiempo, el uso y tanto teñirla, han puesto el paño?

—Nada le hace; porque cuanto mas rota la ropa del escritor, mas virtud encierra.

—Si es así, obedezco.

—¿Qué ves?

—*Muchas* personas, señor amo, con casacas antdiluvianas, de punto pulmonar y cuello piramidal que, haciendo mil cortesías entregan varios papeles á un señor muy bien vestido, y que sentado sobre su blando y dorado sofá les saluda con una leve inclinacion de cabeza.

—Pues bien, los primeros son solicitantes, aspirantes á algun destino; jente que no tiene mas trage que el que lleva, y que quiere sacar la panza de mal año.

—¿Y ese señor tan bien puesto?

—Ese es el ministro.

—¿Como me *cuadra* esta levita, señor amo!

—Dirije ahora la vista hácia la antesala. ¿Qué ves?

—Un señor de frac y sombrero alto que no deja pasar á otros solicitantes, y que de *pilon* les trata con despotismo.

—Mira por medio de tu levita, qué destino tiene en la casa.

—¡Ay, señor amo! ¿*Quen* lo habia de decir? ¡es un criado nada mas!

—Mírale detenidamente á ver si le conoces.

—¡Animas benditas! es él. . . .!

—¿Quién?

—Mi compadre *ñor* don *Jenovevo*; el que hacía á Judas en la Semana Santa.

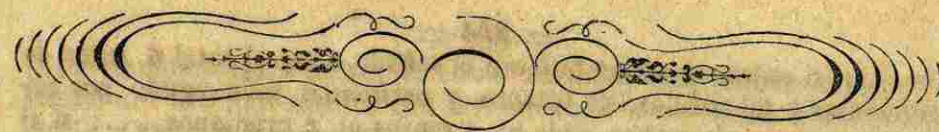
—Ya tenemos á la tierra en su perihelio: al criado mejicano desde su humilde clase de indio hasta la alta de sirviente de ministro: desde el sombrero de petate al sombrero alto de ala corta; desde la camisa de ordinaria manta al frac de paño fino. Pero siempre contento, sin ambicion, sin remordimientos, sin pensar en el porvenir; y sin hacer jamas ostentacion de su preclaro origen, mas noble, puro y antiguo que el de todos los reyes, príncipes, y grandes de la tierra. El criado es la historia esacta, pero picaresca y mordaz de toda la sociedad.

¡Y vosotros los que andais sacando del polvo los viejos pergaminos salvados del diente de las ratas, para buscar la genealogía de todo el que está en el poder, no por la honra que puede causarles, sino por el empleo que puedan daros, confesad avergonzados que, con mas justicia y menos provecho, he hecho un servicio á la sociedad, á la humanidad desvalida, á la historia y á los curiosos, probando con sólidas razones, que, el primer destino del hombre, la primer dignidad, el primer cargo, fué el de Criado.

Méjico á 9 de Julio de 1855.



EL MERCERO.

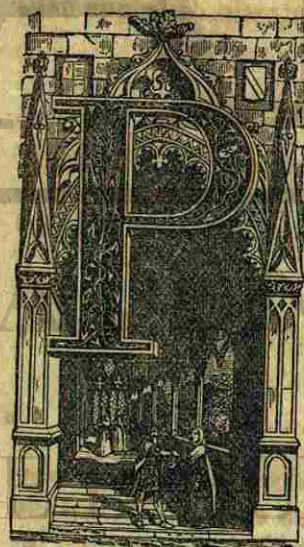


El Mercero.

FRAGMENTOS DE VIAGE.

I.

Introduccion.—Reflexiones.—Ojeada á los evangelios.—El hombre piedra.—Fortuna inesperada.—La Semana Santa en Roma.—Los bandidos italianos.—Nueva fuente del pecado original.



POBRE, solo, sin amigos empleados y con memoria; sin hermanas de ojos sublevadores; sin nada mas que mi nada, y con veinticinco Noche-buenas de añadidura y un sin fin de noches malas, preciso era buscar un medio para hallar medios y ganar la vida, trabajo que no tiene aquel que nació rico y que no desciende de Adan, supuesto que vino al mundo con la vida ya ganada. Pero y yo, ¿cómo ganarla? ¡Ahí está la dificultad....! Si allá en mis primeros años hubiera aprendido el arte de enmarañar la justi-

cia....; si entonces se me hubiera enseñado á ser el total ó suma de pulmonías y tabardillos, de tétanos y *peritonitis*, todo agudo por supuesto, para no dejar con vida ni á moros ni á cristianos....; si al menos, en fin, hubiera desde entonces buscado la piedra filosofal entre las malvas y la mejorana, el jarabe de chicoria y el famosísimo *oleum serpentorum*, desde luego no tendría hoy que aguzar mi roma inteligencia para ver cómo *gano* esta vida que me dieron *gratis*, y sin que hubiera precedido *petición verbal del interesado*.

Y bien: ¿á que debo dedicarme? ¿quién me inspira? ¿quién me aconseja?

¿Puedo ser hoy tinterillo ó curandero?—Ya es tarde para eso.

¿Aprenderé algún arte?—Mis veinticinco años se avergüenzan de pasar por aprendices.

¿Solicitaré algún empleo?—Ya dije que no tengo hermanas.

¿Me haré soldado?—Tengo miedo.

Pues lego?—¡Ave María Purísima!

Pues.... ¿no haré nada?....—Pues.... ¡¡tengo hambre!!

Está visto! soy incapaz de hacer un catecismo cuyas respuestas sean de algún provecho. Preciso es que me responda otro; que ese otro me aconseje, me ilumine, porque, como dice el proverbio.... ¡Aguardo! Los proverbios.... ¡He aquí los únicos amigos del hombre pobre!

¡Tonto de mí! ¿que había olvidado esos *evangelios chiquitos*, según los llamaban nuestros abuelos! Ellos, es decir, los *evangelios*, mejor que las personas prudentes, no me aconsejarán lo contrario de lo que deba hacer.... Veamos, busquemos, recordemos:

¡Perro que no anda no encuentra hueso!

¡Oh! delicioso, magnífico!.... Esto quiere decir que yo debo andar mucho.... al parejo, cuando menos, del Judío Errante. ¡Caball! precisamente eso es lo que me conviene.—Ah! son mucho cuento los evangelios parvulitos!

Pero ¿cómo debo andar, yo que por un milagro no me he *transportado* hasta hoy en cuatro piés?—Adelante, que otro evangelio me lo va á decir. A ver:

¡¡Piedra que rueda no cria moho....!!

¡Andale! ¡Pues he quedado fresco! He aquí dos sábios que no pueden negar que lo son, supuesto que apenas se han encontrado, cuando el uno dice *ache* y el otro *erre*, materia para entablar una cuestión luminosa, humanitaria, y digna de la universidad de mas renombre.

Y ahora ¿qué hago? Ruedo y no *crio* moho, ó no ruedo y no *encuentro* hueso? Me debo convertir en mastín ó en canal de azotea?

Discurramos:—Haré de ambas cosas un todo, una nueva sustancia, sacaré un término medio, un ser nuevo, ó como Vdes. quieran llamarle, y tendré que convertirme en un *animal de piedra*, vagamundo, sagaz, olfateador; incansable en el andar; fuerte para resistir al sol, al frío y á las tempestades; duro para no dar lo mio; ligero para recibir lo ageno.... en fin, debo hacerme *barillero*, *mercillero*, *buhonero*, *mercero* &c., pues todo viene á ser lo mismo, según las dos autoridades mas respetables que conocemos: el vulgo y la academia de la lengua.

Bien está, haréme *barillero*, aunque para ello encuentre un pequeño inconveniente.... el mismo ni mas ni menos que hallaría una cocinera que quisiese hacer una tortilla y le faltaran huevos.... ¡Oáscaras! Hase dicho que hasta para pedir limosna se necesita un tompeate; y yo digo que hasta para ahorcarse debemos contar antes con una cuerda que *secunde la idea del cuellicidio*! Sin embargo, yo poseo tres reales, capital que vale algo mas que una sogá y un tompeate.

Y ahora, lectores, perdonándome Vdes. el que abandone el presente por el pretérito, cosa que haré muy á menudo, volveré á repetir que contaba solamente con tres reales, pequeño capital que emplee en un papel de agujas, media docena de bolitas de hilo, ó igual cantidad de cierto calendario nuevo que un mal intencionado muchacho me vendió, á razon de á tlaco por cada uno. El inesperto arrapiezo creyó haber salido de sus *mulas*; mas ¡oh dichosos calendarios! ó mejor dicho, ¡dichoso yo que los compré!

No habia trascurrido una hora cuando aquellos seis librillos, (de los cuales cada uno de ellos contenia el cargo y data de la vida,) se habian convertido en otros tantos reales, que poco despues se trasformaron en una docena de almanaques, elevando así mis mercancías á un par de pesos!—A las 24 horas mi capital se componia de tres papeles de agujas del taladro; un mazo de avalorios; una docena de bolitas ensartadas en una varita; siete calendarios y en efectivo cinco duros!

A muchos parecerá fabuloso el espléndido resultado de mis primeras operaciones mercantiles, bien que no soy el único ejemplo de ello; mas escuchen los incrédulos, y cierren el pico los murmuradores:

El calendario, origen de mi fortuna, contenia varios artículos, y entre ellos uno que le grangeó la prohibicion de su venta. Como sucede siempre el anatematizado almanaque aumentó de valor para ciertas gentes aficionadas á lo vedado, las cuales me le compraban hasta por cuatro tantos mas de lo que valia, y bajo el pretesto de leer un artículo que describia á la Semana Santa en Roma. ¡Cosa rara! los lectores mas impíos querian saber como se solemnizaba la Semana mayor en la metrópoli del cristianismo, y hubo pedazo de alcornoque tan entusiasta que llegó á ofrecirme el valor íntegro de diez calendarios en cambio del prohibido.

Por desgracia ya no me quedaba ni uno solo. Yo habia pregonado

do inocentemente el calendario, lo cual hizo que le vendiese como nadie, teniendo la fortuna de no dar en manos de los esbirros encargados de recogerle. Pero he aquí que la noche del día siguiente, al en que establecí mi comercio, dos sátelites de la policía se arrojaron sobre mí, pidiéndome los calendarios prohibidos.

- Señores, aquí están. Yo no sabía que no podían venderse....!
- No lo sabía eh? hágase el guaje!
- Les aseguro á Vds....
- Vamos, vamos: eso se verá mas adelante. Enderece pa la Perfección.
- Dispense Vd. amigo.... va usted á hacerme un perjuicio....
- Jale por hay!
- Oiga usted.... una palabrita....
- No oigo nada.
- Le diré á usted....
- A ver, quese el dinero?
- Dinero! si no he vendido nada todavía.
- ¡Suelte el dinero!
- ¡Pero señores, si el dinero no está prohibido....!
- Escúlcalo, hombre: dijo el otro personaje que hasta entonces habia manifestado no tener lengua. Escúlcalo que yo lo cuidaré.—Mire, si se mueve ó chista, lo clavo con la daga!
- ¡Jesus me ampare!

La mortífera arma colocada á dos dedos de mi pecho, vino á advertirme con quienes tenia que habérmelas. Los que yo habia tenido por dos agentes de policía, no eran sino dos rateros que á toda prisa comenzaron á registrarme, favoreciendo yo su afanoso trabajo con presentar mi cuerpo y abrir los brazos cuanto me fué posible. Esto me salvó, ó por mejor decir, salvó á mis cinco pesos, á quienes acababa de recomtar por la décima vez, cuando fuí sorprendido, conservándolos aun en mi mano derecha.

Los rateros, á diferencia de los gitanos, *buscan la buena ventura*, examinando no las palmas de las manos, sino los bolsillos. Por lo mismo, mientras cateaban los míos, mis cinco duros permanecían fuertemente oprimidos en el sitio indicado, alejándolos mas del peligro á medida que mas estendia los brazos, para que con toda comodidad registraran los bandidos hasta los menores pliegues de mi vestido humilde. La estratagema surtió su efecto. Perdí los calendarios y demas baratijas; pero salvé mi pequeña fortuna, adquirida milagrosamente en veinticuatro horas.

Los almanaques se acabaron. Ya se ha visto como perdí los últimos, merced á los dos bandidos que no dudo llamar italianos, supuesto que se robaron á la misma Semana Santa de la cristiana Roma.

Al día siguiente convertí mis cinco pesos en una canasta poblada

de mil pequeñas chucherías y baratijas, no sin haber antes buscado el dichosísimo almanaque. Pero ¡ay! ya no quedaba ni uno solo!

Si entonces hubiera sido yo Adán, mi serpiente y mi manzana hubieran sido un *calendario* y el *calendariero*!

II.

Comercio al menudeo.—Las flores antipodas.—Las catacumbas.—Geroglíficos Egipcios.—Animales Salvajes.—Las pirámides.—El día de carne y las viglias.—Una pitonisa.—Paseo nocturno.—La sexta parte del mundo.

Jadeante y sudoroso acabo de llegar á la cumbre de una montaña altísima. Para tomar resuello me he sentado al pié de un árbol y encima de mi zarape, con mi canasta al lado; la vara de medir que me sirve al mismo tiempo de arma ofensiva y defensiva, y un talego que contiene el pase de la Aduana, una camisa y algunas ligeras provisiones de boca.

Hace ocho meses que *ando* como la *zorra*, de lugar en lugar y de feria en feria.

Derrepente se acerca á mí un ranchero jóven, el cual viene á pié, y con una reata en la mano. Me saluda bajando el sombrero hasta la rodilla derecha, y en seguida esclama:

- Usted, amiguito, segun la *pinta*, carga cosas de mercillería?
- Ya se ve que sí! Quiere V. ver alguna cosita?
- Por de conta! Tray *aretes*?
- Si traigo.
- Y una *gargantilla*?
- Tambien. ¿Quiere que desate?

—Sí; pero que sea para luego. Las viejas se *perecen* por esas cosas! Mi hombre se sentó en cuclillas delante de mí; le mostré el interior de mi canasta; examinó los objetos; preguntó precios; ofreció, regateó

hasta lo sumo, y concluyó por comprarme los artículos siguientes, que quiso le envolviera en dos bultos separados.

El uno contenía: Un par de zarcillos, una gargantilla de cuentas de vidrio, un espejito de á medio; dos peinetitas de cuerno y ocho anillos de cobre. Total: el *lujo* y el *coquetismo*.

El otro encerraba: Medio de agujas, tres bolitas de hilo gordo, un dedal, cuatro hilos de chaquira y un carrete. Conjunto: la *industria* y el *trabajo*.

Esta separacion de objetos mugeriles despertó mi curiosidad, y mas cuando ví que el buen hombre ocultó cuidadosamente el primer envoltorio dentro del sombrero, mientras que el otro permaneció en su mano. Preciso era averiguar un poco mas:

—Que otra cosita me compra V. Estas arracadas de plata para la Señorita?

—A ella no le *cuadran* esas cosas.

—Pues un silabario, libro segundo, catecismo para los niños....?

—Yo no tengo muchachos.

—Entonces, ya sé lo que quiere V. Vayan unas décimas.

—De amor?

—Precisamente.

—A ver, impóngame en ellas.

—Escuche usted:

*Yngrata, yo tengo celos
Que me encandilan el alma....*

—Echele otras; yo no estoy celozo.

—Bueno: vamos á ver estas:

—Son de amor?

—Ya las verá.

*Cuando vendrá el feliz día
En que goce tu hermosura....*

—Tampoco: eso ya pasó y ni se platica.

—Pues paciencia, y oiga V. otras:

*Dos flores bellas tenia
Un amante cuítlacoche
Y así de las dos decia:
Una es mi güele-de-día,
Y otra mi apesta-de-noche!*

—Áxcale! me ha dao usted en la mera matadura!

—Ya lo creo, dije para mí.

Los dos envoltorios habian perdido completamente su misterio.

—Cuánto le debo por toditito?

—Cuánto?... Ahora verá:—Quiere decir que son por un lado: dos, tres....cuatro y medio....cinco y....seis reales.

—Cómo así? No me dijo que los aretes valian tres cuartillas!

—Yo no he dicho tal cosa.

—Haga memoria y verá.

—No, imposible!

—Y la gargantilla un real; y medio el espejo, y....

—No puede ser: perdería yo el dinero!

—Y de lo demas cuánto es?

—De lo demas son....dos reales y tlaco.

—Hay tiene: eso si está en justicia; pero lotro....

—Pues el otro tambien lo está. Conque tenemos por todo junto....un peso y tlaco.

—El tlaco no lo pago.

—Esa es la ganancia precisamente. Todo está muy caro, y luego el viaje, y la alcabala y la....

—Vaya, vaya! Hay tiene y hasta otra vista.

—Buen viaje, patroncito.

El *amante cuítlacoche* marchó contentísimo con sus dos paquetes, de los cuales uno era sin duda para la *flor embalsamada*, y el otro para la *rosa nocturna* que habia perdido sus *aromas*.

Quedéme solo, y mientras tomaba un poco de mas aliento para proseguir mi camino, púseme á reconocer las profundidades de mi canasta, verdaderas catacumbas donde reposaban, sinó los cuerpos de los santos, sí al menos sus efigies, en la segunda foja de sus respectivas novenas. Ademas, traia una corte celestial entera en estampas litográficas. Mi mano sacrílega les sacudió el venerable polvo del sepulcro, volviendo despues á colocarlas respetuosamente en su primera y pacífica morada.

El día iba declinando; pero el sol era demasiado fuerte y yo estaba bastante fatigado. Faltábame que descender la elevada montaña en cuya cumbre me hallaba, y desde donde descubria, á cosa de dos leguas, un grupo de *jacales*, punto que consideraba muy á propósito para pernoctar aquella noche. Dos leguas, y de bajada se andaban fácilmente en un par de horas, así es que esperé que cayese el sol un poco mas, y entretanto empuñé la vara de medir y comencé á hacer con ella mil rúbricas y laberintos sobre la tierra floja que rodeaba al árbol, dando al mismo tiempo rienda suelta á mis pensamientos. Despues de veinte minutos, los arabescos, los geroglíficos, el enredo confuso de mil líneas intrincadas impresas en el suelo, era una copia fiel de las ideas y pensamientos que habian rebullido en mi cerebro.

Lo que yo hice entonces en la tierra con mi vara, lo hace en el papel y con la pluma cierto dramaturgo de estos tiempos.....

Son las cinco de la tarde. El grupo de jacaes cónicos que descubrí hace dos horas desde la cima de la montaña, lo tengo á treinta pasos de distancia. Voy á anunciarme:

—Ave María Purísima, Señores.

Mi salutación es contestada primero por los ladridos de un perro; luego los de otro, y otros mas hasta llegar á nueve ¡Una insurrección canina en toda forma! Mi vara se ha convertido en un radio, y ha comenzado á formar círculos, cuya periferia no se atreven á traspasar los canes.

Preséntase al fin una hembra de edad; larga y descarnada, que apacigua la sedición perruna por medio de su voz agreste, aunque con gran *descontento* de los *descontentos*, que me miran de reojo y murmurando por no haber puesto en contacto sus comillos agresores con mis inofensivas pantorrillas. Según parece la calma ha vuelto á los *espíritus*, y la razón recobra ya su imperio.

—Señora, quiere darme tantita agua, por vida de lo que V. mas estima?

—Sí, Señor: pase usted adentro.

—No morderán los cachorros?

—No; como ya miran á usted conmigo....—¡Fierabras!!—¡O lo verás, indino!

El Fierabras alevé se había deslizado cautelosamente y, todo fué uno, regañarlo su ama y llevarse entre los dientes un pedazo de mis calzoneras abrochadas.

Yo hice la pirueta mas gallarda del mundo, y mientras Fierabras recibía una escomunal pedrada, tomé asilo detras de dos nuevas matronas horriblemente enjutas, que aparecieron en la escena. La tranquilidad se restableció por fin: bebí agua; ofrecí mis mercancías; hubo deseo de verlas, y sentados todos en círculo al aire libre, comencé á desatar mi canasta con el mayor aplomo. ¿Qué iban á comprarme tres individuos colocadas entre los cuarenta y cincuenta años. Haciame esta pregunta, cuando apareció otra hembra cargando á duras penas la suma total de las edades anteriores. Por lo visto, aquellos jacaes que atesoraban semejantes momias y vegestorios, venían á ser una cosa muy parecida á las tumbas colosales de los Faraones.

Con todo, no desfalleció mi aliento mercantil. Dos son las grandes divisiones de la raza femenina: la division de las *coquetas* y la de las *gazmoñas*. Yo me hallaba frente á frente de la segunda. La mas moderna de las tres *antiguas*, exclamó al ver venir á la reverenda abuela:

—Venga usted por aquí, nanita: mire lo que carga este maistro.

—Eh! ya no me estiran á mí, esas cosas. Eso se quedó para las muchachas.

—Mire V. niña, exclamé yo: aquí traigo de todo....Novenas, santos, alabados, catecismos....

—Aver sus novenas, dijo la abuela.

—Vea usted: aquí está la de S. Atenógenes, abogado de las *parturientas*....

Las cuatro hembras soltaron la carcajada.

—Cómo es eso! Se rien Vds....? Ah! es verdad! La Sra. está ya fuera de peligros. Pero no le hace; aquí hay otra....la de Sra. Sta. Polonia contra los dolores de muelas....

No pude proseguir. La anciana al reir por segunda vez abrió tanto la boca que pude ver hasta el fin de sus limpias y despobladas mandíbulas. Yo también reí por lo bajo, y procuré componer el cuento ofreciéndole á la abuela una novena de los santos *Cuates*, buenos para las cosas perdidas.

—Yo no he perdido nada por hora, contestó la anciana.

—Como! Y los dientes?

—Es verdá; pero soy tan mala que los santitos no me harán el milagro de hallarlos.

—Pues al bien que aquí tengo otros santos: Sta. Librada, abogada contra los ladrones....¿No hay por aquí ladrones?

—No señor, esto es muy seguro. Por aquí no anda mas que los contribucioneros, el curandero ñor Tribucio que compone güesos, y los demandantes....; pero esa es gente güena.

—Tiene V. razón. En fin, aquí tengo....Un nuevo personaje me interrumpió, dándome las buenas tardes. Era una muchacha de veinte años, fresca, rolliza, de ojos decidores, nariz remangada y boca pequeña, desdeñosa y provocativa. La chica llegaba como el domingo de pascua despues de los viérnes de cuaresma. Era el *dia de carne* que venía á unirse á las *vigilias*.

Una de ellas le dijo á la recién llegada:

—Anda, Juana, á ver que mercas.

—Yo que é merçar! Si estuviera aquí Alifonso puede que él....

—Alifonso ya ha de venir por hay: hace ya rato que se jue á trair sus bestias. El pagará dempues.

—Quen sabe si quedrá!

—Porque no ha é querer....! Pero mira, mentando al burro y el que rebuzna! Hay tienes á tu cristiano.

Ildefonso apareció en escena, y vino á revelarme su presencia, que Juana, la linda rancherita, era nada menos una *pitonisa*, haciendo á este nombre derivado de *pitones*, asi como *poetisa* se deriva de *poesía*.

Ildefonso era aquel mismo pajarraco que tenia dos flores; pero infaliblemente el animal en eso de aromas tenia un gusto detestable...!

Se trató de que le comprara algo á Juanita, proposicion que fué desechada por el marido, quien dió á la esposa uno de los papeles que contenia parte de lo que antes me habia comprado. El otro envoltorio habia ya seguramente llegado á su destino.

Juana no quedó muy conforme con el obsequio, mas Ildefonso se hizo el sordo, y yo perdí la esperanza de vender mis diges, volviendo otra vez á las novenas.

—Vamos, niñitas: ya que el patroncito no quiere mercar nada, cómprenme Vdes. un San Francisco de Paula.

—Ay! Santo de mi alma! dijo la abuela suspirando y aplicando sus labios á la Imágen. Luego continuó:

—Y á cómo dá la estampa?

—Esta, niñita, vale un real.

—¡Un rial! Ni yo lo valgo.

—Sin embargo; creo que el santo debe valer mas que usted....?

—Eso si que es muy cierto, y Dios me lo perdone si he hablado sin retentiva....

—Y luego, no es cara cuando por un real lo tiene V. todo....todito....Ya sabe V:

—Qué he de saber?

—Lo que se dice del Santo.

—Y que dicen los malos cristianos?

—Los malos no, los buenos.

—Lo mismo dá! Aver que le han averiguao al Santo de mi alma?

—Oiga Usted:

San Francisco de Paula,

Tres cosas pido:

Salvacion y dinero

Y un buen marido!

—Por cierto! Yo solo quero la salvacion, dijo la abuela.

—Yo la mosca, exclamó el marido.

Y luego:—Ay!....Eh!....Hip!....tres suspiros de las tres matronas, que sin duda deseaban las tres cosas, particularmente la última, pues de á legua se conocia que á semejanza de ciertas donaciones, las tres hembras necesitaban, exigian y demandaban un *varon por linea recta*.

En cuanto á Juanita, esa vió á su marido, miró al santo y luego á mí. Tal vez le pesó no haberse encomendado á la Imágen en otros tiempos. Quizá se le vino á las mientes que yo mis-

mo la hubiera dado el *consejo y el toston!*

Como quiera que sea, yo vendí tres efigies del bendito Santo;

Dos novenas de San Judas Tadeo, utilisimas para alejar á los cristianos que nos incomodan;

Y, con gran descontentamiento del marido, Juanita, rosa sin perfumes, compró la novena de San Bonifacio, devocion especialísima para poner en buen camino á los que están en *via de perdicion*, y hacer igualmente que ciertos maridos recobren el *olfato*, órgano que se pierde con el uso frecuente é inmoderado.

En estas y en las otras el sol me dió las buenas tardes, mientras que las tinieblas aproximándose nos iban á dar las buenas noches. Yo, que efectivamente me hallaba con ganas de pasarlas buenas, pedí hospitalidad y se me concedió, sobre todo por parte de Juanita, á quien hice el regalo de un par de aretes é igual número de anillos; total: tres octavos poco menos.

Semejante prodigalidad me grangeó:

Una regular cena;

Un jacal para dormir;

Una raja de ocote para alumbrarme;

Tres miradas de Juanita,

Y una sonrisa que me sublevó el histérico.

¡El histérico es un mal terrible cuando ataca al desamparado caminante!

Me acosté.

Las ancianas sexagenarias y Juanita, hicieron lo mismo en otro jacalon contiguo al que yo habitaba. En cuanto al marido, el buen hombre marchó á cuidar sus milpas, porque dizque le habian *hecho daño* en ellas aquel dia.

Era sin duda media noche y yo no podia dormir. Las caricias de las pulgas; el concierto de un sin número de grillos que me regalaban con la mas agradable serenata; y sobre todo, la sed devoradora que me atormentaba, me habian tenido hasta á aquella hora con los ojos y el pensamiento bien abiertos.

No pude sufrir mas. Abandoné mi lecho y marché en busca del único remedio que podia calmar el mayor de mis tormentos, á riesgo de infundir sospechas en mis huéspedes, si por desgracia notaban mi expedicion nocturna.

Yo queria agua, agua sobre todo. ¡Pero qué hace un sediento que se encuentra á oscuras, sin conocer la colocacion de los trastos, y que teme dar con otro que no sea aquel que contiene el precioso líquido? ¡En verdad que yo temia encontrarme con los *machigües* ó el *nejayo!*

Por fortuna yo he sido en el mundo tan buen chico que jamas he dicho de esta agua no beberé....

Entretanto la sed era apremiante; me era prohibido encender luz; no habia que hacer el menor ruido; desconocia el terreno en que me hallaba, y ¡Ay! yo quisiera saber como hubiera salido de tal apuro el mas avisado de mis lectores.

Sin embargo, me di tan buenas mañanas que al fin hallé lo que deseaba, descubrimiento que me llenó de gozo, y tanto que aun ahora dudo lo halla experimentado mayor el mismo Colon, Vasco de Gama, y Magallanes.

Yo podia decir, y acaso con orgullo, que le habia encontrado al mundo la sesta parte. . . . !

El resto de la noche lo pasé en guerra abierta con un millon de pulgas que invadieron la integridad de mi territorio corporal.

Al amanecer me levanté apresuradamente con el fin de proseguir mi camino con la fresca de la mañana.

Recogí mi canasta, mi vara de medir, me embocé en el zarape hasta los ojos para resguardarme del frio, y traté cuanto antes de alejarme de aquel albergue hospitalario.

Mi intencion era la de despedirme del mismo modo que hoy se usa entre los altezas y excelencias, lo cual equivale á no despedirse para no desgarrarse el alma con los lloriqueos, ternezas y protestas de los tontos que se quedan y el sabio que se aleja. Por lo mismo, entonces comprendí lo que mas tarde han llegado á conocer los presidentes, y á ejemplo de ellos saqué en limpio, que lo mas sencillo y económico era desaparecer repentinamente, como el raton que ha dejado bien arregladas sus cuentas con el queso. . . .

Mi intencion se habia logrado, supuesto que tenia una probabilidad de doscientas varas, á cuya distancia quedaban ya los jacales detras de mí. Mas de improviso me encontré con Juanita que traia un cántaro en el hombro.

Al verme, la muchacha dió á sus mejillas el color de una amapola, en tanto que en las mias se plantó el tinte de las hojas.

Murmuré una despedida que la jóven me contestó entre dientes, y en seguida me alejé de ella casi con disgusto.

¡Raro fenómeno! Serian las pulgas, la mala noche, lo que Vds. quieran; pero es el caso que aun para mí aquella flor habia perdido sus perfumes. !

III.

Charla.—Conclusion.

Héme ya en el pueblo de X. . . . á donde, lo mismo que á otros tres ó cuatro mil curiosos, comerciantes y devotos, me ha traído la feria ó fiesta que se hace en honor del santo patrono del lugar.

Los pueblos cristianos se han empeñado en festejar la memoria de los santos de la manera mas alegre, aunque éstos en vida hayan sido anacoretas, condenados al ayuno, á regalar con disciplinas, á tratar con bárbaros hotentotes, y á morir descuartizados á manos de los infieles de la *Cochinchina*.

Por tal causa habia en el pueblo grandes comidas; regulares músicas; juegos de chuzas y carcamanes, roletas y gallitos; corrida de toros y peleas de gallos.

Y todo esto amenizado y remojado con bebidas alcohólicas, que aumentaban el escándalo.

En medio de todo esto, la concurrencia era numerosa y presagiaba un comercio abundante y lucrativo. Yo habia plantado mis reales en un sitio de la plaza, desde las siete de la mañana. Mi zarape estaba tendido en tierra; sobre él colocados en buen orden, y con la regularidad de un ejército disciplinado, todos los objetos que formaban mi comercio. El general, que era yo, se encontraba á retaguardia, y con una acordeon en la mano, con cuyas voces escitaba á los transeuntes para entrar á la batalla, la cual comenzó por fin, con gran contento mio y satisfaccion de los compradores.

El *Mercero* es un ser que hará fortuna mientras dure el mundo, porque en tanto que éste no se acabe, tampoco acabarán las coquetas ni los tontos, fuente de riqueza del *Mercero*.

Yo vendia por diez lo que me costaba uno;

Lo falso por lo fino;

Lo inútil por muy útil;

Lo supérfluo por necesario;

Y en fin, lo mismo que si fueran diplomas de caballeros, yo cambiaba *paja*, mala la comparacion, por macizo y nutritivo grano....

A las seis de la tarde recogia mi puesto; le encerraba en el meson y salia á dar una vuelta á la plaza, donde en chuzas y carcamanes arriesgaba una pequeña parte de las utilidades del dia.

Y digo una pequeña parte, porque los dueños de tales juegos son personas que lo entienden, ni mas ni menos que el *mercero*; y es bien sabido que dos lobos no se muerden.

He aquí sin duda la causa por qué un ministro de hacienda y un agiotista, son la perfecta imagen de *Cástor* y de *Pólux*.....

Ahora, el lector puede multiplicar por mil lo que hasta aquí ha leído, y tendrá un producto representante de algunos años de la vida de un *Mercero*. El oficio es productivo, y al cabo de cierto tiempo los que á él se dedican, podrian hacer una regular fortuna; mas por desgracia no es así, porque al fin el *mercero* es un pecador, hijo de Adán, que como éste tiene sus manzanas y sus Evas; sus desperdicios y sus administradores de aduanas. En suma, el *mercero*, en esto de guardar lo que recibe, tiene mucha semejanza con el mismo tonel de las Danaides.

Yo quizá fuí la escepcion de la regla, porque despues de once años de trabajos, adquirí una regular fortuna, y alguna instruccion, que me dió la lectura de los calendarios.

Segun esto, recapacitemos y concluyamos los presentes verdaderos fragmentos de viage, que solo dejan de serlo por no encerrar en cada uno cien mentiras.

¡Ayl por lo que ha visto el lector sacará en limpio que

Un calendario me hizo rico;

Once me hicieron erudito.

Y ochenta me pondrán en estado de no contar el cuento á mis oyentes.

Por lo menos yo no he conocido un *Mercero* de ochenta años.—R.

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS



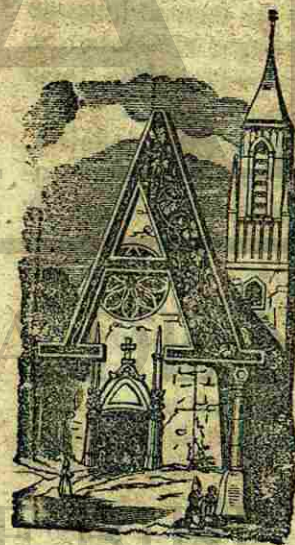
A. Campillo. Dibujó.

Lito de M. Murguía y C.

LA PARTERA.



LA PARTERA.



NDANDO los tiempos, con el favor de Dios, llegarán aquellos en que el estornudar, el reir, el llorar y tantas otras operaciones naturales, algunas de ellas secretas, y que por serlo no me permito enumerarlas, serán artes mecánicas, para cuyo ejercicio se necesitarán quizá conjuntas personas, brazos industriales, amanuenses, sino es que, aplicado el vapor, maquinarias de nueva invención, precedidas de su privilegio esclusivo, nos libren de ocupar á la humanidad en auxiliar las operaciones de la humanidad.

Figúrense vdes., carísimos, prudentísimos y amabilísimos lectores, que para estornudar con propiedad y sonarse con perfección, ¿quién quita, llegue á ser necesario un aparato compuesto de un estilete, un fajero, seis ó siete redomas con aceites, papel con polvos, alucema, sábanas, hilas, cabezales y geringas, y todo esto manejado por una especie de comadron y un practicante? Que para llorar sin peligro sea preciso recurrir á un individuo que se llamará *lagrimero*, ó si es mujer *lloratríz*, y que le metan á un cristiano los ojos en un par de tubos, y le apliquen á las fuentes del llanto otro aparato en forma de bomba para estraer las lágrimas; y últimamente, que para reir, tenga que apoderarse de una persona algun profesor ó profesora de *riseología*, y le introduzcan en los pulmones un par de cañuelas neumáticas, y para haber de reirse haya tambien necesidad del cloroformo y baños de asiento. Vamos, entonces sí que será la vida una delicia; decir lo contrario, seria una cuasi blasfemia contra los progresos de la civilización.

Y no crean vdes. que sin fundamento imagino tales invenciones venideras con esos siglos de oro; cada siglo nos ha traído un descubrimiento; y á propósito, hubo uno en que se descubrió que para parir era necesario una partera; de consiguiente, la partera es hija de esa civilización progresiva que no conocieron ni el pobrete de Adán ni la reverenda madre Eva: dichosos ellos que no conocieron á la partera, á ese apéndice de la facultad médico-quirúrgica! porque realmente la partera en el cuerpo médico viene á ser lo que en el cuerpo humano un lobanillo, como dicen vulgarmente, ó una berruga; sin embargo, como esa berruga es parte integrante de aquel cuerpo sin alma, toma la parte que le corresponde en el ejercicio de sus funciones.

No creo que está bien definida la partera; pero ni es fácil definirla, porque tiene mas analogías que entre sí los casos de nuestra jurisprudencia; y si no, vean vdes. La partera tiene analogía con un vista de aduana, que por el sueldo ordinario solo permite la salida de efectos de legítimo comercio, y por un tanto mas los deja salir de contrabando. Tiene analogía con el minero, la sola diferencia está en que el uno estraer metales y la partera muchachitos. Se parece á los impresores, que hasta que se completa el volumen dan á luz una obra: se semeja á los jueces, que de dos declaraciones distintas, deducen una verdad: igual á un corrector de imprenta, no sale de sus manos la impresión, hasta que la ve limpia y correcta: idéntica al litógrafo, no publica su obra hasta que se ha concluido la figura: por no dejar, si se quiere, tiene tambien analogía con un cuerpo de tropa que sale en bando á publicar la ley de una nueva contribución. ¡Oh! buscarle á la partera todas sus analogías, seria mas que contar la vida de San Alejo!

Cuando era reciente el descubrimiento de la partera, el ejercicio de obstetricia se consigné á las viejas de cuarenta años para arriba; y

hasta nuestros dias, difícil es hallar una de veinte abriles; de consiguiente, nuestro tipo tiene que sujetarse al tipo universal de las parteras, por mas que nos digan los miembros de la junta de sanidad que hoy la ciencia no consiste en las causas, y que una muchacha de talento, si quiere, puede, sujetándose al estudio y al exámen, recibirse de obstetriz, y con su título en la mano, lanzarse en el mundo de la reproducción humana.

Esto, si se quiere, será una escepcion de la regla; pero la general es que sean, cuando menos, semi-viejas. Si averiguamos el cómo y por qué comienzan las parteras su estraña profesion, vendremos á encontrar que la obstetricia es un recurso de la viudez en las mujeres de menos de mediana esfera, que despues de veinte años de casadas, no lograron tener un chico, ó que de tenerlos se les murieron.

Por otra parte, el sexo femenino cuando está cercano á jubilarse, toma un afecto estraordinario á la medicina, y por lo regular la matrona, que con mas audacia decide y diagnostica sobre las *aventuras del bazo y las irritaciones del higado*, esa, esa es la mas propia ó la que está próxima á ser partera: la dificultad está en que asista á seis ú ocho partulientas, y ya la tenemos en carrera.

¡Maldita carrera!... Pero, impidan vdes. á un marido dar mil carreras en busca de una *profesora*, llegado el caso!—¡Dios mío! cuando me casé no pude prever que llegaria yo á ser compadre de Doña *Secundina Infante*, la misma que dió á *Fidel* tanto qué hacer; pero llegó un dia señalado en la costelacion de Géminis, y héme aquí á las dos de la mañana despierto.—¡Mi carísima mitad se quejaba!

—¿Estás mala?

—Sí....

—Es cosa de llamar á un médico?

—¡No!.... Yo creo.... Como ya salí de cuenta.... La partera! pero que sea pronto!

—Mis chanclos, mi capote, mi sombrero. ¡Navidad! ¡Tiburcio! pongan aquí en la cabecera á San Inocencio.... Llamen á Concepcion!

—¡Ay!.... ¡las aguas!

—Sí, el tiempo de aguas es pésimo; pero aunque llueva á cántaros, voy.

Y en efecto, salí, corrí, llegué á la casa de Doña Secundina, toqué la puerta, no me respondieron; di tres golpes con mi paraguas, que se hizo añicos; no me respondieron: tomé un guijarro... tum... tum... y... gracias á Dios!

—¿Quién es V?.... allá van.

—¡Pronto, Doña Secundina!

—Está durmiendo; como lleva cinco desveladas!

—Uf....! ¡cómo paren en esta tierra!... Pues despiértela V., porque el caso es....

—¿Traen coche?

—¡¡¡Qué coche!!!... pero la llevaré cargada.—Ande, V., con mil santos!

Las parteras se hacen esperar como unos ministros de hacienda; pero aproveché el rato en subirme las medias y abrocharme los pantalones: llegaba yo al último botín, cuando percibí luz por el agujero de la llave, y asomándome por él, entreví á Doña Secundina hecha un esferoide de carne y sábanas, en pié, á la mitad del patio, convertido en lago, merced al tino y prevision con que se niveló el declive de nuestra capital, y oí distintamente á la obstetriz que se resolvía á no salir y darse por acalaturada, si no habia quien la condujese á pié enjuto hasta la calle.—Eso quiere decir, que aunque la mision de la partera es altamente humanitaria, es una mision que no puede llenarse sino con las comodidades posibles.

No quiero cansar á mis lectores con la cansada relacion de la salida de mi comadre, sus aspavientos en los charcos, sus indirectas sobre los buenos honorarios que recibia en noches iguales, y finalmente, su erudicion en obstetricia, porque ni tengo presente el diálogo, y deseo que se la vea ya al pié de mi lecho, ejerciendo su femenino sacerdocio.

Nada de ceremonias, nada de cumplimientos; entró, pues, hasta mi alcoba sin preguntar el camino; despojóse de parte de sus vestiduras, y dejó ver en sus formas rollizas un semblante que revelaba la satisfaccion de su saber, la impasibilidad de la costumbre de oír quejidos, y la confianza de quien sabe que en estos lances, se considera como presidente con facultades extraordinarias en tiempo de revolucion.

Quizá con objeto de que se advirtiese su rango y lo bien pagada que debia ser, para subvenir á sus cuantiosas necesidades, la comadre llevaba al cuello sartas de perlas, rosarios de oro con relicarios de lo mismo, y en las orejas zarcillos de diamantes; ¡carísimos productos del sétimo sacramento! ¡prueba infalible del destino de la humanidad! ¡fruto positivo de aquel mandato supremo, *creced y multiplicaos!*

Instalada en la recámara Doña Secundina, reina y señora de vidas y haciendas, dispuso el sillón, de antemano prevenido; pidió tijeras, aceites, lavadera y la ropa correspondiente; preparaba un vendaje y consolaba á la paciente contándole los partos felices que diariamente acontecian; y de paso, y como por via de precaucion, volteó un cuadro de San Vicente Ferrer, poniéndolo patas arriba, á fin de que patrocinase mejor el alumbramiento.

Era en aquellos momentos solemnes Doña Secundina, el iris de paz, el puerto de mi esperanza y el áncora de salvacion..... Después de una hora, todo habia concluido. Mi comadre, á poca distancia del lecho y sentada ante la lavadera, revolvia entre las manos á un pedazo de carne chillón y mofetudo, calificado por ella de hombre desde el primer momento.

La diestra obstetriz, por los gritos, juzgaba de la robustez de aquel pedazo de hombre, y sin hacer mas caso de sus gritos, que un gobierno de los del pueblo, hizo de mi retoño un envoltorio con mas rapidez que el dulcero un alcataz de confites, y lo arrojó en la mitad de la cama, impotente y lloron como solicitante en medio de la tesorería.

Doña Secundina arregló á la paciente, le probó que nada le habia sucedido, le prescribió la quietud, dió al pequeñuelo sopitas de miel, como si fuera un patriota de buena fé, y despues de asearse las manos, pidió chocolate, é interrogó si se le tenia dispuesta una cama. Todo lo halló, todo lo obtuvo, se despidió de mí, llamándome compadre, se acostó en mi propio catre, durmió hasta el amanecer con la tranquilidad de quien hace una buena obra, y al ser de dia, posesionada Doña Secundina de la casa, prescribiendo de nuevo su método higiénico á la enferma, ofreció que volveria, hasta dejar al nuevo ciudadano perfectamente curado del ombligo; me ofreció sus servicios para lo futuro; y despues de haber recibido una onza de oro, que resistiendo tentaciones habia yo reservado para este lance, fuése y me dejó satisfecho de ser Doña Secundina Infante una partera.... como todas las parteras.

MINISTERIO DE...



Andrés Campillo. dibujo.

Lito. de M. Margués. 7/11

EL MINISTRO.



EL MINISTRO.

CURSO DE RETORICA Y FRASEOLOGIA.



No fuera asercion muy avanzada decir, que un Ministro (de Estado, por supuesto) no es un hombre, sino un Diccionario *encarnado*, segun la frase reformada por los innovadores, ó bien un vocabulario de carne y hueso, asentariamos que un Ministro y aun todos los Ministros son personas que no pertenecen á la humanidad, sin que obste que hayan pertenecido.

Al hombre no lo constituye únicamente la forma y el movimiento maquinal; es preciso, para ser hombre, estar dotado de alma, y alma racional con sus respectivas potencias, las cuales sirvan para dirigir los sentidos ó dotes peculiares de la parte bruta.

Pues bien, un Ministro, para ser Ministro, no debe tener alma, á lo

menos en el cuerpo, porque dado le es y aun necesario tenerla en su cartera, donde por fuerza debe depositar todas sus facultades mentales.

Supongamos que el Ministro lo es de Relaciones; si éstas son buenas, necesita no tener alma para remperlas; si son malas, preciso es que le falte el alma para instaurarlas.

Si el Ministro es de Hacienda, le debe faltar el alma, porque de tenerla, perecía sin remedio en manos de las viudas, cesantes y jubilados, que andan á caza de un Ministro á quien moverle el alma. Prescindimos de los préstamos forzosos, de los contratos de agio, de las suspensiones de pagos, y de otras tantas exigencias inventadas únicamente para acabar con el espíritu de un Secretario del Despacho.

¿El Ministro es de Guerra? dejaría de serlo si se convirtiese en ministro de paz; pues vayan ustedes á cumplir con el instituto del ministerio, y tengan alma para que se maten los prójimos!

La justicia y la gracia juntas, tienen igualmente un Ministro. La ley es el alma de la justicia, por consiguiente el Ministro no necesita de alma propia; y si se trata de la gracia, para concederla á un criminal (porque el justo no la necesita), forzoso es no tener alma, así como para denegar el presente de la misericordia. No se trate de conceder gracias á los necesitados, ni á los que sin necesidad las piden, pues que probado está, que para eso basta un padrino, un rato de buen humor, papel y tinta.

Quizá los ministros de Gobernación y de Fomento lleguen á ser una escepcion de la regla general; por lo mismo nos reservamos hablar de ellos cuando haya en México Fomento y Gobernación.

Tenemos, pues, cuando menos, semi-plena prueba de que un Ministro es un cuerpo sin alma; pero la falta de esa dote no forma un tipo, para el cual se necesita un conjunto material de originalidades que lo distingan de los otros seres.

Pues señor, un Ministro es una cosa que tiene figura corporal como nosotros, pero que no somos nosotros.

Tiene ojos; pero ve poco ó ve demasiado, y de ahí la necesidad que tiene de las antiparras. Un Ministro sin anteojos es un anacronismo.

El Ministro es grave, pausado su movimiento: las maneras apresuradas indican ligereza en obrar, agilidad y destreza en el individuo, todo lo cual espone á tropezar alguna vez, lastimarse ó caer; en consecuencia, un Ministro no debe perder su aplomo. La impasibilidad es uno de los atributos de Dios; en ella está la suma felicidad, y los que lo representan en la tierra tienen que obrar de acuerdo con la Divinidad. El Ministro es impasible.

Dios es invisible, y por eso los que lo representan no se dejan ver sino de los que están en gracia.

Es un principio fisiológico que unos miembros viven á espensas de otros: esta verdad se palpa en un Ministro.

Si le falta el tacto y la vista, le sobra el gusto.

Si le sobran tacto y olfato, le faltan el gusto y el oído, ó lo que es igual, si quieren gustar deben ser sordos.

Respecto de la vista, es lo que han tratado de perfeccionarse, procurando por medio de los anteojos igualar á los buenos y sanos, á fin de ver las cosas como en sí son, lo que da por resultado que, como ni los buenos y sanos ven las cosas de un modo igual, pues la vision óptica es tan varia como los individuos, los Ministros, á través de las gafas, son los únicos que todo lo ven de una sola manera.

Por lo demas, aunque la figura del Ministro sea un modelo de fealdad, siempre es interesante su presencia, y por lo tocante á sus facciones y á sus movimientos maquinales, ábranle ustedes la boca y hallarán, como por encanto, que los lábios son la pasta de aquel tomo, cuya sola hoja es la lengua donde consta un tratado completo de retórica y fraseología.

Allí el pobre lector ó elector pobre, aprende lo que es antífrasis de Justicia, antítesis de Ministro y no Ministro: allí el lector sabrá el orden de la interrogacion, sabrá igualmente lo que es una exclamacion y hasta dónde puede estenderse el lenguaje figurado, entenderá lo que se llama estilo conciso, débil, nervioso, árido.

Si por fortuna toca el libro una persona que tenga sus elementos de retórica, encontrará de luego á luego las bellezas del estilo elegante, florido, afectado.

Y si el que leyere no careciere de la instruccion suficiente y quiera ver algo de nuevo sobre el estilo sencillo ó vehemente, obtendrá abundancia de frases nuevas que no estaban en su Diccionario; por ejemplo, busque una frase para responder sencilla y bellamente estas preguntas:

—¿Me dareis un empleo?

Al momento hallará.

—Páreceme que conozco á V.: le he visto otra vez en compañía de unas señoritas, y segun la pinta, supongo son hermanas....

—¿Las conoce V. E? yo las mantengo desde que mi padre murió en la Angostura.

—¡Ah! sí.... ¡vuestro padre!.... ojalá y todos los buenos servidores de la nacion....

—¿Hubieran corrido su misma suerte?

—No quiero decir tanto, sino que fué hombre de honor, y es de justicia atender á su familia.

—Tendrá V. E. la bondad?

—Voy á apuntar el nombre de V. y su casa para tenerlo presente: tengo el mayor empeño.... y vuelva V. mañana.

Si por casualidad en la pregunta no hubiere hermanas ni parientes, se tendrá en las respuestas la ventaja de la concision, y manifesto el defecto de la cacofonía, v. g.:

Mañana, nada.

Pasado mañana—nada.
Al toque de campana—nada.
Conducta sana—nada.
No hay hermana—nada.
No hay padrino—no.
Es oportuno—no.
No recomiendo alguno—no.

Si de las bellezas del diálogo pasamos á otro capítulo, hallaremos en la boca del Ministro cuantos géneros de locucion pública nos han transmitido Ciceron y Demóstenes, la verdadera teoría de la retórica y todos los encantos de la fraseología.

Ignoramos si en el viejo mundo los Ministros son otra cosa; en México es preciso que así hayan sido y sean, pues si eliminamos ciertos accidentes como la diferencia de volúmenes, ediciones y *letra mas ó menos menuda*, todos contienen, con distinta carátula, y si se quiere, con diferentes principios, los mismos fines y semejantes resultados. La nacion no puede desmentirnos.

Si la repeticion de unas mismas obras es monótona, el pueblo de México, en cambio, obtendrá la ventaja de ilustrarse mucho sobre una sola materia; y cuando llegue el caso de que nadie lo ignore, se aplicará á poner en práctica las teorías cursadas por tantos años, y relegará al olvido, como hace todo estudiante, los libros que tantas vigili-
as le causaron.

Pit en Inglaterra, Richelieu y Talleyrand en Francia, Jimencz en España y Methernich en Austria, fueron monstruosidades de la especie, por cuya razon no pudieron formar un tipo ni tener semejanza con alguno de los Ministros de México, cuya identidad es tal, que no podrán distinguirse uno de otro, sino por el tiempo en que bajan ó suben con su cartera debajo del brazo, como lugar mas propio para los negocios.

Cuando á los Ministros les sea dado tener alma, necesariamente formarán tipos diferentes, ya no serán un solo tipo y entrarán á figurar entre los animales racionales alcanzando su tan deseada perfeccion.

En resumen, un Ministro es un cuerpo sin alma, y si es que la tiene, ella se encuentra en su lengua, como en las hojas de un libro el alma de una obra impresa: que el alma de tal libro es la ciencia de la fraseología, porque el dia en que un Ministro no sepa frasear, ó suelte una frase que lo comprometa, dejará de ser Ministro.

Respecto de las figuras retóricas, el curso de ellas en una lengua ministerial aparece con un carácter infinito, y por consiguiente la retórica de un Ministro, como infinita, no puede ser un arte sujeto á reglas; estas serán siempre escepcionales, como se ve diariamente en la aplicacion.

Se requiere un rasgo sublime—debe estudiarse con frialdad.

Te trata de un tropo—se confecciona una majadería.
Se busca lo bello—es preciso primero pasar por lo horrible.
Se piensa en una transicion—Se medita el *statu quo*.
Se pide una locucion popular—se estudia el secreto.
Pero de todas maneras, el Ministro que deje de ser tal como se halla aquí descrito, y retratado en la lámina, no puede ser Ministro mexicano, ó mejor dicho, formar parte de los mexicanos pintados por ellos mismos.



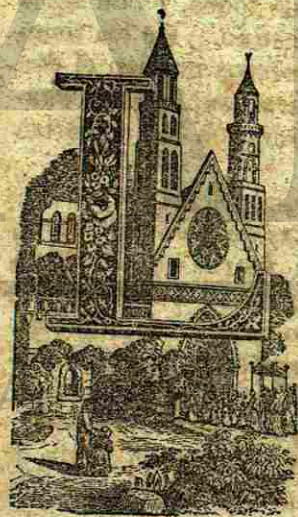
Los Mexicanos.



EL CARGADOR.

EL CARGADOR.

CIENCIA DE GOBIERNO.



A ciencia de la fuerza, es y ha sido la única que para establecerse y sistemarse han tenido todos los gobiernos, comenzando desde los tiempos patriarcales hasta los venturosos dias en que Napoleon III y Victoria de Inglaterra, que, segun se dice, gobiernan los dos paises mas libres e ilustrados del mundo, demuestran de una manera evidente, ya en la Crimea, ya en la India Oriental, que la fuerza es la ciencia de las ciencias, que sin ella no hay gobierno posible; de modo que, el que no la tiene, no puede gobernar; y de aquí sin duda vino el adagio, que dice: *El que no tiene fuerzas, no se meta á cargador.*

Hoy día, que los gobiernos han llegado á ser una persona moral, dotada tambien de fuerza moral, difícilillo me parece hallarles un sí.

mil físico que no sea el *cargador*; y aunque al establecer el paralelo entre cargador y gobierno, la comparación sea prosaica, tendremos en cambio la exactitud posible, pues saben mis lectores que una persona moral, si se la quiere dar un semejante físico, se busca el que le sea mas análogo. Si se quiere explicar el ideal de una Diosa, se busca la muchacha mas bonita: si se trata de espresar la magnitud de pensamiento, apelamos á las montañas, al mundo y á todos los planetas: y si se pretende dar idea de la fuerza intelectual de un individuo, recurrimos al vapor, cuando menos, precisando, para mayor exactitud, si la tal fuerza es de 300 ó 900 caballos.

Algun cursante de retórica me dirá, que cuando se trata de presentar el tipo de un cargador mexicano, no debe disertarse sobre lo que es un gobierno; pero para mí lo mismo dá que el gobierno sea el tipo de un cargador, ó éste lo sea del otro: cuando las cosas se identifican, no puede hablarse de las unas sin tocar las otras. No obstante, como el objeto principal de este artículo es dar á conocer al *cargador*, como tipo especial entre todos los tipos especiales, nos limitaremos á buscarlo en su origen, á presentarlo tal cual es, y si hay digresiones, éstas necesariamente tendrán relacion con el individuo que tenemos entre manos.

Un cargador tiene figura humana: cuando nace, en nada se diferencia de los entes racionales, y su signo, como el de todos, es un signo misterioso; por consiguiente, nadie prevee su destino. En los tiempos bárbaros de la Grecia, las pitonisas y los agoreros poseían el don de adivinar y de revelar el destino de las criaturas, suplían los exámenes anatómicos, y sin la frenología de Gall predijeron lo que serían Sansón, Hector, Hércules y Aquiles.

Si el *cargador* al nacer tuviera su pitonisa, indudablemente no llegaría á su destino; pues que, suponiéndose antes de tiempo fuerte, como sucede á los gobiernos, no emplearían su fuerza en servir de acémilas al resto de sus semejantes, sino que aspirarían á desempeñar trabajos mas grandiosos que los de conducir todo género de muebles.

Generalmente, la profesion del *cargador* es hereditaria, sin que obste entre nosotros la buena ó mala constitucion del sugeto; de ahí proviene que muchas veces vemos un hombre raquítico, que lejos de tener las proporciones y musculatura de un atleta, parece un Páris, y es, sin embargo, un cargador. El ejercicio hace maestro, y cargan porque cargan.

El cargador no lee porque no sabe, ó porque no sabe lo que lee, lo cual importa nada para conducir una carga.

El cargador no se mueve sino cuando tiene carga, así como un gobierno no se mueve sino cuando le viene una responsabilidad con que cargar; por lo demas, tiene la obligacion de permanecer en una esquina parado *en statu quo* como sucede á los gobiernos.

Como ellos, el cargador, donde le falta la fuerza suelta la carga; y si se rompe un mueble, roto se queda, porque el estado de insolvencia en que constantemente se halla, lo liberta de pagar, sufriendo, á lo mas, un *respice* del dueño, como quien dice, un desahogo de la prensa.

En lo que sí un cargador se diferencia de un gobierno es, en que por fuerza debe ser honrado, so pena de perder su carrera, por consiguiente es pobre. Véanlo ustedes de arriba abajo, y encontrarán que es un poco menos que limosnero: lleva por distintivo su cordel ó mecapal sobre el hombro, y colgada al pecho una placa con un guarismo, que es su medalla de honor, y sirve para quitarle el nombre del bautismo, pues que pasa á ser, en vez de Pedro, ó Juan, en núm. 20 ó 300.

Ese es un mal inevitable, causado por la policía preventiva; pero un mal que importa una conveniencia social, y ya sabemos que la sociedad gusta mas de la numeracion que de la nomenclatura.

Para conocer á nuestro hombre, es necesario quitarlo de la esquina, donde no se distingue de los demas seres, sino por su afecto al pugilato, á las bebidas tónicas, y por sus inocentes pasatiempos, que suelen limitarse á perfeccionar la *mazorca* ó nudo con que reduce la estension de su cordel, que de cuando en cuando lo emplea en cambiarse á cordelazos con sus compañeros.

Sigamos al cargador, no á la tienda ó almacén donde su ocupacion se ciñe á levantar ó mudar tercios, ó á conducir monedas del punto H. al punto B., sino á una casa en via de ser vaciada.

—¡Cargador!

—¿Señor amito?

—¿Cuánto llevas por echar un viaje?

—Su mercé me dará lo que quiera.

—¡Hola! aquí está el cargador, que comience á llevar los trastos.

El cargador repasa con la vista los muebles, y pocas veces oculta su mal humor, si ellos son escasos ó pesados.

—¡Vaya ese colchon! pero es muy poco, que acomode estas cosas que no pesan nada.

El atleta lia el colchon, se lo pone acuestas en silencio, y comienza á cubrir su cuerpo con los adminículos de un loro en su jaula, un para-aguas de familia, dos ó tres canastas, un vaso de usos secretos, un par de botas de lejano parentesco, una escoba, un plumero, un sombrero histórico y un rollo de periódicos que hicieron la oposicion el año de 824.

El cargador paciente bambolea, se afirma en las corvas, y emprende un camino para volver ya refrescado con un vaso de pulque sorbido al paso, y alargando ó acortando su reata, como gobierno que se ajusta con algun agiotista para cargar un contrato pesado, tantea el mueble

sopesándolo, le acomoda el lazo, y entre advertencias, prevenciones y pareceres diversos, á modo de ejecutivo en consejo de ministros, ó frente á la cámara de senadores, el hércules relativo camina con el mueble, haciendo de vez en cuando alarde de su pujanza y aguante.

Concluye la tarea; si le pagan mal, pide lo justo, como gobierno que cae; si le pagan bien, pide mas, como presidente con facultades extraordinarias, y raro es el caso en que el cargador queda contento.

Por lo tocante á los usos de corporacion, el cargador, puede decirse, que pertenece á los conservadores, le agrada el gobierno unitario y obedece ciegamente al capataz, que es por lo comun el decano del cuerpo, *cabestro* de la recua racional.

Este cuerpo tiene dos caracteres, aguantador y religioso; respecto de lo primero, ya sabemos lo que es; respecto de lo segundo, toma el nombre de gremio, equivalente al de cofradía, bajo el patrocinio de un Niño Dios, que suelen vestir á la española antigua.

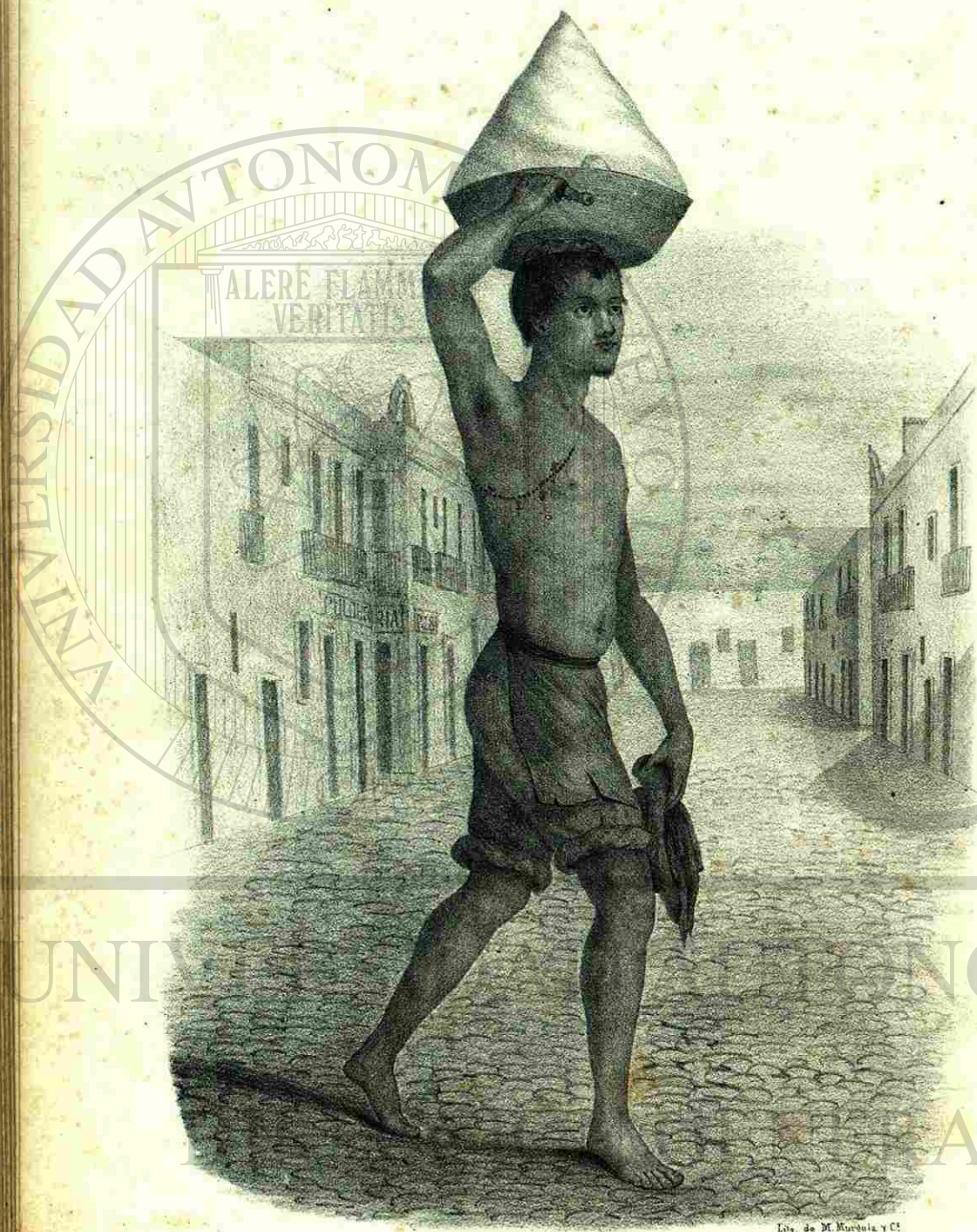
El gremio tiene, por eleccion de sus cofrades, un mayordomo que reasume la triple investidura de presidente, administrador y tesorero, á manera de un gobierno que asume, en solo una persona, los poderes legislativo, ejecutivo y judicial.

El objeto religioso del gremio, es hacer una funcion anual en honra del Niño patrono, costumbre añeja, que si se halla abolida en algunos puntos de la República, subsiste en los mas; pero que en nada aumenta las devociones diurnas de nuestro protagonista, que cuando no carga vegeta, arrimado á una esquina, sin otro porvenir que el de un gobierno moderado, cuyos empleados son los muebles de mas ó menos lujo que conduce á cuestas para dejarlos en poder de otro dueño, sean ó no útiles, lo cual no le toca indagar, puesto que contribuyen á darle la subsistencia.

Finalmente, el cargador, semejante á todos los gobiernos, dura en su oficio segun la mayor ó menor cantidad de fuerzas que debe á su constitucion, y al menor ó mayor abuso que hace de ellas; pues si por parecer fuerte se echa con frecuencia sobre los hombros cargas demasiado voluminosas y molestas, á modo de préstamos ó transacciones pesadas ó ejércitos numerosos, agotará sus recursos y terminará su vida en el abandono, desapareciendo de entre sus camaradas sin ser sentido, y con mil que lo reemplacen en el servicio público.

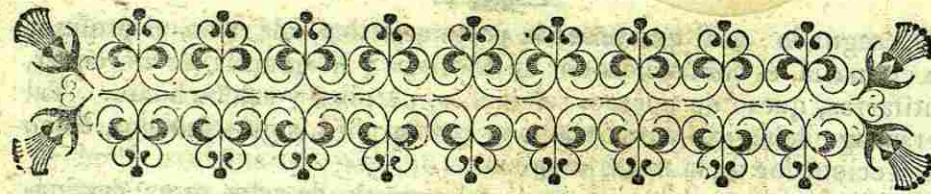
Este es el cargador; su vida es su fuerza; y si ella es la que constituye la ciencia de un gobierno, es claro que ésta se halla en el tipo del cargador.—*Juan de Dios Arias.*





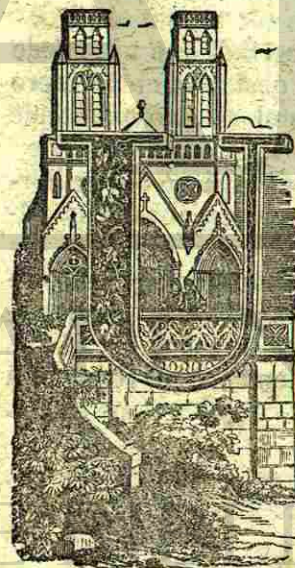
Los. de M. Murguía y C.

EL TOCINERO.



EL TOCINERO.

UNA PERSONA DE SUSTANCIA.



N *tocinero* puede considerarse de tres maneras; ó como dueño de tocinería, ó como vendedor de tocino, ó bien como sacrificador de cerdos. Sin embargo, son tres personas distintas, con diferentes atributos.

El primero es el especulador en grande, el propietario del establecimiento, con sus puntas de naturalista, y cuyos conocimientos teórico-prácticos no se emplean mas que en comprar carne viva para venderla muerta. Pertenece, pues, á la categoría del negociante.

El segundo es el que posee la parte artística del ramo, el profesor de culinaria, el confectionador de chorizos y longanizas, de morcones, putifarras, queso de puerco, salchichas, perniles y salchichones. Tal personaje debia estimarse y aun se estima por los gastrónomos, como perfeccionador de la materia animal.

Pero no se trata del primero ni del segundo de estos seres, destinados á verificar el adagio de *la carne cria carne*; trátase, pues, del último, esto es, del sacrificador de cerdos, hombre cuya organizacion se habria tenido por la mas perfecta para ejercer el sacerdocio en los tiempos del canibalismo. Así como el gato es el enemigo jurado del raton, el *cacomistle* enemigo natural de la gallina, la araña de la mosca y el *monarquista* del puro, el tocinerero es el enemigo nato del cerdo. Persona acostumbrada desde su niñez á nutrirse con chicharrones y á distinguir lo magro de lo gordo, encamina sus instintos á perfeccionar ese gusto, y, abandonando, como todas nuestras clases menesterosas, los trabajos de la civilizacion y otras exigencias sociales, que valen dos cominos, como la instruccion primaria y religiosa, se lanza desde luego á un mundo de mas sustancia.

En ese mundo el vestir está de mas; y si no fuera por la idea retrógrada del pudor que nos trasmitió Adán, el tocinerero, libre de trages de moda y otras preocupaciones, se nos presentaria como el primer padre de la humanidad, mostrando sus varcnilas formas brillantes de grasa, y suprimiendo el ligero calzon de manta arremangado hasta el punto mas alto de sus muslos.

Todo esto revela un instinto de amor á la libertad, que no puede conciliarse con la esclavitud en el trabajo, y no obstante, el tocinerero se hace esclavo de la tocinería, quizá porque es el mundo en donde respira mas sabrosamente.

Las grandes dotes morales del tocinerero, se limitan á no sentir horror á la muerte, saber vivir sin filosofia y no discurrir, sobre cosa alguna.

Si la variacion causa el deleite, esto no se halla en el tocinerero, cuya existencia uniforme es una especie de garantía para los que diariamente se alimentan con la carne del puerco.

Las facultades fisicas de nuestro héroe, simplemente se reducen á estas:

Necesidad de comer,
Destreza para matar,
Un solo gusto al oler,
Uno para oir y ver,
Y algun tacto al desollar.

Con estas dotes, al tocinerero se le pasa la vida como agua, y estima su oficio sin calcular su utilidad ni las fatales trascendencias que á la sociedad traeria su falta.

¿Qué seria de México, donde la manteca es el alma de las cocinas? ¿Qué seria de la cria de ganado cerdoso que constituye la parte sustancial de nuestras viandas?

Mas dejemos á un lado las digresiones filosóficas, pues con solo el hecho de examinar un poco al tocinerero en su trabajo, habremos necesariamente de convenir en que con todo y sus pocas dotes, es en realidad una persona de sustancia.

De paso advertiremos, que nuestro tipo no pertenece á la raza indígena y de sangre sin mezcla; á lo menos, en las grandes ciudades, generalmente es lo que se llama un mestizo, pues sabido se tiene que el indio puro pasó entre nosotros desde ser antropófago hasta repugnar el derramamiento de sangre bruta. No obstante, el indio suele reemplazar esa repugnancia con el odio, que es lo que ha llegado á formar su carácter. De éste y del carácter inteligente del blanco, se halla formado el del tocinerero, sin modificacion de ninguna especie.

El tocinerero duerme poco, segun el uso de los que se dedican á dar vida á la sociedad; tiene el oido, si no educado para los placeres filarmónicos, bastante espedito para oir de lejos la piara destinada á sucumbir bajo su cuchilla puerquicida.

Llegada la hora de ejercer el cruento oficio, y una vez señalado el *cochino* mas bien cebado, se apodera de él, lo maniatado, lo bota patas arriba, y sin cuidarse del agudo y rasposo chillido de la robusta víctima, le tantea los órganos vitales, y hunde el cuchillo con mas sangre fria, que lo hace en el seno de la patria un gefe profesor de pronunciamientos.

Mientras el cerdo largamente agoniza y chilla, el sacrificador dispone la hoguera para chamuscarlo y la agua hirviendo con que á continuacion le dá un baño, moralmente comparable al que recibe un comerciante, en pequeño, de mano de un aduanero.

Una vez bañado el cerdo, entra la segunda cuchilla de dos empuñaduras, y en quitame allá esas pajas, la piel desaparece, como vale de alcance, entre las manos de un agiotista.

El diestro tocinerero, sin mas melindres ni ascos, desentraña al difunto, separa vegiga de asadura y tripas de riñones, decapita al muerto y dispone la fritura, separando la parte de carne que ha de venderse.

Hecha la fritura y colada la grasa, quedan los chicharrones, sobre parte de los cuales el tocinerero tiene un derecho imprescriptible: son su alimento.

Síguese el beneficio de la manteca, del que no hablaré, pues no se trata de escribir un curso de tocinería; así es que concretándome á dar idea de mi hombre, diré, en resúmen, que el tocinerero vive esclavizado.

Que se esclaviza por su gusto, como un liberal egoista.

Que vive y anda desnudo, como idea revolucionaria en tiempo de libertad.

Que conoce poco la religion, como muchos que la defienden.

Que sus instintos dia por dia empeoran, como los del pueblo en una plaza de toros.

Que su dialecto es anti-gramatical; pero inteligible para él y para sus compañeros, cosa que no sucede en política.

Que sus tecnicismos, indispensables para entenderse en el oficio, de nada pueden servir á la Academia de la lengua, ni á los lectores de este artículo que no sean tocineros; y dado caso que alguno de ellos lo sea, la repetición de frases que tiene que usar todos los dias, le cansaría inútilmente la lengua, y tendría lugar para quejarse de no encontrar nada nuevo, aplicando el refrán de que *lo viejo por sabido se calla*.

Era lo de menos indicar, como de paso, algunos de los términos técnicos del tocineró; pero esto, sobre tener el inconveniente de que no se entendiesen, como sucede muchas veces con la palabra *libertad*, en boca del que no es libre ó no ha pensado en serlo, ó bien con la palabra *constitucion*, que cada cual la quiere explicar á su modo; ó esta otra, *garantías*, cuando se ignora de qué género serán; sobre tener este inconveniente, repito, habria otro mayor, el de difundirnos escribiendo un vocabulario, que varía sus dicciones en cada provincia, en vez de presentar un tipo, el cual no se constituye de palabras; y á propósito, qué bueno seria que las palabras constituyesen al hombre!

Dada esta explicación, volvamos á nuestro hombre, concluyendo con decir de él, que desnudo, ignorante y esclavizado, como está, es uno de los seres que cuasi han llegado á ser para la sociedad tan interesantes como un buen Ministro de hacienda, que es la sustancia de un gobierno cualquiera.

Quizá el tocineró es la personificación de un mal contraído en sociedad; quizá su aparición en el mundo ha sido el principio de los humores linfáticos; quizá es el inocente origen de que, individuos que no debían alimentarse con manteca, por tenerla en abundancia, vicien sus humores y no puedan servir á la patria, porque corren el peligro de derretirse, ó de no poder ya vivir donde falten *puercos* que contenten su paladar.

Pero sea de esto lo que fuere, el tocineró es un hombre indispensable, insuprimible en este país, donde la grasa tiene un lugar entre los efectos de primera necesidad, y sobre todo, porque nuestro personaje mas le dá que le quita; pues á escepción de algunos chicharrones y parte de las entrañas de los cerdos, que son para él tan buenos gajes como las obvenciones de cualquier administrador de aduana marítima, el tocineró no causa molestias á los sombrereros, sastres, zapate-

ros ni maestros de escuela. Es un personaje barato, cuya filiación podría hacerse de esta manera:

Color abronzado, en general;

Ojos, grasientos;

Brazos, mantecosos;

Piernas, lustrosas;

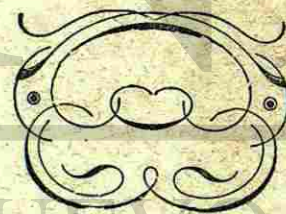
Cabeza, también mantecosa;

Ropa, ninguna;

Señas particulares: se le conoce solamente, porque lleva en la cabeza una cacerola de cobre llena de manteca, que conduce á la tienda ó á la paila del jabón.

Ahora bien, conviniendo en que la manteca es la sustancia mas sustanciosa para la sociedad, debemos convenir igualmente en que no es impropio llamar al que la proporciona, hombre de sustancia.

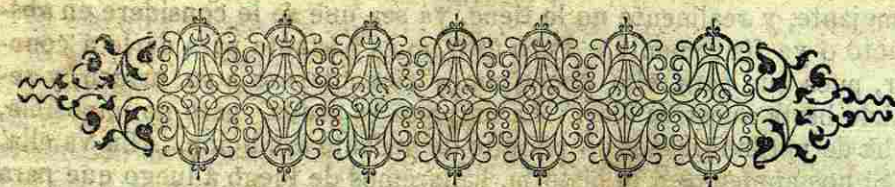
Juan de Dios Arias.





Los de M. Murguía y C^{ta}

EL MINISTRO EJECUTOR.



EL MINISTRO EJECUTOR.

UN NOMBRE NEGATIVO Y POSITIVO.



QUE el ejecutor sea una persona, cosa es que no admite duda; pero saber á punto fijo si esa persona, aunque con figura humana, es el resultado de la conjugacion de un verbo, ó si es en la oracion persona que hace ó que padece, cosa es tambien que pocos ó ningunos se atreverán á resolver.

¿Han visto ustedes, los señores que leen, una persona que en la conjugacion carezca de verbo? sin duda que no, y sin embargo, nosotros hallamos que el ejecutor es la segunda persona de juez, la primera persona de verdugo, y la tercera entre verdugo y juez.

Solo esta originalidad bastaria para hacer del ejecutor un tipo sin

Que ignora lo que debería saber si alguien se lo agradeciera.
Que obedece para mandar ó manda por obedecer.
Que debe suprimir su bilis, si quiere conservar la magestad del puesto, y ademas, ser sordo de intencion, mudo por fuerza y sufrido por conveniencia. Si estas dotes no son suficientes para sacar un hombre de provecho, la culpa no es del hombre sino del oficio.

Debemos advertir, por último, que al ejecutor no le faltan goces; uno de ellos consiste en el placer que le causa que alguno fije la atencion en el baston con borlas, símbolo de su jurisdiccion: otro placer es el de recibir el importe de tres requirimientos y el tanto al millar de un grueso embargo; y el último y mayor de todos es, vengarse de la humanidad, ya mandando al verdugo que modifique la materia animal, ó ya echando el sello del juzgado en la puerta de algun rico, que merecia ponérselo en la frente, por haber sido irrespetuoso con el hijo de Témis, cuya espada tiene á su disposicion, como el último y mas obediente de sus ministros.

Juan de Dios Arias.



INDICE

DE LOS ARTICULOS

CONTENIDOS EN ESTA OBRA.

	PAG.		PAG.
El Aguador.....	1	El Abogado.....	141
La Chiera.....	7	El Arriero.....	149
El Pulquero.....	13	El Jugador de ajedrez.....	159
El Barbero.....	21	El Cajista.....	167
El Cochero.....	29	La Estanquillera.....	177
El Cómico de la legua.....	39	El Escribiente.....	183
La Costurera.....	49	El Ranchero.....	191
El Cajero.....	57	El Maestro de escuela.....	207
El Evangelista.....	65	La Casera.....	227
El Sereno.....	73	El Criado.....	237
El Alacenero.....	81	El Mercero.....	253
La China.....	89	La Partera.....	267
La Recamarera.....	99	El Ministro.....	273
El Músico de cuerda.....	109	El Cargador.....	279
El Poetastro.....	119	El Tocinero.....	281
El Vendutero.....	127	El Ministro ejecutor.....	287
La Coqueta.....	135		

Que ignora lo que debería saber si alguien se lo agradeciera.
Que obedece para mandar ó manda por obedecer.
Que debe suprimir su bilis, si quiere conservar la magestad del puesto, y ademas, ser sordo de intencion, mudo por fuerza y sufrido por conveniencia. Si estas dotes no son suficientes para sacar un hombre de provecho, la culpa no es del hombre sino del oficio.

Debemos advertir, por último, que al ejecutor no le faltan goces; uno de ellos consiste en el placer que le causa que alguno fije la atencion en el baston con borlas, símbolo de su jurisdiccion: otro placer es el de recibir el importe de tres requirimientos y el tanto al millar de un grueso embargo; y el último y mayor de todos es, vengarse de la humanidad, ya mandando al verdugo que modifique la materia animal, ó ya echando el sello del juzgado en la puerta de algun rico, que merecia ponérselo en la frente, por haber sido irrespetuoso con el hijo de Témis, cuya espada tiene á su disposicion, como el último y mas obediente de sus ministros.

Juan de Dios Arias.



INDICE

DE LOS ARTICULOS

CONTENIDOS EN ESTA OBRA.

	PAG.		PAG.
El Aguador.....	1	El Abogado	141
La Chiera.....	7	El Arriero.....	149
El Pulquero	13	El Jugador de ajedrez.....	159
El Barbero	21	El Cajista.....	167
El Cochero.....	29	La Estanquillera.....	177
El Cómico de la legua.....	39	El Escribiente	183
La Costurera.....	49	El Ranchero.....	191
El Cajero	57	El Maestro de escuela.....	207
El Evangelista.....	65	La Casera.....	227
El Sereno	73	El Criado	237
El Alacenero	81	El Mercero	253
La China	89	La Partera	267
La Recamarera	99	El Ministro	273
El Músico de cuerda.....	109	El Cargador.....	279
El Poetastro.....	119	El Tocinero	281
El Vendutero.....	127	El Ministro ejecutor	287
La Coqueta.....	135		

